JUEGA PARA GANAR. LUCHA POR TU VIDA



ENDGAME

3. LAS REGLAS DEL JUEGO

JAMES FREY

NILS JOHNSON-SHELTON

DESTINO

Índice

Sarah Alopay, Jago Tlaloc, Simon Alopay
An Liu, Nori Ko
Kepler 22b
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Shari Chopra, Jenny Ulapala
Shari chopra
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Shari Chopra, Jenny Ulapala
Maccabee Adlai, Pequeña Alice Chopra
Kepler 22b
An Liu, Nori Ko, Maccabee Adlai, Pequeña Alice Chopra
Kepler 22b
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Shari Chopra, Jenny Ulapala
An Liu, Maccabee Adlai, pequeña Alice Chopra
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Shari Chopra, Jenny Ulapala
An Liu, Maccabee Adlai, pequeña Alice Chopra
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Shari Chopra, Jenny Ulapala
An Liu, Maccabee Adlai, Pequeña Alice Chopra, Nori Ko
Kepler 22b
An Liu, Nori Ko, Pequeña Alice Chopra
Sarah Alopay, Jago Tlaloc, Simon Alopay
Greg Jordan
An Liu, Nori Ko, Pequeña Alice Chopra
Sarah Alopay, Jago Tlaloc, Simon Alopay
Hilal Ibn Isa Al-Salt
Sarah Alopay, Jago Tlaloc, Simon Alopay, Hibbert Johnson, Rodney Q
An Liu, Nori Ko, Pequeña Alice Chopra
Hilal Ibn Isa Al-Salt
An Liu, Nori Ko, Pequeña Alice Chopra
Kepler 22b
An Liu, Nori Ko, Pequeña Alice Chopra
Hilal Ibn Isa Al-Salt
Shari Chopra, Jenny Ulapala
Nori Ko
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Nori Ko
An Liu, Pequeña Alice Chopra
Shari Chopra, Jenny Ulapala
An Liu, Shari Chopra, Pequeña Alice Chopra, Jenny Ulapala, Kepler 22b
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Pequeña Alice Chopra, Kepler 22b
Jenny Ulapala
Hilal Ibn Isa Al-Salt, Pequeña Alice Chopra, Jenny Ulapala, Kepler 22b

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

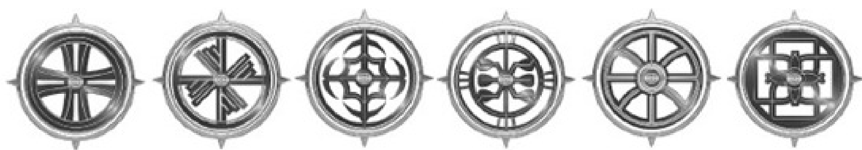
¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:





Este libro es un rompecabezas.
Descifra, decodifica, interpreta.
Busca e indaga.
Si vales, lo resolverás.



KEPLER 22B

Cámara ansible a bordo del Seedrak Sare'en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano



kepler 22b está sentado en una reluciente silla en el centro de una sala negra de techo bajo. Entrelaza sus manos de siete dedos, su cabello de color platino forma una esfera perfecta en lo alto de su cabeza. Repasa el informe que está a punto de entregar a través del ansible a su cónclave, que se encuentra a muchísimos años luz de distancia. El juego que se desarrolla en el planeta azul y blanco de la órbita vecina se ha complicado con obstáculos y sucesos imprevistos; no obstante, avanza. Lo que ha acontecido hasta el momento no es terriblemente preocupante, con la notable excepción de la destrucción de uno de los 12 grandes monumentos de la Tierra. El monumento perteneciente a los celtas La Tène, el conocido como Stonehenge, ha quedado hecho pedazos. kepler 22b está tremendamente molesto por ello. Para terminar Endgame es imprescindible que al menos una de estas antiguas estructuras —que fueron erigidas hace muchos milenios, cuando su pueblo ocupaba la Tierra junto con los jóvenes humanos—, aunque sea solo una, siga en pie.

Y esto, más que cualquier otra cosa, es lo que desea que pase.

Que un Jugador gane.

Un Jugador.

Levanta la mirada del informe para fijar la vista en el holograma de transmisión que flota en el aire, no muy lejos de su cara. Una tenue señal luminosa se mueve en tiempo real por el mapa de una ciudad del subcontinente indio. Un Jugador. A juzgar por la velocidad, va montado en algún tipo de vehículo.

No es el que kepler 22b espera que gane, pero sí el que más ha despertado su curiosidad.

Un Jugador astuto e incauto.

Impredecible. Nervioso. Despiadado.

El shang. An Liu.

Y kepler 22b seguirá observándolo más rato, pero el ansible zumba en este momento, el holograma se apaga, la sala se queda completamente a oscuras y la temperatura desciende a –60 grados Fahrenheit. Instantes después, la negrura se salpica de motitas de luz, la sala se ilumina y ahí están, rodeándolo por todos lados.

El cónclave.

kepler 22b preferiría seguir observando al shang, pero no puede. Es hora de dar su informe.

AN LIU

Beck Bagan, Ballygunge, Kolkata (India)



El shang.

CONVULSIÓN.

parpadeo.

CONVULSIÓN.

An conduce una Suzuki GSX-R1000 e intenta ganar velocidad, pero la muchedumbre de kolkatanos le impide avanzar.

Le da al acelerador. Los neumáticos chirrían sobre el pavimento irregular. Sin casco, los dientes apretados, los pulmones abrasándole, los ojos como dos pequeñas rendijas. Los restos de Chiyoko le presionan el pecho. Junto al collar de su amada lleva una pistola SIG P226 y una pequeña colección de granadas caseras. Una camiseta de algodón impide que su arsenal se vea.

Pone rumbo norte en dirección al cementerio de South Park Street. Acelera, acelera, acelera. El cementerio. Está allí. Allí está uno de los Jugadores a los que Chiyoko incrustó un dispositivo de seguimiento. Uno de los Jugadores a los que ahora sigue An.

En el cementerio estará el nabateo. Maccabee Adlai. Que tiene en su poder la Llave de la Tierra y la Llave del Cielo. Que va ganando.

O que cree que va ganando.

Porque entre ambas cosas hay una diferencia.

Si An llega pronto, habrá una diferencia.

Si An llega, Maccabee no irá ganando. Ni mucho menos.

Morirá.

Y An está a menos de dos kilómetros.

Muy cerca.

Pero la ciudad está abarrotada de gente. Todos los vecinos de Kolkata se han echado a la calle en busca de información sobre sus seres queridos, en busca de una cobertura decente para poder llamar por teléfono. An esquiva a hombres de negocios y a *wallahs* que venden especias, a mujeres vestidas con vivos colores y perros callejeros, a niños que lloran y taxis Ambassador y *rickshaws* con hombres flacos como juncos que tiran de los carruajes por las calles laberínticas como el pez que nada a contracorriente. Sortea con la moto una vaca brahmán que ignora lo que sucede a su alrededor. La gente cruza por delante de él sin cesar. Gente que acaba atropellada

por la moto o recibiendo un puntapié.

Apartaos *CONVULSIÓNCONVULSIÓN* apartaos de mi camino.

Deja a su paso gritos, golpes, palabrotas, puños cerrados de rabia. No hay policía. Ni un solo agente de la ley.

¿Será porque el mundo está al borde de la anarquía?

¿Será por Abaddon ya, antes incluso de que impacte?

¿Podría ser por eso?

«Sí.»

An sonríe.

«Sí, Chiyoko. El fin está cerca.»

Se encuentra con dos hombres altos en el cruce de Lower Range Road con Circus Avenue. Lo señalan y gritan. Lo reconocen. Han visto su vídeo —todo el mundo ha visto su vídeo a estas alturas— y quieren detenerlo. Puede que incluso pretendan matarlo, lo cual a An le parece absurdo. Acelera la moto y la gente se dispersa, pero los hombres se mantienen en su puesto y se cruzan de brazos.

«Imbéciles.»

An va directo a por ellos, pasa por el medio, los derriba y atropella a uno, arrancándole la piel de un brazo. Los hombres gritan y uno saca de quién sabe dónde una pistola de aspecto antiguo. Aprieta el gatillo, pero en vez de disparar, el arma le estalla en las manos.

El hombre cae al suelo, gritando.

La pistola era defectuosa. Vieja. Rota.

«Como este *PARPADEOPARPADEOPARPADEO* este mundo.»

An podría sentir lástima por el hombre y su mano mutilada, pero él es el shang y, por lo tanto, le da igual. Aprieta el acelerador, se levanta del sillín y mueve la rueda trasera de la moto hacia delante y hacia atrás para marcharse. Uno de los hombres grita mientras la pierna permanece momentáneamente atrapada bajo el neumático y queda ensangrentada y en carne viva.

La sonrisa de An se acentúa.

Deja atrás a los hombres. Pasa por delante de una barbería, de una pastelería, de una tienda de teléfonos móviles, de una tienda de productos electrónicos llena a rebosar de gente. En las pantallas del escaparate de esta tienda, An ve de refilón una imagen de kepler 22b.

El alienígena se superó cuando dio el anuncio sobre la Llave del Cielo. kepler 22b empezó a mostrar su verdadera cara. Ahora, Endgame es una realidad para todo el mundo. Una realidad para los ricos y para los pobres, para los poderosos y para los impotentes. Para los brutales y para los bondadosos.

Y a An le encanta.

Ahora, el mundo entero sabe que las dos primeras llaves están juntas. Que las tiene Maccabee. Que Endgame continúa a pesar de los intentos infructuosos de otros Jugadores por detener el juego. Que continúa a pesar del miedo, de la esperanza, de los asesinatos, a pesar incluso del amor.

Y lo mejor de todo es que kepler 22b ha explicado a los habitantes de la Tierra que es imposible detener a Abaddon. Que el asteroide gigante caerá en menos de tres días y que nadie puede hacer nada por evitarlo.

Que millones de personas morirán.

Y a An le encanta.

La moto gira. La calle se ensancha. La muchedumbre se dispersa y An avanza un poco más rápido, a 60 km/h. Mira el reloj de Chiyoko. Ve la luz del dispositivo de seguimiento por encima de los números.

«Blip blip.»

Ahí está. Maccabee Adlai.

Muy *PARPADEO* muy *CONVULSIÓN* muy cerca.

Tan cerca que An puede olerlo.

An grita cuando enfila Shakespeare Sarani Road, recorre dos manzanas más y dobla hacia el noroeste al llegar a Park Street. Mira de nuevo el reloj y lo ve.

«Blip blip.»

«Blip blip.»

A tan solo unas manzanas.

PARPADEOconvulsión.

«Chiyoko Jugaba por la vida.

»*CONVULSIÓNparpadeo*.

»Pero yo

»*CONVULSIÓN*

»Yo Juego por la muerte.»


COMSTARCHAMBER.KEPLERFUTURISTICS.

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, AISLING KOPP, POP KOPP, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS

La Sima. सूर्य को अन्तमि रेज. Valle de la Vida Eterna, Sikkim (India)



—¡Que todo el mundo se largue de aquí pitando! —grita un hombre.

Tendrá cincuenta y pico años, de piel curtida, empapado en sudor, rollizo. Está en medio de un pasillo abarrotado por los Jugadores y sus amigos.

Sarah y Jago están en un extremo, dando la espalda a una puerta abierta. El donghu, la harapana, el nabateo y la Llave de la Tierra y la Llave del Cielo estaban en la estancia que hay detrás de esa puerta hace tan solo unos minutos. Baitsakhan estaba vivo y decidido a matar a Shari Chopra, impulsado por un deseo psicótico de venganza, pero Maccabee sintió lástima por la harapana e impidió que el donghu llevase a cabo el asesinato. Estaba a punto de hacerse tanto con la Llave de Tierra como con la Llave del Cielo cuando Sarah y Jago irrumpieron en la sala. Con Baitsakhan moribundo, el olmeca se abalanzó contra Maccabee para atacarlo y, a pesar de que la pelea fue ardua, Jago venció. Sarah tuvo la oportunidad de matar a la Pequeña Alice Chopra, la niña que es la Llave del Cielo, una muerte que habría puesto fin a Endgame.

Pero Sarah no pudo hacerlo.

Y Jago tampoco.

La patrulla de Aisling llegó poco después de que terminara la pelea. La celta también tuvo opción de matar a la Llave del Cielo e intentó disparar sobre ella con su rifle de francotirador, pero, en el último momento, la Llave del Cielo levantó la mano, tocó la Llave de la Tierra y la niña desapareció envuelta en un destello de luz, llevándose con ella a Maccabee y el cuerpo mutilado de Baitsakhan.

La única persona que ha quedado con vida en la estancia ha sido Shari Chopra, completamente inconsciente y con un chichón enorme en la cabeza, consecuencia del golpe que le ha dado Maccabee. Podría haberla matado, pero por misericordia, por honradez o por empatía, la ha dejado con vida.

Nadie sabe adónde han ido Maccabee y las llaves. Podrían estar tanto en Bolivia como en el fondo del mar, o en el escenario dondequiera que acabe Endgame, incluso delante de kepler 22b.

Lo único que queda aquí, en la derrotada fortaleza harapana, excavada en la zona de la cordillera del Himalaya que ocupa la región de Sikkim, son estos Jugadores y los amigos de Aisling.

Lo único que queda aquí es su miedo, su rabia y su confusión.

Y sus armas.

La mayoría están apuntando a alguien.

—Larguémonos —implora de nuevo el hombre—. Hoy no tiene que morir nadie más.

«Tal vez mueras tú», piensa Sarah, apuntándole a la garganta con la pistola. Sarah se negó a matar a la niña Chopra, pero no se lo pensaría dos veces si tuviera que disparar a este hombre, o a la gente que lo acompaña, si eso significara poder escapar de allí.

El hombre rodea a Aisling Kopp y coloca la mano en el cañón de su rifle de francotirador, obligándolo a descender un par de pulgadas. Ahora apunta hacia el pecho de Sarah, no hacia su frente. La otra mano del hombre está vacía, la palma hacia delante. Tiene los ojos abiertos como platos, su expresión es suplicante; el ritmo de la respiración, acelerado.

«Un Pacificador», piensa Sarah.

El hombre se pasa la lengua por los labios.

—Me largaré cuando ninguno de vosotros se interponga en mi camino —dice Sarah.

Su voz suena tranquila. Sarah ve que Aisling Kopp está sofocada. Tiene una mancha de sangre en la piel; tal vez propia, aunque es más probable que sea ajena.

Sangre. Y sudor. Y suciedad.

Aisling pregunta:

—¿Dónde está la Llave del Cielo?

El arma que sostiene Sarah no pesa. Solo una bala. Dos como mucho.

—Apartaos de nuestro camino —insiste Jago.

Apunta a la cabeza de Aisling con la pistola. Está distinta a como la recuerda de la última vez que la vio. Más mayor, más endurecida, más triste. Debe de pasar lo mismo con todos. Endgame era más sencillo en las primeras fases, antes de que recuperaran la primera llave. Ahora es infinitamente más complicado.

—No vamos a ir a ninguna parte —dice Aisling, sin apartar los ojos de los de Sarah— hasta que averigüemos dónde está la Llave del Cielo.

—Pues aquí no está, Aisling —responde Sarah.

«¡Mátala! —se ordena Sarah a sí misma—. ¡Hazlo!»

Pero no lo hace.

No puede.

Aisling ha intentado hacer lo que a Sarah le ha resultado imposible, ha intentado matar a la niña.

Aisling ha intentado detener Endgame.

Lo que significa que Aisling y sus amigos no pueden ser tan malos.

Sarah dedica una décima de segundo a mirar de reojo a los demás hombres presentes, los que no han hablado. Uno es mayor, pero tiene un aspecto impresionante, y un ojo lechoso y blanco. Tal vez se trate de un antiguo Jugador La Tène. El otro hombre es de mediana edad, contemporáneo del Pacificador. Lleva un pañuelo atado en la cabeza, gafas redondas, y carga con una pesada mochila con equipamiento de telecomunicaciones. Lleva también un rifle de francotirador con el que no se toma la molestia de apuntar a nadie. Introduce la mano en el bolsillo de la camisa y extrae un cigarrillo liado a mano. Se lo lleva a la boca, pero no lo enciende.

Ambos hombres parecen agotados.

«Un día muy largo», piensa Sarah.

«Una semana larga.»

«Una vida tremendamente larga.»

Sarah imagina que podría dar un salto hacia atrás, disparar de forma simultánea y matar al Pacificador en un milisegundo. Aisling respondería al instante abriendo fuego, pero como el Pacificador tiene la mano posada en el rifle de Aisling, el disparo saldría desviado. Jago mataría a Aisling. Y después acabarían con el viejo celta y el hippy del walkie-talkie. Siempre y cuando no hubiera nadie más escondido por allí, Jago y ella podrían bajar la guardia, abrazarse y respirar tranquilos. Podrían salir ilesos de allí. Podrían seguir adelante con su misión de detener Endgame. Sarah sitúa sus posibilidades de matar a esos cuatro entre el 60 y el 65 por ciento. No está mal, pero tampoco es ninguna maravilla.

—No lo hagas —dice el Pacificador, como si pudiera leerle la mente a Sarah.

—¿Por qué no? —replica ella.

—Primero escúchame. —Mira a Aisling—. Por favor.

—Ahí va —murmura el hombre del cigarrillo, rompiendo su silencio.

El anciano del ojo blanco permanece mudo, su mirada pasa de persona a persona.

El hombre explica entonces:

—Me llamo Greg Jordan. Soy un veterano de la CIA retirado con más de veinte años de servicio a mis espaldas. Soy socio, no, *amigo*, de

Aisling. Lo sé todo sobre Endgame. Tal vez más que vosotros, aunque no lo creáis. —Mira a Aisling—. Más de lo que he revelado hasta el momento —reconoce, como queriendo disculparse. El ojo izquierdo de Aisling se mueve con nerviosismo. El anciano suelta aire de forma dramática como modo de expresar sus dudas—. He visto muchas situaciones de tablas mexicanas, con tres oponentes en juego y donde nadie puede ganar. Un movimiento en falso y todos moriremos aquí dentro. Como he dicho, hoy no tiene que morir nadie más. Ya ha fallecido demasiada gente.

Sarah no sabe de qué está hablando. No sabe que Aisling, Greg y los otros dos hombres —y también una mujer, llamada Bridget McCloskey, que ha muerto en la misión— pasaron el día anterior marchando por las montañas y matando a todo el que se cruzaba en su camino. Matando, matando, matando. Al final de la jornada, habían muerto muchísimos harapanos. Más de 50.

Demasiados.

El hombre suspira y dice:

—Mejor no incrementar esa cifra.

Aisling deja caer los hombros, su sentimiento de culpa es creciente y palpable. Las palabras que ha pronunciado Greg Jordan hasta el momento tienen sentido. Las balas siguen en las recámaras; los pies, asentados en el suelo. La expresión de Sarah y la de Jago parecen decir: «Continúa».

Greg Jordan prosigue:

—Voy a jugármela y decir que creo que *todos* podemos ser amigos. Creo que todos queremos lo mismo; a saber, poner fin a esta locura. ¿Tengo razón? ¿Qué decís, chicos? ¿Amigos? ¿Al menos hasta que hayamos charlado un poco y estemos fuera de esta fortaleza himalaya?

Una pausa.

Entonces Jago susurra:

—Que les den, Sarah.

Y Sarah, en parte, está de acuerdo, pero antes de que le dé tiempo a cometer una temeridad, Aisling pregunta:

—¿Por qué no la has matado, Sarah? ¿Por qué no has podido hacerlo?

Mientras pronuncia esas palabras, deja caer el brazo que sostiene el rifle. Aisling está indefensa por completo, y eso quiere decir algo.

La celta se sitúa delante de Greg Jordan.

—¿Por qué? —repite, mirando fijamente a Sarah; su voz es apenas un susurro.

Aisling quiere que el juego termine. Quiere detenerlo. Quiere

salvar vidas.

Igual que Sarah y Jago.

Sarah nota una punzada en el antebrazo que le recuerda que en el transcurso de la pelea con Maccabee y Baitsakhan ha sufrido una herida de bala que tiene que atender lo antes posible. Está un poco mareada. Afloja la presión de la mano sobre la pistola.

—Sé que debería haberlo hecho…

—Pues claro que deberías haberlo hecho —replica Aisling.

—Quería que esto acabara. *Necesitaba* que se terminase.

—¡Pues deberías haber apretado el gatillo!

—Tienes…, tienes razón. Necesitaba que esto acabara —reitera Sarah.

—Esto no se acabará hasta que esa niña muera —asevera Aisling.

—No me refiero a esto —dice Sarah, bajando un poco más la voz —. Yo también quiero que Endgame se acabe, Aisling, pero necesitaba… ¿Qué es lo que acabas de decir, Greg? ¿Locura? Necesitaba que esta locura se detuviera. La locura que tengo en la cabeza. Si hubiera apretado el gatillo, me habría…, me habría…

—Te habría destruido —dice Jago, bajando también un poco la guardia—. Yo también lo he intentado, celta. Y no he podido. Tal vez ha sido un acto egoísta, pero Sarah ha hecho bien en no matar a la Llave del Cielo. Es una niña. Un bebé. Pase lo que pase, ha hecho bien.

Aisling suspira.

—Mierda. —Nadie habla durante unos instantes—. Lo comprendo. La verdad es que durante todo el viaje he rezado para no tener que hacerlo de cerca, como algo personal. Que fuera un disparo a distancia con esto. —Sube el rifle y mira a su alrededor, más allá de Sarah, hacia el fondo del pasillo—. Pero me parece que he fallado, ¿no?

Sarah asiente.

—Se ha ido. Ha empezado a repetir «Llave de la Tierra» una y otra vez y creo que entonces la ha tocado y…

Jago chasquea la lengua.

—Puf.

—¿Qué quieres decir con «puf»? —pregunta Jordan.

—Que han desaparecido —dice Sarah—. No es tan extraño si tienes en cuenta que hace tan solo treinta minutos Jago, yo y los otros dos Jugadores estábamos en Bolivia.

—Chorradas —espeta Aisling.

—¿Qué? ¿Vosotros no habéis llegado hasta aquí teletransportados? —pregunta Jago, intentando bromear, por mucho que siga apuntando a la sien de Aisling.

Esta ignora el comentario. No es la primera vez que alguien la apunta con un arma y tampoco será la última.

—No, no hemos llegado teletransportados —responde Aisling—. Hemos venido en aviones, trenes y coches viejos. Y a pie. Una larga caminata.

—Entonces, la Llave del Cielo… se ha *ido*, ¿no es eso? —pregunta Jordan.

Sarah mueve la cabeza en un gesto afirmativo.

—Su madre está aquí.

Aisling se la queda mirando e intenta escudriñar la sala.

—¿Quién? ¿Chopra?

—Sí —responde Sarah.

—¿Viva? —pregunta Aisling, con un tono de desesperación en la voz.

—Sí —contesta Jago.

—Mierda —suelta Jordan—. Eso no son buenas noticias.

—¿Por qué no? —quiere saber Sarah.

La que responde es Aisling.

—Hemos… acabamos de matar a toda su familia —dice.

—¿Qué? —pregunta Jago.

—Esto es una fortaleza harapana —explica el anciano desde el fondo de la sala, el orgullo envuelve sus palabras—. Pero no ha sido lo bastante fuerte para resistir nuestro ataque.

—Creo que no me tendrá mucho aprecio cuando se despierte —indica Aisling—. Al menos es lo que me pasaría a mí de estar en su lugar.

—Mierda —dice Sarah.

—Sí. Mierda —repite Jago, pero en español.

—Deberíamos matarla —propone el anciano.

Pero Aisling levanta la mano.

—No. Jordan tiene razón. Ya ha habido demasiados muertos por hoy. Marrs… —Sarah y Jago ven que se dirige al hombre del walkietalkie—, puedes mantenerla como la Bella Durmiente, ¿no?

—Por supuesto, ningún problema —responde Marrs; su voz es nasal y muy aguda.

Jordan dice:

—Oye, qué bien suena todo esto. Estamos bien, ¿no os parece?

—*Más* que bien —afirma Sarah, pero entiende adónde quiere ir a parar y baja el arma. Jago la imita.

Aisling deja el rifle en el suelo.

—Escuchadme con atención, Sarah, Jago. Estoy harta de Jugar. Durante un tiempo pensé que intentaría ganar, pero aquí no hay

vencedor. Todos somos perdedores..., tal vez el que gane acabe siendo el mayor perdedor de todos. ¿Quién quiere vivir en la Tierra si es un lugar espantoso, moribundo y lleno de miserias? Yo no.

—Tampoco yo —asegura Sarah, pensando de nuevo en que ha sido ella la que ha puesto todo esto en movimiento al hacerse con la Llave de la Tierra en Stonehenge.

Ya está pensando de nuevo en Christopher y en su sentimiento de culpa.

Aisling se acerca a Sarah con la mano tendida.

—Cuando Jordan, Marrs y yo formamos equipo, les dije que si no podíamos ganar Endgame intentaríamos encontrar Jugadores que pensaran como nosotros. Y que les brindaríamos la oportunidad de unirse a nosotros para acabar de una vez por todas con este puto caos. Si alguna vez me encuentro con Hilal, por ejemplo, quiero luchar con él. Hilal tenía razón cuando estuvimos todos juntos en la Llamada. Deberíamos haber colaborado ya entonces, esperemos que no sea demasiado tarde para hacerlo ahora.

Sarah se acerca un poco más, pero no le estrecha la mano a Aisling.

—¿Cómo sé que podemos confiar en ti?

Aisling frunce el entrecejo y eleva una comisura de la boca.

—No podéis saberlo. Todavía no.

—La confianza es algo que se gana —dice Sarah, como si citara una frase de un manual de entrenamiento.

Aisling asiente. Ya lo ha oído antes. Es una frase que conocen todos ellos.

—Es verdad. Pero creo que puedes tener cierta confianza. Cuando intenté matar a la Llave del Cielo no te disparé. En Italia tampoco, y tuve oportunidad de hacerlo, aunque es posible que me hubiera venido mejor. Pop, aquí presente, piensa que debería haberlo hecho —el anciano refunfuña—, y hace tan solo unos días yo pensaba lo mismo. Pero tal vez no lo hice para que pudiéramos estar ahora todos aquí reunidos. Tal vez no lo hice porque no estamos acabados. Lo que tenga que ser, será, ¿no?

—Sí. Lo que tenga que ser, será —murmura Jago.

—Si intentamos detener esto juntos —dice Aisling—, si lo intentamos de verdad, no os haré daño. Ninguno de estos os hará daño. Tenéis mi palabra.

Sarah se lleva la mano a la herida del brazo izquierdo. Mira a Jago y ladea la cabeza. De pronto, lo único que desea es estar entre sus brazos y dormir. Adivina que él está pensando lo mismo. Jago asiente en un gesto brusco. Sarah se recuesta contra su cuerpo.

—De acuerdo, Aisling Kopp —acepta Jago, hablando por los dos. Extiende la mano y estrecha la de la celta—. Depositaremos nuestra fe en ti, y tú harás lo mismo con nosotros. Mataremos Endgame. Juntos. Pero tengo una pregunta que no puede esperar.

Aisling sonríe. Aparece como una ráfaga de aire en la estancia. Sarah también lo percibe y se siente aliviada. No habrá más luchas por hoy. Jordan emite un silbido y Marrs enciende el cigarrillo. Va hasta el otro extremo del pasillo, murmurando que va a ver cómo está Shari Chopra cuando pasa por delante de Sarah y de Jago. El único que sigue tenso es el anciano.

Aisling lo ignora y vuelca toda su atención en sus nuevos aliados. A lo mejor incluso sus nuevos amigos.

—¿Qué pregunta tienes, Jago Tlaloc?

—Si la Llave del Cielo ha sobrevivido y hemos perdido nuestra oportunidad, ¿cómo vamos a apañárnoslas para detener Endgame?

Aisling mira a Jordan.

—Supongo que aquí es cuando entras tú, ¿no?

Jordan se encoge de hombros.

—Sí.

Aisling suspira.

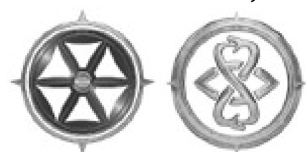
—Sé que me llevas ocultando algo desde el día que nos conocimos, Jordan. ¿Puedes ponernos ya al corriente?

Marrs ríe desde la otra estancia. Jordan endereza la espalda. Dice:

—Amigos, ha llegado la hora de conocer a Stella Vyctory.

$$ds^2 = -c^2dt^2 + dl^2 + (k^2 + l^2)\,(d\theta^2 + \sin^2\theta\, d\varphi^2).$$

MACCABEE ADLAI, LA PEQUEÑA ALICE CHOPRA Cementerio de South Park Street, Kolkata (India)



Maccabee abre un encendedor Zippo. La llama se enciende y titila. Está en una cámara pequeña y oscura como boca de lobo, un lugar que no reconoce. Al parecer, ha sido teletransportado a otro sitio que escapa de nuevo a su control. Baja la llama y, sí, allí está, la Llave del Cielo. Delante de él, temblorosa. Ojos enormes, precioso cabello negro. Las manos cerradas en puños pegadas al pecho. Una niña aterrada.

Y lo único que consigue decir es:

—T-t-t-t-t-tú.

—Me llamo Maccabee Adlai. Soy Jugador, como tu madre.

Sus palabras suenan apagadas, su voz, gangosa como consecuencia de la paliza que acaba de recibir por parte de Jago Tlaloc antes de despertarse ahí, en plena oscuridad. Levanta la mano y devuelve la mandíbula a su lugar. Se oye un potente chasquido.

—T-t-t-t-t-tú.

Le duele todo el cuerpo, sobre todo la entrepierna, la boca del estómago, el dedo meñique de la mano izquierda y la mandíbula. El meñique está completamente doblado hacia atrás. Por suerte, el anillo sigue allí. Cierra la tapa del anillo para que la aguja envenenada quede protegida y endereza el dedo presionándolo contra el muslo. El dolor asciende por el brazo y llega hasta el cuello. Será incapaz de doblar los nudillos, pero al menos ya no sobresale en aquel ángulo tan raro.

«Cuando gane no me quedará prácticamente nada entero», piensa.

—T-t-t-t-t-tú —vuelve a decir la niña.

Avanza hacia ella. La niña retrocede. Se queda blanca. No tendrá más de tres años. Tan pequeña. Tan inocente. Tan poco merecedora de lo que le ha pasado.

«El Juego es una mierda», ha dicho Shari Chopra hace tan solo unos instantes. Y en ese momento, Maccabee estaba de acuerdo con ella. Comprende que este sentimiento ha debido de ser lo que le ha salvado la vida a Shari, el que lo ha empujado a dejarla inconsciente en vez de dispararle. Ahora, mirando a Alice, no se arrepiente de su decisión.

«Tan joven…»

—Tu madre está viva —dice Maccabee—. La he salvado de una mala persona. Ha ido a por ella y yo..., yo lo he detenido. —Había estado a punto de decir «matado», pero la palabra quedaría fuera de lugar, ¿verdad? ¿Delante de una niña?—. Está viva, pero no está aquí... dondequiera que nos encontremos ahora.

—T-t-t-t-tú —repite la niña, abriendo los ojos cada vez más.

Maccabee da un paso más hacia ella, la barbilla pegada al pecho, la parte superior de la cabeza rozando el techo de piedra. El ambiente es muy húmedo. Solo se oye la respiración de ambos. Maccabee mueve el dedo en dirección a la niña, el meñique rígido que parece una rama que brota de la mano.

—Tranquila, pequeña. No te haré daño. Se lo prometí a tu madre y lo dije en serio.

Tropieza con algo. Baja la vista. Un trapo o algo por el estilo.

—T-t-t-t-tú. En mi sueño. Tú-tú-tú le haces *daño* a la gente...

—No te haré ningún daño —repite Maccabee.

Enfoca el encendedor hacia abajo y empuja con el pie la cosa del suelo. Pesa. Mira. Un miembro. Una pierna. Un agujero provocado por una quemadura en el bolsillo del pantalón, a la altura del muslo. Mueve el Zippo hacia arriba e ilumina la cara salpicada de sangre de Baitsakhan, sus ojos vacíos y sorprendidos, la mandíbula floja, la garganta abierta por la mano biónica que todavía sujeta las vértebras cervicales de su columna.

Baitsakhan.

«Toma.»

«Mata.»

...

«Pierde.»

Su Endgame ha terminado.

«Hasta nunca.»

Maccabee escupe en el suelo. La niña se ha quedado boquiabierta y está señalándolo.

—¡No! ¡Tú no! ¡Él! ¡Es él! ¡Él le cortó el dedo a mamá! ¡Él hace daño a la gente! ¡Es él!

Maccabee arrea un puntapié al cuerpo del donghu para que quede bocarriba. Se sitúa entre la Llave del Cielo y Baitsakhan. La niña no debería ver esto. Ningún crío debería ver esto.

—Tranquila. No pasa nada. Ya no puede hacerte daño.

—Mamá.

—Y a ella tampoco. Ya no.

De repente, Maccabee teme que Shari haya viajado también hasta dondequiera que estén ahora. Y que también lo haya hecho el olmeca

y quizá la cahokiana. Se vuelve de repente e inspecciona el resto de la estancia, pero no hay nadie. Solo están él y la Llave del Cielo y…

—¡Llave de la Tierra! —grita Maccabee.

«¿DÓNDE ESTÁ?»

La niña se estremece. Da un brinco y su cuerpo se queda rígido, como si estuviera poseída. Deja caer la mano derecha hacia el costado, extiende la izquierda con la palma mirando hacia arriba. Maccabee se acerca un poco más. La niña no se mueve. Es como si el miedo se hubiese evaporado de pronto y lo hubiese sustituido un vacío.

«Está en estado de *shock* —piensa Maccabee—. O tal vez se haya apoderado de ella una fuerza más poderosa.»

Clava la mirada en la mano. Una pelotita. La Llave de la Tierra.

La coge. La niña arquea la ceja, pero, por lo demás, permanece inexpresiva.

—La guardaré yo.

Maccabee se la mete en un bolsillo con cremallera del pantalón y la acaricia desde el exterior.

—Llave de la Tierra —dice la niña.

—Eso es —confirma Maccabee.

Inspecciona la pequeña estancia. «¿Dónde demonios estamos?» El suelo es de tierra y todo lo demás es piedra. No hay ventanas ni puertas. No hay manera de entrar ni de salir. Mientras mira a su alrededor, se pasa la mano por el torso para comprobar de qué dispone como herramienta de trabajo. No tiene armas, pero conserva el teléfono móvil, un paquete de chicle y su cuchillo nabateo antiguo.

Una oleada de pánico se apodera de él en cuanto la adrenalina desaparece de su organismo. Comprende que todo lo que ha pasado recientemente —localizar a Sarah y a Jago en Bolivia, seguirlos por las ruinas de Tiwanaku, ser teletransportado a alguna parte a través de aquel antiguo portal, luchar, matar, luchar un poco más y perder el conocimiento en manos de ese ágil olmeca que debe de pesar cincuenta o sesenta libras *menos* que él y luego ser otra vez teletransportado—, todo eso ha sucedido con toda probabilidad en tan solo un par de horas.

Necesita descansar. Y pronto.

—La Llave de la Tierra dice que… —empieza a decir la niña con voz monótona.

La pierna del pantalón vibra.

—… dice que se acerca alguien.

Vibra con violencia. Maccabee se lleva la mano a la pierna. «¡La esfera de seguimiento!»

¡Otro Jugador!

Mira a derecha e izquierda, arriba y abajo, y no logra ver adónde ir. ¿Está a punto de aparecer otro Jugador? ¿Se verá obligado a luchar con el cuerpo destrozado dentro de aquella caja? ¿Dentro de aquel... sarcófago?

Da la vuelta sobre sí mismo, la llama del mechero se apaga. Trata de volver a encenderlo con el pulgar. La ruedecilla gira, gira, gira; las chispas no prenden. Pero a pesar de la total oscuridad reinante, ve algo que le llama la atención. Justo delante de su cara. Una fina línea blanca. La sigue, traza un débil cuadrado en el techo. Guarda el encendedor en el bolsillo, sitúa ambas manos sobre la gélida piedra y empuja. Pesa, se tensa, gruñe y el jadeo se entremezcla con el sonido áspero que emite la piedra al rozar con otra roca. Una abertura. Luz. El aire caliente se filtra en la pequeña estancia cuando Maccabee consigue introducir los dedos por la rendija de seis centímetros que ha logrado abrir. Se pone de puntillas y mira.

Están en un agujero en el suelo. El hueco está cubierto con una cúpula gótica sostenida con pilares, como la que cubriría una tumba o un monumento. Un puntito de luz naranja procedente de una farola, el resplandor apagado del anochecer en el cielo, más allá de la cúpula, las ramas negras de árboles cargados de hojas colgando sobre todo, como una cortina. Se oye el arrullo de una paloma, que rápidamente se marcha volando. El ajetreo lejano de una ciudad —tráfico, el zumbido de los aparatos de aire acondicionado, voces— no muy lejos.

Maccabee coge a la Llave del Cielo y la empuja hacia el agujero. Sale él a continuación. Están en medio de un cementerio inmenso de una época pasada, las tumbas de piedra son majestuosas e importantes; sepulcros victorianos con techos en forma de cúpula que deben de albergar familias enteras, obeliscos de siete metros de altura y pedestales de basalto que pesan miles de kilos. Muchos están cubiertos con musgo y liquen y manchados por el paso del tiempo. La vegetación crece en cualquier rincón: hierba, palmitos, árboles de hoja caduca, malas hierbas, gigantescos banianos con raíces al aire que se clavan en el suelo. Es uno de los cementerios más impresionantes que ha visto Maccabee en su vida.

La Llave del Cielo lo sigue por el camino, los brazos pegados a los costados, las piernas moviéndose como si fueran las de un robot. Está completamente ida, pero logra decir:

—Viene uno. Está cerca.

Con la mano derecha, Maccabee saca la esfera del bolsillo y empuña el cuchillo con la izquierda. El meñique rígido sobresale hacia un lado. Igual que cuando Alice Ulapala estaba acercándose a su escondite en Berlín, la esfera brilla en señal de advertencia y no ofrece

ningún tipo de información sobre quién es la persona que se aproxima ni sobre por qué dirección llega.

Maccabee sabe que, por primera vez en su vida, tendrá que huir. Está demasiado malherido, demasiado desarmado, demasiado desorientado y es demasiado vulnerable para intentar plantar cara. Tiene, además, la Llave del Cielo.

Guarda de nuevo la esfera en el bolsillo y coge a la niña. La carga bajo el brazo como si fuese un paquete.

Echa a correr por un camino de tierra, el cementerio sigue oscuro y claustrofóbico hasta que los árboles y las impresionantes tumbas dan paso a un área más abierta. Delante de ellos se alza una pared de piedra de tres metros de altura y al otro lado, en la calle, edificios de hormigón normales y corrientes.

«¿Dónde demonios estoy? Esto no parece ni Perú ni Bolivia. ¡Ni siquiera Sudamérica!»

Se acerca al muro, mira a derecha e izquierda. Podría escalarlo, pero, cargando con la Llave del Cielo, sabe que le resultará imposible. Gira hacia la izquierda y sigue corriendo, manteniendo el muro a su derecha. La esfera que lleva en el bolsillo parece haberse tranquilizado un poco, por lo que supone que quienquiera que se acercara se ha desviado del camino.

La Llave del Cielo pesa unos 15 kilos. La coge de lado, la cabeza hacia delante y las piernas colgando detrás de él. Es como si llevara una muñeca de tamaño natural.

Al llegar a la esquina del muro, Maccabee descubre un alijo de herramientas de sepultureros: una pala clavada en una montaña de arena, un pico, un rollo de cuerda gruesa. Deposita con cuidado en el suelo a la Llave del Cielo y corta cuatro metros de cuerda. Se la ata a la cintura y a los hombros, se carga la Llave del Cielo a la espalda y le pasa la cuerda por el trasero un par de veces y luego por la espalda. Tensa la cuerda y hace un nudo fuerte en la X que le cruza a él el pecho. De este modo, consigue asegurar a la niña en la improvisada mochila y le quedan las dos manos libres. Nota la respiración acelerada de la chiquilla en la nuca. Sigue como ausente, probablemente por el trauma de sentirse alejada de su madre y de entrar en contacto con la Llave de la Tierra.

Su intención es escalar el muro y saltar a la calle de la ciudad en la que se encuentra, pero en esta zona la pared es más lisa y no halla asideros. Está a punto de retroceder y buscar un lugar donde poder escalar cuando se queda inmóvil. ¡La cuerda! ¡El pico!

Ata la cuerda a la empuñadura de madera y lanza el pico por encima del muro a modo de gancho. Tira de él con fuerza y ve que

resiste. Coloca un pie en la pared y empieza a subir.

Pero en aquel mismo instante, la esfera tiembla en el bolsillo, una sacudida que parece un pequeño terremoto, y la Llave del Cielo se despierta de su estado de zombi, le agarra del pelo y tira con fuerza. Maccabee pierde pie y se balancea medio metro hacia un lado. Justo en ese momento, oye un crujido. Un pedazo de pared le explota junto a la cara y oye los disparos de una pistola.

—Está aquí —dice la Llave del Cielo.

Maccabee se protege detrás de una tumba alta mientras tres balas más pasan zumbando por su lado; una de ellas lo roza. Da un puntapié a la pala y la pilla al vuelo. Se vuelve hacia la derecha, pero la Llave del Cielo le tira de nuevo del pelo y dice:

—Hacia el otro lado.

A pesar de que el movimiento implica atravesar la línea de fuego, Maccabee le hace caso. Rápidamente imagina que el Jugador tiene que ser el shang, An Liu. Marcus y Baits están muertos, Jago está con Sarah, y Hilal debe de seguir en Etiopía recuperándose de sus heridas.

Y si se trata de Liu, lo más probable es que lleve bombas.

¡Lo cual significa que Maccabee tiene que *MOVERSE*!

Maccabee coge una palada de arena y la lanza, creando con ello una pantalla de humo que aprovecha para camuflarse y echar a correr. Oye entonces un golpe, rodea el grueso tronco de un árbol, tapa con las manos la cabeza de la Llave del Cielo y ¡bum! Una explosión justo donde estaban hace unos segundos. Caen cascotes por todas partes, las hojas se estremecen con la onda expansiva y se inicia una lluvia de madera y de piedras. La explosión ha sido pequeña, pero suficiente para haberles causado a los dos graves daños de no haberse apartado a tiempo.

—Ve por aquí —dice la niña con calma.

Maccabee desconoce por completo aquel lugar y tiene el cuerpo dolorido por todo lo que ha pasado, pero la niña acaba de salvarlos y le presta atención.

—Gira a la izquierda. Recto. Izquierda. Izquierda. Recto. Derecha. Izquierda, izquierda, izquierda.

Maccabee sigue las instrucciones, aunque no le parezcan correctas o tenga la sensación de que están dando vueltas en círculo. Se mueven de arriba abajo, serpentean, saltan y vuelan. Esquivan por los pelos varios disparos más y otra pequeña explosión. La Llave del Cielo está transformando el denso cementerio en un laberinto, y la solución funciona. Por algún motivo desconocido, la niña sabe perfectamente dónde está An. Maccabee llega a la conclusión de que, al menos en este momento, es muy superior a la misteriosa esfera que ha utilizado

hasta ahora para realizar el seguimiento de los Jugadores.

Al final, rodean un bloque de piedra negra y encuentran una abertura en forma de arco de medio punto excavada en el muro, con el ancho suficiente para que pueda pasar un coche. Los dos pequeños edificios que la flanquean están pintados de color rosa. Al fondo se ve una verja de hierro forjado. Al otro lado, una calle ancha por donde circula el tráfico. Maccabee vislumbra una moto prácticamente nueva estacionada en la acera.

La salida. Está a 10 metros de distancia, todo recto. Pero son 10 metros sin protección alguna.

—Está demasiado lejos —dice Maccabee. La esfera se mueve de un lado a otro en el bolsillo, a tanta velocidad que teme que vaya a salir de un salto—. Nos matará.

La Llave del Cielo le rasca un lado del cuello.

—Aquí —dice.

—¡Ya lo veo, pero está demasiado lejos!

Disponen solo de unos segundos. La niña rasca con más fuerza, empieza a clavarle las uñas en la carne.

—Aquí —le susurra al oído.

Entonces Maccabee lo entiende. Lleva alguna cosa en el cuello: un dispositivo de seguimiento. ¡Un dispositivo que An, y vete tú a saber cuántos Jugadores más, han estado utilizando para seguirlo!

Desenfunda el cuchillo y con destreza levanta un pedazo de piel del cuello. Va con cuidado para no pinchar nada importante ni cortar un músculo o un tendón. El dolor es soportable, pero sangra profusamente.

—Eso es —dice la niña.

Maccabee retira el cuchillo y mira el trozo de carne que ha arrancado; sí, ahí está. Una puntita de aguja de color negro.

Hace una bola con la carne y la arroja lejos. El sangriento proyectil pasa por encima de la tumba y desaparece. Se prepara para echar a correr, pero la niña le clava una uña en la herida recién abierta y dice en voz baja:

—Espera.

Sofoca un grito y hace lo que se le ordena. Un segundo. Dos. Tres.

—Ahora. Corre.

Maccabee arroja la pala y corre todo lo rápido que puede hacia la salida. No oye disparos. Han esperado a que An mordiera el anzuelo del dispositivo descartado y, al parecer, ha caído.

La salida está cada vez más cerca y lo conseguirán. Pasa una persona por la calle, una mujer, vestida con un sari de color naranja. Pasa un autobús y Maccabee ve un anuncio de cigarrillos en el lateral.

Escrito en hindi.

«India. Estamos en India.»

Lo van a conseguir. La esfera se vuelve loca en el bolsillo. Baja la mano para sujetarla, pero en aquel momento sale disparada y Maccabee derrapa para detenerse.

—¡Déjala! —dice la niña.

Maccabee retrocede, la esfera amarilla brilla y da botes en el suelo como si estuviera viva.

—¡No! —insiste ella.

Maccabee ve algo de repente. An Liu. Está en el sendero y empuña una pistola de color oscuro. Aún no los ha visto, se mueve de un lado a otro y Maccabee casi ha conseguido cazar la esfera, pero entonces... es demasiado tarde. An Liu apunta en dirección a Maccabee y este se lanza hacia un lado; la esfera brilla con tanta intensidad que su luz devora el muro, el camino e incluso a An. Se oyen disparos, pero todos fallan. La luz ha cegado al shang, que ya no puede ver a Maccabee.

—¡Déjala! ¡La utilizo yo! ¡Vamos! —implora la niña.

Una vez más, Maccabee hace lo que le dicen y echa a correr hacia la calle. Ve la moto, inspecciona el contacto y hace un puente en un abrir y cerrar de ojos. Sube. La moto cobra vida y se ponen rápidamente en marcha. La luz de la esfera lo absorbe todo en un perímetro de 20 metros y la gente que circula por la calle grita, señala, corre.

—La utilizo yo —repite la niña en voz baja, la cabeza recostada en el hombro de Maccabee—. La utilizo yo.

Se convierte en un peso muerto. También está agotada.

Una manzana más allá, la luz da paso a un agudo chirrido y luego se apaga, y después —¡UUUAM!—, una bola de humo engulle la calle. Maccabee inclina la moto para doblar la esquina, la rueda trasera derrapa y se ve obligado a plantar el pie en el suelo para sostenerse. Fragmentos de edificios, de coches y de árboles vuelan por los aires a sus espaldas.

La niña se desmaya, la ciudad india se vuelve borrosa y, por un instante, An Liu ya no los persigue.

Por primera vez en su vida, Maccabee ha huido de un enfrentamiento. Y ha funcionado. Con la ayuda de la pequeña Llave del Cielo, que parece poseída. Ha funcionado.

«No permitiré que nadie te haga daño», piensa.

Y lo dice en serio.

AN LIU

Cementerio de South Park Street, Kolkata (India)



An se arrodilla. Sacude la cabeza para intentar despejarse.

«Casi los tengo.

»*CONVULSIÓN*.

»Casi.

»*PARPADEO*.

»Vaya explosión.»

An había lanzado una granada hacia la luz en el último segundo, pero esa detonación había sido de otra cosa. El nabateo debía de haber instalado ese artilugio brillante y lo habría hecho estallar para ganar distancia y tiempo. Y lo había conseguido. Maccabee había desaparecido. Con las dos primeras llaves.

Desaparecido.

PARPADEO.

An mira el collar de Chiyoko que lleva bajo la camiseta. Está cubierto por una fina capa de polvo, como todo a su alrededor. Se saca el colgante por la cabeza y lo sacude con cuidado, lo limpia con la punta de los dedos, lo sopla. Cuando le parece que ha quedado razonablemente bien, vuelve a ponérselo.

Se sacude, encuentra su Sig. Le pone un cargador nuevo. Se oyen sirenas a lo lejos.

Convulsiónconvulsión.

El mundo está al corriente de Endgame y sabe que Abaddon se acerca, pero la ley no ha desaparecido del todo. Aún no.

Echa a correr hacia la salida. El nabateo ha desaparecido y la moto de An también.

An escupe, la saliva está impregnada de ceniza negra.

El nabateo ha desaparecido.

AISLING KOPP, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS, POP KOPP, SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SHARI CHOPRA

Viajando en dirección sur siguiendo el río Teesta, cerca de Mangan, Sikkim (India)



Aisling mira por encima del hombro hacia los asientos traseros del jeep. Shari Chopra está tumbada en el asiento, hay una bolsa con suero intravenoso sujeta en la parte superior de la ventanilla, el tubo desciende hasta la aguja clavada en el dorso de su mano. En el gotero, con un regulador, una dosis mínima de benzodiazepina es suficiente para que no le duela nada y duerma todo el tiempo que necesite. Hasta que lleguen a Tailandia, que es donde Jordan está conduciéndolos y donde los espera Stella Vyctory.

El todoterreno salta sobre los baches de la carretera, están completamente rodeados de montañas y Aisling reflexiona sobre Shari. Después de la situación de tablas a la que ha llegado con Sarah y Jago, Aisling ha seguido a Marrs hasta la cámara más profunda de la fortaleza harapana y ha visto que la chica de pelo negro como ala de cuervo que es la madre de la Llave del Cielo estaba viva y más o menos en buen estado.

El suceso ha hecho que Aisling se debata en su fuero interno. Por un lado, sospecha que Shari es uno de los Jugadores más decentes, que no se merece una muerte sin sentido a manos de un psicótico. Se alegra de que Baitsakhan y Maccabee no la hayan matado. Pero el problema es que, desde el punto de vista de Shari, la Jugadora psicótica es Aisling. De no ser por ella, la familia de Shari seguiría con vida. Sí, lo más probable es que el nabateo hubiera conseguido llevarse a su hija, pero los harapanos que se habían refugiado en las montañas continuarían vivos si no hubiesen aparecido Aisling y su escuadrón de la muerte.

Aisling intenta dar sentido a lo sucedido echándole la culpa de todo a Endgame: Aisling no ha convertido a la hija de Shari en una de esas putas llaves. Ha sido Endgame. Aisling solo ha hecho lo que creía que tenía que hacer para detener Endgame, y Shari, por su parte, solo ha hecho lo que haría cualquier madre.

Todo esto hace que Aisling desee, por encima de todo, detener Endgame y también castigar a los Creadores, y muy especialmente a kepler 22b.

Aisling sabe, a ciencia cierta, que cuando Shari se despierte no

tendrá muchas ganas de perdonar. Solo querrá vengarse, y sabe que la venganza es una desgracia desgarradora que opera por completo fuera del terreno de la lógica. Es evidente que Aisling siempre podría suplicarle a Chopra que razone, insistir en que lo que había matado a todo su pueblo había sido Endgame, pero sabe que todo eso son chorradas. *Ella* ha matado a toda esa gente, junto con Jordan, Pop y el resto de su equipo. Y, para bien o para mal, Chopra está ahora tumbada detrás de Aisling en el jeep que conduce Jordan, ella está apretujada entre él y Marrs en el asiento delantero. Cada vez que Jordan cambia la marcha, tiene que buscar la palanca entre las piernas de la chica. Intenta disculparse cada vez, hasta que Aisling le dice que se calle. Jordan obedece. Sarah también viaja en medio, pero en el asiento trasero, entre Shari y Jago. Su cuerpo está doblado en una extraña posición sobre el regazo de Jago, el brazo sigue herido. Aisling le ha hecho una cura y se lo ha inmovilizado en un cabestrillo. Jago está despierto, pero guarda silencio. Su mano descansa sobre la cabeza de Sarah, los dedos hundidos en su cabello. Ha hablado muy poco, pero cuando lo ha hecho se ha mostrado tranquilo e incluso simpático.

Pop es otra historia.

Está atrás del todo, calado entre todo el material que no podían dejar, armas y un equipo de conexión vía satélite que Marrs utiliza para acceder a internet. Pop no ha dicho ni palabra desde que han forjado la alianza. No ha preguntado por la Llave del Cielo ni cruzado palabra con Sarah ni con Jago. No ha dicho ni que se apunte al plan de conocer a Stella ni que lo rechace.

Aisling entiende ese silencio como un grito a pleno pulmón. Sabe que a Pop no le gusta nada el curso que están tomando las cosas. Va en contra de todas y cada una de sus creencias. Endgame no tenía que ser así.

Aisling no sabe muy bien cómo va a gestionar la situación con Pop, pero sabe que le corresponderá a ella gestionarla cuando llegue el momento.

Los demás no parecen tan preocupados. Sobre todo, Jordan y Marrs.

Desde que subieron al todoterreno, Marrs ha estado navegando por internet, examinando sitios de noticias y foros gubernamentales encriptados, además de páginas raras repletas de rumores, intrigas y relatos sobre los últimos acontecimientos, y comentando con Jordan prácticamente cualquier detalle.

—Las agencias espaciales se han puesto a trabajar desde que el kepler hizo el anuncio. La NASA dice que Abaddon caerá en el

Atlántico Norte —anuncia Marrs con su voz nasal y monótona—. Al sur de Halifax. Que arrasará mucho territorio. *Mucho*.

—La hostia —dice Jordan.

—Y los del DC ¿qué están haciendo?

—Están de traslado. Se lo llevan todo todito. A Colorado, por lo que parece.

—¿Al NORAD?

—Por supuesto. Están tirando la casa por la ventana. En Nueva York impera la ley marcial, pero por lo visto se mantiene la calma. En Boston, sin embargo, la situación está descontrolada. Al parecer, un jugador de los New England Patriots asesinó a su mujer y a sus hijos y luego se suicidó... Mató incluso al perro.

—¿Alguna alerta sobre los demás Jugadores? —pregunta Jordan.

—Hay indicaciones que podrían invitar a pensar que el shang está en Kolkata, pero la señal es muy tenue y mi bengalí es espantoso. No hay rastro todavía del nabateo. Oh..., y al parecer hay alguien destruyendo monumentos.

—¿Además de Stonehenge? —pregunta Jordan entonces con incredulidad.

—Sí. Esta mañana, mientras nosotros estábamos bajando a pie de la fortaleza, un grupo de operativos no gubernamentales, que sigue en el anonimato, al menos para los nuestros, ha hecho explotar el zigurat de Chogha Zanbil. El sumerio.

—A Stella no le gustará nada.

—No, no le gustará —confirma Marrs.

Jordan adelanta a un camión lento y sortea el tráfico que le llega de cara, que es el habitual en India. Una moto los adelanta por el arcén.

—¿De qué demonios estáis hablando? —pregunta Jago.

Aisling mueve la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Sí, ¿de qué estáis hablando?

—Tu linaje tiene un monumento que es más sagrado que cualquier otro; ¿no es así, Aisling? —dice Jordan.

—Jordan, sabes perfectamente que era Stonehenge.

«Imbécil», piensa Aisling.

—¿Y vosotros, Tlaloc? —inquiere Jordan.

—Sí. Está en la península del Yucatán, en México.

—La Venta —apunta Marrs.

Jago se queda sorprendido y piensa que tal vez sí sea posible que estos tipos sepan más de lo que imaginaba sobre Endgame.

—Sí. Así lo llamamos.

—¿Y tu novia? —pregunta entonces Jordan.

—No lo sé —responde Jago.

Pero miente. Conoce la localización exacta del principal monumento cahokiano. Se conoce como el Túmulo del Monje y está al sur de Illinois, no muy lejos de San Luis, Misuri. Lo sabe porque es donde tuvo lugar la rebelión cahokiana de 1613. La que el oráculo olmeca, Aucapoma Huyana, le narró. La que marcó a los cahokianos como indignos para ganar Endgame, que fue precisamente la razón por la cual Aucapoma le imploró a Jago que rompiera de inmediato su alianza con Sarah. No, más que eso, el oráculo le dijo que los cahokianos eran tan peligrosos que ordenó a Jago *matar* a Sarah para demostrar a los Creadores que no había sido envenenado por la Jugadora.

Demasiado tarde.

Por mucho que quisiera, Jago no piensa empezar a hablar con Sarah de todo eso. Sería demasiado revelador, demasiado... *complicado*. Se hace el tonto, y lo creen.

—Su linaje tiene uno, claro, como los demás —dice Marrs—. Se llama el Túmulo del Monje. En la actualidad es una atracción turística, un poco como Stonehenge, aunque menos conocida.

—No lo había oído mencionar nunca —miente Jago.

—Yo sí —afirma Aisling—. Estaba en el centro de una ciudad nativoamericana gigantesca.

—En su día, era la más grande de todo el continente, mucho antes de que cualquier europeo, aparte de los vikingos, conociera la existencia del Nuevo Mundo —explica Jordan.

—Entendido —dice Jago—, pero ¿por qué son estos lugares tan importantes para terminar Endgame?

—Eso me pregunto yo también —añade Aisling, moviendo el pulgar en dirección a Jago.

—Dejaré que sea Stella quien os dé detalles al respecto —señala Jordan, conduciendo el jeep por una serie de curvas parecidas a un acordeón—, pero estamos seguros de que la Llave del Sol está escondida en uno de esos lugares.

Jago se inclina hacia delante, un movimiento que casi hace que la cabeza de Sara resbale de encima de su pierna.

—No jodas —espeta.

—No jodo —responde Marrs—. Y si se destruyen todos antes de que el Jugador con las dos primeras llaves lo descubra...

—Nadie podrá ganar —remata Aisling.

—Bingo —dice Jordan.

—¿Quién es esa tal Stella? —pregunta Aisling.

—Muy pronto lo averiguarás —responde Jordan.

Jago se recuesta en su asiento y coloca bien la cabeza de Sarah.

—Quienquiera que sea, has conseguido captar toda mi atención, Jordan. Tengo ganas de conocerla.

—Te prometo que el sentimiento es mutuo. Ella lleva muchísimo tiempo esperando conocerte, a ti y a todos.


Q

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC

Viajando en dirección sur siguiendo el río Teesta, cerca de Mangan, Sikkim (India)



Sarah no está dormida. No ha dormido en absoluto. Y a pesar de que Jago se muestra simpático con los demás y desea sinceramente conocer a esa tal Stella Vyctory, sabe que no está convencido, ni muchísimo menos.

Sarah sigue tumbada sobre el regazo de Jago, la mano escondida bajo el cabello y sobre el muslo de él. Le transmite mensajes en morse y él le responde de la misma manera presionándole el cuero cabelludo con tanta suavidad que solo ella percibe el movimiento y nadie más lo ve.

La conversación ha sido larga, incluso casi se han enfadado, y gira en torno a una sola pregunta, que es la que en este momento le formula Sarah por séptima vez:

«¿De verdad deberíamos fiarnos de esta gente?».

A lo que Jago responde:

«Por el momento, tenemos que hacerlo. Si lo que dice Jordan es cierto, es posible que sea otra manera de detener esto. Por mucho que Abaddon impacte contra la Tierra y el mundo vaya a cambiar, podríamos tener una forma de impedir que un Jugador gane. Y si Jordan no está en lo cierto, parece que esta gente quiere lo mismo que nosotros. Pueden ayudarnos, Sarah. Y nosotros podemos ayudarlos a ellos».

«Ayudarlos para que nosotros podamos seguir juntos.»

«Sí. Para seguir juntos.»

«En este caso, continuaremos con ellos.»

«Sí.»

«De acuerdo —le comunica ella, con su sistema secreto—. Solo que...»

«¿Qué?»

«Que me gustaría que estuviéramos solos, Feo. Me gustaría estar solo tú y yo.»

Es la primera vez en todo el día que se lo dice.

Y Jago le responde, siguiendo con su sistema de comunicación:

«También a mí, Sara. También a mí».

HILAL IBN ISA AL-SALT Ayutthaya (Tailandia)



Hilal va también al encuentro de Stella Vyctory, pero está muchísimo más cerca. Sale de la estación de trenes de cercanías de Phra Nakhon y serpentea de un lado a otro para sortear el aluvión de gente. Ha ido directamente desde el aeropuerto de Bangkok, donde habló por última vez con Stella, hasta la estación central de tren de la capital. Allí ha subido al primer tren con dirección a Ayutthaya y ahora continúa a pie su viaje hacia Stella, que está a solo cuatro kilómetros de distancia de allí.

Desde la estación, pone rumbo hacia al sur entre un pelotón de carritos de comida, fritos, dulces y salados, calamares, champiñones, cerdo, cebolla, ajo, azúcar, albahaca, cítricos, cacahuetes. La voluminosa mochila se le clava en los hombros mientras camina a paso ligero. Lleva sus dos machetes gemelos, una muda de ropa, un kit de primeros auxilios para sus heridas, el dispositivo del arca (que ha dejado de funcionar desde el anuncio del kepler) y el incomprensible libro que cogió de la suite del hotel de Wayland Vyctory en Las Vegas.

A unas manzanas de la estación, un grupo amplio de devotos bloquea la calle y lo obliga a dar un rodeo y entrar en el recinto del templo Wat Pichai Songkram. Hay monjes por todas partes. Con la cabeza rapada, vestidos de color azafrán y muy atareados. Devotos tocados con sombreros de forma cónica y cargados con parasoles rodean a los hombres sagrados, suplican misericordia y rezan a Buda. Hilal hace lo mismo mentalmente y pasa corriendo por delante de la estatua dorada cubierta de caléndulas y lotos en flor y rodeada por piras de incienso. Busca la manera de salir del complejo para recuperar cuanto antes el ritmo y reunirse con Stella a la mayor brevedad posible.

Pasado un minuto, se encuentra a orillas del río Pa Sak. Gira hacia el sur y echa a correr de nuevo. Las típicas barcas de forma alargada abarrotan las brumosas aguas y bancos de siluros bullen cerca de la superficie para comer el pan que les arrojan los niños. Resulta agradable verlos hacer cosas cotidianas, contemplar la inocencia.

También es agradable sentir el sol.

Le da miedo que, como consecuencia del repentino invierno que probablemente nublará los cielos después de Abaddon, la luz del sol se

convierta muy pronto en un lujo.

Le da mucho miedo.

Ladea la cara desfigurada en dirección al astro rey mientras los pies siguen transportándolo hacia Stella.

El sol. La fuerza vital de la Tierra. Los fotones que rebotan en su piel y en todo lo que lo rodea han partido de la superficie solar hace solamente ocho minutos y veinte segundos. ¡Ocho minutos y veinte segundos! Han viajado por el vacío espacial, penetrado luego la atmósfera y alcanzado en línea recta este punto, justo aquí, en la Tierra, en el continente llamado Asia, en el país llamado Tailandia, en la ciudad llamada Ayutthaya, en el hombre y Jugador de Endgame llamado Hilal Ibn Isa Al-Salt. Un gran accidente cósmico que se produce una y otra y otra vez sobre todas las cosas que la luz del sol acaricia. Una y otra y otra vez.

Stella.

Acelera el paso.

Stella. Su nombre significa «estrella», como el sol.

«Ojalá ella nos dé luz», piensa Hilal.

Dobla hacia el este por Rojana Road, una calle ancha. Acelera el ritmo, pasa por delante de concesionarios de coches, salones de belleza, oficinas de turismo, supermercados y también de policías tailandeses en moto que lo miran con cierto recelo pero que no hacen nada. Pasa ante una estupa de dos pisos erigida justo en medio de la calle de seis carriles. Pasa junto a un grupo de adolescentes que holgazanean sentados en sus motocicletas trucadas, fuman cigarrillos sin filtro y silban a las chicas que pasan, quienes se ríen.

Cuando ve a los chicos, Hilal baja el ritmo hasta dejarlo en un paso rápido. Cuatro de ellos llevan toscas máscaras de una cara que todo el mundo ha visto y memorizado, por la que todo el mundo se siente confuso y que aterroriza a la mayoría.

La cara pálida de kepler 22b.

Después de los doce meteoros que anunciaron Endgame había Niños Meteoro que celebraban fiestas interminables y ahora hay Niños kepler.

Los adolescentes hablan casi a gritos mientras Hilal se acerca, pero tan pronto como se percatan de su presencia se quedan en silencio.

Ven su cara marcada, sus ojos descoloridos, su falta de pelo, la oreja ausente. Dos de los chicos se bajan la máscara que llevan en lo alto de la cabeza para cubrirse el rostro, como si quisieran esconderse.

Hilal no pierde el ritmo. «*Krap*», dice, hundiendo la barbilla y levantando la mano.

Nadie responde a su saludo.

Sigue corriendo. Un kilómetro más y llega al Classic Kameo Hotel, un conjunto de bloques de cristal y cemento, blanco, moderno y limpio. Hilal supone que su clientela son turistas de lujo y hombres de negocios asiáticos.

Allí está Stella.

Entra. El aire acondicionado le abofetea la cara. Avanza, se cruza de brazos para mantener el calor. Un vestíbulo precioso, grandes sillones, mostrador, recepcionista, ascensor, pasillo, habitación.

Es la número 702. Está a punto de llamar cuando lo superan los nervios. Va a volver a verla. A Stella. La mujer que lo ha derrotado en combate, que lo ha ayudado, que afirma que Wayland Vyctory era su padre. Hilal confió en ella en Las Vegas y todavía lo hace, pero ahora que está a punto de averiguar qué va a pasar a continuación en Endgame, se detiene un momento.

Respira.

Llama.

Oye pasos en el interior de la habitación. El mundo gira un poco más.

Se abre. La mujer sonríe.

—Hilal —dice Stella—. Pasa. Me alegro de verte de nuevo.

AN LIU

Piso franco shang, calle sin nombre en un cruce de Ahiripukur Second Lane, Ballygunge, Kolkata (India)



An regresa directamente del cementerio a su piso franco. Camina rápido, rabioso, con los ojos enrojecidos e ignorando el mundo que gira a su alrededor.

Los tenía. Al nabateo, a la Llave del Cielo y también la Llave de la Tierra. Delante de sus narices. ¡Los tenía y ha errado los tiros y lo han *vencido*!

Y se han escapado.

Se han ido.

—¡Ido, Chiyoko, se han ido! ¿Cómo he podido permitir que me haya pasado esto? —Se maldice *PARPADEOconvulsiónPARPADEO* se maldice mientras camina por las calles abarrotadas, y cuando finalmente llega a la discreta entrada de su escondite, sus emociones se han transformado en una auténtica tempestad.

Abre la puerta, la cierra con llave desde dentro e introduce el código en el sistema de seguridad. Se dirige al cuarto de baño, desnudándose por el camino, dejando que la ropa vaya cayendo al suelo. Sigue refunfuñando.

—¡Los tenía! —*PARPADEOPARPADEO*—. ¡Los tenía! Podría haberlos —*convulsiónPARPADEO*— matado —*convulsiónconvulsiónconvulsión*— matado —PARPADEO— matado. —*CONVULSIÓNconvulsión*—. Podría haber —*CONVULSIÓNconvulsión*—. Podría haber —*CONVULSIÓNconvulsión*—. ¡Podría haberle metido una granada en la boca y luego retirarme y ver cómo ardía! —*PARPADEO*—. No —*PARPADEO*—. No —*PARPADEO*—. No —*PARPADEO*—. No puede haber otro ganador —*convulsiónCONVULSIÓNconvulsión*—, no puede haber otro ganador —*PARPADEOPARPADEOPARPADEOPARPADEOconvulsiónPARPADEOPARPADE*—. ¡No *puede* haber otro ganador!

Está en el cuarto de baño, completamente desnudo excepto por el collar de Chiyoko. Intenta acercarle las manos, pero le tiemblan demasiado. En estos momentos ella no puede calmarlo, no puede, y se aleja del collar porque tiembla tanto que le da miedo romperlo, hacerle *daño*; levanta el brazo y se pega un mordisco, aprieta con fuerza, hinca los dientes, aprieta. Duele, escuece, sale un poco de sangre y deja de temblar. Abre el grifo del agua caliente y las manos

se le calman. Se quita a Chiyoko, la deja con cuidado encima del lavabo, retira la cortina y se mete en la bañera. El agua está hirviendo, la piel se le pone roja al instante, esboza una mueca y contiene la respiración por el cambio de temperatura.

Se calma un poco más. El brazo le da punzadas. Sumerge la cabeza rasurada bajo el chorro de agua. Arde.

—El mundo tendría lo que se merece —dice An.

Y en ese momento oye un pequeño sonido en el fondo de su cabeza y sabe que es ella que intenta hablarle, pero no puede oírla. Se esfuerza y se concentra, pero no es capaz.

—Lo que se merece. Y todo gracias a mí.

Se siente mejor. Se lava, se seca, limpia el collar, se viste, come, se dirige a la sala de control y se instala. Verifica el programa de seguimiento que marca la posición del olmeca, conecta a la vez diversos monitores y ve las noticias.

Las noticias. Las noticias. Las noticias. Es glorioso, bello y asombroso.

BBC, CNN InternationalInternationalInternationalInternational, Al Jazeera, FOX, TASS, France 24, CCTV. El miedo va en aumento. Han impuesto la ley marcial en todos los países occidentales. Los efectivos policiales se debilitan porque sus miembros huyen para estar con sus familias. Batallones militares reposicionados a distancias mínimas de seguridad. Centrales nucleares cerradas a cal y canto. Las plantas químicas siguen los protocolos de cierre de emergencia. Los espacios aéreos municipales de todo el mundo están llenos a rebosar de helicópteros y drones. Los astronautas y los cosmonautas de la Estación Espacial Internacional están iniciando secuencias de emergencia y preparándose para un período de aislamiento prolongado sin ayuda del centro de control. La destrucción de los monumentos de Stonehenge y Choga Zanbil; el primero, de primordial importancia para los celtas La Tène, y el segundo, de igual relevancia para el linaje sumerio. Nadie sabe quién los está borrando de la faz de la Tierra o, si lo saben, no lo dicen. ¿Habrá más monumentos similares destinados a ser destruidos? ¿Acabarán desapareciendo también los pertenecientes a los olmecas, los cahokianos, los harrapanos, los shang y los demás linajes? ¿Los está destruyendo el kepler? ¿O un consorcio formado por los distintos ejércitos mundiales? ¿Tal vez un grupo todavía desconocido? An no lo sabe. Observa una docena de reportajes sobre el alienígena llamado kepler 22b. Entrevistas con gente que lo adora, lo odia, quiere ser su amigo o matarlo. Gente que desea subyugarse a él. Gente que quiere convertirlo en su esclavo. Pero, en su mayoría, gente que quiere huir de él, por mucho que no haya

adónde.

Pero eso no se lo digas a los líderes mundiales. No se lo digas a los ricos. An sigue mirando noticias sobre presidentes, primeros ministros, científicos, educadores, parlamentarios y ricos, todos huyendo, todos encerrándose en búnkeres, todos enterrándose. Intentando desaparecer. Todos los demás saqueando, tapiando ventanas o intentando desplazarse tierra adentro y, en su mayoría, fracasando en el intento. Tiroteos en autopistas abarrotadas a lo largo de la costa Este de Estados Unidos. Muchedumbres en iglesias, mezquitas, templos y sinagogas para rezar a sus dioses. El Vaticano, la Cúpula de la Roca, el Muro de las Lamentaciones, los tres lugares tan llenos de gente que los creyentes acaban aplastándose entre ellos.

Hacia las tres de la madrugada, An se queda dormido ante aquella bella y caótica danza. Se despierta 2,4 horas más tarde. Las pantallas de televisión están llenas de miedo, confusión y preguntas. ¿Cuándo impactará Abaddon? ¿Qué tamaño tiene, de qué está hecho, cuánta gente morirá?

Y de algunas respuestas.

Abaddon es un meteoro denso compuesto de níquel y hierro que impactará muy pronto en la costa de Nueva Escocia, a 300 kilómetros al sur de Halifax. El asteroide tiene forma esférica y un diámetro de poco menos de tres kilómetros. Perforará un agujero en la atmósfera y el cielo se iluminará, eclipsando la luz del sol. La explosión inicial vaporizará cualquier cosa que pueda haber a su alrededor, por debajo y por encima, en un radio de varios centenares de millas. El impacto desencadenará un gran terremoto que se expandirá por todo el planeta y que se percibirá incluso en el otro extremo del globo. Después del seísmo inicial llegará la onda sísmica, que lo destruirá todo en un radio de cientos y cientos de millas. Y, por último, pero no por ello menos importante, llegarán los tsunamis, que afectarán cualquier ciudad a orillas del Atlántico Norte, desde San Juan hasta Washington, D. C., desde Lisboa hasta Dakar.

Y en las horas y días que seguirán, los efectos secundarios de Abaddon causarán estragos en todo el planeta. Nadie sabe con seguridad qué ocurrirá. Podrían despertar volcanes dormidos desde hace mucho tiempo. La isla grande de Hawái podría partirse por la mitad y crear un orificio gigantesco en el Pacífico que provocaría impresionantes tsunamis que afectarían a toda la costa de dicho océano. Podría caer lluvia ácida por todas partes, y muy especialmente en varios miles de millas alrededor del cráter, envenenando el mar y toda el agua apta para el consumo humano. Tormentas eléctricas y huracanes podrían sacudir y asolar mar y tierra

alrededor del cráter.

Sigue cambiando canales. Habrá tornados, inundaciones, corrimientos de tierra, cenizas, miedo, depravación, sufrimiento, muerte. Habrá tormentas eléctricas. Inviernos repentinos. Muchos lugares se quedarán sin internet. No se podrá viajar en avión durante mucho tiempo. Y siguen, y siguen, y siguen y, sí, pronto, muy pronto, morirán muchísimas cosas.

Hacia las seis de la mañana aparece el primer reportaje con una confirmación visual. Avistado en el cielo por encima del Pacífico Sur. Una motita oscura volando por delante del disco solar. Un vídeo que se repite en bucle en CNN International, un GIF: pescadores a bordo de barquitas de madera enfocan el cielo con prismáticos protegidos con plástico antirreflectante. Están rodeados de agua azul, arena blanca y árboles verdes, el cielo se ve tan despejado como siempre, y los hombres señalan, gritan y chillan. Es entonces cuando todo el mundo comprende que era verdad.

Es entonces cuando An sabe que no es un sueño.

Que es mejor que un sueño.

Aunque echará de menos internet. Y mucho.

An deja las noticias, salta y se pone en movimiento. Necesita volver a la carretera, salir de la ciudad antes de que todo se vuelva una locura. El asteroide impactará en el otro extremo del globo, pero quiere estar en el campo cuando llegue Abaddon, no en Kolkata ni en ningún otro lugar similar.

Desayuna a toda prisa, pastel de pescado y Coca-Cola caliente. En el garaje, carga en el Land Rover Defender blindado la caja que contiene su kit de supervivencia, bidones de gasolina de recambio, sus armas, sus bombas, la katana de Nobuyuki Takeda y también la otra caja, la preciosa caja que contiene el chaleco, por si acaso lo necesita. El chaleco suicida de 20 kilos que es su último recurso.

A las 9.13 está preparado para ponerse en marcha.

Pero ahora que está sentado en el Defender y estudia los monitores que le muestran lo que sucede en el exterior del piso franco, está un poco preocupado.

An no se esperaba esto.

En absoluto.

Cientos de personas colapsan el callejón. Abarrotan la calle estrecha que es la única vía de escape del Defender. Están sentados en el suelo, apoyados en las paredes, deambulando. Alguien debe de haberlo seguido desde el cementerio y debe de haber llamado a sus amigos, y estos a sus amigos, y estos a más amigos. Van armados con palos, tuberías, machetes y algunos incluso con rifles semiautomáticos.

Los hay que llevan perros sujetos con correas. Muchos van sin camiseta, están esqueléticos y se cubren con esos pantalones sueltos de algodón que se ven por todas partes en India. Algunos muestran pancartas. La mayoría están escritas en bengalí o en hindi, que An no sabe leer, pero las hay también en inglés. Dicen: «¡Te hemos visto!» y «¡La hermandad del hombre!», «¡La Tierra es nuestra!» y «¡No a Endgame! ¡No a los Jugadores! ¡No a kepler 22b!».

Bastantes tienen la cara y los brazos pintados con sangre. Sangre de pollo, de cabra o de perro. Sangre recibida en ceremonias llevadas a cabo en templos de la ciudad.

An lo entiende. Esos hombres saben quién es —el shang, An Liu, Jugador de Endgame— y quieren su dolor. Su vida. Su sangre.

Lo entiende muy bien.

PARPADEOconvulsiónPARPADEO.

An teclea algo en un ordenador portátil montado en la consola central del coche. Pulsa la tecla «Enter». Como todos los pisos francos shang, este también está diseñado para explotar con bombas sucias e irradiar toda esta zona de Kolkata. Pero el explosivo solo detonará cuando el sistema detecte que él y el vehículo han alcanzado una distancia de seguridad.

Cierra el portátil.

—¿Estás preparada, Chiyoko?

Y entonces un pequeño ruido, en las profundidades de su cabeza, reaparece.

—¿Chi? —*PARPADEO*—. ¿Chi? —*CONVULSIÓN*—. ¿Chiyoko?

El sonido aumenta un poco de volumen, como un zumbido lejano.

—¿Estás preparada?

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓN.

Y entonces ella responde: «Lo estoy», con la voz que nunca tuvo.

El tono no lo sorprende. Tranquilo pero firme. Es ella. Es perfectamente, sucintamente, totalmente ella.

Estaba esperándola.

—Siempre estás preparada, y por eso te quiero —dice entonces el shang.

An pulsa un botón y la puerta del garaje se abre una rendija.

—Te quiero —repite él.

Y ella lo dice también, justo en el mismo momento, sus voces se mezclan y se entretejen.

An sonríe.

Chiyoko y An. La mu y el shang.

Son lo mismo.

La multitud del exterior empieza a agitarse.

Los que estaban sentados se levantan.

An vuelve a pulsar el botón y la puerta se abre del todo. Dispara un Kaláshnikov. El disparo rebota en el cristal antibalas del Defender.

PARPADEO. CONVULSIÓN.

Pone la llave en el contacto. El vehículo cobra vida. Pisa el acelerador, el motor ruge. Los hombres congregados en el exterior gritan y gesticulan, agitan los brazos, los palos y sus ridículas pancartas, como si a An le importara lo que puedan decir.

Esto no es una manifestación de protesta, es una guerra.

Y la librará en compañía de su amada.

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC

Gulfstream G650, aeropuerto de Bagdora, Siliguri, Bengala Occidental (India)



Sarah y Jago están sentados en los comodísimos asientos del comodísimo jet privado de Jordan e intentan decidir qué van a hacer. El descenso desde el Himalaya les ha llevado mucho tiempo y en este momento están parados esperando a que les den permiso para despegar.

La espera resulta agonizante.

Aisling y Jordan están en la cabina ocupados con los procedimientos previos al despegue. Marrs está fuera, haciendo gestiones con el personal del aeropuerto. Pop está sentado solo cerca del mamparo, mira por la ventanilla y sus nudillos están blancos como consecuencia de su tensión. Shari está inconsciente en la parte posterior del avión, el cinturón de seguridad abrochado, el suero intravenoso colgando del compartimento superior de equipajes. El pecho sube y baja con un ritmo regular.

En parte, Sarah siente envidia de Shari. Estar inconsciente le aplacaría el odio, el sentimiento de culpa y las dudas, el miedo que se revuelve en su interior. Estar inconsciente le tranquilizaría la mente, el alma. Se inclina hacia Jago y le dice en voz baja:

—Preferiría estar combatiendo, Feo. Ahora. Preferiría estar en movimiento, *Jugando*.

—Lo sé —replica él—. Yo también.

«Acción u olvido —piensa Sarah—. Son las únicas alternativas en este momento.»

Acción u olvido.

Aisling sale de la cabina e interrumpe sus pensamientos.

—¿Cuánto falta para despegar? —pregunta Jago.

Aisling se deja caer en el asiento que le queda más próximo. Coge su falcata y la deja sobre las rodillas. Acaricia la espada con la punta de los dedos.

—Una hora como mínimo, por desgracia —dice—. Tal vez menos si Marrs consigue sobornar al controlador aéreo. Pero por el momento, toca esperar.

Saca una piedra de un bolsillo y la pasa por el filo de la espada. Está afiladísima y no le hacen falta cuidados, pero ella necesita hacer algo.

«También está inquieta», piensa Sarah.

La cahokiana se endereza y pregunta:

—¿Te parece bien si Jago y yo os ocupamos el cuarto de baño un rato?

Jago ríe disimuladamente.

—¿En serio? —Aisling levanta las cejas—. ¿Ahora?

Jago le ofrece una de sus relucientes sonrisas y le acaricia la rodilla a Sarah.

—Sí. No hay mejor momento que el presente, ¿sabes?

Sarah le da un codazo.

—No le hagas caso. Jago cogió un bote de tinte de pelo en Perú. A partir de ahora voy a tener el cabello negro azabache. Como ha salido a la luz el vídeo de Liu y nos pueden reconocer, no quiero correr ningún riesgo.

Jago se pasa la mano por el pelo, que lleva teñido de rubio platino.

—Estoy seguro de que nunca te lo habrías imaginado, Aisling, pero mi tono no es natural.

Aisling niega con la cabeza y mueve la espada en el regazo para fijar la vista en una muesca minúscula.

—Adelante. Todo vuestro.

Sarah y Jago se levantan y caminan hacia la parte posterior del avión. El lavabo es más bonito de lo normal. Hay espacio entre el inodoro y el lavamanos, que es de tamaño natural, nada que ver con los lavamanos minúsculos calzados en una esquina que suele haber en los aviones. Las toallas son de verdad, el papel higiénico es suave y esponjoso. Jago cierra la puerta. Ayuda a Sarah a quitarse la camiseta con cuidado de no hacerle daño en el brazo lesionado. La cahokiana se inclina sobre el lavabo, bocabajo, y Jago le lava el pelo con la ayuda de un vaso de plástico y utilizando el jabón líquido del dispensador.

—Romero —dice Sarah—. Y limón. Huele bien.

—Mmm... —susurra Jago.

Le masajea la cabeza y le aclara el jabón. Desliza los dedos hacia la nuca y continúa luego hacia la espalda, pasando por encima del sujetador deportivo.

—Pásame una toalla —pide Sarah.

Obedece.

Sarah se envuelve la cabeza con la toalla y se endereza. Están frente a frente. El sujetador roza la camiseta de Jago y Sarah nota una descarga eléctrica que le recorre la espalda. Sonríe. Baja la vista hacia el brazo lesionado.

—¿Podrías secarme el pelo? —pregunta.

—Sí.

Pero en vez de eso, Jago se inclina de inmediato hacia delante y se besan. Ella le sujeta la cabeza entre las manos y lo atrae hacia sí.

Y se besan.

Y se besan.

Paran.

Sarah se sienta sobre el inodoro cerrado. Él le seca el pelo. Luego ella se lo cepilla para deshacer los enredos. Jago prepara el tinte. Cuando termina de cepillarse el pelo, él se lo separa en secciones y le tapa los hombros con una toalla. Se coloca los guantes de látex y se pone manos a la obra, distribuyendo metódicamente el tinte desde la nuca hacia la coronilla.

—Es agradable, Feo.

—Ya. —Le presiona con una pierna el muslo en una muestra de cariño. Ella le devuelve el gesto—. Me alegro de que sigamos vivos —musita.

—Yo también. Aunque no tendríamos que estarlo.

Jago no dice nada para que Sarah siga hablando.

—Baitsakhan nos dio por muertos en la fortaleza harapana —dice ella—. Tú estabas inconsciente y yo fingiendo estarlo. Tenía la oportunidad, el motivo y el arma. En un segundo podría haberlo hecho. «Pop, pop.»

Jago continúa trabajando.

—Y ¿por qué no lo hizo?

—¿Quién sabe? ¿Por arrogancia? ¿Porque estaba aún atontado por el teletransporte? ¡Qué más da!

El sistema hidráulico y los servos del avión emiten la música característica que precede al vuelo. Jordan habla por megafonía.

—Acaban de comunicarnos que tal vez ya no quede mucho, amigos.

Sarah mira a Jago, su terrible cicatriz, su mirada seria.

—¿Sabes qué tendríamos que hacer, Feo? Robar un avión en cuanto se nos presente la oportunidad —dice, bromeando—. Huir y tener bebés y enseñarles a luchar, a sobrevivir y a amar.

—Me parece estupendo.

—Lo será.

Ríen ante la imposibilidad de sus proyectos.

Permanecen un momento en silencio.

—Si queremos hacer eso algún día, y yo al menos sí quiero, tenemos que detener Endgame —dice Jago muy serio.

—Claro.

—¿Y crees que esta gente nos enseñará a conseguirlo?

Sarah se encoge de hombros.

—Espero que sí. —Y entonces, en voz muy baja, como si temiera que pudieran oírlos, añade—: ¿Te crees a Aisling? ¿Confías en su gente?

Ahora es Jago quien se encoge de hombros.

—Al menos no han intentado matarnos.

—Cierto. Y nosotros tampoco; estamos en tablas, pues.

—Cierto. —Jago le retira las pinzas que le había puesto en el pelo y las deja en el lavabo—. Perfecto, listo. —Le coloca otra toalla. Abre la puerta y mueve la cabeza en dirección a la cabina—. Sarah, tengo que decirte algo.

Sarah frunce el entrecejo, le coge la mano a Jago y lo guía hacia los asientos más cercanos. Aisling está delante del todo, sentada en silencio al lado de Pop. Shari al otro lado del pasillo, la cortina de la ventanilla iluminada por la primera luz del amanecer.

Sarah entrelaza la mano con la de Jago.

—¿Qué pasa, Feo?

—No he podido decírtelo antes. Era demasiado fuerte. Fue Aucapoma Huayna. La anciana de mi linaje. Me dijo que... me dijo que tenías que morir.

Sarah le suelta la mano.

—¿Qué?

Aisling se vuelve y se queda mirándolos unos instantes. Sarah y Jago bajan la voz.

—Y que tenía que matarte yo.

Sarah le aprieta la mano con fuerza, provocándole dolor.

—¿Y por qué dijo eso? —pregunta.

Jago la mira a los ojos, sin titubear, sin mostrar signos de falsedad. Quiere que ella lo escuche. Lo necesita.

—Por algo relacionado con tu linaje. Dijo que los Creadores nunca permitirían que ganasen los cahokianos y que tampoco dejarían que ganasen los míos mientras estuviera a tu lado y Jugara contigo.

Sarah pone mala cara.

—Eso son chorradas.

—Dijo que tu linaje hizo algo extraordinario. ¡Dijo que, en el siglo XVII, los cahokianos *lucharon* contra los Creadores!

Sarah niega con la cabeza, confusa.

—¿A qué te refieres?

—A que, según ella, antes de que el último grupo de Creadores abandonara la Tierra, en 1613, estos pidieron a los cahokianos que cumplieran un viejo acuerdo. Teníais que entregar a mil jóvenes para un grandioso sacrificio final. Supongo que para que se los llevaran en

sus naves.

—¿Y…?

—Que tu pueblo *se negó*. Dijo que los cahokianos habían llegado a la conclusión de que los Creadores eran mortales y que parecían dioses simplemente porque poseían más conocimientos y mejor tecnología que los humanos. Dijo que tu pueblo luchó contra ellos, que utilizó una vieja arma de los Creadores y que, como último recurso, ellos congelaron el campo de batalla desde las naves en órbita y que murió todo el mundo, soldados de los Creadores incluidos.

—¿Un arma de los Creadores?

—Sí. Y dijo que tu linaje fue castigado con severidad. Dijo que os hicieron olvidar vuestra rebelión y gran parte de vuestro pasado, incluso el nombre original de vuestro linaje. Que, por lo visto, solo os llamáis cahokianos desde esa batalla. Antes erais conocidos con otro nombre.

Marrs reaparece en el avión y cierra con rapidez la puerta a su espalda. Apoya las manos en el mamparo y asoma la cabeza hacia la cabina.

—Poneos el cinturón. Despegamos en cinco minutos.

Sarah se abrocha el cinturón.

—No sé de qué me hablas —dice, subiendo la voz cuando los motores cobran vida—. Los cahokianos tenemos muchos documentos anteriores a 1613. Los he visto. Tenemos nuestro propio idioma y muchos conocimientos, Jago. Muchísima *historia*. Y nunca había oído nada similar a lo que me estás describiendo…

Jago levanta la mano.

—Simplemente te cuento lo que me dijo. Lleva carcomiéndome desde entonces. Y no pienso matarte, Sarah, eso es evidente. Y también es obvio que me da igual lo que los Creadores piensen o deseen para ellos. Te quiero y necesito que sigas viva, y me gustaría salvar a mi familia si es posible, por muy cabrones que sean. Quiero luchar con todas mis fuerzas por lo que considero justo. —Se encoge de hombros cuando el avión se pone en movimiento—. ¿Quién sabe? A lo mejor no esperaba que te matase. Simplemente aspiraba a que dudara de ti, a que dudara de *nosotros*, para que te dejase allí, en la finca de mis padres. Para que *ellos* pudieran ocuparse de ti.

—Somos ya los siguientes en despegar —anuncia Jordan por megafonía. El avión da un giro y se detiene de forma brusca—. Azafatas, realizad las comprobaciones y todo ese rollo. Los demás, comprobad que estáis sentados.

Aisling mira por encima del asiento a Sarah. Sonríe por el chiste malo de Jordan.

Sarah le devuelve la sonrisa, sin dejar que su expresión revele la conversación tan seria que está manteniendo con Jago.

—No me has dejado terminar —dice Sarah, agradeciendo el repentino sonido que emite el motor cuando el jet acelera por la pista —. No sé nada sobre esta batalla, pero *sí* conozco esa arma. No la he visto nunca, evidentemente. Ningún Jugador cahokiano la ha visto desde... no te lo pierdas, desde 1614. Pero sé dónde está escondida.

—¿Dónde?

—Un poco al sur del Túmulo del Monje. El monumento cahokiano que Marrs ha mencionado antes.

—Un lugar que alguien, por alguna razón, podría intentar destruir.

Sarah niega con la cabeza con determinación. El avión se menea al pasar entre una pequeña nube, la luz del sol baña la cabina en cuanto la superan.

—Tal vez, Feo. Pero no si conseguimos llegar antes nosotros.



AN LIU
Piso franco shang, calle sin nombre en un cruce de Ahiripukur Second Lane, Ballygunge, Kolkata (India)



El Defender de An Liu emerge a la luz, su Beretta ARX-160 modificada con un riel Picatinny dispara a través de una ranura en la parte inferior del parabrisas. El sonido de la detonación retumba en el interior del Defender, pero le gusta. Las balas navegan entre la muchedumbre. Los casquillos se desparraman sobre su falda. Unos cuantos hombres resultan heridos. Caen al suelo, pero la multitud no se dispersa. Descarga cuatro ráfagas largas sobre el gentío. Sangre atomizada y pequeñas nubes de polvo, cuerpos que caen y pies que corren. An mete la segunda en el coche, suelta el embrague y el Defender da un brinco. Otra descarga. Confía en que la multitud se haya reducido lo bastante como para poder llegar a la calle más ancha que se abre al fondo del callejón.

Y por un momento, eso es justo lo que sucede. Pero los hombres gritan y regresan todos a la vez, como un banco de peces, se abalanzan hacia el coche. Lanzan piedras, trozos de tubería y los soldados armados disparan a voluntad. Los proyectiles rebotan en el coche sin causar daños, pero la cosa se está poniendo complicada.

Le bloquean la vía de escape.

Tendrá que aplastarlos como perros.

Lo cual le parece bien. Tira del rifle hacia el interior y la solapa de debajo del parabrisas se cierra de inmediato. Abre un panel del salpicadero. En la consola aparecen dos interruptores con tapa y la empuñadura de una pistola con un disparador. Levanta las tapas de los interruptores. Pulsa el botón izquierdo. Se enciende una luz de color rojo. Agarra la empuñadura, la enfoca hacia arriba y aprieta el disparador. Un arco blanco sale proyectado desde la parte delantera del coche, el proyectil traza un arco iris por encima de la muchedumbre, viaja 30, 40, 50 metros antes de impactar contra el suelo al final del callejón y explotar. El aire se vuelve naranja y negro cuando la granada cumple su cometido.

An se siente eufórico.

Pisa el embrague, mete tercera y se pone en marcha.

Llega a los hombres. El sonido es mareante, encantador, excepcional. Los gritos de desafío se transforman en alaridos de dolor y miedo, pero la multitud sigue presionándolo. El Defender atropella

un cuerpo. Las caras se empotran contra las ventanillas, la carne aplastada, rosa, marrón y blanca pegada al cristal. Un par de hombres agarran los tiradores de las puertas e intentan en vano abrirlas. El coche ralentiza un poco la marcha. An reduce a segunda. Los hombres aporrean el coche y saltan encima de él. An mueve el volante y ensarta cuerpos entre el coche y los edificios, la sangre empieza a manchar el capó, luego el parabrisas. Los hombres enmascarados quedan atrapados y aplastados bajo las ruedas traseras. El coche es una bestia con tracción a las cuatro ruedas. An ríe. Acciona el limpiaparabrisas. Mala idea: la sangre lo mancha todo y le oscurece la visión. El coche avanza ahora con más lentitud, los hombres lo aporrean como si fuese un tambor, pero es inútil. Pesa demasiado para poder volcarlo y no logran penetrar el blindaje. An está seguro de que conseguirá salir de allí.

Pero entonces un gigante salta sobre el capó desde un edificio bajo. Se vuelve y se sienta en el techo, mirando hacia delante, los pies fijos. A través de los arcos de sangre del cristal delantero, An ve que casi ha alcanzado la calle donde ha estallado la granada. Un coche ardiendo, varios cuerpos, una vaca moribunda. Una mujer vestida de forma extraña —pelo corto, una especie de palo sujeto a la espalda— cruza a toda velocidad la calle. Un chucho cojea de derecha a izquierda. La granada le ha despejado el camino y si consigue llegar hasta allí, podrá cobrar velocidad y largarse, y entonces, cuando esté a tres kilómetros de distancia, ¡bum!, la bomba detonará y será el fin de aquella chusma y de aquel piso franco y de aquel rincón sucio y apestoso de Kolkata, India.

Pero entonces, ¡BAM! An se siente zarandeado. El hombre del techo ataca el parabrisas con un mazo. El cristal blindado resiste. Los hombres del exterior lanzan vítores y gritan y —*parpadeoCONVULSIÓNCONVULSIÓNparpadeo*— el corazón de An está a punto de detenerse cuando ve que un trío de hombres se acerca al fondo del callejón con una gruesa barra de metal y se dispone a cerrarle el paso con ella. Está a un metro de altura del suelo y es imposible saltarla.

An acerca el coche a cinco metros de la barricada y frena.

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNparpadeoCONVULSIÓN.

—No puede ser, Chiyoko, ¿verdad que no puede ser?

Vuelve la cabeza a derecha e izquierda y mira la zona del maletero en busca de ideas. Su equipamiento, sus armas, la espada. Su chaleco. Sería un desperdicio utilizar todo eso ahora.

La calle.

La barricada.

—Al menos tenemos que intentarlo.

¡BAM! Otra vez el mazo y el coche se estremece.

¡BAM! Otra vez. Una telaraña en el cristal. Una grieta en el blindaje.

An pone la marcha atrás y acelera. El tipo del mazo pierde el equilibrio y se queda a cuatro patas sobre el techo, el arma cae al suelo. El vehículo pisotea a la muchedumbre que se apiñaba detrás. Más cuerpos aplastados. Más cuerpos resquebrajados. El tipo del mazo mira por encima del hombro y clava los ojos en An. Rabia, amenaza, estupidez. El shang pisa el freno y el tipo del mazo se desliza por el techo hacia el parabrisas, las piernas recogidas bajo el cuerpo. An coge el rifle, lo devuelve a la solapa oculta y dispara directamente contra el muslo y las nalgas del tipo del mazo. El hombre rueda hacia un lado con un grito agónico. An mete primera, el coche da un salto hacia delante y el tipo del mazo cae por fin del techo.

Embrague, segunda, gas, embrague, tercera, gas. Se pone a 55 km/h con rapidez, los hombres se apartan del coche, los disparos impactan contra el cristal trasero. Coge el volante con ambas *parpadeoparpadeoparpadeo* ambas manos y fija la vista en la barricada. ¿Resistirá? ¿Se combará? ¿Lo conseguirá?

Entrecierra los ojos y se prepara para el impacto. Y entonces... ¿qué es eso? ¿Una cabeza que vuela por los aires?

Sea lo que sea aquello, cae y rueda por el suelo hacia la barricada; luego otra cabeza que parece un balón y luego, en el último segundo antes del impacto, la barricada se abre, la rejilla del radiador choca contra ella y la barra sale volando con violencia. An pisa el freno. El coche derrapa y se detiene. La calle está lo bastante despejada como para completar la huida. Pero antes de irse echa un último vistazo al callejón, repleto de cuerpos vivos y moribundos, de cuerpos muertos. Lo que queda de la chusma sigue yendo a por él.

Pero alguien más aparece en su persecución. La mujer del pelo corto. Es delgada, rápida, fuerte. Lleva un palo —no, una *espada*— en la mano.

Y su cara.

Su cara.

Es igual que la de Chiyoko, solo que 20 o 30 años mayor.

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNp

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNp

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNp

¡BAM! ¡BAM! ¡BAM!

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita la mujer en mandarín. Se ha colocado en el estribo, justo al lado de An por la parte exterior del

coche, y aporrea el techo con la mano—. ¡Vamos! ¡O nos matarán!

—¿Quién eres?

—Soy Nori Ko. Soy mu. Conocí a Chiyoko. Puedo ayudarte. ¡Y ahora *tenemos que irnos*!

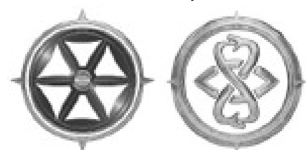
Y el corazón de An se llena y se siente ligero y libre, y se pregunta a cuántos habrá matado hoy y cuántos más morirán cuando la bomba explote y «ChiyokoChiyokoChiyokoNoriKoNoriKoChiyoko» y se siente libre y ligero y con el corazón lleno.

Conduce. Se detiene al cabo de medio kilómetro. La deja entrar.

—Cuidado —dice, y ella no le responde.

Conduce un poco más y al cabo de unos instantes el cielo se ilumina y son libres.

MACCABEE ADLAI, LA PEQUEÑA ALICE CHOPRA
Carretera SH2, selva de Joipur, Bengala Occidental (India)



Maccabee se pasa una cuchilla por el cuero cabelludo. Aclara la hoja en un cuenco de cobre que contiene una mezcla de agua, pelillos oscuros y jabón. Al lado del cuenco reposan unas tijeras medio ocultas por una montaña de pelo. Observa su imagen reflejada en el espejo empañado que se encuentra apoyado contra la pared. Nunca se había afeitado la cabeza y le gusta la sensación. La suavidad, la ligereza. Además, con los moratones, la nariz partida y su físico, la calvicie lo transforma en un auténtico tipo duro.

Y lo es, claro.

La niña está sentada a su lado y se recuesta levemente contra él. Tiene el cuerpo cálido y resulta reconfortante. Se pregunta si ella también se sentirá reconfortada.

Supone que no.

La niña está sentada con las piernas recogidas contra el cuerpo, enlazadas con las manos. No responde a su pregunta. Le acaricia el pelo. Es grueso y suave, el cabello de una niña que ha estado bien cuidada.

Si tiene que ir con ella hasta el final, también tendrá que cuidar de ella.

Le pasa un cuenco de arroz con lentejas, un rígido círculo de *dahl* en equilibrio.

—Ten. Come un poco.

La niña come y hunde las manos en el cuenco. Tiene hambre y, hasta el momento, se ha mostrado insaciable.

Están en una cabaña abandonada al lado de la carretera, a 130 kilómetros al noroeste de Kolkata. Es mediodía. El paisaje es verde y exuberante. La cabaña está rodeada de vegetación selvática, pero, a menos de un kilómetro en dirección norte, se ven campos de yute y patatas. De vez en cuando pasa algún que otro coche y algún autocar, pero, por lo demás, no se ve a nadie.

Eso está bien. A primera hora de la mañana, Maccabee y la Llave del Cielo han ido a un centro comercial situado al oeste de Kolkata a comprar provisiones. Arroz, jabón, velas, toallas, un kit de costura y un pequeño hornillo de butano con un litro de combustible. Toallitas y pañales nocturnos para la Llave del Cielo, una manta y tres mudas de

ropa para ella. Ha tenido, además, la suerte de encontrar una de esas mochilas de tela que te pasas por los hombros y sirven para llevar la criatura pegada al pecho. En una farmacia, ha comprado ibuprofeno, amoxicilina, ciprofloxacina, zolpidem, un pequeño kit de primeros auxilios y un frasco adicional de tintura de yodo. De vuelta en el hotel, lo ha guardado todo en una mochila nueva y en las maletas de la Suzuki, una de las cuales contenía, por suerte, una SIG P226 con dos cargadores.

El mismo tipo de arma con la que An Liu ha disparado contra ellos en el cementerio.

Ha sido entonces cuando ha comprendido la suerte que había tenido al robarle la moto a An Liu.

Ha verificado la palanca del seguro de la SIG y se la ha guardado en la cinturilla del pantalón.

A lo largo de la mañana, ha tenido que tratar con diversos vendedores y, en su mayoría, se han mostrado amables con él, aunque lo han tratado injustamente. Ha tenido que pagar una pequeña fortuna por todo; los precios se están poniendo por las nubes debido a la amenaza de Abaddon, incluso ahí, al otro lado del mundo, donde los efectos del asteroide serán menos apremiantes. El hecho de no ser indio tampoco abarata las cosas. Aunque ninguno de los vendedores lo ha identificado como Jugador, lo cual es una suerte.

Pero luego se han parado a desayunar en un puesto de *dosas* y cuando estaban sentados detrás de una mesa de plástico, el propietario ha encendido la pequeña tele que tenía colocada encima del mostrador. El hombre se ha puesto a hablar en bengalí con uno de sus empleados, sin duda comentando la locura que se ha apoderado del mundo, y han comenzado a aparecer en pantalla imágenes fijas del vídeo de An Liu. Y entonces ha sido cuando Maccabee ha visto su cara, delante de sus narices.

Al principio no le ha dado mayor importancia. Había salido airoso de todas las batallas hasta el momento y no creía que el propietario del puesto le hubiera prestado la atención suficiente como para atar cabos. Pero los había atado. De repente, se ha vuelto hacia Maccabee y la Llave del Cielo, los ha señalado con un dedo y ha empezado a gritar. Maccabee se ha alzado con la boca llena de patatas rellenas y ha cogido a la niña en brazos. El hombre ha rodeado el mostrador armado con un cuchillo de cocina enorme. Maccabee ha comenzado a apartarse, había engullido la comida que le quedaba todavía en la boca, se ha levantado la camiseta para enseñar la culata de la pistola y ha dicho:

—No hay ninguna necesidad de salir malparado de aquí, amigo.

Ninguna.

El hombre se ha quedado mudo unos instantes, y Maccabee y la Llave del Cielo se han marchado corriendo. El hombre ha reanudado sus gritos en cuanto han llegado a calle y la gente los ha mirado sin entender nada, pero la pareja ha conseguido llegar a la moto; Maccabee ha instalado a la niña en la mochila infantil y han salido zumbando de allí.

Han pasado el resto de la mañana en ruta, deteniéndose solo una vez para comprar arroz y lentejas en un puesto de comida. Hace un rato, Maccabee ha vislumbrado la cabaña entre los árboles. Hacía ya 10 kilómetros que la Llave del Cielo se movía inquieta, y Maccabee tenía necesidad de orinar, de modo que ha decidido parar. Ha escondido la moto entre los arbustos y ha entrado en el edificio de chapa ondulada, pistola SIG en mano. La cabaña estaba vacía. Ha encontrado objetos básicos como cuencos, un espejo, unas mantas y una mesita. Maccabee imaginaba que los trabajadores del campo itinerantes debían de utilizar la cabaña como refugio entre etapas, aunque es evidente que hace tiempo que está desocupada.

Han entrado y le ha dado a la Llave del Cielo arroz con lentejas, que ya iba preparado en el interior de bolsitas de plástico. Y luego se ha puesto manos a la obra con las tijeras y la cuchilla. Y ahora ya ha acabado. No es el disfraz perfecto, pero no se parece en nada a la imagen del vídeo.

Le vale.

—Me gusta —dice Maccabee al ver su nuevo aspecto.

La Llave del Cielo mastica y gruñe. Es uno de los primeros sonidos que emite en toda la mañana. Maccabee se agacha y se sienta delante de la niña. Por las dos ventanas abiertas a ambos lados de la cabaña entra una brisa caliente. Las hojas del exterior se arremolinan, se oye el crujido de un tronco.

«Tan pequeña...», piensa.

«Demasiado pequeña.»

Maccabee sumerge las manos en el cuenco de arroz y lentejas, extrae un puñado como hacen los indios y se lo lleva a la boca. Para tratarse de comida comprada en un puesto de carretera, está sorprendentemente buena.

La Llave del Cielo tiene la cara sucia y castigada por el viento. Maccabee estira el brazo por encima del cuerpo e intenta limpiarle la mejilla con el pulgar. La niña no se aparta. Mantiene la mirada fija hacia delante, clavada en el pecho de Maccabee.

—Robaré un coche. No tenemos que ir así. Es demasiado peligroso.

La niña mastica. Mira. Traga.

—Vale —dice, rompiendo el silencio que mantiene desde el día anterior.

—¿Así que piensas hablar? —pregunta Maccabee, intentando parecer amable.

—No me gusta. La moto.

—Nos la quitaremos de encima.

—Vale —repite, y come otro bocado.

—El problema es hacia dónde vamos cuando tengamos el coche.

La niña no dice nada.

—Bueno, seguramente deberíamos esperar a que se produzca el impacto antes de continuar —dice Maccabee, más pensando en voz alta que dirigiéndose a ella—. Pero ¿dónde podemos estar seguros? Y ¿cómo encontraremos la Llave del Sol?

—Estaremos a salvo, Tío —anuncia de forma empática.

Maccabee frunce el ceño.

Coge más comida con las manos y se la lleva a la boca.

«Qué niña más rara», piensa Maccabee.

—Llámame Maccabee, por favor. O Mac.

—De acuerdo, Tío —dice la niña, como si estuviese mostrando su conformidad con una petición del todo distinta.

Maccabee ignora el comentario.

—¿Cómo sabes que estaremos a salvo?

La niña traga antes de hablar.

—Los Creadores no me destruirán, ni a mí ni a la Llave de la Tierra, eso dijo mamá. Lo malo sucederá muy lejos de aquí. Lejos de mí. Lejos de quien esté conmigo. De lo que debemos tener miedo es de los demás. Como del hombre de ayer. Eso también lo dijo mamá.

—Tu madre —dice poco a poco Maccabee.

—Sí. Gracias por matar al hombre malo, Tío —expresa la niña, con una vocecita más infantil de lo habitual—. Gracias.

«Muy raro», piensa él, sacudido por una punzada de culpabilidad. Baitsakhan era tremendamente malvado, pero eso no convierte a Maccabee en un santo. Ni mucho menos. Al fin y al cabo, estuvo a punto de matar a Shari Chopra.

Pero no lo hizo. Y esta niña no tiene por qué saberlo.

—De... de nada —replica.

Se pregunta si siempre habrá hablado como si fuera mayor de lo que en realidad es. Se pregunta si su personalidad será resultado de haber entrado en contacto con la Llave de la Tierra o si ya era así antes.

No puede saber de ningún modo que ya era tal como es.

Que la Pequeña Alice siempre fue precoz, siempre fue especial.

—Muy bien —dice—, supongamos que estamos a salvo del asteroide, pero sigo sin saber adónde ir. ¿Cómo gano? ¿Dónde está la Llave del Sol?

La niña mastica. Traga. Y a continuación extiende el brazo y señala unos cuantos grados en dirección sudeste.

—Yo lo sé, Tío.

Maccabee frunce el entrecejo.

—¿Que lo *sabes*?

—Sí. Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos.

Maccabee coge el teléfono, entra en Google maps y teclea las coordenadas. Un punto en el agua, a escasa distancia de la costa de la ciudad portuaria de Dwarka, en el oeste de India. Se lo muestra a la Llave del Cielo.

—¿Es aquí? ¿Es aquí donde encontraremos la Llave del Sol?

La niña asiente.

—¡Está muy cerca!

Maccabee percibe una sensación vertiginosa en el corazón que le asciende hacia la garganta.

—Sí, Tío. La Llave del Sol está ahí.

—¿Estás segura?

—Sí.

Sigue tecleando en el teléfono y su sonrisa se hace más ancha. Solo 2.434 kilómetros. Solo 36 o 37 horas de viaje en coche. Menos, si consigue robar un avión.

Puede ganar Endgame, puede garantizar la supervivencia de su linaje después del cataclismo, conocerá la nueva Tierra y vivirá en ella hasta convertirse en un frágil anciano. A lo mejor *puede* salvar a la niña y cumplir la promesa que le hizo a su madre.

A lo mejor puede ganar y corregir parte de todo lo que ha hecho mal.

Se levanta de un brinco, ansioso por salir y birlar el primer coche decente que pase por la carretera. Apenas es capaz de contenerse.

—¡Esto es asombroso, Llave del Cielo!

—Lo sé, Tío. —La niña come un poco más—. Me llamo Alice.

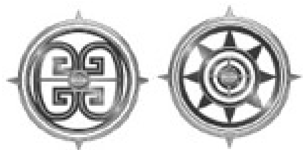
—¡Podría ganar, Alice! ¡Los nabateos podrían ganar!

Mastica. Traga.

—Ya.

AN LIU, NORI KO

Gasolinera HP, estación de servicio Baba Lokenath en la carretera SH2, selva de Joipur, Bengala Occidental (India)



An tiene el corazón lleno.

Después de la explosión, Nori Ko se ha instalado en el asiento trasero del Defender. Le ha dicho en mandarín: «Conduce hacia el oeste».

An ha fijado la mirada en la carretera que se desliza por debajo del coche y se despliega por delante de ellos, la ha mirado por el espejo retrovisor y ha vuelto a contemplar la carretera, luego a ella. La carretera y ella. La carretera y ella. No ha dicho nada. No ha necesitado palabras. Ha pasado casi tres horas sin hablar.

Ella tampoco lo ha molestado con palabras.

Chiyoko habría hecho lo mismo.

«ChiyokoChiyokoNoriKoChiyoko.»

Ahora han parado a repostar. Él está fuera. Ella en el coche, la cabeza apoyada contra la ventanilla del otro lado. Él se encuentra bajo el calor sofocante, con la manguera de la gasolina en la mano. La autopista asfaltada se prolonga hacia el norte. Hace ya unos kilómetros que se han adentrado en una reserva selvática y están rodeados de árboles, lo que refresca el ambiente un par de grados en comparación con la zona de campos abiertos de yuta y maíz. Detrás de la gasolinera hay un edificio bajo de hormigón, una vaca blanca dormita bajo una yaca, con su frondosa copa cargada de fruta oblonga. A excepción del empleado sentado en el interior de la caseta con aire acondicionado, no se ve a nadie más.

An termina, paga, entra en el coche y se pone al volante.

—¿Oeste? —pregunta.

—Oeste.

Se incorpora a la autopista nacional 2, en dirección a Bishnupur. Están rodeados de selva. An no ve edificios ni indicios de población excepto la carretera por la que circulan y el breve destello de una cabaña medio en ruinas escondida entre los árboles. La ignora por completo.

Después de un cuarto de hora, dice:

—Estoy preparado —*parpadeo*—, estoy preparado —*parpadeo*—, estoy preparado para hablar. —*CONVULSIÓN*—. Tenemos que hablar.

—De acuerdo —concede Nori Ko. Retira la Beretta del asiento del

acompañante y salta para instalarse en él—. Tienes preguntas, supongo.

An mueve la cabeza en un gesto afirmativo.

—¿Por qué me has localizado?

—Te he localizado porque yo también quería a Chiyoko.

Se le pone la piel de gallina al oír a otra persona pronunciar su nombre. Incluso a esta mujer, que es de su linaje y se le parece tanto. Le evoca al interrogador británico a bordo de aquel destructor que tanto insistía en repetirlo. El que empuñaba el nombre como un cuchillo. El que se lo introducía en los oídos a An y lo retorcía. Está a punto de pedirle a su nueva aliada que no pronuncie el nombre de Chiyoko, pero sabe que no tiene derecho a hacerlo. Quienquiera que sea Nori Ko, era alguien importante para Chiyoko. Y eso cuenta.

—Chiyoko —repite Nori Ko en voz baja.

Sí, eso cuenta. Pero...

«El nombre es mío. Chiyoko. Chiyoko Takeda. *Mi* nombre.»

Nori Ko interrumpe sus pensamientos cuando extiende el brazo y sus dedos intentan tocar el collar que cuelga del cuello de An.

CONVULSIÓN.

An se aparta.

—No pasa nada —dice—. Quiero tocarla. Igual que tú.

PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEO.

Toca el collar. Luego, Nori Ko devuelve la mano a su regazo. Se frota las puntas de los dedos, cargadas con el residuo de Chiyoko.

—La *quiero* —aclara Nori Ko—. Y después de lo que ha pasado no podía quedarme sentada sin hacer nada. Por eso te he localizado.

—¿Después de lo que ha pasado?

—Soy mu. Miembro de su consejo de entrenamiento. Conozco bien Endgame. —Hace una pausa y dice entonces en voz baja—: Vi una grabación de tu conversación con Nobuyuki. Vi cómo lo mataste.

CONVULSIÓNCONVULSIÓN.

—Sí. Lo vi, shang. Hay una caja negra con grabaciones de las cámaras de vigilancia que sobrevivió al incendio de Naha. Oí lo que dijiste, lo que te dijo él. Creo que Nobuyuki no fue justo contigo. Bajo ninguna circunstancia tendría que haberte permitido Jugar por los mu, pero no me pareció correcto que te pusiese a prueba de aquella manera.

—Obtuvo lo que se merecía —dice An.

—No, no se lo merecía.

CONVULSIÓN.

—No era necesario que cumplieses su petición en lo referente a los restos de Chiyoko. No tenías por qué respetar a Nobuyuki del

modo que respetaste a Chiyoko. Pero por ese mismo motivo, tendrías que haberlo indultado. No por él, sino por ella. Matarlo fue una deshonra para Chiyoko, An. Y también para ti. No sirvió para mancillar el honor de Nobuyuki Takeda.

PARPADEOPARPADEO.

Habla con voz gélida.

CONVULSIÓNPARPADEOparpadeo.

—Hablas igual que él —dice por fin An.

—Tal vez hable como él. Pero no soy él.

Sujeta con fuerza el volante. Los nudillos se quedan blancos. Aprieta un poco más el gas. El coche acelera.

Su voz es gélida.

Sus palabras, cortantes.

—Yo también quería a Nobuyuki —dice—. No te preocupes. A mí no me interesa el honor tanto como le importaba a él. No estoy aquí para castigarte por su muerte. —An casi se echa a reír solo de pensar en que esa mujer pueda castigarlo. Sin embargo ella sigue hablando—: Te he elegido precisamente porque he visto de lo que eres capaz.

«Muerte —piensa An—. Quiere muerte.»

—¿Qué relación tenías con ella? —pregunta.

—Era su entrenadora. Artes marciales con espada, kárate, acrobacia, técnicas de evasión, camuflaje. Era mi mejor alumna. No he conocido a nadie más rápido o más implacable en mi vida. Era...

—No tendría que haber muerto.

—No. No tendría que haber muerto.

Silencio. Un kilómetro. Dos.

—La quieres —dice An—. Yo también la quiero. Pero esto sigue sin explicar por qué estás aquí.

—Porque deseo lo mismo que tú.

—¿Y qué es eso? —pregunta An, que se alegra de llevar a Chiyoko al cuello. Se alegra mucho. Le permite hablar sin muchos problemas ni tics.

Se alegra mucho.

«Ella es como tú, amor», le dice Chiyoko.

Dice entonces Nori Ko:

—Lo que quieres está tan claro como la nariz que tienes pegada a la cara, An Liu. Amor multiplicado por muerte, por *asesinato*, solo tiene una solución.

Una pausa.

—La venganza —resuelve An.

—La venganza —confirma Nori Ko.

Más silencio. El cielo está despejado. Adelantan un camión Tata

multicolor cargado con varillas metálicas para la construcción.

«No miente, amor mío —dice Chiyoko—. La rabia la hace fuerte.»

«Lo sé —piensa An—. A mí me sucede lo mismo.»

Chiyoko no hace más comentarios.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta An.

—Llevo siguiéndote la pista desde Nana. Iba a abordarte el otro día, justo después de que llegaras a Kolkata, pero el Juego nos pilló por sorpresa, ¿verdad?

—Así es. Todo pasó muy rápido. Muy rápido. Estuvimos tan cerca...

—¿De Adlai?

«Estuvimos tan cerca de matar al nabateo, amor...», le recuerda Chiyoko.

An mueve la cabeza en un gesto afirmativo.

—Sí. Estuvimos muy cerca —dice An a Chiyoko y a Nori Ko.

Nori Ko ignora el uso de la primera persona del plural por parte de An y afirma:

—Mi intención era estar en el cementerio, pero llegué demasiado tarde para poder ayudarte. Lo habría hecho, créeme.

An piensa en lo que hizo con aquella chusma de Ballygunge y dice:

—Te creo.

—Bien.

De nuevo, silencio. Siguen por la carretera y pasan por delante de cosas. Un grupo de mujeres con coloridos vestidos, una bandada de palomas que levanta el vuelo desde las copas de los árboles, una cuadrilla de peones que repara baches en el carril contrario.

El otro lado del mundo se enfrenta al apocalipsis, pero ahí en India la vida continúa.

—¿En qué piensas cuando piensas en venganza, An?

—En sangre. Cenizas. Cosas tumefactas.

Nori Ko niega con la cabeza.

—No. Lo que quiero decir es en *quién* piensas.

La respuesta es rápida.

—En la cahokiana. En el olmeca. Estaban presentes cuando ella murió. De no haber estado allí, seguiría con vida.

Un breve silencio antes de que Nori Ko sentencie:

—En este caso, yo también deseo su muerte, An Liu.

CONVULSIÓNconvulsiónCONVULSIÓNconvulsiónCONVULSIÓNconvulsión.

—Pero dime, An Liu. ¿Hay alguien más a quien quieras muerto?

El coche salta sobre un bache. Los dos permanecen unos instantes sin hablar. An fija la vista en el panel de instrumentos. El Defender

avanza a 123 km/h. El motor gira a 2.900 revoluciones por minuto. La temperatura exterior es de 37 grados Celsius.

—Sí —responde.

—El kepler —dice Nori Ko.

An asiente.

—Sí, él. *Ello*.

Nori Ko refunfuña.

—A mí también me apetece su sangre. Y procuraré que te hagas con ella. Procuraré que ambos nos hagamos con ella.

—Tú no eres como Chiyoko —afirma An.

—Soy mayor. La edad influye en las personas, y las que conocen Endgame envejecen más rápido y en distintos sentidos. —Agita la mano, como si quisiera espantar una mosca o ahuyentar un recuerdo desagradable—. En su día yo también tenía ideales, si te refieres a eso.

PARPADEOconvulsiónparpadeo.

—Sí.

—Con los años he aprendido muchas cosas sobre Endgame, An. Por parte de muchas personas distintas, no todas ellas mu. No todas deseosas de que Endgame se desarrolle como quieren los Jugadores. Mis ideales, que los tenía, fueron los que más sufrieron. —Una pausa —. Y desaparecieron para siempre cuando mataron a Chiyoko.

Oír su nombre duele. «No debería pronunciarlo», piensa An.

Chiyoko susurra: «No pasa nada. Te ayudará. No seas duro con ella. Te ayudará. Nos ayudará».

An mueve la cabeza; no es un tic, sino un movimiento brusco para acallar la voz de Chiyoko en su cerebro. Aparece un coche por el retrovisor, va muy rápido.

—Dime, mu Nori Ko, ¿adónde *vamos*?

—¿Has visto las noticias?

—Sí.

—¿Y has visto que están destruyendo monumentos de la antigüedad, de cuando estaban aquí Creadores y humanos?

—Sí. ¿Sabes quién lo está haciendo?

—Tengo una corazonada, pero eso carece de importancia. Lo importante es que lleguemos al monumento más próximo, que resulta que es el harapano, en India occidental. Es probable que el nabateo, con las primeras llaves, se dirija hacia allí. Cree que ganará en ese lugar.

—Y ¿dónde está exactamente?

—Se trata de un templo enterrado cerca de la ciudad gujarati de Dwarka.

An aprieta el freno, sujeta el volante con fuerza y Nori Ko se

apoya en el salpicadero cuando los neumáticos chirrían y se detienen de golpe.

El coche que los seguía a tanta velocidad los adelanta. Es un pequeño sedán último modelo, con un solo ocupante, calvo y con prisas. Sin pasajeros. El conductor no se parece en nada a Maccabee y no había nadie más en el coche, de modo que An no le presta ninguna atención. En India todo el mundo conduce a una velocidad endiablada.

—Y ¿por qué tendría que ir Adlai allí? —pregunta con ansia—. ¿Por la Llave del Sol?

—Sí.

—¿Está allí?

—No lo sé seguro.

—Pero ¿crees que está en uno de esos monumentos? ¿En los que están siendo destruidos?

—Sí. Así es. Aunque no sé en cuál.

Hace una pausa. Entrecierra los ojos. El coche desaparece por la siguiente curva. Dice:

—Entonces, la Llave del Sol también podría estar en el monumento mu. O en el cahokiano. O en el olmeca. O… en el shang.

—Sí. Podría.

An pone de nuevo el coche en marcha, mueve el volante, da un giro de ciento ochenta grados y toma la dirección por donde han llegado, acelera, acelera, acelera.

—Pero ¿qué haces? —pregunta Nori Ko.

ParpadeoCONVULSIÓNCONVULSIÓNparpadeoPARPADEOPARPADEOCON

Nori Ko extiende la mano y la posa en el brazo de An. An se aparta.

«China», dice Chiyoko.

«Sí», responde él.

—¡El nabateo podría estar ya a medio camino de Dwarka! —protesta Nori Ko.

—Lo sé. Y si tiene la suerte de encontrar la Llave del Sol allí, ya habrá ganado y nosotros ya vamos tarde —dice An, apretando los dientes—. Cualquier cosa que hagamos no servirá para nada. Tenemos que conseguir las llaves para poder ver al kepler cara a cara. Si él gana, habremos perdido nuestra oportunidad de encontrarnos con el Creador y matarlo. Pero…

Y entonces Nori Ko lo entiende.

—La pirámide del emperador Zhao.

—Sí. Empezaremos por el monumento shang. Si la Llave del Sol no está en Dwarka, y hay bastantes probabilidades de que no esté allí,

Adlai irá a continuación al monumento que le quede más cerca. Al mío.

—A China —dice Nori Ko. Acepta la idea. Da su aprobación.

—Sí. Vamos a casa —señala An, pensando en todo lo que odia de aquel lugar, en todo el dolor que ha tenido que soportar durante su preparación, en todo su sufrimiento—. A mi infernal casa.

SHARI CHOPRA

Mercedes Sprinter, Ayutthaya (Tailandia)



Shari Chopra no está en su casa, aunque es lo que desearía más que nada en el mundo. Su casa, envuelta en el aroma a comida recién hecha, viendo a su hija corretear por el jardín, dándole la mano a su esposo.

No está en casa, pero está despierta, y nadie lo sabe.

Continúa con los ojos cerrados, pero sus renacidos sentidos hablan por sí solos. Está atada, en la parte posterior de un vehículo, una furgoneta supone.

Ha recuperado el conocimiento hace 15 minutos. Y desde entonces lleva contando mentalmente muy despacio, en parte por no llorar por su hija y en parte para reubicarse. Se imagina los números en vez de pronunciarlos en silencio. Hay números elaborados con hojas verdes, otros que son líneas sencillas como los trazos de un bolígrafo en un papel, otros están hechos con palos, algunos con fuego.

Va con cuidado para que ninguna de esas imágenes le recuerde a la Pequeña Alice. Nada de plumas de pavo real, ni de pakoras, ni de juguetes, nada de números garabateados a lápiz por la mano de un niño. Naturalmente, la Pequeña Alice sigue presente en el recuerdo de Shari. Siempre está allí. Pero en estos momentos, para mantener su subterfugio, Shari ha trasladado a la niña a las alas de su subconsciente. Porque si la colocara ahora en el centro de la escena, sería tan doloroso como peligroso.

Cuenta.

«984.

»985.

»987.

»No. Me he saltado uno.

»986.»

Todavía está grogui.

Oye a los demás, hablando. A Aisling Kopp, a Jago Tlaloc y a Sarah Alopay. Recuerda todas sus voces de cuando estuvieron juntos en la Llamada. Recuerda sus acentos. Recuerda el matiz afilado y nervioso de la voz de Jago, la inocencia ronca de la de Sarah, la vibración optimista de la de Aisling.

Aisling Kopp. La celta. La Jugadora que mató a los harapanos.

La Jugadora a la que Shari matará algún día. Y confía en que eso suceda más temprano que tarde.

«Mis enemigos.

»988.

»989.

»990.

»Mis enemigos están muy cerca.»

Hay otras voces que no reconoce. Dos hombres. De mediana edad. Y un tercer hombre detrás de ella en la furgoneta, que no habla, pero cuya respiración es clara y audible. Tiene un carraspeo en la garganta.

A lo mejor duerme. A lo mejor está enfadado. A lo mejor también es un prisionero.

El vehículo se detiene. Todo el mundo sale, excepto el hombre silencioso. El aire que entra en la furgoneta es caliente y húmedo. Ya no están en las montañas. Las voces hablan en el exterior. «¿Es aquí?», «¿Dónde está?», «¿Estáis seguros de que vuestra amiga nos ayudará?», «¿Podrá detener Endgame?».

«Sí, sí, sí, sí», responde uno de los desconocidos.

Se alejan y ya no puede oírlos.

Shari se plantea la posibilidad de abrir los ojos, de ponerse en acción, de vengarse. Pero permanece inmóvil. Está atada y no confía aún en su cuerpo, en su capacidad de respuesta, en su fuerza. No sabe dónde está ni por qué los tres Jugadores están juntos y no intentan matarse mutuamente. ¿Habrán alcanzado una tregua? ¿Habrán llegado a un acuerdo, como hicieron Alice Ulapala y ella? ¿Trabajarán en equipo? No tiene ni idea.

Sigue sin moverse. Necesita estar segura de que si lo que busca es venganza, la obtendrá.

Los demás se acercan, suben de nuevo al vehículo y el motor se pone en marcha. Nadie habla. Shari percibe la tensión entre ellos.

¿Ha mencionado alguien que querían detener Endgame?

Sí. Lo ha dicho uno de ellos.

Y ¿es posible hacerlo?

Shari desea venganza, pero también quiere saciar su curiosidad y comprender qué trama esta gente.

Sigue sin moverse.

Sigue sin moverse.

Lo que desea por encima de todo es vivir, y actuar ahora no se lo garantizaría.

Tiene que vivir para que exista al menos alguna posibilidad de que la Pequeña Alice esté a salvo.

La furgoneta se pone en marcha. Realiza una curva brusca, salta un bache en la calzada y parece como si entrara en un lugar bajo techo. El terreno desciende en un ángulo de cinco o seis grados. Circulan varios minutos trazando las típicas curvas cerradas que uno encontraría en un aparcamiento subterráneo de varias plantas. Al final, el suelo se nivela y paran.

Cuenta.

«1009.

»1010.

»1011.»

Se abren las puertas. La gente sale. «No os olvidéis de la harapana», dice uno de los hombres. Jago Tlaloc refunfuña mientras se encarga de levantar a Shari del asiento y cargársela al hombro. Shari nota una punzada de dolor en el costado. Quiere gritar, pero se contiene.

Agradece el dolor.

Significa que está viva.

Que está recuperando la sensibilidad.

Por el sonido adivina que entran en una estancia con paredes insonorizadas. Olor a comida, especiada, grasa, salada, pimentada, pastosa y fresca. El estómago le da un vuelco. Confía en que no le suenen las tripas.

Cuenta.

Se concentra en cortar la conexión entre las tripas y el cerebro recién despertado.

Cuenta.

Jago la instala en una silla. Ella sigue con el cuerpo como muerto. Él la endereza en el asiento. Las bridas que le sujetan las muñecas, pese a no estar muy tensas, se le clavan en la carne. No tiene las piernas atadas.

Cuenta.

Algunos comen. Los tres Jugadores no saben muy bien por qué están ahí. Hablan en frases cortas, la tensión es palpable. Están esperando a alguien. A alguien de quien Shari nunca ha oído hablar.

A alguien que se llama Stella Vyctory.

Cuenta.

«1050», hecho con plumas blancas.

«1051», hecho con gotas de agua suspendidas en el aire.

«Vive, por favor —piensa Shari—. Que mi niña esté viva.»

«1052», hecho con sangre y huesos.



AISLING KOPP, SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SHARI CHOPRA, HILAL IBN ISA AL-SALT, STELLA VYCTORY, POP KOPP, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS

Búnker en el sótano del Classic Kameo Hotel and Serviced Apartments, Ayutthaya (Tailandia)



Están en una sala de conferencias perfectamente iluminada a 103 pies de profundidad. Las paredes norte y sur son de hormigón, las paredes este y oeste están construidas con panel estructural de vidrio grueso y tienen, las dos, una puerta corredera de alta tecnología.

Justo al lado de la puerta de cristal del oeste hay un espacioso garaje donde están aparcados la berlina Mercedes último modelo y la furgoneta Sprinter que los han conducido hasta ahí desde el aeródromo situado al nordeste de la ciudad. La furgoneta era cortesía de Stella Vyctory y está llena de armas, suministros y una nevera con Coca-Cola fría, lo que todos agradecen. Sobre todo, las bebidas.

Detrás de los vehículos hay una empinada rampa que conduce hacia la superficie. La otra vía de entrada o salida del búnker es una escalera situada detrás de una puerta metálica, justo delante de la pared de cristal ubicada más al este. La escalera, explica Jordan, es la que utilizará Stella Vyctory para bajar desde el hotel.

Está a punto de llegar.

Esperan en la sala de conferencias sentados alrededor de una mesa de madera de teca donde hay comida preparada, aunque solo Jordan y Marrs comen un poco. Es evidente que todos los demás están ansiosos. Jago ha retirado el cargador de una Glock 20 y está jugando con el cerrojo del arma. Sarah y Aisling, también con pistolas que han cogido de la furgoneta, permanecen inmóviles. La pierna izquierda de Sarah se mueve con nerviosismo, Aisling mira a Shari. Shari, a quien todos tienen aún por inconsciente, sigue con los ojos cerrados e intenta mantener la mente en calma.

Y entonces se abre la puerta y aparece Stella. Es de raza blanca, alta, de cabello oscuro, musculosa, segura de sí misma, veinte y muchos o treinta y pocos, y hace su entrada en la sala de conferencias acompañada por un hombre de piel oscura, cuya cara muestra indicios de haber sufrido terribles quemaduras recientemente y que une las manos a la altura de la cintura. Va vestido con prendas sueltas de algodón y lleva una mochila grande colgada al costado. Stella viste vaqueros negros, camiseta de escote en pico de color gris y zapatillas

deportivas oscuras. No lleva joyas ni va armada, que se vea. El hombre que la acompaña tampoco parece ir armado.

Jordan se levanta para saludar a Stella, la coge por los hombros y la abraza de un modo sincero.

—Me alegro de volver a verte —dice—. Siento que hayamos tenido que pasar tanto tiempo separados.

Ella le resta importancia.

—Yo también me alegro de verte, Greg. —Luego, lo aparta con delicadeza y dice a todos los presentes—: Me alegro *muchísimo* de veros a todos. Llevo toda la vida esperando estar en una sala llena de Jugadores de Endgame.

El alivio, la alegría y la gratitud que transmite su tono de voz son palpables y un poco contagiosos.

«La primera impresión es buena», piensa Sarah.

Aisling y Jago son del mismo parecer.

Shari piensa: «¿Dónde estoy? ¿Quién es esta desconocida? ¿Será también una enemiga?».

Stella se dirige a cada uno de ellos individualmente.

—Aisling…, Sarah…, Jago. Gracias por confiar en Greg. Sé que no ha sido fácil. Siento que no pudierais matar a la niña que es la Llave del Cielo, por terrible que suene lo que acabo de decir. Lamento que no pudierais impedir que el nabateo se la llevara.

«¡La Pequeña Alice está viva!»

«¡La Pequeña Alice está viva!»

«¡La Pequeña Alice está viva!»

Shari quiere gritar de alegría y alivio, pero el entrenamiento controla su cuerpo y no le permite moverse ni siquiera un centímetro. El pecho no se agita, los dedos no se retuercen, los párpados no aletean.

«La Pequeña Alice está viva», piensa Shari.

Pero entonces se le pasa por la cabeza algo terrible: «¿Podría ser que mis captores y estos desconocidos fueran… de los míos? ¿Que ellos, igual que yo, sepan que Endgame es una inmoralidad? ¿Que es malo?». El estómago se le revuelve con la idea y precisa de toda su concentración para no vomitar.

—Y usted debe de ser el señor Kopp —dice Stella, interrumpiendo los pensamientos de Shari.

Pop, en el otro extremo de la mesa y casi dándole la espalda a Stella, refunfuña con desaprobación.

«De modo que ese es el silencioso —piensa Shari—. Un miembro del linaje de Aisling. Debía de acompañarla en las montañas.

»Y también tendrá que morir por todo lo sucedido con mi linaje.»

Y entonces dice Stella:
—Y veo que también está Shari Chopra. Me alegro de verla.
«¿Cómo sabe cómo nos llamamos todos?»
Stella continúa:
—Pero no es necesario mantenerla inconsc...
Se interrumpe cuando Aisling y Sarah espetan al unísono:
—¿Quién *demonios* eres?
Las dos Jugadoras se miran y casi sonríen.
Shari piensa: «Sí. ¿Quién eres?».
Stella realiza un pequeño saludo.
—Como ya os ha dicho Greg, me llamo Stella Vyctory. Y estoy muy interesada en Endgame.
—¿Por qué? —pregunta Jago—. No eres Jugadora.
—¿Con qué linaje vas? —pregunta Aisling.
Y Sarah dice:
—¿Cómo es posible que sepas de qué va Endgame?
Stella, sin cerrar las manos, hace un gesto pidiendo a los Jugadores que se tranquilicen.
—Os prometo que os lo contaré todo a medida que vayamos conociéndonos. Pero vamos cortos de tiempo, de modo que por el momento os diré que mi padre adoptivo me lo contó todo sobre Endgame. Él no pertenecía a ningún linaje, pero...
—¿Tu padre? —dice Sarah.
—Y ¿por qué no está aquí? —pregunta Jago.
Y Aisling responde:
—Yo confío en Jordan, pero ¿cómo sé que puedo confiar en ti?
—Por favor —les suplica Stella—. *Podéis* confiar en mí. *Debéis* hacerlo si nuestro objetivo es detener Endgame. Yo puedo deciros cómo hacerlo.
—¿Por qué dices eso? Las profecías no mencionan que intervengan no Jugadores, y mucho menos que vayan a detener Endgame —dice Sarah.
Stella mueve la cabeza en un gesto de negación.
—No. No lo dicen. Pero las profecías son falsas. Y las reglas...
—Las reglas del juego han cambiado —dice muy serio Jago.
—Tienes razón, Jago Tlaloc —confirma Stella.
—O, mejor dicho, no hay reglas —les recuerda Sarah—. Es lo que dijo kepler 22b. Si de verdad queremos detener Endgame, supongo que al final tendremos que aceptar eso por completo.
—Comprendo bien tu preocupación, Sarah —dice Stella—. Si estuviera en tu lugar, yo tampoco confiaría en mí de entrada. Y después de lo que os cuente sobre mi padre, seguramente aún me

fiaría menos.

Jago se inclina hacia delante.

—¿Puedes contárnoslo?

—Mi padre sabía muchas cosas sobre los Creadores. Más que cualquiera de los linajes, más que todos juntos. Sabía mucho porque... porque era uno de *Ellos*.

«¿Qué?», piensa Sarah.

Expresiones de duda afloran en los rostros de todos los Jugadores.

—Es verdad —dice Jordan en voz baja.

Pop vuelve a refunfuñar, sin disimular lo poco que le gustan Jordan, Stella y cualquier cosa que estos puedan decir.

Al final, es Sarah quien toma la palabra:

—De modo que... ¿tú también eres una Creadora?

Y por si acaso la respuesta es afirmativa, Jago vuelve a colocar el cargador en la Glock y se prepara para disparar.

Stella mantiene la calma. Mira a los ojos a Sarah.

—Por supuesto que no lo soy. Lo único que quiero es detener Endgame.

El hombre de las quemaduras da un paso al frente.

—Os lo ruego, compañeros Jugadores. Escuchad. La señorita Vyctory es sincera. Confío plenamente en ella. Os imploro que hagáis lo mismo.

Sarah se lleva una mano a la boca.

Y Jago espeta:

—¿Aksumita?

—¿Qué... qué te ha pasado? —pregunta Aisling.

Shari arde de deseos de abrir los ojos, de ver qué tiene Hilal ibn Isa al-Salt que resulta tan turbador. Quiere ver al Jugador que reveló la localización y la identidad de su hija, al hombre que lideró la aniquilación de su linaje.

Quiere verlo y quiere matarlo.

Dice entonces Hilal:

—Me atacaron el donghu y el nabateo después de la Llamada. Por desgracia, ambos sobrevivieron.

—Uno ya ha muerto —dice en voz baja Sarah—. Baitsakhan. Jago y yo vimos su cuerpo.

Shari nota que se le eriza el vello de la nuca y de los antebrazos con la simple mención del nombre del donghu. Confía en que nadie se dé cuenta.

—Me alegro de que al menos él esté muerto —dice Hilal—. Pero me avergüenza decir que siento que la niña saliera con vida.

—No fui capaz —dice Sarah, después de un momento de pausa—.

Era tan pequeña… Tan vulnerable… Era demasiado para mí.

—Yo tampoco pude —reconoce Jago en voz baja.

Hilal suspira.

—Tampoco creo que yo hubiera sido capaz de hacerlo.

«Son mis amigos —comprende Shari—. Son mis enemigos y mis amigos. Hilal y Aisling también. O si no son mis amigos, como mínimo son seres humanos, como yo. Como todos nosotros.» Reprime, una vez más, las ganas de vomitar.

El aksumita mira a Stella.

—¿Puedo?

Stella asiente y extiende una mano hacia Hilal, invitándolo a seguir hablando.

—No sé si lo recordáis, pero en China os pedí que nos parásemos un momento a reflexionar antes de empezar a Jugar. Os pedí que reuniéramos todos nuestros conocimientos sobre Endgame y colaboráramos. Todo lo que he aprendido desde que empezó el Juego me lleva a creer que es una empresa maligna, una trampa en la que tanto nosotros como nuestros antepasados hemos caído, algo que nos han obligado a preparar y a perseguir. Estamos ante una oportunidad de expiación, no solo pensando en nosotros mismos, sino también en nuestros respectivos linajes. Desconozco los motivos del kepler, y la señorita Vyctory también, pero si pudiéramos impedir que Endgame siguiera avanzando, sería muy bueno para el mundo. No deseo ver al Creador nunca jamás, salvo si se trata de su máscara mortuoria. Sin embargo, y a menos que se produzca un milagro, Abaddon impactará contra el otro lado del planeta en cuestión de horas. Acabará con la vida de millones de personas y convertirá el mundo en un lugar donde la existencia será muy dura durante mucho tiempo. Sea como sea, estamos ante la posibilidad de seguir viviendo en él… juntos. Pero antes debemos dejar de lado los prejuicios, el odio y la miopía que separan nuestros linajes para poder combatir… *juntos*.

Se produce una larga pausa. Las luces centellean. Stella las mira con mala cara por un instante antes de llegar a la conclusión de que no es nada.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Jago por fin.

Stella descansa las manos con firmeza sobre la mesa y se inclina hacia delante.

—Tenemos que encontrar la Llave del Sol antes de que la localicen el nabateo o el shang. Como Greg os ha explicado ya, sé que está escondida en uno de los doce monumentos de la antigüedad que hay repartidos por el mundo. Y como también sabéis, dos de ellos ya han sido destruidos.

—¿Sabes quién está detrás de eso? —pregunta Aisling.

Stella mueve la cabeza en sentido afirmativo.

—Se trata de una hermandad tan antigua como los linajes, tal vez más. Y sus miembros trabajan contra nosotros. Por suerte, también están en contra de los Creadores; si no fuese así, estaríamos jodidos de verdad. Pero por desgracia, además de destruir los monumentos más sagrados de vuestros linajes, también intentan destruirme a *mí*. Si aceptáis mi ayuda, también intentarán destruiros a vosotros.

—Pero ¿quiénes *son*? —pregunta Jago.

—La respuesta es sencilla. Son gente leal a...

Un rápido siseo seguido por un sonido mordiente y Stella Vyctory sofoca un grito. Separa las manos de la mesa para llevárselas al cuello. Hilal la sujeta por el brazo para estabilizarla, pero ella respira con dificultad, se le hinchan las venas de las sienes, se le oscurecen los capilares de la nariz y los ojos se le salen de las órbitas y lagrimea. No parece aterrada o enfadada, sino decepcionada y triste.

—¡Pop! —grita Aisling, volviéndose hacia su abuelo.

A Stella se le doblan las rodillas. Hilal la coge, soporta todo su peso mientras los demás se levantan a la vez. Pop escupe un tubo de metal que guardaba en la boca y que rebota sobre la mesa. Se pone en pie, tiene una mano cerrada en un puño y la otra se acerca a la pistola que descansa en su cadera. «¡Blasfemia!», dice entre dientes mientras retrocede. Aisling corre hacia él. Tiene la falcata enfundada en la mano y la mueve contra su abuelo, quien aparta la mano de la pistola y hace caer el arma del cinturón. Las luces parpadean de nuevo y dejan la sala sumida en la oscuridad durante un segundo que parece una eternidad. Cuando se recuperan, Sarah y Jago miran a su alrededor, intentando encontrarle sentido a lo que acaba de suceder; sus hombros se rozan para protegerse el uno a la otra antes de ayudar a nadie más. Hilal está prácticamente encima de Stella, sujetándole la cabeza, Jordan al otro lado, agarrándola del brazo y maldiciendo. Stella balbucea y su piel empieza a cobrar un tono verdoso. Shari se arriesga a entreabrir un ojo para ver qué sucede. Nadie se da cuenta. Marrs ha sacado la pistola y apunta con ella a Pop.

Dispara en el momento en que este se abalanza sobre Aisling. Falla.

—¡Traidora! —vocifera Pop, levantando los brazos y echando la cabeza hacia delante para atacar a Aisling.

El ataque la ha dejado conmocionada, pero su entrenamiento se pone en marcha y se mueve por repetición; sujeta a Pop por una muñeca, lo rodea haciendo una pirueta y le retuerce el brazo. Pop flexiona las rodillas sin poder evitarlo, pero con la mano que le queda

libre busca el cuchillo que lleva sujeto al muslo. Aisling le pisa la mano y se la aplasta contra el suelo. Pop suelta el cuchillo, Aisling lo empuja con la punta del pie y el arma se desliza hacia el otro extremo de la sala.

Aisling ni se percata de que termina su recorrido justo delante de Shari Chopra.

—¡Por Dios, Pop! —exclama Aisling.

Marrs apunta ahora con más cuidado, tiene a Pop en la mira, pero la trayectoria del disparo tendría que atravesar la pierna de Aisling. Aun así, no duda. Aprieta el gatillo.

Pero no se da cuenta de que Jordan está dando la vuelta a la mesa, su mirada es furiosa. Placa rápidamente a Marrs y suena el segundo disparo, pero la bala rebota en el suelo junto a la pierna de Aisling y se incrusta en la parte inferior de la mesa.

—¡Maldita sea, Marrs! —exclama Jordan—. ¡Así no!

Marrs protesta, pero Jordan es mucho más fuerte y está mejor entrenado para este tipo de cosas y consigue controlar sin problemas a su colega y amigo.

Aisling dice entonces:

—¡Que alguien venga a ayudarme!

Jordan mira una bolsa que hay sobre la mesa.

—Ahí dentro hay un tranquilizante, Jago. Lo he traído para Shari. ¡Úsalo!

Jago mira de reojo a Sarah.

—Adelante —susurra ella.

El olmeca salta sobre la mesa, corre por encima de ella y coge la bolsa.

Llega a donde está Aisling en cuestión de segundos. La celta presiona la espalda de su abuelo con la rodilla y las vértebras crujen de forma audible. Levanta la cabeza para volver a pedir ayuda, pero Jago ya está a su lado con la jeringuilla preparada. La acerca al cuello de Pop, presiona el émbolo y el hombre se relaja.

—¡Por Dios, Pop! —repite Aisling en un susurro—. ¿Por qué narices has hecho eso?

Su abuelo pierde el conocimiento.

Aisling se incorpora y observa la sala. Hilal está con una rodilla en el suelo, Stella Vyctory, apoyada en su muslo, los brazos flácidos en sus costados, las piernas cruzadas en un ángulo incómodo. La pluma brillante de un pequeño dardo sobresale de la zona central de su garganta. Tiene la cara y el cuello cubiertos de saliva y mocos que brotan de la boca y de la nariz. El pecho asciende y desciende con rapidez, se forman unas burbujas en sus labios hinchados y entonces,

de pronto, todo se detiene.

Stella Vyctory ha muerto.

Las luces parpadean una vez más y en el túnel que asciende hacia la superficie se oye un sonido que parece una explosión. Las luces se apagan por completo.

Solo queda oscuridad y también un repentino silencio. Y la incertidumbre.

Entonces Hilal, con voz dura y llena de amargura, dice:

—Es demasiado tarde. Nos han encontrado… *juntos*.

SHARI CHOPRA, HILAL IBN ISA AL-SALT, AISLING KOPP, SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, POP KOPP, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS

Búnker en el sótano del Classic Kameo Hotel and Serviced Apartments, Ayutthaya (Tailandia)



Shari no duda. No puede pensar en quién va a por ellos. Porque ella *no* es uno de ellos. Ella es la harapana, y su hija está viva en algún lugar. Y para llegar hasta ella necesita ser libre.

Se desliza con cuidado del sillón y palpa el suelo, busca con la punta de los dedos y lo encuentra. El cuchillo de Pop Kopp. Lo coge, le da la vuelta y con cautela lo pasa entre sus muñecas atadas y lo mueve para cortar la brida que mantiene sus manos unidas.

La brida cae al suelo. Shari sujeta el cuchillo entre los dientes como un pirata, a continuación se acuclilla y espera su oportunidad para echar a correr.

El destello de una linterna taladra la oscuridad. Pertenece a Sarah. El haz de luz recorre la sala mientras pregunta:

—¿Quién es, Hilal?

—La gente que está destruyendo los monumentos. La gente que quiere, bueno, que quería matar a Stella —explica Hilal; la linterna de Sarah ilumina un lado de su cara y de la del cadáver de Stella Vyctory.

Mientras hablan, Shari aprovecha la tenue iluminación de las luces de emergencia para orientarse. Aisling está de pie al lado de su abuelo, cerca de la puerta corredera que lleva hacia donde están los vehículos. Shari necesitará uno para escapar. En aquel preciso momento, se abre la puerta y Jago sale al garaje. Shari traslada la mirada al suelo en busca de la pistola de Pop, y sí, allí está, un bulto al lado de esa misma puerta.

Jago vuelve a entrar en la sala.

—Están bajando por la rampa. Intentan hacerlo en silencio, pero los he oído.

Sarah coge la pistola y se acerca a Jago.

—Voy contigo. Cubriremos el túnel. No dejaremos que nadie llegue vivo hasta aquí.

—De acuerdo —dice Jordan, apretando los dientes—. ¡Id!

Sarah sale corriendo de la sala rozando a Aisling.

Marrs limpia la cara de Stella con su camiseta.

—Maldita sea, ¿por qué habrá hecho esto tu abuelo?

Aisling fija la mirada en Marrs, que sigue limpiando los ojos de Stella, la boca, el puente de la nariz.

—Tendría que habérmelo imaginado. Tendría que haber dejado a Pop en la furgoneta.

—A mí también me gustaría saberlo —dice Jordan sofocado—. Stella es..., era... —Se interrumpe, pero su dolor y su confusión terminan de repente cuando se oyen dos ráfagas de disparos en el túnel.

—Ahora no es el momento, amigos —dice Hilal.

Jordan se endereza.

—No. Claro que no.

Aisling intenta olvidarse de lo que acaba de hacer Pop y se obliga a concentrarse.

—Tenemos que salir de aquí. ¡Por la escalera!

Jordan señala la furgoneta aparcada en el garaje.

—¿Y todas esas armas? Todo el equipo...

—Hay más material —dice Hilal, que abre la parte superior de su mochila. Introduce la mano y extrae un único machete con la palabra *amor* grabada en su empuñadura—. Stella me lo explicó cuando llegué anoche. Tiene otro almacén de suministros aquí en Tailandia, aunque a varias horas de distancia.

—¿Y te informó también sobre quién *es* exactamente esta gente, Hilal? —pregunta Aisling, alejándose unos pasos de su abuelo inconsciente.

Shari intuye su oportunidad. Se arrastra hacia los coches. Se enciende otra linterna, esta vez la de Marrs.

—Son gente leal a su padre adoptivo, un hombre llamado Wayland Vyctory —dice entonces Hilal.

—¿El del hotel? —pregunta con incredulidad Aisling.

—El mismo —responde Hilal.

Aisling no entiende nada. Todo el mundo ha oído hablar de Wayland Vyctory, todos los estadounidenses, al menos. Es uno de los hombres de más éxito y más ricos de Las Vegas. Se dedica a los casinos, a las chicas, a los restaurantes de cinco tenedores y a los campos de golf, no a Endgame.

—¿Por qué demonios un multimillonario de los hoteles tendría algo que ver con End...? —comienza a decir la celta.

Pero la interrumpe otra explosión, esta muchísimo más cerca. El búnker se ilumina con el destello y las puertas de cristal del lado este de la sala de conferencias tiemblan por la onda expansiva, pero no se rompen.

Jordan se acerca a un teclado numérico que hay junto a la puerta

e introduce un código. Detrás de la puerta se está formando una nube de humo blanco. La nube se ilumina con los destellos de las bocas de los rifles semiautomáticos de tiradores escondidos. Jordan pone mala cara al ver que los disparos rebotan en el cristal cerca de su cara y su pecho. Pulsa «Enter». La puerta se cierra. Están a salvo de los hombres que bajan por la escalera, al menos por unos momentos.

Aisling deja a su abuelo y se suma a Jordan, a Marrs y a Hilal.

Es la oportunidad de Shari. No espera. Hay mucha acción, pero todo el mundo está preocupado por otras cosas. Repta por el suelo. Coge la pistola, se la guarda en la cintura, pasa las manos por debajo de los hombros de Pop y lo arrastra hacia los vehículos. Trabaja con rapidez, sin hacer ruido, y llega al Mercedes en menos de 20 segundos. Las linternas le aportan luz suficiente para poder operar. Abre la puerta del lado del acompañante, entra en el habitáculo y arrastra a Pop hacia el interior. Se desliza hacia el centro del coche e instala al celta en el asiento del acompañante. En cuanto lo tiene colocado, cierra la puerta, pone el seguro y se abrocha el cinturón.

Palpa debajo del volante y sí, ahí está la llave.

La furgoneta está a su izquierda, Sarah y Jago al otro lado, pero no los ve. Los demás siguen en la sala de conferencias, a su derecha. Hay un muro de hormigón justo delante del coche. La única salida es por donde han entrado, por el túnel.

Mira hacia allí por encima del hombro. Ve movimiento de luces a lo lejos, en la rampa. Aparece un hombre armado con un rifle por la curva, y Jago y Sarah le disparan. Cae rodando hasta abajo.

Se acercan.

No puede pensar en la situación de mierda en la que están metidos.

Tiene que actuar.

Shari respira hondo. Irá por el túnel. Atropellará a quienquiera que se cruce en su camino, seguramente le dispararán durante todo el recorrido. Espera que el coche esté blindado. Lo espera, pero no lo sabrá hasta que lo pruebe. Sujeta el volante con una mano y acerca la otra al contacto, respira hondo otra vez y se prepara para poner el coche en marcha.

Solo tiene que aguardar el momento adecuado.

Entretanto, Aisling, Hilal y Jordan se colocan hombro con hombro para enfrentarse a cuatro contrincantes —altos, atléticos y cubiertos de los pies a la cabeza con equipamiento técnico, las caras ocultas con cascos y gafas— que emergen de la nube que ha oscurecido el hueco de la escalera. Se colocan en posición, a escasos pies de Aisling, Jordan y Hilal, detrás de la puerta de cristal blindada y cerrada. Abren

dos mochilas que contienen explosivos y detonadores y se ponen manos a la obra.

Mientras trabaja, uno de los hombres se quita un momento las gafas. Jordan enfoca la linterna hacia él. Parpadea. Su piel es clara y sus ojos están un poco más separados de lo normal. Tiene la boca abierta, y Hilal ve que carece de lengua.

Un mudo. Como los guardias que tenía Wayland en Las Vegas.

—Netineos —dice en voz baja Hilal.

—Mierda —suelta Jordan.

Hilal hace girar sus machetes.

—No son tan duros como dicen. Acabé con dos en Las Vegas. Pero en cuanto abran las puertas no podemos esperar. Debemos atacar enseguida.

Aisling no tiene ni idea de lo que hablan, pero no es momento para preguntar.

—Podemos con ellos —afirma.

—*Podremos* con ellos —puntualiza Hilal.

—Tal vez no sea necesario —dice Jordan. Corre hacia Marrs con Stella cargada a la espalda—. Métela en la furgoneta, Marrs. Veremos si hay otra salida. Stella nunca se quedaría encerrada de esta manera.

Marrs responde esprintando hasta el furgón. Se siente tan conmocionado por estar cargando con el cuerpo muerto de Stella Vyctory, y todo está tan oscuro, que ni siquiera se da cuenta de que Shari y Pop han desaparecido. Rodea la berlina y tampoco se fija en que Shari ocupa el asiento del conductor, en que está mirándolo fijamente ni en que está a la espera de que llegue su momento para emprender la huida.

Marrs abre la puerta lateral de la furgoneta y deposita con delicadeza el cuerpo de Stella en el asiento trasero. Entra a continuación y conecta el ordenador portátil que hay montado en el salpicadero. Teclea con rabia e intenta acceder a los sistemas de seguridad del búnker para comprobar si están dispuestos a divulgar alguno de sus secretos.

En la sala de conferencias, Aisling, Hilal y Jordan ven cómo uno de sus atacantes rocía la puerta de cristal con C4 gasificado formando el dibujo de una estrella. Otro, con una sonrisa en su rostro, los apunta con un rifle, cuya boca hace bailar entre las cabezas de los tres.

Jordan levanta el dedo corazón y dice:

—Estoy seguro de que podemos con estos tipos, pero también creo que deberíamos subir a la furgoneta. Es nuestra mejor protección. Está blindada a prueba de balas y de bombas y cargada de armas. —Jordan empieza a correr hacia el garaje—. ¡Vamos!

El haz de la linterna de Jordan ilumina las caras de Aisling y Hilal. La celta parece dispuesta a seguirlo, pero el aksumita se muestra menos seguro. Las heridas impiden interpretar su expresión.

—Tienes razón —acepta Hilal pasados unos instantes.

Coge la mochila y se la cuelga al hombro. No les ha contado qué más hay en su interior: el libro del Creador que estaba en la suite del hotel de Wayland Vyctory. No les ha contado lo importante que podría llegar a ser y lo esencial que es que los netineos de Wayland no lo recuperen bajo ningún concepto.

Hilal le tiende una mano a Aisling.

—Tenemos que combatir a estos hombres a nuestra manera, no a la de ellos. Vamos, Aisling Kopp.

La celta no necesita ni la mano de Hilal ni la de nadie. La rechaza, coge la delantera y echa a correr hacia el garaje, pero cuando llega al final de la mesa se detiene en seco.

—Échame una mano con Pop, por favor. Espera un momento. ¿Qué...?

Hilal sigue corriendo hacia la furgoneta, pero Jordan tropieza con ella.

—¿Qué pasa?

Aisling enfoca hacia el suelo.

—¿Dónde demonios está?

—¡Marrs! —grita Aisling—. ¿Tienes a Pop?

—¡No! —responde este desde la furgoneta.

—¿Qué demonios...? —comienza Aisling, barriendo el suelo con el haz de la linterna—. Pero si estaba inconsciente...

Y entonces cae en la cuenta.

Shari.

Enfoca el haz de luz hacia la silla.

Pero ahora está vacía.

Jordan la agarra por el brazo y tira de ella hacia la furgoneta.

—¡Vamos, Aisling! ¡No hay tiempo!

Pero Aisling no le hace ni caso. Sigue enfocando la linterna hacia otras partes. Ve la brida cortada. La pistola de Pop. Una marca en el suelo en dirección a los coches.

Levanta la linterna y enfoca directamente la berlina Mercedes, un círculo de luz blanca en la ventanilla oscura. Al otro lado está Pop, tumbado en el asiento del acompañante. Y junto a él, sujetando el volante y lanzándole una mirada asesina a Aisling, está Shari Chopra.

—¡No! —grita Aisling, soltándose de Jordan.

Está a punto de echar a correr hacia el coche para salvar a Pop cuando Aisling y Jordan salen disparados del suelo y vuelan por los

aires hasta chocar contra el lateral del coche. Los hombres han conseguido reventar la puerta de cristal del otro lado de la sala de conferencias. La explosión es tremenda y ensordecedora, y su onda de choque retumba en el búnker con gran fuerza. Ambos vehículos se tambalean y Shari, que sigue en el interior de la berlina, levanta los brazos y se sujeta al parasol, bajándolo. Cae un objeto que aterriza en su falda. Ignora el pitido que percibe en los oídos, palpa entre sus piernas y encuentra un pequeño mando a distancia con dos botones. Uno verde, otro rojo.

La explosión también impulsa a Sarah y a Jago, pero ambos están en el otro extremo de la estancia y no los afecta en exceso. Se meten en la furgoneta mientras Marrs la pone en marcha, preparándose para un ascenso vertiginoso por el túnel y entre quién sabe cuántos enemigos más.

—¡Vamos, Aisling! —grita Hilal.

Jordan se incorpora, sus oídos aturdidos por un agudo zumbido, y agarra a la celta. El sonido de las metralletas retumba en el túnel. Shari enciende el motor de su coche. Marrs acelera la furgoneta. Aisling sigue a Jordan a regañadientes porque quiere salvar a Pop. Aisling y Jordan corren entre los vehículos y ella está a menos de un pie de distancia de Shari. Lo único que se interpone entre ambas es la puerta cerrada del coche. Aisling posa la mano en la manilla e intenta abrirla, pero es inútil.

Está cerrada por dentro.

Shari mira a Aisling con desdén, negando con la cabeza. «Es mío», dice, moviendo los labios pero sin hablar. Más disparos, esta vez desde el otro flanco; los hombres han conseguido entrar en la sala de conferencias. Las balas rebotan en el blindaje y pasan zumbando junto a Aisling. Jordan tira de ella con fuerza mientras las balas suenan a su alrededor y de pronto está dentro, se cierra la puerta y está a salvo.

Todo el mundo jadea.

—No he conseguido encontrar nada —confiesa Marrs, señalando el ordenador—. Estamos atrapados.

La lluvia de balas que rebota en el exterior de los vehículos es una música frenética. Aisling mira fijamente a Shari. Marrs mira fijamente a Jordan. Jordan mira los pies de Stella, que cuelgan por el borde del asiento trasero; la conmoción de su muerte va calando poco a poco. Sarah y Jago se miran, tienen las manos unidas.

—Y ahora ¿qué? —pregunta Hilal.

Shari recuerda el objeto que acaba de caer en su regazo. Lo coge. Botón verde. Botón rojo.

Elige el rojo.

En cuanto lo pulsa, la pared de hormigón de delante de los vehículos desciende con rapidez y revela una carretera subterránea con un ancho suficiente para dos vehículos.

Shari no duda. Pisa el acelerador, derrapa y las luces largas iluminan un túnel largo y recto.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita Jordan.

Marrs también arranca, derrapa en el vacío, las luces rojas del coche de Shari, que es mucho más veloz que la furgoneta, empiezan a desaparecer en la distancia.

Shari se siente tan feliz que no sabe qué hacer excepto conducir a la máxima velocidad posible. Sabe que lleva a los otros detrás, ¿y qué? Según el velocímetro, su coche alcanza los 280 km/h. Por mucho que también hayan logrado escapar, les cogerá ventaja sin problemas.

Y entonces, para ver qué pasa, pulsa el botón verde.

Desde su posición aventajada y a tanta distancia no puede verlo, pero la puerta que de un modo tan fortuito se ha abierto a su favor se cierra y atrapa a los hombres en el búnker.

Y de repente, el búnker, el túnel secreto y el suelo tiemblan, tiemblan y tiemblan.

Esos hombres ya no los perseguirán más.

Esos hombres han muerto.

Y ellos —Shari, Aisling, Jordan, Marrs, Hilal, Sarah, Jago— no se lo pueden ni creer. Acaban de escapar de una emboscada. Lo han conseguido y nadie los persigue.

Shari piensa: «Te encontraré, *meri jaan*».

Y Aisling piensa: «Mierda, mierda, mierda.

»No lo mates, por favor.

»Mierda, ¡mierda!».

SHARI CHOPRA, POP KOPP

Túnel subterráneo, Ayutthaya (Tailandia)



Shari conduce como una loca, un ojo en la carretera y el otro en el hombre inconsciente que rebota sobre el asiento del acompañante. Mantiene una mano en el volante y la otra en el cuchillo que ha recogido del suelo.

—Sé lo que has hecho —le dice al hombre, pensando en todos los harapanos que ha ayudado a matar. Todos tan hermosos, tan sinceros, tan leales...

Paru, Ana, Pravheet, Peetee, Varj, Ghar, Brundini, Boort y Helena.

Shari recuerda el odio que le inundó el corazón cuando murió Helena. Cuando la celta le dijo, muy sinceramente, que las dos estaban ya en el infierno.

«Sí, esto es el infierno.»

Mira al hombre.

—Sé lo que has hecho.

La carretera traza una curva hacia la izquierda, que gestiona como una profesional.

—Debería matarte ahora.

Le acerca el cuchillo a la garganta.

Traza una curva cerrada y las luces de la furgoneta desaparecen. Mueve el cuchillo, roza la piel del cuello de Pop y hace una pequeña incisión. El hombre tiene la piel arrugada, floja, y se pliega ligeramente sobre el metal.

Las arrugas le hacen pensar en Jovinderpihainu.

Shari se pregunta si Jov también habrá muerto. Tal vez no. En la fortaleza harapana podría haber supervivientes, gente que se hubiera escondido, esperado y sobrevivido. Jov podría haberlo conseguido. Si Jov, con sus 94 años, podía definirse de algún modo, era como un superviviente.

«¿Qué harías tú en mi lugar, Jov?», se pregunta.

La carretera recupera la rectitud y, al cabo de unos instantes, las luces de la furgoneta reaparecen en los retrovisores.

Mira el panel de instrumentos. Han recorrido 0,9 kilómetros. El coche avanza tranquilamente a 126 km/h.

«Jov lo perdonaría. Por su sangre no corre la venganza, sobre todo cuando existe la posibilidad de ser estratega. Tengo que ser

estratega para aumentar mis probabilidades de encontrar a la Pequeña Alice», piensa.

Retira despacio el cuchillo del cuello del hombre y lo clava en el salpicadero con frustración, rabia y dolor, sobre todo dolor.

«No puedo matarte.»

Los focos del coche revelan un cambio en la carretera.

Un cruce.

Pisa el freno. El vehículo se detiene. Mira a Pop. Coge de nuevo la empuñadura del cuchillo, la hoja está hundida unos cuatro centímetros en el cuero y el plástico del salpicadero.

—Debería matarte —dice una última vez.

La furgoneta se acerca. No quiere verlos. Elige uno de los dos caminos y pisa de nuevo el acelerador, toma el túnel de la izquierda. Cuando la furgoneta llega al cruce, la sigue.

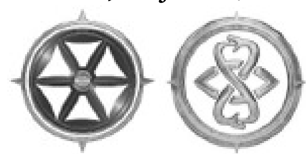
«No puedo matarte.

»Tengo que contener el odio, soltarlo todo lo que pueda.»



MACCABEE ADLAI, LA PEQUEÑA ALICE CHOPRA

Carretera sin señalización cerca del templo Shree Dwarkadhish, Dwarka, Gujarat (India)



Lleva a la Pequeña Alice en la mochila, a su espalda. A su alrededor, los hombres gritan, levantan los brazos y parlotean en media docena de idiomas, un batiburrillo de guyaratí, hindi, inglés, urdú y panyabi. Maccabee y la Pequeña Alice se ven arrastrados por la muchedumbre y conducidos hacia un callejón con edificios de hormigón. A su derecha queda un templo hindú de 2.000 años de antigüedad, en el que destaca una altísima estructura cónica de piedra tallada, erosionada por la climatología y majestuosa. Una bandera multicolor se agita a merced de la cálida brisa que sopla desde el océano Índico, que está apenas a un tiro de piedra en dirección oeste.

Doblan una esquina y el callejón se abre hacia el *ghat*, un paseo con suelo de hormigón con escaleras que descienden hasta el río Gomti. La marea está baja, de modo que las aguas están en retirada y dejan al descubierto arena y cieno cubierto de porquería, la superficie oscura del río queda a varios metros de distancia. La orilla opuesta también es artificial, pero parece más industrial. En su costa rocosa se ve muy poca gente.

El paseo de la orilla donde se encuentra Maccabee es estrecho y está abarrotado. Todo el mundo mira en dirección sudoeste, hacia donde termina el río y empieza el océano Índico. Muchos hablan por el móvil o toman fotos o vídeos con ellos.

Maccabee se abre paso a empujones hasta lo alto de la escalera. Se detiene al lado de un hombre de más o menos su altura que luce un traje de estilo occidental de buena calidad. Por un momento, Maccabee siente envidia al verlo tan bien arreglado. Echa de menos la sensación de llevar un buen traje, de lucir una camisa que se adapte perfectamente a hombros y brazos, de percibir la exquisitez del algodón y de la lana.

Echa de menos el orden y la pulcritud del mundo anterior a Endgame.

Gotas de sudor manchan el cuello de la camisa amarilla del hombre.

Maccabee le pregunta:

—¿Qué ha pasado?

El hombre lo mira de arriba abajo. Arruga la nariz al ver la

cabeza rapada de Maccabee, su nariz rota y las ojeras negras, pero, sobre todo, al ver a la pequeña que lleva colgada a la espalda y que asoma la cabeza por encima del hombro.

—Ha habido una explosión bestial no demasiado lejos de la costa —responde—. Hay quien piensa que ha sido un meteoro pequeño, un acompañante de Abaddon que ha caído en este lado del mundo —dice con entonación poética. Señala hacia el cielo—. ¿Has visto aquello?

Un denso enjambre de aves marinas inunda el aire como confeti y se abalanza sobre el agua a menos de un kilómetro de distancia.

—Sí.

—Ha sido allí. Por lo que parece, esas aves están dándose un banquete.

Maccabee observa las aves.

La Pequeña Alice dice entonces:

—Es allí. Allí está el templo submarino. Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos.

El hombre de negocios se queda mirando a la Pequeña Alice.

—¿Qué ha dicho? —Se inclina hacia ella—. ¿Cuántos años tienes, *pakora*? ¿Dos? ¿Tres?

La Pequeña Alice niega con la cabeza, muy enfadada.

—No me llame *pakora*. Solo me llama así mi mamá.

Maccabee la aparta del hombre, pero este insiste.

—¿Dónde *está* tu mamá? ¿Es tu hija, chico?

La Pequeña Alice repite:

—Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos.

—Gracias, señor —dice Maccabee, dando media vuelta.

El hombre intenta retener a Maccabee y pregunta de nuevo cuántos años tiene la Pequeña Alice, pero la multitud lo encierra y no los sigue.

Un poco más adelante, Maccabee se detiene al lado de un hombre delgado que está encaramado sobre los hombros de un tipo robusto. El hombre de arriba está observando la escena con un telescopio de latón. Maccabee levanta la mano.

—¿Le importaría dejarme echar un vistazo?

El hombre le responde en un idioma que Maccabee no entiende.

—Amigo, *necesito* echar un vistazo —dice Maccabee en inglés—. Se lo devolveré.

El hombrecillo vuelve a protestar, pero se lo pasa y, a continuación, ahueca las manos para proteger los ojos del resplandor del sol. El hombre más alto observa el perfil de Maccabee.

Maccabee se lleva el aparato al ojo y lo sujeta con las dos manos.

—Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos

—dice la Pequeña Alice.

—Calla, cariño —le pide Maccabee—. Estoy intentando ver si nos ha ganado la partida otro Jugador —añade en voz baja.

No entiende cómo sería posible, pero a lo mejor An Liu, o cualquier otro, sabe que allí está la Llave del Sol. A lo mejor alguien ha conseguido llegar allí justo antes que él.

Examina el cielo y localiza las aves. Gaviotas blancas, cormoranes oscuros y piqueros enmascarados parecen formar un equipo. Desciende hacia la superficie del agua. Está agitada por el viento, pero, por lo demás, no se ve nada excepcional. La multitud empieza a hablar más fuerte y a soltar exclamaciones.

La Pequeña Alice golpea el telescopio.

—Mira, Tío.

Maccabee se aparta el telescopio del ojo y ve un objeto oscuro que se eleva en vertical por encima de las aves. Lo reconoce de inmediato como un dron de tamaño mediano con cuatro rotores. Se eleva 30 o 40 metros y se para, se ladea para mantener el equilibrio a pesar del viento. Maccabee lo observa por el telescopio y enfoca el objeto justo antes de que se ponga de nuevo en movimiento, ahora en dirección a la orilla.

El hombrecillo mueve la mano para reclamar el telescopio. El hombre más alto le propina un empujón a Maccabee a la altura del hombro.

—Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos —vuelve a decir la Pequeña Alice.

Todo el mundo excepto Maccabee está mirando el dron. Pero él vuelve a contemplar el mar.

Y entonces, la tierra da una sacudida violenta.

La multitud se encoge de miedo, pero Maccabee no. Maccabee se limita a esbozar una mueca y a volver levemente la cabeza. La Pequeña Alice ni siquiera se mueve.

—Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos.

Acaba de detonar bajo la superficie una explosión mucho mayor que la anterior. Aparece de pronto una gruesa columna de agua que se eleva rápidamente hacia el cielo 50, 75, 100 metros. El líquido engulle la mayoría de las aves, el resto se dispersa a toda velocidad. A continuación, surge un halo de agua que rodea la parte inferior de la columna y, casi de inmediato, puntas de material negro trazan un arco que atraviesa la espuma. La escena le recuerda a Maccabee un espectáculo de fuegos artificiales, aunque mucho más impresionante, puesto que esto no es solo una exhibición de luz, sino una explosión que mueve peso y masa, que desplaza todo lo que hay a su alrededor.

En cuestión de segundos, la multitud recibe una lluvia de escombros, algunos fragmentos del tamaño de un puño. Maccabee se desata con habilidad la mochila de la Pequeña Alice y la coge en brazos para protegerla con su cuerpo. La multitud cae presa del pánico. Pies, piernas y manos empujan a Maccabee, pero él se mantiene firme como una piedra. El bombardeo dura poco rato y, cuando termina, Maccabee pregunta:

—¿Estás bien?

—Dos dos punto dos tres cuatro. Seis ocho punto nueve seis dos —responde la Pequeña Alice.

—Sí, veo que estás bien.

La muchedumbre se dispersa rápidamente. Hay gente que sigue tumbada en el suelo, gimoteando y ensangrentada. La Pequeña Alice señala alguna cosa. Maccabee lo ve. El dron regresa al agua. Se ha desplazado para ponerse a cubierto y ahora regresa al lugar de la explosión. Maccabee coge a la Pequeña Alice con el brazo izquierdo y observa con el telescopio.

—Está grabando —explica con nerviosismo—. Pequeña Alice, ¿crees que la Llave del Sol... se ha ido?

Antes de que le dé tiempo a responder, el propietario del telescopio reaparece y tira de la camiseta de Maccabee. El hombre extiende la mano.

Maccabee niega con la cabeza.

—Lo siento, colega. Me lo quedo.

El compañero grandote se planta al lado del pequeño, una sonrisa desdentada le ilumina el rostro. Maccabee conoce esa mirada. Al tipo le apetece pelear.

También a Maccabee, pero no vale la pena tomarse la molestia por ese par. Se guarda el telescopio en un bolsillo y saca la SIG, apunta a la cara del hombrecillo.

—He dicho que me lo quedo. Largaos. ¡Ya!

Los hombres retroceden.

—Vale, vale, vale —dicen.

Se adentran en las calles de Dwarka y desaparecen.

Maccabee se enfunda de nuevo la pistola y vuelve al telescopio. El dron llega al lugar de la explosión. Durante un par de minutos filma aquí y allá, sube y baja y vuelve a subir. Termina su trabajo e inicia el corto viaje de regreso a la ciudad, de nuevo directamente hacia el río. «Alguien está manejando ese chisme. Alguien que está muy cerca de aquí.» Examina los tejados de los edificios y el *ghat* en toda su longitud, pero no ve a nadie sospechoso.

—Dime que no se ha ido, Pequeña Alice.

—El lugar donde estaba se ha ido —dice la niña muy despacio.

—¿Qué? —dice Maccabee—. ¿Quieres decir que...?

—Tenemos que irnos de aquí, Tío.

—Pero ¿cómo ganaré si...?

—¡Muévete, Tío! —brama la niña.

Y Maccabee tiene la abrumadora sensación de que se le viene encima alguna cosa. Se lanza hacia la escalera del *ghat*, con cuidado de no aplastar a la Pequeña Alice, cuando un pedazo de hormigón explota a menos de un metro por encima de ellos. Rueda por el suelo, el canto de los peldaños se le clava en la espalda y el sonido de la detonación estalla en sus oídos. Capta con el rabillo del ojo el dron que está descendiendo, y en la otra orilla vislumbra dos cosas y reconoce al instante qué son. La silueta alargada de una antena de control remoto y el brillo de la mira del fusil de un francotirador.

Calcula que están a 120 metros. Un disparo muy largo para una pistola. Está tumbado en el suelo bocarriba, con la Pequeña Alice sobre el pecho. Mira por encima de la cabeza de la niña y del brazo extendido que sujeta la SIG. Pasa el brazo izquierdo por encima de la Pequeña Alice, que se ha convertido en su escudo humano, una situación que no puede evitar. Apunta al tirador y aprieta el gatillo, tres veces, con rapidez, haciendo microajustes con cada retroceso y para adaptarse al viento que sopla desde el mar. El brillo de la mirilla del francotirador destella y aparece una figura oscura que cae hacia un lado. Tocado. El que acciona el control remoto se mueve rápidamente para ponerse a cubierto y Maccabee dispara dos veces más, dándole en la cadera y por encima de la misma. La persona cae y desaparece detrás del terraplén de la orilla opuesta.

Mueve la pistola a derecha e izquierda, buscando a más gente, pero no encuentra a nadie.

—¿Estás bien, cariño?

La Pequeña Alice pega la barbilla al pecho. Se tapa los oídos con las manos. Está temblando.

—Lo siento —dice Maccabee—. Pero ¿estás bien?

—Sí, Tío.

—¿Quién demonios ha sido? —Maccabee ha seguido las noticias durante el viaje por India y ha oído lo de los otros monumentos—. Primero Stonehenge, después Chogha Zanbil, ahora Dwarka. ¿Quién está destruyendo todos estos lugares? No es el kepler. No es otro Jugador. ¿Verdad?

—Mira, Tío.

La Pequeña Alice señala el dron, que vuela prácticamente sobre sus cabezas, a unos 30 metros de altura. Maccabee observa y apunta.

—Tápate otra vez los oídos.

Obedece. Maccabee dispara dos veces. Los casquillos rebotan contra el hormigón. Les ha dado a dos rotores y el objeto pierde altura. Medio minuto más tarde, se estampa contra el suelo del *ghat*, vacío casi de gente. Coloca de nuevo a la Pequeña Alice en la mochila y corre hacia allí. El dron chirría como una mosca sobre el suelo de hormigón. Maccabee pisotea los demás rotores. Le da la vuelta y ve la cámara, los sensores y el disco externo conectado al cuerpo del aparato. Desconecta el disco, lo desengancha y se lo guarda en el bolsillo.

—Tal vez esto contenga algunas respuestas.

Mira hacia el mar. El agua sigue revuelta por la explosión. Ha sido impresionante. Las olas se adentran en la boca del río como una marea que avanza a toda velocidad.

—Ya no está —musita—, ¿verdad?

«¿Cómo conseguiré ganar?»

—Sí. El templo ya no está, Tío... Pero la Llave del Sol... la Llave del Sol. —Se queda un instante en silencio. Parpadea, como si acabara de recibir nueva información. Señala en dirección noroeste y dice—: Tres cuatro punto tres seis dos dos seis. Uno cero ocho punto seis cuatro cero dos seis dos.

—No te entiendo, Alice.

Maccabee frunce el ceño.

—Tres cuatro punto tres seis dos dos seis. Uno cero ocho punto seis cuatro cero dos seis dos.

—¿Quieres decir que... que se ha trasladado?

—Sí, Tío. Tres cuatro punto tres seis dos dos seis. Uno cero ocho punto seis cuatro cero dos seis dos.

—Eso es... —Analiza el sistema básico de coordenadas que tiene grabado en el cerebro—. Eso es en China, Alice. Cerca de Xi’an.

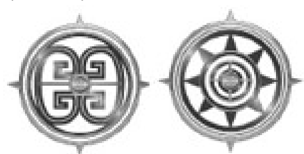
—Tres cuatro punto tres seis dos dos seis. Uno cero ocho punto seis cuatro cero dos seis dos.

Maccabee asiente.

—Xi’an. Volveremos a donde todo empezó.

AN LIU, NORI KO

Puesto fronterizo de Nathu La, frontera entre India y China, Sikkim (India)



Nori Ko, a base de sobornos, ha conseguido llevarlos hasta Nathu La, uno de los tres puestos fronterizos de la frontera entre China e India. A más de 4.300 metros de altitud, es un lugar extremadamente remoto, con el montañoso estado de Sikkim por el lado indio y, después del descenso desde el Himalaya, la meseta tibetana por la vertiente china. Los rodea un paisaje desolado, rocoso, escarpado y cubierto con áspera vegetación alpina. Es poco más de mediodía y tienen un cielo gris sobre sus cabezas. El ambiente es húmedo y frío y muy impropio de pleno verano.

Legalmente, los ciudadanos indios son los únicos que pueden acercarse al puesto fronterizo, y solo después de haber obtenido el debido permiso por parte del ejército nacional. Pero los requisitos legales han «seguido el camino marcado por Abaddon», según ha dicho Nori Ko después de sobornar al último soldado con un mísero billete de diez dólares y un bolígrafo barato. El militar les ha garantizado que no había más hombres en el paso.

Más hombres indios, vaya.

Superado el paso, se han detenido en el camino de descenso después de unas cuantas curvas en horquilla. Los picos de las montañas desaparecen entre las nubes. Banderas de plegaria colgadas de astas de plástico ondean al viento.

Nori Ko enciende un cigarrillo Golden Bat. Lleva la ventanilla bajada y el codo apoyado en el marco.

—Este lugar está tan apartado que a la gente ya no le importa lo que suceda aquí —dice, contemplando los pulcros edificios administrativos con tejado rojo que se apiñan junto al paso.

An acaricia el pelo de Chiyoko.

—Me encantaría ver un lugar por el que la gente se preocupe —dice—. Nueva York, por ejemplo. Debe de ser increíble. Debe de ser bonito.

Nori Ko exhala el humo. El viento lo atrapa y lo expulsa del coche, lo aleja de la nariz de An, de sus sentidos. Se alegra. No le gusta ni el olor, ni el sabor, ni siquiera ver un cigarrillo. Su padre fumaba. También sus tíos.

Los hombres que tanto daño le hicieron.

Los hombres que lo destruyeron.

Los hombres que apagaban las colillas contra su piel.

Los hombres que lo chamuscaban, que lo quemaban, que lo llenaron de cicatrices mientras reían y se regocijaban.

Ella no es ninguno de esos hombres, de modo que le permite fumar.

—Créeme, An —dice Nori—. No te gustaría nada estar en Nueva York en estos momentos. Debe de ser un infierno.

—Me gustaría ver el infierno, mu. Lo contemplaría como lo ve un dios. Como un Creador.

—Como un diablo.

—Sí. Como un diablo. Quiero olerlo. Escucharlo. Tocarlo.

Una pausa.

Entra en el coche una ráfaga de aire dulzón.

—Vámonos —dice Nori Ko, cambiando de tema. Señala la carretera con la punta encendida del cigarrillo. An pone el coche en marcha y, cuando llevan recorridos unos metros, Nori Ko añade—: Yo sé lo que veo en ti, An Liu, una oportunidad. Pero no estoy del todo segura de lo que vio en ti Chiyoko.

An gira la cabeza hacia su pasajera y está a punto de escupirle «¡No pronuncies su nombre! ¡Ahora es mi nombre!».

Pero en su lugar convulsiónPARPADEOconvulsiónconvulsiónparpadeoconvulsiónPARPADEOP

Nori Ko sujeta el volante con una mano y le da un bofetón en la mejilla con la otra.

—¡Para ya, An! —dice; el cigarrillo baila entre sus labios.

An se detiene. Pisa el freno. El coche se queda inmóvil. La mejilla le arde. Le gusta. Coge el collar con ambas manos, se lo acerca a la cara y hunde la nariz en él. Guarda tan poco aroma de ella que tal vez sea ya inodoro, pero surte efecto. Su cuerpo se sosiega. El corazón late.

—Nunca me vio así —explica An—. Nunca presenció esto. Cuando estaba con ella estaba íntegro. Yo era... mejor.

Nori Ko da una calada profunda al cigarrillo y arroja la colilla al exterior. Está a punto de decir: «Le dabas pena», pero se lo piensa mejor. Y dice, en cambio:

—Chiyoko evitaba las relaciones, es lo que suelen hacer los mudos, pero siempre le gustó la idea de tener un proyecto.

An aprieta el volante con fuerza. Es lo único que puede hacer para no fustigar a esa mujer. Podría matarla, pero la necesita.

Por el momento.

Por suerte, entonces Chiyoko dice: «Me gusta tu vulnerabilidad,

An. Me gusta tu corazón roto. Me gusta la ternura que tienes enterrada dentro de ti, como la que demostraste durante la única noche que estuvimos juntos. Me gusta que seas un Jugador, como yo, aunque totalmente distinto a mí. Te quiero porque no debería hacerlo. Porque es imposible».

Le gusta el sonido de su voz. ¿Por qué no podría haber compartido todo esto con él mientras estaba PARPADEO viva?

—No fue así —dice An pasados unos momentos, pero no piensa compartir todos esos sentimientos con Nori Ko. Son demasiado personales, demasiado reveladores—. Yo no era un proyecto. Ella me quiere…, me quería, Nori Ko. Es lo único que necesitas saber.

Nori Ko aparta la mano del volante.

—El amor *es* misterioso, sí. —Una pausa—. Lo siento. Es que estoy nerviosa. Tal vez tú desees que el mundo termine, pero, lo creas o no, yo preferiría que no lo hiciera. —Enciende otro cigarrillo—. Ya no puedo hacer nada por evitar la llegada de Abaddon. Nada excepto asegurarme de que ese cabrón del kepler muere, sea como sea.

—Sí.

—Cerremos la boca un rato y pongamos rumbo a China.

—Sí.

An se pone de nuevo en marcha. Mientras serpentean entre montañas, Chiyoko repite una y otra vez: «China. Vuelves a casa. China. Vuelves a casa. China. Vuelves a casa». Su voz es cálida, fluida y dulce. Como el agua del cuadro que tenía en su habitación en Naha.

«Vuelves a casa.»

La carretera se estrecha entre un grupo de edificaciones que dan paso a unos muros que se alzan a ambos lados, engulléndolos. La ruta comercial es un pasadizo excavado entre montañas. Entre los muros, se alza de repente una reja blanca, como una cortina. Encima de la reja, hay un cartel rojo con letras blancas en chino e inglés: «NATHU LA, CANAL COMERCIAL PARA LA FRONTERA ENTRE CHINA E INDIA».

Y allí *sí* que hay un hombre. Un solitario soldado chino en un extremo de la verja, custodiándola de un lado a otro con paso militar. Viste un uniforme verde oscuro, gorra de plato militar verde con banda roja, visera negra rígida y la estrella roja decorando la parte frontal. El aire gélido hace que se vea su respiración.

Apoya en el hombro un rifle de cerrojo. Levanta los pies, gira, camina, levanta los pies, gira, camina. En bucle.

Ve claramente el Defender, pero no muestra indicios de reconocer su presencia. Sigue caminando.

—Me encargaré yo —dice An.

Abre la puerta y coge la katana mu que guarda debajo del asiento del conductor.

—No es necesario hacer eso. Es un niño —dice Nori Ko.

An se detiene un instante antes de cerrar la puerta.

—Muchos dirían lo mismo de mí.

Nori Ko le lanza una mirada que dice: «Tienes razón», pero no lo expresa en voz alta.

Los pies y las piernas de An se mueven en pasos cortos y acelerados. Sus hombros se curvan hacia el pecho. Tiene los ojos clavados en el suelo. Sostiene la espada con la mano izquierda. Se cubre la cabeza rapada, manchada ahora con un rastrojo de pelo negro, con la capucha de la sudadera. Se detiene junto a la reja. El soldado es un niño. 15 o 16 años. El uniforme le va un poco grande. Le queda holgado en tobillos y muñecas, y el gorro se le cae.

Sigue desfilando.

—Abre la reja, soldado —le ordena An.

El chico pasa a menos de un metro de él. La verja —que podría treparse sin problemas, que es tan abierta que es más un canal que una barrera para una espada o para cualquier otra arma delgada— permanece cerrada. El soldado guarda silencio.

Camina de izquierda a derecha, llega al punto final del recorrido, gira y reemprende la marcha.

An desenfunda la katana y la pasa a través de la reja, bloqueando el paso del chico. El soldado se detiene. Tiene la piel clara y las mejillas sonrosadas por el frío. Por sus facciones, An deduce que es un han. Una pelusilla oscura corona su labio superior.

—Abre la reja —repite An—. Y no te lo estoy pidiendo.

—Sé quién eres —dice el chico, su mandarín muestra un marcado acento de Qinghai—. Mi padre me lo enseñó. Eres el shang. Estás en Endgame.

—¿Quién es tu padre?

—Mi padre está muerto.

—También el mío.

—Me envió aquí antes de morir. Para hacer su trabajo cuando él ya no pudo desempeñarlo más. Para proteger la patria de...

El chico no es ni siquiera un soldado. Es un aspirante. Un patriota confuso.

—Abre la reja. No pienso volver a repetirlo.

El chico da medio giro y coloca el rifle en posición de disparo, apunta a An en el pecho. An oye que se abre la puerta del Defender, pero no mira. Sin duda alguna, Nori Ko está apuntando al chico con su Beretta.

Pero el viejo rifle se mantiene inamovible.

—Veo que conservas la calma. Es impresionante —dice An.

El chico cambia la orientación del rifle y apunta ahora a Nori Ko.

An echa la espada medio metro hacia atrás y ladea la punta hasta acercarla al vientre del chico. No lo traspasa. Todavía no.

—Mantén el rifle apuntándola a ella. Si vuelves a dirigirlo hacia mí, estás muerto. Como tu padre.

El chico no se mueve.

—Es japonesa. Sabes lo que nos hicieron en la guerra, ¿verdad? —dice An, intentando levantar su ira nacionalista.

No quiere que muera Nori Ko, pero siente curiosidad por ver cómo reacciona.

El chico no hace nada. No mueve el rifle.

—¿Qué andan diciendo de mí? —le pregunta An.

El chico no habla.

An presiona un centímetro con la espada. Penetra con facilidad la primera capa del uniforme.

El chico habla por fin:

—Dice el gobierno que tendrían que matarte en el acto, pero los generales opinan que habría que hacerte prisionero. Hay quien dice que eres un monstruo. Otros que salvarás a toda China del invierno que provocará la llegada de Abaddon.

—¿Y *tú* qué dices? ¿Qué decía tu *padre*?

No dice nada.

—Responde. Soy un Jugador de Endgame y vuelvo a casa. Puedes facilitarme el camino o puedes morir.

El chico niega ligeramente con la cabeza.

—No puedes volver a casa. Ni tú ni nadie. Mi padre siempre decía: «Las fronteras están cerradas. Nadie puede salir ni entrar. Custódialas, hijo. Protégelas». Las fronteras están cerradas.

«No, de eso nada», piensa An. Empuja la espada con un gesto veloz. La cazoleta de la espada choca contra la reja metálica. El chico se abalanza hacia delante. Se convulsiona y consigue disparar, pero la bala choca contra el suelo y rebota sin causar ningún daño. La hoja traspasa el cuerpo y sale por la espalda, de donde gotea sangre espesa. An pasa la mano entre la reja y tira de una cajita que lleva el chico en el cinturón. Retira la espada. El muchacho cae de rodillas. Tiene la boca llena de sangre.

—La frontera está cerrada —dice, antes de derrumbarse hacia un lado.

An pulsa el botón de la caja. La reja emite un crujido y empieza a abrirse.

—No. De eso nada.

An regresa al coche. Su andar es brusco. Los hombros, caídos. La espada gotea. La seca por el lado plano con la palma de la mano, la piel se le mancha de sangre. El líquido está caliente y resulta reconfortante, como un guante viejo.

Nori Ko murmura en japonés palabras de incredulidad. An no entiende qué dice, pero ni necesita comprenderlo ni le importa.

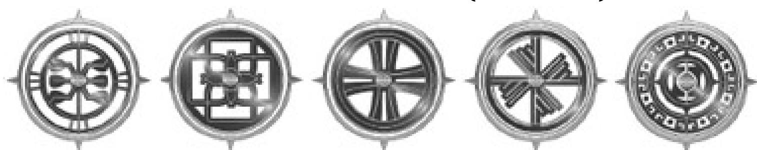
«China. Vuelves a casa», repite entonces Chiyoko.

An sonríe.

Se alegra de volver con las manos manchadas de sangre.

SHARI CHOPRA, AISLING KOPP, HILAL IBN ISA AL-SALT, SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, POP KOPP, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS

De camino a un aeródromo secreto (Tailandia)



Shari emerge del túnel secreto a seis clics al norte del hotel. Desemboca en una carretera adoquinada escondida entre un par de campos de yuta. Va a toda velocidad durante unos minutos, lo único que desea es conducir y seguir conduciendo. Alejarse de la gente que la sigue. Ir en busca de su hija.

Pero ¿dónde *está* la Pequeña Alice?

Traslada la vista de la carretera hacia Pop, de la carretera hacia Pop. «No lo he matado por razones estratégicas. Por razones estratégicas. ¿Qué más habrá que hacer por razones estratégicas?»

Sabe que ellos pueden tener información sobre la Pequeña Alice.

Por mucho que no le guste, sabe que pueden ayudarla.

Pisa el freno y, rechinando, se detiene a un lado de la carretera. Sale del coche, lo rodea hasta llegar a la puerta del acompañante y la abre. Coge a Pop por el cuello y lo hace salir, lo deja caer al suelo. Se acerca a la parte posterior del vehículo, se sienta en el maletero y espera, recordándose cada pocos instantes que no matar a Pop es la decisión más inteligente.

Por mucho que desee con todas sus fuerzas hacer lo que no sería inteligente.

Aparece la furgoneta a lo lejos. No los persiguen. Shari comprende que están a varios kilómetros al oeste de Ayutthaya y ve una columna de humo elevándose por encima del perfil de la ciudad. Debe de ser donde estaba el hotel. Donde se encontraba la gente que quería acabar con Stella.

La furgoneta se acerca.

«Pequeña Alice. Lo haces por ella.»

Más cerca.

Más cerca.

Está aquí.

Shari salta del maletero y el Sprinter derrapa y se para en medio de la calzada. Antes de que la furgoneta se detenga por completo, Aisling abre la puerta y salta.

—¿Dónde está? —pregunta la celta, deteniéndose a unos metros de Shari.

—Está bien —dice Shari.

Aisling se acerca.

—Pero ¿*dónde* está?

Shari señala hacia el coche. Aisling se para un momento y mira fijamente a la harapana. Esta le devuelve la mirada.

—Te digo que está bien.

—Más te vale —señala Marrs desde el interior de la furgoneta—. Porque me lo voy a cargar.

Aisling le lanza una mirada rabiosa a Marrs antes de comprobar el estado de Pop. Está tirado en el suelo y tiene una muesca con sangre en el cuello, pero Shari dice la verdad. Aisling coloca a Pop en una postura que parece más cómoda y regresa despacio hacia donde está la harapana, mirándola con cautela.

—Escucha, Shari... —comienza Aisling, con la intención de ofrecer alguna explicación a la muerte de tantos harapanos.

Pero Shari mueve la cabeza.

—No. Escucha *tú*. Tengo cosas que decirte. —Señala la furgoneta —. Y a ti también, al-Salt. A todos vosotros, en realidad.

Se abren las puertas de la furgoneta y sale todo el mundo. Hilal se sitúa al lado de Aisling. Tiene la cabeza alta, pero sus ojos muestran desolación y arrepentimiento. Jordan y Marrs se colocan detrás de ellos, sus rostros rojos de rabia por la muerte de Stella y de vergüenza por la de la familia de Shari. Sarah y Jago, intuyendo que todo aquello tiene poco que ver con ellos, se mantienen a un lado.

—En primer lugar, ¿nos siguen? —pregunta Shari.

—Creo que no —responde Marrs.

—¿Activaste tú esa bomba? —quiere saber Jago.

—Sí —responde Shari—. Encontré el detonador por control remoto en el coche. He tenido suerte.

—Querrás decir que *hemos* tenido suerte —subraya Sarah.

—Sí —replica Shari, a regañadientes—. Hemos tenido suerte. Pero no es de eso de lo que quiero hablar. Quiero que me expliquéis todo lo que he oído decir allí dentro. Lo que comentó esa tal Stella. Quiero hablar sobre *vosotros*. —Se muerde el labio inferior—. Quiero matarte —dice, mirando a Aisling con los ojos entrecerrados—. Por lo que le hiciste a mi familia y por lo que querías hacerle a mi hija.

Aisling respira hondo antes de hablar, pero Shari se lo impide.

—No. No hables. No quiero oír más tu voz. Me duele demasiado. Y lo mismo se aplica a ti, aksumita.

Hilal asiente. Aisling está paralizada.

—Sé que Endgame es inmoral —admite Shari—. Que los Creadores son inmorales. Sé que hay que detener esto. Creo que lo

supe desde el momento en que comprendí quién, mejor dicho, *qué* es mi hija. Mi niña, la Pequeña Alice. Ella es la única razón por la que no he matado a este miembro de tu linaje, Aisling. La única razón por la que no he intentado acabar contigo aquí y ahora.

—¿Puedo hacer una pregunta? —interviene Sarah.

—Sí.

—¿Y si pudiéramos servirte de algo? ¿Y si te prometiéramos que te ayudaremos a encontrar a tu hija? ¿Te unirías a nosotros? Porque creo que vamos a necesitar toda la ayuda que sea posible.

—Sarah habla también por mí —dice Jago—. Siento muchísimo haber pretendido matar a tu hija. Pero ya nos has oído. No pudimos hacerlo. Nunca lo haríamos.

—Y creo que hablo también por Aisling y Hilal —dice Sarah—. Y por estos hombres. Se llaman Greg Jordan y Griffin Marrs.

«Muy inteligente por su parte darme sus nombres. Los humaniza», piensa Shari.

—Me lo pensaré —dice Shari muy despacio—. Pero tengo una pregunta para ti, Hilal. Has mencionado que Stella tenía otro almacén con reservas en... estamos en Tailandia, ¿no?

—Así es —responde Hilal—. Y sí, ese almacén existe. En un aeródromo situado en el norte. A menos de tres horas de aquí.

Shari vuelve a morderse el labio.

—De acuerdo. Vamos. Os seguiré. Y por el camino me pensaré vuestra oferta. ¿Os parece aceptable?

—A mí me parece bien —dice Sarah.

—También a mí —acepta Hilal.

Los demás asienten en silencio. Al cabo de un instante, Shari vuelve a tomar la palabra:

—Si estoy de acuerdo, impondré dos condiciones. La primera es que si nos separamos no iré con Aisling ni con sus hombres. Me han hecho demasiado daño. La segunda es que quiero que salvar a mi hija sea una prioridad. No lo pondremos por encima de detener Endgame, pero sí de todo lo demás, incluso de nuestra propia vida. La Pequeña Alice es especial, y si este mundo sobrevive, creo que la necesitará. Por mucho que penséis que es una tontería, acceded al menos a esta condición por lo que habéis hecho. Es lo mínimo que me debéis. —Respira hondo—. La Pequeña Alice solo tiene tres años. Todos los niños que sobrevivan a Abaddon heredarán ese mundo. Pero será *su* mundo. —Señala el cielo—. Ni de los Creadores. —Se lleva la mano al pecho—. Ni mío. —Los señala a ellos—. Ni vuestro. —Deja caer la mano hacia el costado—. Os pido que me ayudéis a dárselo.

Se oye el sonido de los grillos en el campo de color pardo. El

rugido de un generador a lo lejos. Alguien está quemando malas hierbas y el viento transporta el olor.

—Juro que te ayudaré, Shari Chopra —dice Aisling, desoyendo la orden de guardar silencio impuesta por Shari.

Pero su voz suena tan baja, tan débil y tan sentida que todos entienden que lo que está diciendo en realidad es «Lo siento. Lo siento muchísimo».

Jordan y Marrs son los siguientes en hacer el juramento, sus voces igual de arrepentidas, y se disponen a ayudar a Aisling con Pop. Lo colocan en la parte posterior de la furgoneta y suben al vehículo.

Sarah y Jago prometen también que la ayudarán y suben también a la Sprinter.

—Te juro que vivirá, Shari Chopra. Te lo juro por mi vida —dice al fin Hilal, en tono desafiante.

Sube a la furgoneta y cierra la puerta.

Se ponen en marcha, Shari los sigue sola en el coche.

Hilal se ha equivocado. Llegar al aeródromo de Stella les lleva *cinco* horas. Ponen rumbo hacia el oeste en dirección al Sai Yok National Park, luego se dirigen hacia el norte por estrechas carreteras que recorren montañas selváticas. Jordan insiste en ir por el camino más largo para asegurarse de que nadie los sigue. En Tak, se incorporan por fin a la carretera general y ponen rumbo nordeste hacia Lampang, pero se desvían de nuevo hacia el oeste antes de llegar al centro de la ciudad y luego se adentran otra vez en la selva.

Mientras conducen, Hilal les cuenta el plan de Stella. Les explica que en el aeródromo situado les esperan tres aviones Bombardier Global 8000 modificados para poder volar largas distancias y dotados con comida, armamento y equipamiento suficiente para varias semanas.

—Quería que formáramos tres equipos para surcar el mundo en busca de la Llave del Sol. Stella y yo íbamos a ir juntos. Íbamos a dirigirnos primero al monumento de los koori, en Australia, y de allí al monumento de los mu, en el mar de China Meridional.

—Supongo que Sarah y yo formaríamos otro —dice Jago.

—Por supuesto. Ella quería que fueseis a los monumentos cahokiano y olmeca. Sabéis dónde están, ¿no?

—Naturalmente —dice Sarah.

—Sí, conozco La Venta. Ningún problema.

Hilal señala hacia el cielo, que está despejado y oscuro, salpicado con algunas estrellas.

—Pero Abaddon *será* un problema para vosotros. El impacto ocurrirá muy pronto. Vuestro lado del mundo será muy…

—Distinto —remata Sarah, con abatimiento.

—Sí. Los monumentos de vuestros linajes, por mucho que estén a miles de millas de donde se espera que impacte el asteroide, podrían no resistir.

—Será una manera de averiguarlo —explica Jago—. Iremos a verlos.

Hilal se acaricia el brazo, adornado con el uróboros de madera que recuperó después de su pelea con Wayland Vyctory en Las Vegas, y se encoge de hombros.

Sarah tiene la impresión de que les está escondiendo información.

Pero antes de que se lo pregunte, Aisling dice:

—¿Y nosotros? Es evidente que no vamos a ir a verificar el monumento de nuestro linaje, puesto que Stonehenge ha desaparecido.

Hilal ladea la cabeza.

—Stella sugirió el monumento donghu, en Mongolia, y después el de los shang, en China.

—Lo entiendo, Hilal, pero echo las cuentas y veo que dejas fuera a cuatro —dice Jordan—. El nabateo, el minoico, el harapano... y el *tuyo*.

—Tienes toda la razón, Jordan. Pero te aseguro que el monumento aksumita ya ha sido revisado y mi Maestro y los miembros de mi linaje lo custodian. La Llave del Sol no está allí. Lo confirmo categóricamente. Y la gente de Wayland no podrá ni entrar en él ni destruirlo.

—¿Y los otros tres? —pregunta Sarah.

—Nos pondremos en contacto cuando acabemos de inspeccionar estos lugares y entonces, después de la primera fase, decidiremos quién se ocupará de ellos. Con un poco de suerte, tal vez no tengamos que hacerlo. Confiemos en que hayamos encontrado antes la Llave del Sol e impedido que Adlai o Liu se alcen victoriosos.

—Hablando del tema —dice Aisling—, y viendo cómo han ido las cosas hasta el momento, me parece que todos coincidiríamos en que el shang no está interesado en ganar.

—¿Lo considerarías, entonces, un aliado? —pregunta Hilal con incredulidad.

Aisling hace un vehemente gesto de negación con la cabeza.

—Ni de coña. Él persigue sus propias metas, sean cuales sean. Lo único que digo es que creo que el shang no quiere *ganar*. Eso no significa que no quiera evitar que Adlai gane, ni que quiera detener Endgame ni que quiera impedir que los Creadores se hagan con lo que pretenden. Simplemente significa que es impredecible.

—Cariño —dice Sarah—, en este momento todos somos impredecibles.

—Cierto —confirma Aisling con una risilla.

—Ya casi estamos, chicos —avisa Marrs desde el volante—. Si tus coordenadas son correctas, Hilal, nos faltan solo un par de clics más por esta carretera.

Guardan silencio durante lo que queda de viaje. La carretera por la que circulan no es más que una pista de tierra y avanzan rodeados de selva, incluso por arriba. Todos están preocupados por lo que los espera: la busca coordinada de la Llave del Sol, sí, pero también el impacto de Abaddon. ¿Cómo alterará el mundo? Saben que lo modificará de forma considerable, pero ¿lo notarán en este lado del planeta? ¿Será una extinción a nivel geológico como la que acabó con la vida de los dinosaurios hace 65 millones de años? ¿Se sumirá todo el planeta en meses o años de oscuridad o se librarán de un invierno repentino? ¿Morirán las plantas y los animales que dependen de ellos? Si el sol deja de verse, ¿cuánto tiempo podrán resistir en la Tierra hasta volver a ver esa estrella que da vida a todo? Y ¿qué pasará con la humanidad? ¿Morirá casi todo el mundo, como prometieron los Creadores? Si Adlai consigue ganar, ¿será verdad que su linaje será el único que sobrevivirá? ¿Cómo se las apañarán los Creadores para que todos los demás mueran?

Nadie conoce la respuesta a esas preguntas. Por mucho entrenamiento y estudios que hayan tenido, nada puede cambiar ese hecho. Lo único que pueden hacer es actuar, y hacerlo de buena fe, con el corazón lleno de esperanza. La verdad es que a pesar de lo que digan las profecías, la vida hay que vivirla para experimentarlas. Por mucho que hayan cambiado las reglas del juego, esta es inmutable.

El tiempo hablará.

Lo que tenga que ser, será.

Shari reflexiona también sobre estas cosas mientas sigue la furgoneta por la selva. No conoce los detalles del plan, pero sí sabe que el momento de la verdad prometido por los Creadores es inminente.

Finalmente, poco después de medianoche, se detienen delante de una alambrada metálica que se extiende entre la vegetación selvática. Shari ve que Hilal sale de la furgoneta y se acerca a una caseta escondida bajo un árbol de tronco muy grueso. De pronto, parpadean unas lucecitas rojas y la alambrada empieza a abrirse. Hilal, cuyo aspecto es fantasmagórico bajo el resplandor de las luces halógenas del coche, saluda a Shari con un gesto.

Ella no le devuelve el saludo.

Tampoco podría verla, de todos modos.

Shari sigue la furgoneta, cruzan la alambrada y observa varias escopetas montadas en torreones giratorios y cámaras repartidas por todas partes. Llega de forma acertada a la conclusión de que, cuando la alambrada vuelva a cerrarse a su paso, el perímetro del aeródromo secreto quedará custodiado de nuevo por un sistema de vigilancia computarizado.

Shari sigue la furgoneta por una pista bien asfaltada. Está muy bien escondida. Se encuentra cubierta por vegetación selvática en prácticamente toda su longitud y solo se ve una abertura en un extremo que permite despegues y aterrizajes.

Se detienen al lado de tres jets privados estacionados junto a la pista. Shari permanece sentada detrás del volante mientras los demás salen y forman un semicírculo al lado de su coche. Están esperándola.

—Mis enemigos son mis amigos. Por el momento. Mis enemigos son mis amigos —se repite, intentando convencerse—. Los utilizaré para llegar hasta la Pequeña Alice. Y entonces…, entonces, no sé.

Sale y se suma al grupo. Permanecen un momento en silencio.

«Amigos.

»Enemigos.

»No. En estos momentos, el enemigo es el Creador.»

—¿Y bien? —pregunta Sarah—. ¿Te apuntas?

—Sí —responde Shari—. Me apunto.

Partirán con la primera luz del día.

Justo después de que Abaddon caiga en el mar al otro lado del mundo.

Pero no hablan sobre Abaddon. Es demasiado. No pueden.

Lo que hacen es prepararse, pasar la noche trabajando.

Asean el cuerpo de Stella, la visten con ropa limpia y la cubren con una de las sábanas blancas inmaculadas que encuentran en uno de los aviones. Hilal envuelve una bala y una flor roja de nombre desconocido en un trozo de tela y coloca el paquete bajo la mano rígida de Stella. La entierran en una tumba sin nombre a la sombra de un árbol del caucho. Jordan y Marrs contienen las lágrimas mientras Hilal da una breve aunque sentida elegía sobre la mujer tan notable que conoció hace menos de una semana. Juran ser fieles a su memoria haciendo todo lo que esté en su poder para detener Endgame.

Comprueban el armamento, llevan a cabo las rutinas previas al vuelo en los aviones, establecen canales de comunicación. Cargan teléfonos vía satélite y radios, y Marrs prepara un canal encriptado cerrado que identificarán como Alfa Romeo Cinco Siete. Acuerdan

horarios de comunicación para los días venideros. Jordan comparte una secuencia de códigos secretos utilizados por aviones espía para poder navegar sin problemas por espacios aéreos restringidos. Aisling y Marrs se ocupan de Pop, lo instalan en el avión, le atan muñecas y tobillos y lo conectan al mismo cóctel intravenoso que utilizaron con Shari para mantenerlo inconsciente e inofensivo. Y, sobre todo, ponen a Shari al corriente del plan. Le preguntan con quién prefiere ir y, para sorpresa de todos, elige a Hilal.

—No puede ser con Aisling —razona—, y creo que Sarah y Jago deberían ir solos a sus lugares. Con lo cual solo quedas tú, aksumita.

—Acepto encantado —dice Hilal.

—No puedo decir lo mismo. Pero intentaré no matarte. Te lo prometo.

—Entendido. Y de todas formas, me siento satisfecho.

Hacia las cuatro de la madrugada, Sarah y Jago recogen leña para encender un fuego. Hilal y Shari se suman a ellos, mientras Aisling, Jordan y Marrs se retiran a su avión para descansar.

Sarah, Jago, Hilal y Shari pasan el resto de la noche charlando. Cada uno de ellos explica dónde ha estado, contra quién ha combatido y a quién ha perdido. Al principio, Shari se muestra reacia a hablar, pero Sarah se sienta a su lado, le pasa un brazo por encima del hombro y dice:

—Tranquila, queremos oírlo.

Shari respira hondo para empezar a contar su historia, pero en vez de palabras surgen las lágrimas, veloces y duras, y durante ocho minutos seguidos llora, tiembla y se abraza a Sarah porque es lo único que tiene en aquel momento y necesita abrazarse a alguien. Cuando termina de llorar, dice con voz débil:

—No puedo hablar sobre ellos, sobre mi familia. Así que os contaré la historia de Alice Ulapala.

Les cuenta que encontró a Alice en un autobús después de la Llamada, que Shari asistió en el parto de una chica allí mismo y Alice la ayudó. Les confiesa la conexión especial que se había establecido entre Alice y ella y les describe una cosa que Alice la Mayor denominaba el Sueño. Les explica que Alice la Mayor la rescató de manos del donghu y que también suponía que la Pequeña Alice era la Llave del Cielo.

—No sé cómo murió —les dice—, pero Alice la Mayor no debería habernos dejado. Tendría que estar aquí, con nosotros. Creo que también habría querido acabar con tanto sufrimiento innecesario.

Los demás Jugadores la creen.

Cuando Shari termina, Sarah y Jago explican cómo escaparon de

la Llamada y decidieron Jugar juntos, su encuentro con Chiyoko y cómo la vieron liberar a Christopher de manos de Maccabee y Baitsakhan, lo de Stonehenge y An Liu y, naturalmente, lo de Renzo. Jago realiza una breve elegía de su amigo, destacando que tanto él como Sarah estarían muertos de no haber sido por él.

Como si estuviera esperando su turno, Hilal habla en último lugar. Explica con detalle su fe en la bondad del ser humano y cómo comprendió la maldad de Endgame. Habla sobre el Arca de la Alianza, sobre el Maestro Eben y sobre los hombres que murieron cuando se abrió el Arca. Habla sobre lo que halló en ella. Sobre su encuentro con Stella y sobre cómo acabó creyéndola. Sobre cómo consiguió enfrentarse y matar a su padre, Wayland Vyctory, un alienígena de la antigüedad conocido también como Ea.

Y, por fin, les cuenta lo del libro.

—Según Stella, tiene como mínimo diez mil años de antigüedad y es uno de los pocos artefactos que quedan en la Tierra originario del planeta de los Creadores.

—¿Nos servirá para algo? —pregunta Sarah.

—Ya nos ha ayudado —responde Hilal, antes de recordar que Shari está sentada entre ellos. Baja la vista y añade—: Lo utilicé para descubrir…, para averiguar por qué tu hija es tan importante para Endgame.

Alrededor de la hoguera se crea un silencio incómodo. El fuego crepita y resplandece. Las criaturas de la selva chasquean y ululan, los pájaros gritan y cantan cuando el cielo empieza a iluminarse con el amanecer.

—Dejad que os lo enseñe —dice Hilal.

Entra en su avión y regresa con un gran libro plateado que sujeta con ambas manos. Se sienta de nuevo en el suelo y lo coloca sobre su regazo. Acaricia con sus dedos oscuros la elegante cubierta y señala un glifo del tamaño de una moneda que hay en la esquina inferior izquierda: dos serpientes entrelazadas formando un ocho y devorándose mutuamente sobre la figura de un ojo y en el interior de un círculo.

—El símbolo de Endgame —dice.

Abre el libro y les indica con un gesto que se acerquen a mirar.

Sarah y Jago se colocan a ambos lados de Hilal, y Shari permanece más apartada. No está segura de querer ver el objeto que reveló el paradero de su hija y llevó la desgracia a su familia. Para ella es algo malo y en absoluto digno de confianza.

Pero siente curiosidad.

Hilal hojea las páginas; son de un material parecido a la vitela.

Ven diagramas de monumentos antiguos, un alfabeto de líneas y puntos, páginas llenas de cosas que parecen fórmulas matemáticas, constelaciones y espirales, redes de sistemas completos que describen quién sabe qué. Ven larguísimos párrafos de glifos indescifrables. También gráficos, diagramas de líneas y arcos que describen órbitas o parábolas en años luz para viajar a través del tiempo y del espacio. Ven algunas cosas que reconocen: monumentos, detalles de piedras y jeroglíficos, formas como pirámides, obeliscos y esferas entrelazadas con sistemas de coordenadas.

Pero, por encima de todo, les resulta incomprensible.

Mientras siguen hojeando el libro, Jago pregunta:

—¿Y Stella podía leerlo?

Hilal niega con la cabeza.

—No. Apenas.

—Pero tú sí lo descifraste para saber qué era la Llave del Cielo, ¿no? —pregunta Sarah.

—Correcto. El aparato que te he comentado tradujo aquella parte, y solo aquella, cuando la señalé en el libro.

—El aparato que ahora ya no tenemos.

—Para nuestra desgracia.

Sarah señala una frase con el dedo.

—Y este es el idioma del Creador.

—Sí, exacto.

—Y ¿habla sobre Endgame?

—Sobre eso y mucho más, supongo —aventura Hilal.

—¿De modo que podría sernos de utilidad si lográramos entender qué dice? —pregunta de nuevo Sarah.

—Sí. ¿Tienes idea de cómo podríamos conseguirlo?

Sarah niega con la cabeza.

—No, simplemente pensaba en voz alta.

—En ese caso, es un objeto inútil —sentencia Jago.

Y entonces Hilal levanta un dedo.

—No es del todo inútil. Mirad. —Va hasta el final del libro y entonces empieza a repasarlo página por página hasta que se detiene. Señala con el dedo índice el centro de una—. ¿Reconoces este dibujo, Sarah?

Sarah se inclina un poco más hacia el libro. Los animales de la selva continúan con la sinfonía del amanecer.

—La verdad es que se ve un poco distinto, menos erosionado, con un aspecto más nuevo, pero me parece que es el Túmulo del Monje.

—Correcto. —Pasa unas cuantas páginas más—. Y aquí está el monumento de mi linaje, el Templo de Yeha —dice, señalando una

torre de piedra coronada con una forma piramidal con inscripciones decorativas.

Sigue pasando páginas. Reconocen los monumentos de los olmecas, los nabateos y los minoicos, y ven otros desconocidos que deben de pertenecer a los restantes linajes. Después de observar uno que parece más un jardín que un edificio, Hilal para. El dibujo de la página donde se ha detenido está tachado con una serie de líneas dispuestas ordenadamente.

—Y eso ¿qué es? —pregunta Jago.

—Era Stonehenge. En cuanto quedó destruido, la página se alteró y se quedó tal como la veis. —Pasa a otra página—. Este era el monumento sumerio. Quedó tachado en el instante en que la gente de Wayland lo destruyó. Es un libro con vida. Está conectado de alguna manera con la energía innata de la Tierra. Aunque no podamos entender qué dice, nos resulta útil, Jago Tlaloc. Nos dirá qué monumentos sobreviven después de Abaddon y cuáles serán destruidos a manos de la hermandad de Wayland.

—Eso nos evitará andar jugando a la gallinita ciega —observa Sarah.

—No conozco la expresión, pero si la entiendo bien, sí. Nada de jugar a la gallinita ciega.

Shari se inclina hacia el libro.

—¿Dónde está el monumento harapano?

Hilal pasa unas cuantas páginas más.

—Dwarka, naturalmente. Es el último. Aquí... ¡oh!

Se detiene en otra página tachada y borrada.

Shari deja caer los hombros.

—Por lo visto, también he perdido esto.

Hilal la mira de soslayo.

—Sí. Y lo siento. Por lo que se ve, los hombres de Wayland siguen trabajando.

—Tendremos que estar preparados para enfrentarnos a ellos durante nuestra búsqueda de la Llave del Sol, ¿no? —dice Sarah.

—Sí. Muy preparados —confirma Jago.

Al olmeca le gusta la idea de combatir. De hecho, le encanta la idea de combatir.

Está cansado de hablar.

Y se imagina que a Sarah le pasa lo mismo.

Shari vuelve a sentarse. Jago le coge el libro a Hilal, y Sarah y él continúan hojeando sus extrañas páginas. Hilal se sienta y mira hacia arriba. La mañana ha llegado, el cielo está despejado y luminoso.

Se pregunta cómo será el cielo cuando llegue Abaddon. Negro.

Rojo. Roto en mil pedazos.

Encendido.

Y de pronto, en ese mismo momento, todos los pájaros, los insectos y las pequeñas criaturas se quedan en silencio, como si acechara un depredador. Sarah mira el reloj. Jago cierra los ojos. Shari murmura una oración para sus adentros.

El silencio es ensordecedor.

Un temblor apenas perceptible sacude sus cuerpos.

Un tronco de leña se agita en el fuego.

—Ya ha llegado —dice Sarah—. Eso ha sido Abaddon.

—Sí.

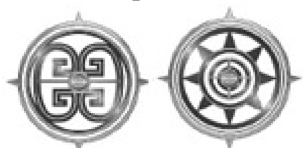
Un ave de presa grita en la selva.

—Estamos en un mundo nuevo y terrible —dice Hilal.

«Y el segundo ángel tocó su trompeta, y algo grande como una montaña, envuelto en fuego, fue arrojado al mar.»

AN LIU, NORI KO

Carretera provincial 204 cerca de Wakang (China)



An Liu y Nori Ko continúan serpenteando por la cordillera del Himalaya y vislumbran retazos de la meseta tibetana entre picos y valles. La geografía hacia la que se dirigen es un espacio infinito y yermo. Cielo y tierra, cielo y tierra, cielo y tierra.

An adora ese vacío.

Nori Ko lleva auriculares y manipula una radio. Intenta conectar con alguna emisora de noticias del gobierno chino para obtener información sobre Abaddon, pero es inútil. Prácticamente todo lo que encuentra son emisoras donde suenan canciones nacionalistas en bucle o programas de noticias que hablan sobre la calidad del aire y el racionamiento de agua en la mitad occidental del país. China ha cerrado las fronteras, ha restringido su espacio aéreo y ha declarado la ley marcial en muchas ciudades hasta que se despeje el polvo en suspensión que ha dejado el impacto.

—¡Es como si se taparan las orejas y cantaran en voz alta! —exclama Nori Ko—. Tratan Abaddon como si fuera un problema occidental que Oriente tiene que ignorar.

—Se —*CONVULSIÓNparpadeoparpadeo*—. Se —*PARPADEOparpadeo*—. Se equivocan.

—Espero que no. Pero sí, se equivocan.

Nori Ko baja la ventanilla. El ambiente empieza a caldearse a medida que sale el sol y pierden altura.

Doblan una curva y el paisaje se abre. Pardo, marrón y gris, y tan ancho e infinito como el mar.

«Podría quedarme aquí», piensa An.

«Lo sé —dice Chiyoko—. Podríamos.»

An se muerde el labio y se esfuerza por no conversar con ella en voz alta. No es fácil, porque, por lo que a él se refiere, ella está ahí.

A su lado.

Con él.

Siempre.

«Si alguien viniera a molestarnos, podríamos matarlo», le dice An mentalmente.

«Sí, amor. Podríamos hacer eso. —La voz de Chiyoko suena dúctil y seductora—. Podríamos estar solos. Podríamos ser…»

«Felices —piensa An, rematando la frase—. Sin gente, sin problemas. Podría quedarme aquí si no tuviera que matar a los Jugadores que te asesinaron. Si no tuviera que matar al kepler.»

«Lo sé, amor.»

«Pero tengo que hacerlo.»

«Lo sé, amor.»

ConvulsiónPARPADEOPARPADEOPARPADEO.

—Tengo que hacerlo —afirma en voz alta.

—¿Qué has dicho? —pregunta Nori Ko, retirándose un auricular del oído.

—Mmm... Ah. —Agita la mano por encima del salpicadero para señalar el paisaje—. Solo decía que me gusta este lugar. Tan vacío.

—Ya —corrobora Nori Ko—. Es muy... —De repente se calla—. El canal se ha quedado muerto.

Mueve el dial hacia un lado y hacia el otro para intentar recuperarlo. Al principio no encuentra nada, pero de pronto oye unas voces sorprendidas en el estudio, la voz de un productor que dice: «¡No, no! ¡Pon el himno!». Y se oyen los primeros compases de la Marcha de los voluntarios.

—Creo..., creo que ya ha sucedido, An —señala Nori Ko.

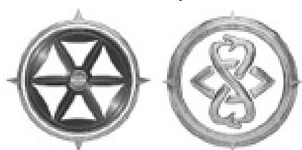
—Bien —replica él.

Y lo dice en serio.



MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA

Hotel Shivam, Carretera de la Estación, Dwarka (India)



Maccabee y la Pequeña Alice están en una oscura habitación de un hotel del centro de Dwarka. Maccabee está sentado a los pies de la cama, la Pequeña Alice acurrucada, la espalda pegada al muslo de él, su pecho sube y baja rítmicamente, está dormida. Maccabee le posa la mano en el hombro. Está viendo las noticias en la NDTV y están a punto de establecer una conexión en directo con el primer ministro de India.

En la pantalla solo aparece el logo de NDTV. Se funde a negro y aparece de forma gradual la insignia del gobierno indio. Hay tres relojes en la esquina. En el primero se lee «GMT 02:26:08». En el segundo, «MST 17:26:08». En el tercero, se lee simplemente «PA 0000 00:00:00».

Los relojes se mueven.

Un chisporroteo, unas voces, y sí.

Ahí está, en una silla de madera sobre un fondo estampado. Mira directamente a la cámara y empieza a hablar: «Amigos, indios, compañeros humanos. Abaddon ha llegado».

El reloj etiquetado como PA empieza a contar. Maccabee lo entiende.

PostAbaddon.

Una nueva era para la existencia humana en el planeta Tierra.

La Pequeña Alice se agita en sueños, entreabre la boca, sus ojos se mueven detrás de los párpados. Maccabee deja sin volumen el televisor y la zarandea con delicadeza.

—Vamos, cariño.

Parpadea. Sus ojos están húmedos y oscuros.

—Tenemos que irnos —dice Maccabee—. Ahora. Con un poco de suerte, llegaremos a China antes que los demás.

La Pequeña Alice se frota los ojos.

—Entendido, Tío.

Le coge una mano. Sonríe. La sonrisa de una persona varias décadas mayor que ella; Maccabee no puede evitar quedarse maravillado una vez más ante aquella criatura.

Es la Llave del Cielo que entregará al kepler.

Y cuando lo haga, romperá la promesa de cuidar de ella que le

hizo a Shari.

Porque el kepler la aceptará. Y entonces, ¿quién sabe lo que hará con la niña?

Maccabee se vuelve. No puede mirarla a los ojos.

La Pequeña Alice no se percata de su remordimiento. Le aprieta la mano y dice:

—Sí. —Y a continuación—: Vamos.

AISLING KOPP, SHARI CHOPRA, HILAL IBN ISA AL-SALT, SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS
Aeródromo secreto al oeste de Lampang (Tailandia)



Aisling se despierta con el sonido rítmico y violento de los disparos de armas de pequeño calibre procedente de la selva, seguido de inmediato por el sonido de una sirena que resuena entre los árboles. Se levanta de la agradabilísima cama del agradabilísimo avión que Stella les había preparado y corre hacia la puerta contigua a la cabina. Asoma la cabeza y ve a los demás —Hilal, Sarah, Jago y Shari— en posición de firmes alrededor de una pequeña hoguera.

Otra ráfaga de disparos.

—¡¿Qué ha sido eso?! —pregunta a gritos Aisling.

—¡Se ha activado el sistema de seguridad! —grita a su vez Hilal—. Los hombres de Wayland deben de habernos seguido. Tenemos que emprender el vuelo. De inmediato.

Jago apaga el fuego a pisotones mientras los demás se trasladan hacia los aviones, armas en ristre, sus pies corriendo, sus cabezas llenas de adrenalina.

Aisling entra en su avión y tira de la puerta para cerrarla. Jordan aparece a su lado mientras Marrs entra también en la cabina y pasa junto a Pop, que sigue adormilado.

—Vamos al lío —anuncia Aisling.

—Perfecto —dice Jordan, uniendo las cejas para formar una línea seria e implacable.

En el exterior, Jago y Sarah corren el uno al lado de la otra, la cahokiana toma la delantera a cada zancada que da. Sube veloz la escalerilla de su avión y se instala en la cabina haciendo una pirueta; Jago va detrás de ella. Cierra la puerta herméticamente y se sienta al lado de Sarah para controlar el aparato.

Shari sigue a Hilal hacia su avión y ambos se dejan caer en los asientos de cabina; la harapana ocupa el del copiloto.

Aisling se sienta al lado de Marrs en la cabina de su avión y se pone los auriculares.

—Listos —dice.

Su avión es el primero de la fila. Marrs empieza a guiarlo para dirigirse a la pista.

—Adelante, Aisling —dice Hilal—. Hablaremos en el primer control, dentro de veinticuatro horas.

—Recibido, Hilal. Buena suerte.

—Igualmente.

Aisling mira por la ventanilla y ve a Sarah en los controles de su avión, agitando la mano en un rápido saludo. Aisling le responde con el mismo gesto mientras Marrs aprieta el acelerador. La turbulencia del avión acaba con lo que quedaba de la hoguera, la vegetación selvática corre por encima de sus cabezas como un manchón de tinta. Cuando alcanzan la mitad de la pista, Aisling ve la alambrada que cruzaron la noche anterior, su sistema de alarma funciona ahora a toda máquina, los rifles montados sobre plataformas giratorias se iluminan y lanzan una lluvia de casquillos sobre el suelo. Cuando pasan por delante, se produce una explosión que se carga una de las escopetas, un hecho que trae sin cuidado a Aisling, a Marrs y a Jordan porque, segundos después, el toldo de follaje se abre y aparece el cielo azul. Cuando alcanzan los 128 nudos, Marrs tira del mando, el morro se inclina hacia arriba, atraviesan un agujero en la jungla y quedan en libertad.

Sarah acelera el motor de su avión y dice:

—Listos para emprender el vuelo; responde, Hilal: ¿vas tú primero o nosotros?

—Tú primero, Sarah —contesta él, y la cahokiana no puede evitar pensar que incluso en estas circunstancias los modales de Hilal son impecables—. Despega lo antes posible.

Jago se pone al mando, los motores zumban y el avión se coloca en pista; la cinta de hormigón se despliega ante de ellos. Presiona el acelerador y el avión se pone en marcha. Cuando pasan a toda velocidad por delante del claro que se abre entre los árboles y que conduce a la carretera, ven los destellos de los disparos y otra explosión. Sarah vislumbra un par de hombres afanándose con sendas cizallas para abrir un agujero en la alambrada.

Sarah grita por el micrófono de los auriculares:

—¡Hilal, esos hombres armados están a punto de irrumpir en la pista! ¡Repito, están a punto de irrumpir en la pista!

Antes de que las copas de los árboles se abran por encima de sus cabezas, Jago impulsa hacia arriba los controles del avión. El aeroplano atraviesa la cúpula de hojas que cuelga sobre el extremo abierto de la pista. En cuanto están por encima del aeropuerto, viran con brusquedad hacia estribor. Y entonces, Jago tira de la palanca, aprieta el acelerador y ascienden con rapidez en un ángulo cerrado y quedan también en libertad.

Pero el último avión, el de Hilal, está todavía en tierra.

Shari se quita los auriculares.

—Hay que despegar, Hilal, pero no aceleres a tope hasta que yo te diga que tenemos pista libre.

Se desabrocha el cinturón y se levanta.

—¿Adónde...?

—¡Pilota el avión, Hilal!

Shari abandona la cabina y a continuación se dirige al almacén de cola, directa a buscar las armas. Coge dos: una carabina M4 con un cargador adicional y un lanzagranadas M203 montado bajo el cañón y precargado no con granadas incendiarias, sino con granadas de humo.

Regresa rápidamente a la parte delantera del avión y hace algo muy poco aconsejable a la hora del despegue.

Abre la puerta.

La escalerilla del interior se despliega hacia el suelo.

—Pero ¿qué estás haciendo? —pregunta Hilal cuando se encienden las luces de alarma en el panel de control.

—Tú asegúrate de que salimos de aquí —responde Shari, cerrando la puerta de la cabina para poder concentrarse mejor—. ¡Tú limítate a pilotar! —le ordena.

Hilal grita alguna cosa en un idioma que Shari no ha oído nunca, pero la obedece. El avión se pone en movimiento para situarse en pista. Shari se tumba en el suelo y una ráfaga de caliente aire matutino le cubre la cara. Examina la pista y ve los disparos y la silueta de tres hombres —no, cuatro— que se ponen a cubierto cerca de la verja. Olisquea la cordita que desprenden los disparos. Afinca los pies contra el mamparo y dispara el lanzagranadas. ¡Fuomp! ¡Fuomp! Los proyectiles viajan trazando arcos bajos antes de impactar contra la zona media de la pista y explotar en una densa neblina azul que oscurece al instante la visión de la verja.

—¡Vamos! —grita, pero Hilal no necesita que se lo diga.

El avión empieza a avanzar, la parte inferior de la puerta raspa ruidosamente contra el hormigón, saltan chispas. Reciben disparos, pero gracias al humo y a la aceleración, los impactos fallan y van a parar más allá de la cola. Mientras siguen trotando por la pista, Shari, con el cabello alborotado por el viento, los ojos entrecerrados y lagrimosos, se carga el rifle de asalto al hombro. Dispara para cubrirse mientras el avión continúa cobrando velocidad y avanza cada vez más y más rápido, la pantalla de humo azul se aproxima más y más, hasta que se sumergen en ella. Los hombres se incorporan y Shari contiene la respiración mientras dispara tres ráfagas, su cuerpo gira sobre sí mismo cuando el avión pasa por delante de sus objetivos. Siete veloces ráfagas, cuatro de ellas dan en el blanco. Dos cabezas, un pecho, una pierna. Los cuatro hombres caen al suelo y el que ha resultado herido

en la pierna grita, pero Shari no oye nada porque el viento es potentísimo. Transcurridos unos segundos, los árboles dan paso al cielo y Hilal tira de la palanca para ascender. Uno de los supervivientes dispara al cielo a ciegas, sin puntería.

Shari se incorpora con cuidado y se sujeta a la cocina mientras el aire la sacude y chilla en sus oídos. Agarra la parte superior del pasamanos de la puerta y tira con todas sus fuerzas, pero es inútil. La potencia del aire la mantiene abierta y no consigue cerrarla.

Se agarra entonces a una manilla anclada en la pared y coge el interfono.

—¡No puedo cerrarla! —grita.

Hilal responde, pero el gemido ensordecedor del viento le impide oírlo.

—¿Qué? —pregunta.

Hilal lo repite, y entonces el avión acelera, se sacude con violencia hacia babor y, sin que le dé tiempo a sujetarse, Shari cae, se cubre la cabeza y por un instante experimenta la ingravidez. Se golpea el hombro con algo duro y el rifle sale volando por la puerta abierta y cae entre la vegetación. El avión se estabiliza y Shari mira hacia arriba, pero en vez de ver el techo ve el suelo, y de repente lo entiende todo. Están bocabajo y vuelan trazando un arco. La puerta continúa abierta y no está del todo segura de lo que pretende hacer Hilal, o de si les han dado y el aksumita ha perdido el control del avión, pero antes de que pueda seguir pensando en más posibilidades, la aeronave se da la vuelta y, de pronto, está en su posición natural. La puerta obedece las leyes de la física y se cierra con un fuerte clap. Shari no pierde ni un segundo, se pone rápidamente en pie, coge la palanca y la mueve con fuerza hasta dejarla en posición de cerrado.

Shari escupe para sacarse el pelo que tiene en la boca. Le escuece el hombro. Sonríe.

—¿Ha funcionado? —pregunta Hilal desde detrás de la puerta de la cabina de mando.

—¡Sí, Hilal!

Shari cae sentada en el suelo y rompe a reír a carcajadas. El avión coge altura y sigue acelerando.

Ha funcionado.

Son libres.

Pueden Jugar a su estilo.

Pueden ir en busca de la Pequeña Alice Chopra.

51.397742, 84.676206i

KEPLER 22B
Cámara ansible a bordo del Seedrak Sare'en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano.



Toma asiento de nuevo. La sala oscura cobra vida, se vuelve increíblemente gélida y de pronto se ilumina. Sus hermanos y hermanas de la nave nodriza Heedrak, a más de seiscientos años luz de distancia, lo rodean por todos lados.

Cinco hombres, seis mujeres.

Los 11 miembros del cónclave hablan como una sola entidad. Las frases se inician en una boca y terminan en otra. Así es como se comunica su gente cuando está en grupo. Por desgracia, la cámara ansible transmite visión y sonido, pero no pensamientos, de modo que solo va a recibir parte de lo que se diga. La situación también lo favorece: ellos tampoco pueden oír sus pensamientos, ni toda su lucha contra esto.

Asimila sus voces —paladea sus tonos y sus timbres— a medida que circulan por la sala con los saludos de rigor. Su discurso —trinos graves y resonantes puntuados con arrullos agudos y chasquidos rítmicos— suena como música en sus oídos. Es mucho más elegante que el habla de los humanos de la Tierra y está ansioso porque llegue el día en que pueda sentarse entre los suyos y enzarzarse en discusiones que contengan tanto ideas *como* vocalización. Sus netineos son telépatas serviciales y ha mantenido numerosas conversaciones agradables con ellos, pero al ser mudos carecen de la habilidad de transmitir matices y sentimientos a través de la voz. Conversar con un solo modo —bien sea exclusivamente a través del habla, como con el cónclave, bien sea exclusivamente a través del pensamiento, como con sus netineos— es como hablar solo con la mitad del vocabulario.

Terminados los saludos, van directos al grano.

—Danos las últimas noticias, Sare'en, Director del Juego —dice el cónclave.

—El asteroide ha impactado —explica—. El Jugador nabateo está próximo a presentar las tres llaves en el monumento shang. Confiamos en que el final sea inminente.

Habla en primera persona del plural, como es costumbre entre ellos.

—¿Ha habido algún monumento principal destruido como consecuencia del impacto?

—Por desgracia, un bólido desviado que acompañaba Abaddon destruyó el minoico, y en el monumento olmeca se han producido fluctuaciones. Estamos controlándolo. Es posible que también lo perdamos.

—Una lástima. Aunque, al fin y al cabo, para que termine el juego solo necesitamos uno. Y ¿qué hay de los demás Jugadores?

—La mayoría han formado una banda. Creemos que su deseo es impedir que Endgame avance. El shang Juega duro. Va solo y persigue al Jugador nabateo para hacerse con las llaves.

—¿Hemos considerado algún tipo de intervención directa?

—Todavía no, pero sigue siendo una opción.

—Podríamos ordenarte que te decantaras por ella. Cuéntanos, ¿quién está destruyendo los monumentos?

—Es nuestra principal preocupación, Heedrak. Se trata de gente leal al viejo miembro de nuestra raza. El que nos abandonó tanto tiempo atrás.

—¿Ea?

—Sí.

—Sin embargo, nos informaste de que el aksumita lo había matado.

—Así lo hicimos, y es la verdad. Pero la hermandad leal a su causa sigue viva. Y no están satisfechos. Como sabéis, Ea no quería que Endgame tuviese lugar. Pese a estar ausente, sus leales pretenden hacer realidad sus deseos. Intentan, a su tosca manera, detener lo que ha empezado.

—La hermandad no puede triunfar. ¿Les seguimos la pista?

—Sí, pero Abaddon ha perjudicado gravemente los sistemas de localización de la Tierra. Ya no podremos monitorizar sus movimientos con tanta facilidad. Dicho esto, suponemos que después de destruir el monumento harapano, van a por el donghu.

—Estamos preocupados.

—Nosotros también.

—Tenemos una idea. Te animamos a que te adhieras a ella.

—¿Y cuál es esa idea?

—Necesitaremos dos cosas. La primera es canalizar la Llave del Cielo lo antes posible. Para que el nabateo se apresure.

—¿Y la segunda?

—Que los netineos de tu Seedrak desciendan a la superficie por un breve tiempo.

—¿Para hacer qué?

—Para detener a esa Hermandad.

—Podemos enviarlos a Mongolia a tal efecto. En cuanto termine

esta sesión.

kepler 22b muestra intenciones de levantarse de la silla.

—Espera. Uno de los netineos puede ir a Mongolia para esto. El otro debe desplazarse al monumento cahokiano.

kepler 22b vuelve a sentarse. Pone mala cara.

—¿Por qué?

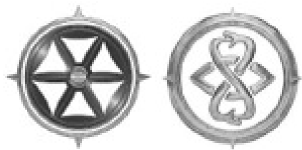
—Hace mucho tiempo dejamos allí un objeto. Nunca te lo comentamos. Pero ahora debes saberlo. Ese objeto podría ser peligroso para nosotros.

kepler 22b se inclina hacia delante, intrigado.

—Te escucho —dice, utilizando con intención la primera persona para indicar su elevado interés—. Por favor. Adelante.

MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA

Boeing 737, en ruta desde Ahmedabad hacia Xi’an (China), cruzando 90º E



Maccabee ocupa un asiento de primera clase y la Pequeña Alice viaja despierta y en silencio a su lado a bordo de un Air China 737, completamente vacío a excepción de ellos dos. Después del impacto el número de vuelos es escaso, pero en Ahmedabad han encontrado un piloto chino fácil de persuadir dispuesto a llevarlos a Xi’an, y a cambio Maccabee solo ha tenido que darle 300.000 dólares en oro.

Una ganga, si le garantiza ganar Endgame.

Vuelan rumbo nordeste. Maccabee tiene un ordenador portátil encima de la espaciosa mesa desplegable disponible para todos los pasajeros de primera clase. La Pequeña Alice reposa la mano en el muslo de él. La mano de él en el de ella. Tanta ternura lo pone enfermo. No lleva más que unos días en compañía de la niña, pero es tan frágil y las fuerzas que la convierten en un elemento tan importante para Endgame parecen tan cobardes que no puede evitar tomarle cariño.

Y cree que, a pesar de todo, ella también le tiene afecto.

Lo que tenga que ser, será.

Maccabee abre y cierra varias ventanas del ordenador. Le ha conectado el disco duro que cogió del dron de Dwarka. Mira a la niña, luego el reloj de la esquina de la pantalla y a continuación por la ventanilla. Van por la mitad del recorrido. Han cruzado ya la cordillera del Himalaya.

Nunca ha visto un cielo igual. Vuelan a 40.000 pies de altura. Hay nubes grises como el hollín por todas partes. El arco azul oscuro de la atmósfera se extiende por encima del avión, pero el horizonte es un extraño gradiente que, descendiendo desde lo alto, pasa del azul al blanco, del marrón al anaranjado, y de allí hasta el suelo de nubes grises. El aire es turbio y parece venenoso.

Es el primer indicio que ve de la presencia de Abaddon.

Pronto, supone, la Tierra se cubrirá con un manto de hollín. Llegará el invierno para quedarse mucho tiempo.

Pero todo eso no lo preocupa en exceso. Está demasiado nervioso. Apenas puede contener su impaciencia. Su felicidad.

Está muy cerca de ganar.

Vuelca de nuevo la atención en el ordenador. Teclea. Accede a las

entrañas del disco y encuentra cosas curiosas. Vestigios de nombres y organizaciones. Instrucciones. Localizaciones. Horarios. Nombres. Ea. Rima. Stella. Listas de coordenadas. Una organización llamada Hermandad de la Serpiente.

—¿Quiénes serán? —se pregunta en voz alta, sin esperar que la Pequeña Alice responda.

Pero lo hace.

—Son gente que quiere detener Endgame. Quieren detenernos.

—¿Y por eso volaron el templo harapano?

—Sí. Y no.

—No lo entiendo. Allí es donde estaba la Llave del Sol, ¿no?

—Habría estado si hubieras llegado a la cámara de la estrella del templo, pero como no lo hiciste, no estaba allí. La Llave del Sol está a salvo.

—¿Cómo lo sabes, Pequeña Alice?

—No soy la Pequeña Alice. Al menos ahora no. Soy kepler 22b.

—¿*kepler 22b*?

La niña se vuelve hacia él y enarca las cejas oscuras, pero, por lo demás, mantiene una expresión neutral.

—Sí y no. Soy mayoritariamente la Pequeña Alice, hija de la Jugadora harapana. Pero también puedo hablar como kepler 22b en determinados lugares de la Tierra. En estos momentos viajamos por el meridiano 90 oriental. Y este es uno de esos lugares, nabateo.

Maccabee nota que se le acelera el pulso.

—De-de acuerdo. ¿Hacia dónde vamos?

—La niña conoce todas las localizaciones donde podemos concluir Endgame. La más cercana en estos momentos está próxima a Xi’an, China.

—¿Y la Llave del Sol está allí?

—Sí. La Llave del Sol siempre está en movimiento, Jugador. No es simplemente un objeto, ni está simplemente en un solo lugar.

—¿Posee un componente cuántico?

—Eso lo averiguarás cuando llegues al templo funerario del emperador Zhao, nabateo.

—¿Se materializará, entonces, cuando llegue allí?

La Pequeña Alice/kepler 22b ladea la cabeza.

—En cierto sentido. Paciencia, nabateo. Endgame es el rompecabezas de la vida y la razón de la muerte. Lo verás cuando llegues al templo shang.

Una pausa.

Entonces Maccabee pregunta:

—¿Habrá más Jugadores?

La Llave del Cielo entrecierra los ojos, como si intentara ver algo entre la niebla.

—No es seguro. Pero deberías estar preparado.

Maccabee ríe con la respuesta.

—*Soy* un Jugador de Endgame —dice a modo de explicación.

—Bien.

—Una pregunta más.

—¿Sí?

—La niña, ¿qué le pasará? ¿Le... le harás daño?

—No.

Maccabee exhala un suspiro de alivio.

—Me alegro al menos por es...

Pero la Pequeña Alice/kepler 22b lo interrumpe.

—Su muerte será indolora, nabateo. De hecho, apenas se dará cuenta.

Maccabee esconde con habilidad sus emociones —conmoción, rabia, asco, culpabilidad— cuando replica:

—Bien.

—Estás saliendo del meridiano, nabateo. No te entretengas cuando aterrices. Ve al templo. Encuentra la cámara de la estrella. Llámame y reclama tu premio. Gana Endgame. Por ti y por tu linaje.

Y entonces el avión pasa por una turbulencia y el rostro de la Pequeña Alice se distiende y parpadea cuatro veces. Ladea la cabeza. Maccabee mantiene su expresión pétrea, temeroso de que el Creador aún pueda verlo. Solo se relaja cuando la Pequeña Alice dice:

—¿Qué pasa, Tío?

kepler 22b se ha ido.

—Nada, Alice. Nada. —Aparta la vista, avergonzado, y coge una bolsa de patatas fritas—. ¿Tienes hambre?

La niña hace un gesto de negación con la cabeza.

—No. Sed.

—Iré a buscarte alguna cosa. —Se levanta y pasa por delante de ella—. ¿Qué te apetece?

—Té, si tienen.

Enlaza las manos por detrás de una almohada. Tiene las muñecas regordetas de un bebé. Sonríe débilmente.

—Seguro que tienen. Te lo prepararé especial para ti.

—Gracias, Tío.

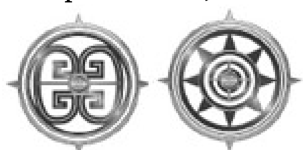
Maccabee se dirige a la cocina. Jamás en su vida se había sentido más vacío o más lleno de odio hacia su persona.

«Lo siento, Shari Chopra. Te mentí.

»No puedo proteger a tu hija de él.

»Ni cuando llegue el final.
»Así es Endgame.»

AN LIU, NORI KO
Autopista G310, 313 kilómetros al oeste de Xi'an (China)



Nori Ko conduce.

An Liu viaja tumbado en el asiento de atrás para que nadie lo vea.

Tiene a punto el rifle Beretta y la katana de Nobuyuki. Acaricia el cabello de Chiyoko.

Es mediodía, pero el cielo está oscuro y cubierto con nubes amenazadoras. La llovizna salpica el cristal. Los limpiaparabrisas bailan. Los neumáticos silban.

PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEO.

—¿Cómo voy a encontrar ahora a tus asesinos, Chiyoko? —dice en un susurro para que Nori Ko no pueda oírlo.

«Paciencia —responde Chiyoko—. Se mostrarán por sí solos.»

Mira el reloj, que perteneció a Chiyoko. El blip blip que indicaba la localización de Jago Tlaloc estaba allí hace dos días. Pero a medida que Nori Ko y él se adentraron por el árido desierto del oeste de China y el olmeca se desplazó hacia la región de Saskatchewan, la señal se esfumó de repente y no ha reaparecido.

—¿Muerto? ¿Un accidente de avión? ¿Abatido por los disparos? ¿Se habrá quitado por fin el dispositivo de seguimiento? Ojalá no haya muerto. Quiero matarlo yo.

«No está muerto, amor.»

—Más le vale.

—¿Qué dices? —pregunta Nori Ko, un cigarrillo Golden Bat apagado cuelga de sus labios. Ya se ha enterado de que An odia el humo y evita encenderlo.

—Nada —responde él.

—Has dicho *algo*.

—He dicho que más le vale —*parpadeoPARPADEOconvulsión*—, que más le vale a Maccabee no llegar allí antes que nosotros.

Nori Ko teclea en un teléfono instalado en el salpicadero. Aparece un mapa que plasma fielmente su localización. Sonríe, satisfecha de que las cosas todavía funcionen en este lado del planeta. Abaddon ha desencadenado graves terremotos en la frontera Kazaja, pero no han alterado ni borrado ninguna de las carreteras que han seguido An y Nori Ko. No puede ni imaginarse qué habrá sucedido en Estados Unidos. ¿Se habrá roto por fin la falla de San Andrés? ¿Se habrá

levantado la dorsal Mesoatlántica? ¿Estará cayendo lluvia ácida y tóxica por aquellos lugares? No lo sabe y tampoco quiere saberlo.

Porque el otro lado del mundo está jodido.

Han conducido sin parar desde Kolkata, con turnos de seis horas seguidas al volante. El coche apesta a olor corporal, a calcetines y a envases vacíos de comida. Nori Ko inspira con fuerza y saborea el olor dulce del cigarrillo sin encender que penetra sus fosas nasales.

—Pronto sabremos qué pasa con el nabateo. Quedan menos de cuatro horas de viaje.

—Bien —contesta An.

Acaricia el cabello de Chiyoko y después el metal del receptor del rifle.

«Paciencia, amor», vuelve a decir Chiyoko.

Continúan viaje en silencio. An escucha la lluvia y el viento. El latido de su corazón. A Chiyoko, que tararea una canción tradicional japonesa que él no recuerda haber oído nunca. Cuando termina, él le dice en voz baja:

—Muy bonita.

«Gracias.»

—Tengo una pregunta —señala entonces Nori Ko.

—¿Sí?

—Si..., mejor dicho, *cuando* tengamos las tres Llaves y vuelvas a ver al Creador, ¿cómo tienes pensado matarlo?

An no duda en su respuesta.

—¿Has visto la caja de metal que llevamos detrás?

—Sí.

—Contiene un chaleco suicida.

—¿Bombas sucias?

—Más que eso. —*PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEOPARPADEO* —. Nucleares.

—Ah. El Creador no sobrevivirá a una explosión a quemarropa tan grande como esa.

—No. Incluso yo tengo fe en ciertas cosas.

—En la Iglesia de la Inmaculada Demolición.

An esboza una sonrisa, pero no ríe.

—Eso es. Yo Juego por la muerte.

—También yo —confiesa ella.

—Ya lo sé —dice él.

Pasan un cuarto de hora sin hablar. La carretera es recta, pero de pronto doblan una curva y Nori Ko pisa el freno.

—Mierda. Un control. A medio kilómetro.

An asoma la cabeza.

—¿Cuántos son?

Nori Ko fuerza la vista.

—Cuatro coches. Y el mismo número de oficiales como mínimo.

—¿Policía o ejército?

—Parece policía. —Reduce la velocidad del Defender—. Tendrás que esconderte.

An pasa al asiento del acompañante.

—No, ni hablar.

Cuenta cinco —no, seis— oficiales. Están de pie, equipados para la lluvia. Parecen aburridos. Uno está hablando por radio. Hay dos que están fumando, las manos cerradas sobre la punta anaranjada de los cigarrillos. Un oficial levanta la vista, tira el pitillo al suelo y se desplaza hacia la zona central de la carretera. Mueve una mano hacia delante y hacia atrás en un gesto evidente.

An abre el panel del salpicadero que esconde el lanzagranadas del coche. Pulsa el botón izquierdo y desliza los dedos sobre la empuñadura de la pistola. Coge el volante con la otra mano para arrebatarle el control a Nori Ko.

—¡Oye! —protesta ella.

El coche se desplaza hacia la izquierda. An aprieta el gatillo. Suelta el volante en cuanto aparece un arco blanco. El proyectil impacta contra uno de los coches patrulla y rueda en espiral sobre el pavimento. Los policías se dispersan en cuanto adivinan la explosión, pero el que está en medio de la carretera separa las piernas, desenfunda la pistola y empieza a disparar.

—Acelera —dice con calma An; las balas rebotan contra el cristal blindado y ninguna de ellas da en los limpiaparabrisas, que siguen en movimiento.

Nori obedece.

La granada estalla. Pero no explota en forma de bola de fuego, como la de Kolkata. Sino que se ilumina, se abre y las luces rojas giratorias de los coches se apagan. De hecho, se apagan todas las bombillas de los coches: las blancas de los faros delanteros, las rojas de los traseros, los intermitentes anaranjados.

—¿Energía electromagnética? —pregunta Nori Ko.

An no dice nada, pero Nori Ko ve que mueve la cabeza en un gesto afirmativo.

La mu ríe entre dientes.

—Supongo, entonces, que no van a pedir ayuda.

—No —confirma An—. Les será imposible.

Los policías asoman la cabeza. El Defender está a menos de 100 metros de distancia. An baja la ventanilla. Entra aire fresco.

—Afloja un poco —dice, subiendo la voz para hacerse oír por encima del sonido de la lluvia.

Se apoya el Beretta al hombro y lo saca por la ventana. La lluvia moja el rifle y el brazo de An. Apunta con rapidez y dispara. Cae en su regazo un casquillo, un policía se retuerce, la parte posterior de su cabeza ha volado. El guardia situado en medio de la carretera apunta contra An, pero Nori Ko hace girar levemente el vehículo para que la parte posterior del mismo proteja al shang. An dispara tres veces y mueren tres policías más. Los únicos que quedan con vida son el que está en la carretera y una mujer que abandona su puesto corriendo todo lo que puede en dirección sur, por un campo cuya hierba le llega a la altura de la cintura.

—Para el coche —dice An.

Nori pisa el freno. El Defender efectúa un giro de 90 grados, se detiene en seco y se queda cruzado en la carretera. El policía dispara sin cesar y apunta hacia el rostro estoico de Nori Ko. Vacía el cargador contra el cristal, sin comprender por qué sus balas no funcionan. Nori Ko casi siente lástima por él.

An sale por el lado protegido del Defender, rifle en mano. Se tira al suelo y, apuntando por debajo de la carrocería, dispara una ráfaga. Las balas le dan a la víctima por encima de los pies. El hombre cae al suelo, gritando, llevándose la mano a sus tobillos destrozados. Se empapan de rojo.

Nori Ko niega con la cabeza.

«Vaya Jugador», piensa.

An dirige entonces el rifle hacia el campo. La policía que huye está a unos 50 metros de distancia, con la hierba a la altura de sus caderas. Un torso, una cabeza y unos puños cerrados que se bambolean hacia arriba y hacia abajo, hacia arriba y hacia abajo. Viva y aterrorizada.

«Tonta —piensa An—. Tendría que echarse al suelo y esconderse entre la vegetación.»

Pero el miedo le nubla la mente y la mujer ha decidido correr. Abre la tapa de la mirilla. Visualiza su blanco. Se carga el rifle al hombro. La mujer entra y sale del punto de mira. An suelta el aire.

«Deja que se marche», dice Chiyoko.

Una *CONVULSIÓN* le sacude el estómago, pero no se extiende ni hacia los brazos ni hacia las manos. El ojo no parpadea. Aprieta el gatillo. La policía cae hacia delante. Una neblina roja impregna la lluvia como una explosión de fuegos artificiales y desaparece rápidamente.

«Aquí no se marcha nadie», piensa An.

Se vuelve hacia el policía que yace en medio de la carretera. Camina hacia él. Nori Ko mete primera en el Defender y se pone en marcha. An llega a donde está el hombre, un joven de aspecto sano, no mucho mayor que él. Tiene la boca cerrada formando una línea tensa. Los ojos rojos y llenos de rabia. Las pestañas pegadas por la lluvia y las lágrimas. El hombre escupe, pero la flema pasa de largo la pernera del pantalón de An y aterriza en un charco. An sonríe. Acerca el rifle a la frente del hombre. La piel cobra un color rosado alrededor del metal. El agua resbala por el cañón y moja la carne.

—¡Tú! —exclama el hombre.

—Sí.

Nori Ko hace sonar el claxon.

—¡Vamos! —grita desde el interior del Defender.

—Te encontrarán —dice el hombre.

—No, qué va.

—Yo te he visto. Y te verá alguien más. Te encontrarán y...

El disparo final retumba en la campiña.

Nori Ko vuelve a tocar el claxon.

An entra y se ponen en marcha.

Nori Ko quiere encender un cigarrillo, se muere de ganas. «Que se joda», piensa. Busca en el bolsillo, saca un mechero, lo enciende y lo acerca al dulce aroma del Golden Bat. Sus mejillas adquieren un matiz anaranjado. Fuma sonoramente, exagerando el placer que le causa.

—Abre tu ventanilla —pide An.

Pero Nori Ko ya lo ha hecho y entra el aire fresco.

—¿Podemos ir por carreteras secundarias hasta la pirámide de Zhao? —pregunta An, retirando el cargador del Beretta para verificarlo.

—Supongo que sí —responde Nori Ko, tocando una vez más el mapa de teléfono e intentando disimular que le tiembla la mano.

—Bien.

An abre la guantera y extrae una caja de munición. Introduce más balas en el cargador, de una en una.

Clic, clic, clic.

—No quiero gastar más hoy. —Sujeta entre el pulgar y el índice una bala de color latón—. Quiero ahorrarlas para el nabateo.

Introduce la bala.

Clic.

—Más le vale no haber llegado antes que nosotros, Nori Ko.

Y ella lo entiende a la perfección. «Porque si lo ha hecho, An Liu intentará matarme a mí también.»

Le da otra calada al pitillo. Exhala el humo azul por el lateral de

la boca, directo hacia An.

—No te preocupes. No estará —asegura.



SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC

De camino al Túmulo del Monje, Collinsville, Illinois (Estados Unidos)



Sarah y Jago salen de Tailandia con rumbo 009º35’26”. Después de realizar las pertinentes verificaciones para comprobar que el avión no ha sufrido ningún impacto durante la operación de despegue, hablan con Hilal y Aisling para asegurarse de que también han escapado sin problemas. Lo han conseguido. Sincronizan los relojes a la hora zulú y reiteran cuándo volverán a ponerse en contacto. Se desean mutuamente buena suerte, se despiden y eso es todo.

Durante los próximos dos o tres días, Sarah y Jago estarán solos.

Y se sienten felices.

Sobrevuelan Laos, China, Mongolia, Rusia. El espacio aéreo asiático está vacío por completo y, justo después del impacto de Abaddon, sigue teniendo un aspecto normal. Disfrutan de cielos despejados y de visibilidad ilimitada. Encuentran pocas turbulencias y casi ninguna comunicación por parte de los controladores de tierra, todos los cuales aceptan sin rechistar los códigos de paso secretos de Jordan.

El rumbo vira hacia el este a medida que cae la noche. Recorren el océano Ártico y ven signos de vida en la superficie: el centelleo anaranjado de remotos asentamientos siberianos y el resplandor blanco de los barcos que surcan las gélidas aguas oscuras. Signos de que quizá la situación no es tan mala como cabía esperar.

Ambos Jugadores recuerdan la noche de la Llamada, cuando kepler 22b les mostró una imagen de una Tierra destruida y asolada y les prometió que ese sería el aspecto de su planeta cuando concluyera Endgame. Y ambos Jugadores piensan: «A lo mejor, solo a lo mejor, Abaddon no ha sido tan malo. A lo mejor el kepler estaba equivocado».

El sistema de navegación del avión funciona como es debido —lo que significa que el asteroide no ha eliminado los satélites GPS que orbitan a 20.000 millas de la Tierra— de modo que, cuando llevan ya nueve horas de vuelo, activan el piloto automático y se retiran a la espaciosa cabina. Los asientos son enormes. Las mesas, amplias. El baño es majestuoso, no hay mejor palabra para definirlo. Y, lo mejor de todo, hay una cama.

Sarah está agotada y nerviosa, pero tiene también ganas de

olvidar. Igual que Jago. Permanecen unos instantes hombro contra hombro, cogidos de la mano, mirando la cama.

—Acción u olvido —susurra ella, entrelazando los dedos con los de él—. En estos momentos solo deseo estas dos cosas, Jago. Detener Endgame u olvidarme por completo de todo.

Él le pasa un brazo por encima del hombro. Y le acaricia con los labios la oreja cuando le musita:

—Creo que incluso en estos momentos podría pronunciar alguna de las frases más cursilonas de la historia, Alopay.

—Y ¿cuál sería esa frase? —pregunta ella coqueta.

—No, mejor no. Echaría a perder lo poco que tenemos.

Jago le ayuda a quitarse la camiseta y los pantalones y ella ríe cuando él, sin razón aparente, se complica la vida con el cierre del sujetador y, a continuación, se despoja también de la ropa, con gesto impaciente y torpe, y ella ve entonces lo joven que es en realidad, lo joven que es ella, ve que incluso con toda la experiencia que tienen —el uno con la otra, Jago con otras mujeres y ella con Christopher—, incluso con todo lo que saben sobre el mundo, sobre su cuerpo y sobre sus limitaciones físicas, ve y siente y sabe lo jóvenes que son, lo locos e ingenuos que son. Y mientras él está encima de ella, procurando no hacerle daño en el brazo, con movimientos cuidadosos, mientras ella disfruta de las atenciones, de las sensaciones y de la satisfacción de su deseo inmediato, comprende por qué los Jugadores tienen que ser tan jóvenes. Hasta aquel momento pensaba que era porque de ese modo podrían tener un liderazgo más largo y con ello guiar y repoblar un planeta destrozado, pero el verdadero motivo es que solo la gente joven puede estar tan segura de sí misma como ellos y está tan loca como ellos. Y muy *especialmente* los jóvenes Jugadores de Endgame, que desde el principio aprenden que son especiales —no, que son únicos—, como si toda la sabiduría y el entrenamiento que reciben pudiera arrancarles de cuajo aquella locura. Pero ahora Sarah comprende que, en realidad, con lo que en realidad cuentan los perpetradores de Endgame es con su inconsciencia.

Se pregunta si los Creadores estarían también tan locos en algún momento de su desarrollo cognitivo. Se pregunta si por sus venas corre ahora la verdadera sabiduría. Porque a pesar de toda su inconsciencia —la que la llevó a matar a Christopher, la que le permitió creer que ella era la responsable de encontrar la Llave de la Tierra, la que la empujó con tanta rapidez a los brazos de Jago—, sabe que su corazón alberga también sabiduría. Baitsakhan, ese sí que estaba loco. Pero tenía solo 13 años. Jago, Hilal, Aisling, Shari —y con toda probabilidad también Chiyoko— no son unos inconscientes. No

es que sean necesariamente sabios, pero no están locos, y todos ellos son la prueba de que los Creadores erraron en sus cálculos.

A lo mejor deberían haber iniciado Endgame más pronto.

Se pregunta si kepler 22b pensará algo similar. Se pregunta si estará *preocupado* ante la posibilidad de que Endgame no se desarrolle como él querría. Son pensamientos que pasan por su cabeza en rápida sucesión y entonces vuelca de nuevo la atención en Jago. Lo besa con pasión y con torpeza y le pellizca el labio inferior con los dientes. Es tan poco hermoso desde un punto de vista humano, tan fuerte y tan tierno también... Él le devuelve el beso y sigue moviéndose y, en cuestión de segundos, ella se deja ir.

Ahí está.

El olvido.

Un olvido dulce, muy dulce.

Sigue ausente —*siguen* ausentes— hasta que terminan. Es probable que no pasen más que unos minutos, pero mientras siguen allí parecen eternos, universales e intemporales.

Después, Sarah se tapa con una sábana y cae profundamente dormida. Se despierta de repente cuando el avión pasa por una zona de turbulencias y Jago se levanta de un brinco.

Sarah se frota los ojos.

—¿Cuánto rato he dormido?

—No mucho. Tal vez una hora y media.

—¿Y tú has podido echar una cabezada?

—Mmm... no. —El avión recupera la estabilidad y Jago se tumba de nuevo—. He estado haciendo cosas más cursis.

—¿Como qué?

—Como mirarte.

—Asqueroso.

—Sí.

Una pausa.

—¿Qué ibas a decir antes?

—¿Cuándo?

—Antes, cuando lo de la frase cursilona.

—Ah. Iba a decir: «Yo puedo darte acción *y* olvido, Sarah Alopay».

—¡Superasqueroso!

Jago se encoge de hombros.

—Podría habértelo dicho en español. Ya sabes que en español todo suena mejor.

Sarah presiona la cadera contra el muslo de él.

—Sí, es verdad.

El avión vuelve a sacudirse, pero esta vez no para. Jago se levanta de la cama, se pone la camiseta y el calzoncillo y corre a la cabina. Sarah entra en el baño. Tiene que sujetarse mientras orina. Coge un albornoz que hay colgado en una percha y se lo echa por los hombros, de modo que el brazo herido le quede debajo del mullido algodón de rizo. Se dirige a la cabina, agarrándose con el brazo bueno a todo lo que encuentra para no acabar en el suelo. Cuando llega, se deja caer en el asiento del copiloto y se abrocha el cinturón, también el de los hombros.

Lo que se ve aparecer a lo lejos es desconcertante.

Están a más de 3.000 millas al este de Estados Unidos, pero da igual.

Allí está.

Abaddon es tan horrible como decía kepler 22b.

Hacia el este no se vislumbra horizonte. Todo lo que se ve es negro, como un agujero que atraviesa el cielo y la tierra. La única luz proviene de los relámpagos que destellan a gran altura por todas partes y constantemente, hacia lo que debe de ser Canadá, y a pesar de que aún está lejos, pronto se adentrarán en la tormenta.

—Va a ser complicado —dice Jago, accionando interruptores e introduciendo comandos en la pantalla táctil para desactivar el piloto automático.

—Lo sé. Pero podremos con ello.

Durante varias horas navegan entre una sucesión de espantosas tormentas de intensidad cada vez mayor. Permanecen en la cabina de mando y no duermen mientras sobrevuelan Canadá como si estuvieran en una montaña rusa. Cuando pasan por encima de Saskatchewan, pierden contacto con los sistemas de GPS externos y se ven obligados a volar solo con instrumentos. Confían en que cuando lleguen al pequeño aeropuerto que Hilal les ha indicado todo vuelva a funcionar puesto que, de lo contrario, no están seguros de poder localizarlo. Cuando cruzan la frontera estadounidense logran restablecer la conexión con los satélites, aunque, durante el resto del viaje, sigue siendo inestable y no muy de fiar. Reciben algunos avisos automáticos de los sistemas de control de Dakota del Norte y responden empleando los códigos de Jordan, pero, por lo demás, no hay indicios de que alguien los esté siguiendo desde tierra o sea incluso consciente de su presencia.

Llega el amanecer, pero no el sol. El cielo apenas se ilumina. Por delante de ellos, entre los gases y las cenizas, se vislumbra un poco de luz, pero, excepto eso, es como si el mundo estuviera sumergido en tinta oscura. Sarah esperaba que la parte este del país estuviera así,

pero no también el oeste y, durante un buen rato, ni Jago ni ella alcanzan a comprender por qué sucede lo que están viendo. La corriente en chorro tendría que arrastrar hacia el Atlántico todo lo que ha destrozado Abaddon, no hacia las Grandes Llanuras.

Y entonces, mientras sobrevuelan Nebraska, lo entienden.

El avión entra en una bolsa de visibilidad medianamente buena y cuando miran en dirección oeste vislumbran los perfiles de una impresionante columna de cenizas de varios centenares de millas de diámetro que se desplaza desde las Rocosas y que parece salida de las profundidades del infierno. Se eleva hacia el cielo de tal manera que da la impresión de alcanzar el espacio. De vez en cuando, serpentean en su interior rayos aserrados en azul y púrpura y, en otras ocasiones, el volumen de cenizas resplandece con una luz naranja que se apaga con rapidez.

—La Caldera de Yellowstone —dice Sarah—. Ha entrado en erupción. Dios mío, ha entrado en erupción. —Se vuelve hacia Jago, pálida por completo—. Mi familia está ahí, Feo.

—Ahora muchísimas familias confían en nosotros, Sarah.

Ella ignora el comentario.

—Quiero verlos.

—No puedes. Aún no.

Sarah está a punto de protestar —bien que fueron a visitar a la familia de él, ¿no?—, pero sabe que Jago tiene razón. No pueden desviarse. «Acción u olvido. Ir a ver a mis padres no es ni una cosa ni la otra», se dice.

—De acuerdo, pero *querré* verlos en algún momento.

Jago no puede discutírselo.

Los pensamientos de Sarah se ven interrumpidos con el regreso de la visibilidad a cero y el choque contra un muro de turbulencias que se prolonga durante todo el estado de Nebraska. Los saltos aumentan en intensidad cuando sobrevuelan un rincón de Kansas y lanzan el avión a 20 pies en todas direcciones durante varios minutos. El ambiente vuelve a calmarse en Misuri, estado que sobrevuelan a la altura relativamente baja de 25.000 pies para eludir una tormenta que se está produciendo a una altitud mayor y volar por debajo de un banco de ceniza que arrastra el viento. Desde el norte de Canadá no habían vuelto a ver tierra. Cuando se aproximan al pequeño aeródromo de Creve Coeur, cerca de San Luis, Jago pone el avión en descenso automático para situarse por debajo de 2.000 pies en un intento de impedir que el motor acabe lleno de partículas. Por suerte, la comunicación con el sistema GPS funciona y localizan el aeródromo, que, en realidad, no es más que una pista con algunos

hangares privados y que está, además, vacío por completo. Tocan tierra poco después de las 11 a.m., hora local, y cuando estacionan en el hangar señalado por Hilal, los neumáticos del avión dejan su huella en la fina capa de ceniza de Yellowstone que lo cubre todo. Los limpiaparabrisas van de un lado a otro para despejar el cristal y dejan marcas. El sol está casi en su cénit, pero el cielo muestra un estado permanente de luz crepuscular polvorienta y, con la excepción de las luces de emergencia, incluyendo la iluminación de la pista, da la impresión de que no hay electricidad en ningún lado.

Después de un par de horas destinadas a guardar el avión en el hangar y cargar bolsas con armas, suministros, cambiarse de ropa, ponerse los respiradores y las gafas y conseguir que arranque una Harley Davidson XLS Roadster clásica, se lanzan a la carretera.

No se toman la molestia de ponerse casco.

No tiene sentido. Nadie los parará para multarlos.

Apenas hay vehículos en circulación. Sarah supone que la explosión provocada por Abaddon, además de haber devastado grandes áreas de la costa Este, ha tenido el efecto añadido de asolar al menos la mitad del país con un pulso electromagnético gigante que ha freído, literalmente, todos los circuitos eléctricos al este del Misisipi. Y supone bien. Por eso no se ve a nadie conduciendo, porque los coches no funcionan. La moto sí porque tiene un motor del todo mecánico, incluyendo la palanca de puesta en marcha que se activa con el pie. Mientras circulan y empiezan a ver desde tierra lo que ha provocado Abaddon, incluso a mil millas de distancia del punto de impacto, Sarah piensa que, aunque la gente pudiera ir a alguna parte, no sabría adónde dirigirse. La mayoría debe de estar encerrada en casa, evaluando sus provisiones de comida, agua, pilas, combustible, ropa, mascotas, ganado y, ya que aquello era Estados Unidos, armas y munición. Deben de estar escondidos y a la espera, intentando obtener noticias a través de la radio, de los vecinos o de la figura de autoridad que sean capaces de encontrar.

La gente tiene *miedo*.

Sentada de paquete en la moto y sirviéndose de un mapa de papel, Sarah los guía por la circunvalación de San Luis hacia el norte y cruzan el río Misisipi por una I-270 totalmente muerta en dirección a Chouteau Island. La autopista de cuatro carriles está salpicada de coches abandonados cuando su motor dejó de funcionar. Muchos tienen las puertas abiertas. Muchos están llenos a rebosar de objetos personales y de cosas que pronto pasarán a ser consideradas suministros.

«Hasta podría haber zombis por aquí», piensa mientras cruzan la

corta carretera elevada que los conduce hasta Illinois.

Después de un breve recorrido por el lado correspondiente a Illinois, Sarah presiona a Jago con las piernas para que salga de la autopista y siga por las carreteras locales que serpentean en dirección sudeste. El Túmulo del Monje está muy cerca. Lo ve en el mapa, pero más que eso, lo percibe en la piel.

Continúan por Horseshoe Lake Road. Jago sigue la doble línea amarilla. No hay coches, ni siquiera abandonados. Un muro de árboles de hoja caduca y tendidos eléctricos a su derecha. Una extensión de césped a su izquierda flanqueada por una hilera de casas modestas de dos plantas. Gente que corre a meterse en casa en cuanto oye el crepitar del motor. Hay un hombre que no corre. Va armado con un rifle de caza, la culata apoyada en la cadera. Los saluda con la mano. Jago frena y detiene la moto.

Sarah se aparta el respirador de la cara.

—¡¿Necesita ayuda, señor?! —le grita al hombre.

—¡Por supuesto que sí! ¿Podéis despejar este cielo y conseguir que vuelva la luz?

—Ojalá pudiéramos.

—Os estaba haciendo señales porque me parece que no deberíais seguir por aquí, a menos que queráis meteros en problemas.

Sarah recorre el mapa con un dedo en busca del nombre de algún pueblo cercano.

—Por desgracia, debemos continuar. Tengo a mi hermana mayor en Shiloh, está sola con dos niños pequeños —miente Sarah—. No he sabido de ella desde antes de la catástrofe. Tengo que asegurarme de que siguen bien.

—Entendido. Pero ¿sabéis de dónde viene toda esta ceniza? En la radio no se oye nada. Puede ser ese Abaddon, ¿verdad?

—No. Parece ser que Yellowstone ha entrado en erupción. Es posible que lo haya desencadenado la llegada de Abaddon. Bajo el suelo hay un volcán enorme.

—¿Yellowstone? ¿El géiser Viejo Fiel de Yellowstone?

—El mismo.

El hombre se pasa la mano por el pelo un par de veces, claramente turbado.

—Maldita sea. A ver, ya sé que esto es Illinois, pero, como dice Dorothy, creo que ya no estamos en Kansas, ¿verdad, señorita?

Sarah casi se echa a reír. Se siente feliz de estar de nuevo en casa, aunque sea solo una breve visita.

—No, no estamos en Kansas.

—¿A qué se refiere? —pregunta Jago en voz baja.

—Ya te lo explicaré luego —responde Sarah.

—Id los dos con mucho cuidado —advierte el hombre.

Se inclina hacia un lado, fuerza la vista y ve las pistolas que llevan ambos a la cintura y las mochilas sujetas a la moto que muestran la forma de los rifles que contienen. Dice alguna cosa para sus adentros que Sarah no alcanza a oír, pero lee sus labios.

—Creo que iréis con mucho cuidado.

—Sin duda, señor. Y usted también.

Se saludan con un gesto, y Sarah y Jago reemprenden su camino.

Pero vuelven a detenerse a menos de media milla de distancia.

Un coche patrulla Ford de color negro está en la cuneta derecha de la carretera. Tiene abiertas las puertas delanteras y el maletero. La consola de comunicaciones montada en el salpicadero está hecha añicos, como resultado de una ráfaga de disparos, por lo que parece. Pero mucho más inquietante es la cuerda tensa que sale del parachoques posterior del coche, se extiende formando un ángulo hacia el travesaño de un poste telefónico, se enrolla en él y acaba sujetando el cuerpo sin vida de un policía uniformado que cuelga a 15 pies del suelo. No se le ve la cara. Está descalzo y tiene un calcetín negro medio quitado en el pie derecho. La funda de la pistola está vacía. Tiene las manos moradas. Una de ellas cerrada en un puño.

Jago baja de la moto para inspeccionar el coche. Sarah se adelanta en el asiento y empuña la pistola.

—Nada —dice Jago—. No hay armas. No quedan ni esposas, ni munición, ni gas pimienta, nada.

Sarah mira al hombre muerto.

—Parece un mal agüero, ¿no?

—Malo para él, evidentemente.

—Sí. Supongo que deberíamos cortar la cuerda para bajarlo.

Jago examina el contenido del maletero.

—He encontrado una lona. Podríamos taparlo con esto, ¿no te parece?

Sarah desciende de la moto y juntos bajan al hombre y lo depositan en el suelo junto al poste telefónico, que ahora hace las veces de señalización de sepultura. Sarah le cierra los ojos, hinchados e inyectados en sangre, antes de cubrirlo con la lona. Coloca unas piedras para sujetarla e impedir que se la lleve el viento. Reza una oración en el viejo idioma de los cahokianos y continúan su camino.

Giran a la derecha por Bruns Road, una estrecha carretera con el asfalto estropeado por las heladas, y siguen en dirección sur. El paisaje es llano y oscuro, la carretera, recta. Las plantaciones de soja que los rodean están, como todo, cubiertas por una fina capa de ceniza

volcánica. Pasan por delante de una granja. Un sauce enorme. Giran a la derecha por otra carretera forestal y luego a la izquierda. El terreno empieza a ondularse. Más árboles. Sarah consulta el mapa. Cada vez están más cerca. La carretera pasa por encima de la I-55/I-70. Ven más vehículos abandonados en la autopista. Un coche se acerca lentamente a lo lejos, el resplandor amarillo de sus luces de emergencia y de los focos delanteros dibujan escalofriantes haces de luz en el aire polvoriento.

Un carroñero que, como ellos, ha tenido la suerte de encontrar un vehículo que funciona.

Sarah dirige la mirada hacia la izquierda. Si la memoria no le falla, tendría que estar ahí. Y sí, lo vislumbra por encima de las copas de un grupo de árboles. Una pirámide de tierra con la parte superior plana y cubierta de hierba, de unos 92 pies de altura y 951 pies de longitud por un lado y 836 pies por el otro, según estudió Sarah en su día, lo que significa que su base es un poco más grande que la de la Gran Pirámide de Guiza.

Jago sigue por Collinsville Road. Y entonces, reducen drásticamente la velocidad.

Sí, el Túmulo del Monje está allí, esperándolos. Tal vez la Llave del Sol esté escondida en sus profundidades. Tal vez no. Hacia el sur está el arma del Creador que Sarah pretende encontrar. Pero antes tienen que enfrentarse al peligro acerca del que los ha alertado aquel hombre tan amable. Sarah mueve un dedo en dirección contraria delante de la cara de Jago, preguntándole con el gesto si quiere dar media vuelta y evitar problemas.

Jago responde apretando el acelerador.

Un centenar de metros más adelante, Jago se detiene en seco y la moto queda cruzada en la carretera en un ángulo de 45 grados. Apaga el motor y coloca la pata de cabra. Pero ninguno de los dos baja.

Miran hacia delante.

—Esto se va a poner feo.

—Sí. No bajes la guardia.

—Ya me conoces.

Hay ocho motos estacionadas junto a los campos. Y un número equivalente de hombres vestidos con cazadoras de cuero, vaqueros sucios y botas oscuras de piel. Rodean un coche que por lo visto todavía funciona. Del respaldo decorativo de una de las motos cuelga un par de botas. Están discutiendo.

—¡Hola! —les grita a Sarah y Jago un hombre alto como un castillo tan pronto como se percata de su presencia—. ¿De quién es esa moto?

—Nuestra, amigo —dice Jago, a través del respirador.

—Yo no soy tu amigo. —El motorista se acerca para echarle un vistazo a la Harley—. Y la moto no seguirá siendo tuya mucho más tiempo. Y esa máscara de gas tampoco está mal.

—Va bien —reconoce Jago.

Sarah baja de la moto y descansa su mano buena sobre la pistola.

—No es mi intención constatar lo evidente, pero según mis cuentas disponéis de una moto para cada uno. ¿Cómo tenéis pensado llevaros también la nuestra? ¿Vais a utilizar algún tipo de polvos mágicos para poder montar dos a la vez?

Mientras dice esto, Sarah estudia el coche que hay detrás del motorista. Es un Ford Taurus plateado de principios de 2000, muy similar al que tiene su familia en la finca junto al río Niobrara, al oeste de Nebraska. Aunque este está abollado por todas partes, como si lo hubieran golpeado con bates de béisbol o, lo que es más probable, como si le hubiera caído encima una lluvia de escombros. En la parte posterior no lleva matrícula. Parece tener un solo ocupante, un conductor, probablemente un hombre, a tenor de la anchura de los hombros. No sabe si está hablando con los motoristas que lo rodean, pero lo que es evidente es que se ha encerrado en el vehículo y que los motoristas empiezan a impacientarse.

—¡Oye, Curly! —grita el motorista alto por encima del hombro—. Tenemos por aquí otro par de listillos.

Curly asoma la cabeza por encima del hombre, que es mucho más alto que él, y dice:

—¿Quiénes son, Misty?

«¿Misty? Pero si es nombre de chica», piensa Sarah.

Jago ríe disimuladamente.

—Estos dos. Llevan una moto guapa. Una XLS de los ochenta.

Curly da una orden al gigante y deja de preocuparse por el coche. Debe de medir poco más de cinco pies. Es fino como un alambre y anda como si fuera a descoyuntarse en cualquier momento, como si no tuviera huesos. Lleva en la mano izquierda la escopeta del policía colgado y en la derecha un cuchillo de caza, que maneja como un bastón de malabares.

—Muy buenas, viajeros. Me llamo Curly. Y tú eres… —dice, dirigiéndose a Jago.

Jago se encoge de hombros. Se encorva despreocupadamente en el asiento.

—Solo hablo un poco de inglés. Lo siento —dice, exagerando su acento extranjero.

—Estamos de paso —responde Sarah en nombre de los dos.

Curly se vuelve hacia ella.

—Así que tu amigo es sudaca, ¿no? Pues entonces supongo que tendré que hablar contigo. —Lanza un escupitajo de saliva transparente—. A lo mejor estabais solo de paso, señorita, pero antes tendremos que negociar un poco. Nos das esa moto y te permito conservar tu cara bonita. Porque imagino que debajo de todo eso hay una cara bonita. Lo siento, pero es la mejor oferta que vas a recibir hoy.

Sarah tiene los ojos escondidos detrás de las gafas, razón por la cual Curly no puede adivinar que ni siquiera se está tomando la molestia de mirarlo mientras le habla. Sarah tiene los ojos clavados en el gigante que, detrás de él, ha cogido una llave de ruedas gigantesca.

—¡Último aviso! —le grita al hombre del coche; su voz es un chillido agudo que entra en contradicción con su estatura.

Sarah lo señala.

—¿Podemos ayudarte en algo, Curly? —le dice.

Curly mira hacia atrás por encima del hombro.

—¿Con eso? Qué va. Es un simpático motorista que se ha perdido y necesita que lo oriente un poco. Lo gracioso del caso es que no quiere hacernos caso. —Vuelve a escupir—. ¿Habéis visto en qué se ha convertido el mundo? Aparecen alienígenas por la tele, caen asteroides, corren por ahí unos adolescentes asesinos que juegan a no sé qué juego del apocalipsis y ahora este tipo no quiere entrar en razón con nosotros, que somos unos simples guerreros de carretera. La gente está perdiendo la cabeza últimamente. Junto con muchas cosas más.

—Menos mal que estás tú para guiarlos hacia pastos más verdes —dice Sarah, subiéndose las gafas y dejándolas a la altura de la frente—. Hablo en sentido figurado, claro está.

Curly enarca una ceja.

—Me gusta la frase. ¿Te importa si la utilizo?

—Toda tuya.

—Vaya, pues sí que *eres* guapa. Tienes unos ojos muy bonitos.

Sarah finge estar atemorizada cuando responde:

—Gracias.

—Hablando de utilizar algo que no es mío… —Levanta la escopeta y la descansa encima del antebrazo derecho—. Siento apuntarte con esto, señorita, pero veo que vas armada, no…, no es nada personal.

Sarah levanta las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. —Le hace un gesto a Jago, que también alza las manos—. Toda tuya, la moto. Deja que saque la llave

del contacto. Para poder bajar. ¿Te parece bien?

—Me parece bien. —Curly se vuelve hacia el otro motorista sin quitarles los ojos de encima—. Me gusta, Misty.

—También a mí.

Sarah retira la llave con las manos enguantadas. El gigante levanta la herramienta y se aleja un paso de la ventanilla del lado del pasajero del Taurus. Sarah ve por el retrovisor los ojos del conductor, abiertos, con una mirada intensa y, de forma extraña, contemplándola directamente a ella en vez de al hombre que está a punto de atacar el coche. Sarah espera el momento adecuado y entonces, en vez de entregarle la llave a Curly, se la lanza.

Curly mueve la mano a tientas e intenta capturarla sin soltar el cuchillo. Falla. Y justo en el momento en que la llave cae al suelo, el gigante golpea el cristal, que se desparrama hecho añicos sobre el pavimento. Misty mira a Curly. Jago salta de la moto y desenfunda su cuchillo al mismo tiempo. El gigante se inclina sobre el coche y, para sorpresa tanto de Sarah como suya, su cuerpo es arrastrado hacia dentro. Algo provoca que la espalda de la cazadora de cuero se hinche y caiga de nuevo con rapidez, mientras las piernas del gigante se levantan del suelo, se estremecen y tiemblan. Está muerto, aunque su sistema nervioso no se ha enterado todavía.

Entretanto, lejos del coche, Sarah se tira al suelo y rueda por él a pesar del dolor que siente en el brazo. Jago impulsa el cuchillo y lo clava en el cuello de Curly, que intenta apartarse y presiona el gatillo de la escopeta, aunque el disparo se pierde en el aire. Curly se derrumba en el suelo. Los hombres que rodean el coche ululan y gritan y Sarah escucha el sonido de más cristales rotos seguido de palabrotas por parte de los motoristas y se planta delante de Misty blandiendo una navaja. Este dirige un puño carnoso contra ella, pero Sarah se agacha y lanza la mano armada con el cuchillo contra el cuello de él. Se hunde cuatro pulgadas, cortándole a Misty todo lo que necesita para comer, respirar e irrigar sangre hacia el cerebro. Sarah tira del cuchillo para liberarlo. El motero cae de rodillas, se lleva las manos a la garganta y al instante se cubren de sangre.

Sarah y Jago corren hacia el coche y desenfundan las pistolas. Los cinco motoristas que estaban junto al vehículo se han retirado unos pasos y apuntan al interior con sus pistolas. No se han percatado de lo que ha sucedido con Sarah y Jago y empiezan a disparar contra el coche, perforando el lateral con balas, escondiendo así el sonido de las balas que al mismo tiempo se están cerniendo sobre ellos. En cuestión de tres segundos, Sarah y Jago disparan a las cabezas sin protección de todos los motoristas —tampoco llevan casco, aunque el resultado

habría sido el mismo— y los últimos dos los miran fijamente; su expresión denota incredulidad y también terror.

Sin dejar de apuntar con las armas, Sarah y Jago avanzan hacia el coche, la cahokiana delante y el olmeca medio paso detrás de ella. Jago mueve la pistola apuntando a todos los motoristas, para asegurarse de que están del todo muertos.

Los paneles laterales del coche han quedado perforados, las ventanillas, rotas, y hay cristales esparcidos por todas partes, tanto por el suelo como en los asientos. La cabeza del gigante ocupa la consola. Ha recibido varios disparos y su aspecto es apenas reconocible. Los dos neumáticos de este lado han quedado planos. El ambiente apesta a cordita. El respaldo del asiento del conductor está completamente reclinado y lo que queda del trasero está ocupado por una montaña de tela negra.

No hay ni rastro del conductor.

Sarah mira a Jago sin entender nada.

«¿Dónde estará?»

Pero antes de que Jago pueda responder, se oye una voz que habla desde debajo de la tela.

—¿Sarah?

Sarah conoce esa voz. La reconocería aunque susurrara bajo los gritos de miles de personas.

—¿Pa-papá?

La montaña de tela negra se mueve, son un par de chalecos antibalas unidos.

Y sobresaliendo por encima de ellos aparece el rostro radiante de Simon Alopay.

KEPLER 22B

Cámara de teletransporte a bordo del Seedrak Sare'en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano



Tiene sus largas manos inmersas hasta los antebrazos en una sustancia de aspecto pétreo. Delante de él, dando vueltas en el aire, hay un mapa tridimensional de la Tierra. Los dos netineos están al otro extremo de la sala, en los dispositivos de teletransporte. Llevan ambos unas mochilas alargadas con suministros colgadas a la espalda y van vestidos con finos monos que reflectan cualquier tipo de luz, lo que los hace prácticamente invisibles. Los trajes cubren también manos y dedos, así como la cabeza y el cabello plateado. El conjunto está rematado con una visera transparente, que ahora llevan subida, para protegerles la cara. kepler 22b los mira. El cabello trenzado apartado de la frente. Las fosas nasales hinchadas. Los ojos obedientes. Realiza los ajustes finales en la piedra de plasma.

«Id», les teledice.

Mueve los brazos, el lado opuesto de la estancia se torna inenarrablemente gélido, se abren los portales, brillantes aunque oscuros, como el que los llevó a la Gran Pirámide Blanca para la Llamada. Los trajes se activan y los netineos desaparecen, sus caras flotan a siete pies por encima del suelo.

«Regresad en cuanto hayáis logrado vuestro objetivo», les teledice.

Los dos asienten.

Los dos dan un paso hacia atrás.

Los dos desaparecen por completo de la sala y la nave permanece inmóvil en el espacio.



AISLING KOPP, GREG JORDAN, GRIFFIN MARRS
Aproximándose a 45.1646, 98.3167, Región Gobi-Altái (Mongolia)



—Bienvenidos a donde Cristo perdió el gorro —dice Jordan; sus pies patean el suelo polvoriento, su mirada asimila el desierto mongol.

—Pues sí —murmura Aisling—. Este lugar está muerto.

Más que nada, le recuerda las imágenes del planeta Marte que ha visto a lo largo de los años. Sospecha que el relieve de esta zona de Mongolia está alfombrado con robusta hierba verde al final de la temporada de lluvias —y vislumbra matojos desperdigados de vida vegetal seca que sustentan su teoría—, pero en estos momentos no hay más que una extensión de tierra rojiza blanquecina grisácea, guijarros y piedras que culmina en una cordillera de montañas desnudas, aunque muy bellas, a una distancia no muy lejana. Donde Cristo perdió el gorro, como muy bien acaba de decir Jordan.

Pero aquí están. Mientras que Sarah, Jago, Hilal y Shari están viajando en avión, Aisling y su equipo han aterrizado ya en Mongolia y se dirigen al monumento donghu en busca de la Llave del Sol.

El vuelo desde Tailandia ha sido de pocas horas. Y sin contratiempos. No ha habido turbulencias, ni indicio alguno de la llegada de Abaddon, ningún problema con los sistemas de control terrestres. Lo único complicado ha sido el aterrizaje, que han tenido que llevar a cabo en una franja plana y alargada de desierto unas cuantas millas al sur de una cordillera y, luego, esta caminata para llegar a su objetivo, escondido entre las montañas.

Ah, y gestionar el tema de Pop.

Aisling le había pedido a Marrs que lo despertara antes de aterrizar. Esperaba que Pop estuviera grogui y desorientado, pero en cuanto ha abierto los ojos, ha empezado a moverse para soltarse, la musculatura del cuello se le ha marcado en la piel y se ha puesto a gritar entre dientes: «¡Traidora! ¡Traidora! ¡Traidora!».

—¡Pop!

—¡Traidora! —ha seguido gritando, recuperando el hilo de cuando partieron del búnker en Ayutthaya.

—Inyéctale otra dosis, Marrs —ha pedido Aisling en voz baja.

Marrs ha obedecido; los ojos de Pop han echado chispas por un segundo, la musculatura del cuello se ha relajado y ha comenzado a hablar arrastrando las palabras: «Esunatraidora, Ais.

Noloseastútambién. Noconfíesensusamigos».

Aisling le ha cogido una mano.

—Tengo que hacerlo. Es la única manera de detener Endgame. ¿No quieres ayudarnos? —Y luego, bajando aún más el tono de voz—: ¿No quieres ayudarme?

Y Pop ha parpadeado antes de decir:

—No.

Aisling ha permanecido cabizbaja.

—Quiero que me ayudes, Pop —ha musitado.

—No.

—¿Qué querrías que hiciera si no?

—Ganar.

Aisling se ha quedado mirando la cabeza de Pop. Pelo blanco y escaso, cuero cabelludo bronceado, manchas de la edad.

—Déjalo ya, Pop. Abaddon ha llegado. Lo más probable es que nuestra casa haya desaparecido. Joder, lo más probable es que toda la ciudad de Nueva York haya desaparecido. Quién sabe cuánta gente habrá muerto. Nadie va a ganar… excepto, tal vez, el kepler.

—Ganar. Ganar…, ganar e intentar derrotar al Creador, pero tú sola.

Aisling ha hecho un gesto de negación con la cabeza y ha extendido la mano.

—Me encargo yo —le ha dicho a Marrs.

Marrs le ha pasado la jeringa conectada a la vía intravenosa de Pop. La ha cogido con cuidado.

—Sé lo que estás haciendo, Ais. Por qué lo estás haciendo.

—No, Pop. —Ha acercado el pulgar al émbolo—. Lo estoy haciendo por todo el mundo. Pero, sobre todo, lo estoy haciendo por ti y por papá. Por Declan.

—Que nos zurzan a Declan y a mí. ¿Qué sabía él?

Ha presionado el émbolo hasta dejarlo vacío.

—Él sabía más que cualquiera de nosotros. Nos vemos luego, Pop. Que tengas dulces sueños.

—Que nos zurzan a Declan y a…

Y ha vuelto a quedarse inconsciente.

Lo han dejado atado en el avión y se han puesto en marcha.

Según Hilal, el monumento donghu está localizado en una cueva que se encuentra en las coordenadas 45.1646, 98.3167, a 4,3 millas de donde han aterrizado. Han empezado a subir por un terreno completamente despejado y luego han seguido el curso de un arroyo que asciende por una montaña cuyo perfil recuerda el de un dedo. Aisling está disfrutando con este poco de acción, con el sudor, con el

aire fresco y seco que penetra sus pulmones. Disfruta también con el paisaje desolado. El cielo tiene un tono azul grisáceo, sin duda como consecuencia de las cenizas, el gas y el agua que Abaddon ha proyectado hacia la atmósfera. En el suelo no hay animales correteando, ni yurtas, ni caballos ni jinetes, ni nadie intentando decidir qué hacer después del impacto. Absolutamente nadie, por lo que parece. Aisling piensa que es posible que los hombres y las mujeres que viven como nómadas en este lugar —entre los que se incluyen los miembros del linaje de Baitsakhan— no se vean afectados por la llegada de Abaddon. Son gente con recursos, familiarizados con la vida dura y las privaciones, que tienen una historia larga e ininterrumpida de supervivencia en un entorno muy complicado. Mientras Abaddon no acabe cubriendo por completo el cielo durante años, los mongoles y otros pueblos similares que viven en la estepa euroasiática y gran parte de las repúblicas de la antigua Unión Soviética seguirán igual que hasta ahora.

Pasada una hora, se detiene para consultar el GPS.

—Nos queda una milla. ¿Cómo creéis que deberíamos acercarnos? Si los hombres de Wayland se han propuesto destruir estos lugares, tenemos que suponer que podrían estar por aquí.

Echa otro vistazo a un paisaje que parece de otro mundo.

—Subid a esa loma a ver qué veis con la mirilla del fusil de largo alcance. Yo os cubriré —sugiere Jordan.

—Entendido —acepta Aisling.

Marrs y ella dejan las mochilas y ascienden un altozano rocoso. Aisling observa a través de la mira de su fusil mientras Marrs manipula el telémetro y el GPS y examina la ladera de la montaña en busca de la localización exacta de la cueva. La tarea le lleva unos minutos, pero al final anuncia:

—Allí. Un poco a tu izquierda..., dos grados más arriba... Eso es.

Aisling observa a través de la mira telescópica el punto que le indica Marrs. No parece gran cosa. Un pliegue en la cara de la roca, unos diez pies por encima del nivel del suelo de un cañón poco profundo.

—Un poco más arriba, en el cañón, se ven unos peldaños excavados en la piedra. Parecen bastante erosionados, pero son peldaños, eso seguro —dice entonces Marrs.

—Sí, ya los veo. —Aisling separa el ojo de la mira—. No parece que haya nadie.

—No.

—Aunque imagino que solo hay una manera de averiguarlo, ¿no crees?

—Sí.

Siguen caminando.

Llegan a la cueva en menos de una hora sin encontrarse con otra cosa que no sean más rocas, más polvo y el aire fresco que sopla desde las montañas. A pesar del vacío, Aisling examina constantemente el paisaje que los rodea en busca de movimiento, de huellas en el suelo, de reflejos, de cualquier detalle que se salga de lo normal. No ve nada. Pero sabe lo fácil que tiene que ser camuflarse en un lugar como este.

Demasiado fácil.

Antes de empezar a subir los peldaños que conducen hasta un camino que transcurre por una especie de cornisa, Aisling lanza dos botes de gas lacrimógeno hacia la entrada de la cueva, un semicírculo tosco y de escasa altura cuyos laterales se curvan hacia el interior de un modo que recuerda la boca desdentada de un anciano. El gas entra y sale de la cueva al mismo tiempo, los botes emiten un silbido.

No se oyen gritos, nadie sale corriendo.

Aisling se pone una máscara de gas.

—Muy bien, vamos allá.

Aisling toma la delantera y empieza a subir los peldaños, con un FN SCAR apoyado en el hombro. Recorre la estrecha cornisa que conduce a la cueva, inspeccionando las paredes, el suelo, la entrada.

Un detalle le llama la atención. Un hilillo plateado junto a su pie. Dobla una rodilla hasta el suelo. Jordan se acerca.

—¿Qué es?

Aisling palpa el suelo con la punta de los dedos.

—Juraría que he visto algo —dice—. Un hilo que activa una trampa, quizá.

—¿Dónde?

—Justo... ¡aquí!

Brilla de nuevo. Un hilillo retorcido en el suelo, de escasas pulgadas de longitud.

—No es un hilo. Parece... un pelo. —Lo coge y lo examina—. *Es* un pelo. Un pelo *plateado*.

Jordan apunta con el rifle hacia el interior de la cueva.

Aisling se incorpora.

—El kepler tenía el pelo plateado —dice muy despacio.

Ni Jordan ni Marrs hacen ningún comentario al respecto. Ninguno de ellos desea tropezarse de manera prematura con el alienígena.

—Mantengamos la calma y sigamos.

Agacha la cabeza para poder pasar, la cueva mide menos de cinco pies de altura. Jordan entra a continuación y finalmente Marrs. Caminan 15 pies envueltos en gas lacrimógeno y en una incómoda

posición semiencogida hasta que la abertura se ensancha. La luz es escasa, de modo que se ponen las gafas que llevan incorporadas al casco y activan la visión nocturna.

La cámara es espaciosa y redonda. No hay pinturas prehistóricas como en la cueva de Italia ni signos de ocupantes en forma de restos de hoguera o huellas; tampoco hay alienígenas de siete pies de altura esperándolos.

No es más que una cueva.

Con la única singularidad de un estrecho y perfecto rectángulo recortado en la piedra a 34 pies de distancia de donde se encuentran. Aisling prepara el rifle y se acerca con cuidado, calibrando cada paso que da antes de volver a poner el pie en el suelo y buscando con la mirada posibles trampas ocultas o alambres.

Llega a la extraña puerta. Al otro lado, el terreno se inclina de forma exagerada a través de un pasadizo que tiene las mismas dimensiones que la puerta, 8 pies de alto por 2,5 de ancho. Recorre con la mirada uno de los lados, sigue por el techo y desciende por el otro. Y allí, cerca del suelo, ve dos cosas que casi le paran el corazón.

Se arrodilla. Retira con la mano un montón de tierra acumulada en la esquina.

Y sí. Ahí está. Una pequeña runa con dos serpientes entrelazadas devorándose mutuamente la cola.

—La marca de Endgame. Como la del libro de Hilal —dice Aisling.

Señala entonces la otra cosa que ha visto: el leve perfil de la huella de un zapato.

—Y también parece que no estamos solos.

—Déjame ver —pide Jordan.

Intercambian lugares y Aisling inspecciona el resto del suelo de la cámara.

—No veo nada más. Quienquiera que sea ha borrado su rastro la mar de bien. No hay huellas de limpieza..., no hay ningún orificio que pueda delatar su presencia, nada.

—A lo mejor era un fantasma —apunta Marrs.

—A lo mejor —repite Jordan.

Aisling echa a andar y desaparece. Esta vez, Marrs va en segundo lugar y Jordan cubre la retaguardia.

Bajan, bajan, bajan, 50 pies, 100, 150. A medida que descienden, el aire se vuelve más frío y más húmedo. Los sonidos cambian, como si las paredes fueran esponjas que absorbieran los ruidos.

Al llegar al fondo, el túnel gira bruscamente hacia la izquierda. Aisling se detiene. Extrae del bolsillo del pecho un periscopio del

tamaño de un bolígrafo y lo desliza hacia el otro lado de la curva. Observa.

El túnel continúa unos pasos más y se abre en una sala con ángulos rectos. Parece vacía.

Guarda el periscopio, prepara el rifle y dobla la curva. Avanza con cuidado, sin dejar que los talones entren en contacto con el suelo. Comprueba ambos lados. Despejado. Vuelve a avanzar. Jordan le presiona el hombro. Se para. Hace mucho frío y la visión nocturna muestra que la sala está levemente iluminada. Se arriesga a quitarse la máscara y sí, las paredes de la sala destellan con una débil luz fosforescente. En el centro de la estancia hay una forma redondeada, una especie de recipiente con la superficie tapada mediante una hoja de un metal brillante. Aisling busca una linterna y proyecta el haz blanco hacia el cuenco.

Oro.

Se separan y miran a su alrededor.

—Tiene que ser aquí, ¿no? —pregunta Jordan.

La sala tiene forma de estrella de seis puntas, con una de las interiores roma y plana. Hay otra puerta —un portal, parece— decorada con más glifos misteriosos. Aisling reconoce algunos como egipcios y sumerios, así como unos pocos escritos en una antigua versión de su propio lenguaje. Pasa la mano por encima. Su aliento se evapora en el aire. El portal le recuerda el que había en la Gran Pirámide Blanca de las montañas Qin Lin.

Toca la piedra de color negro azabache situada en el centro de la puerta, casi con la esperanza de poder atravesarla.

Pero no sucede nada.

Es una piedra dura y está tan helada que Aisling retira rápidamente la mano.

—¿Qué opináis? ¿Estamos a veinte grados Fahrenheit? ¿A menos? —pregunta Aisling.

Pero nadie responde. Marrs está ocupado inspeccionando el otro lado de la sala y Jordan está acercándose muy despacio a algo que se encuentra escondido en uno de los rincones.

—Ven aquí —susurra Jordan; su voz culebrea como sucede con la acústica de los gimnasios—. Ven a ver esto.

Jordan está mirando cuatro objetos en forma de tubo. Son del tamaño de una persona y están almacenados como troncos, el uno encima del otro.

—La hostia —suelta Aisling. Se acerca de puntillas. Se estremece. Alrededor de los tubos, la temperatura está bajo cero—. kepler 22b nos metió en esas cosas cuando estuvimos en la pagoda de Xi’an.

—¿De qué hablas? —pregunta Jordan.

Aisling se inclina hacia delante y, sirviéndose de la boca del rifle, levanta el tubo que le queda más cerca. El otro lado del material está cubierto con una superficie oscura y brillante que recuerda un cielo estrellado. En el interior se ve la cara de un cadáver, su piel es de un tono azul muy pálido, las cuencas de los ojos, muy grandes y más separadas entre sí de lo habitual.

—Parece uno de los tipos que irrumpió en el búnker de Stella —dice Aisling.

Jordan acerca el cuchillo a la boca del hombre y la abre.

No tiene lengua.

—Un netineo. Uno de los guardianes de Wayland.

Jordan retira el envoltorio que cubre el cadáver. El hombre va vestido con uniforme de campaña y sus manos reposan sobre el receptor de un Bushmaster ACR.

—Querría habértelo preguntado antes: ¿por qué no parecen del todo... humanos?

—Son humanos, pero Wayland alteró su genética para que se parezcan más a los Creadores. Su propósito era destruir este lugar, Aisling. Igual que se cargaron Stonehenge y otros monumentos.

—Verbigracia —dice Marrs desde el otro extremo de la sala—. Venid a ver.

Aisling y Jordan cruzan rápidamente la cámara hacia Marrs, que está agachado en una de las puntas de la estrella más próximas al portal. Está encorvado sobre algo, el rifle le cuelga a un costado, las manos manipulan el objeto que tiene delante.

—¿Qué es? —pregunta Aisling, mirando con nerviosismo a su alrededor.

—Una bomba —responde Marrs con indiferencia.

—*¿Qué*?

—No te preocupes. Está desactivada. Es un diseño curioso. Por lo que parece, el explosivo principal es PTN, pero nunca había visto ninguna configurada de esta manera. Y mirad aquí... —Les muestra un panel metálico lateral.

El mismo glifo que decoraba el umbral de la sala superior.

Jordan señala la bomba.

—De modo que 22b bajó de dondequiera que esté, mató a los guardias de Wayland y desactivó su bomba. Según tenía entendido, solo pensaba volver para dar por finalizado Endgame, ¿no era eso?

—Así es —dice Aisling—. Por lo visto, las reglas del Juego también han cambiado para él.

Marrs se incorpora y los mira.

—¿Por qué creéis que podría haberlo hecho? Me parece muy arriesgado.

—¿Porque la Llave del Sol está aquí? —sugiere Jordan.

Aisling niega lentamente con la cabeza.

—No sé. No me da esa impresión. ¿Y si se la llevó?

—Pero ¿por qué se habría tomado tanta molestia? —dice Marrs.

—Es lo que dijeron Stella y Hilal. La Llave del Sol está en uno de los monumentos y 22b no puede quedarse impertérrito sin hacer nada mientras esa banda de humanos de aspecto similar al Creador y fiel al padre de Stella anda por ahí intentando volarlos todos por los aires. Por eso habrá decidido bajar y poner freno a la situación.

Jordan chasquea los dedos.

—Oye, Aisling, ¿y si lo que sucede es que Endgame se ha desviado tanto del camino marcado que 22b está empezando a ponerse *nervioso*?

Es como una revelación. Por lo tanto, la celta responde emocionada:

—Sí. Tal vez se sienta presionado por la brigada de demolición de Wayland por un lado y por nosotros por el otro. ¿Y si empieza a pensar que es difícil que Endgame acabe teniendo un ganador y el resultado no le parece aceptable? Podría haber decidido hacer todo lo que esté en sus manos para que Maccabee se corone vencedor, puesto que es el único interesado en ganar como es debido. De ser así, el plan de 22b podría ser entregarle la Llave del Sol a Maccabee lo antes posible, matar a cualquier otro Jugador que se interponga en su camino, acabar también con los hombres de Wayland, interferir incluso más que cuando…

De pronto, se queda sin habla.

—¿Qué pasa? —pregunta Jordan.

—Mierda.

—¿*Qué*?

—¿Y si 22b localiza el avión? ¿Y si encuentra a Pop? Pensaba que allí estaría seguro, pero…

Aisling no espera. Sale corriendo de la sala, y Jordan y Marrs la siguen. Suben, suben, suben por el túnel, salen al exterior, recorren la cornisa, descienden siguiendo el arroyo en dirección al avión en la mitad de tiempo que han destinado a subir. Aisling está en mucha mejor forma que sus acompañantes y quiere que sus piernas funcionen a tope. Jordan le grita «¡Ve!», y ella sale disparada; en 15 minutos se convierte en poco más que un puntito.

La mochila se le clava en los hombros y le golpea constantemente la espalda. El rifle pesa, y después de una hora y veinte minutos, le

pesan los brazos y tiene que bajar el ritmo, pero está más cerca, mucho más. Se detiene un momento detrás de una roca y consulta el GPS. 0,74 millas para llegar al avión.

«Echa antes un vistazo, Ais. Solo un tonto entraría corriendo.»

Se encarama a lo alto de la roca con el rifle y examina la zona plana de desierto donde han aterrizado. La mira enfoca el Bombardier y sus nervios se sosiegan. Sigue allí. No se ha transformado en un bulto de metal chamuscado. Vuelve a activar la mira, lo encuentra y amplía la imagen.

Y entonces siente como si el corazón le saliese disparado del pecho y le atravesase la camiseta.

El avión está donde lo dejaron. No lo han devorado las llamas. Los neumáticos están perfectamente hinchados. La puerta está cerrada.

Pero las alas se encuentran en el suelo. Las han cortado con quién sabe qué y descansan sobre la tierra.

Aisling suelta una retahíla de tacos. Devuelve el ojo a la mira y busca por todas partes a 22b, pero no ve indicios de nada. Busca, busca y busca. Baja de la roca y camina, camina, camina y respira e intenta apaciguar el corazón y finalmente, transcurridos 15 minutos, oye los sonoros pasos de Jordan y Marrs. Les da la noticia.

—¿Y Pop? —pregunta Jordan, sin poder disimular la decepción por haber perdido el avión.

—No lo sé —responde Aisling con voz temblorosa—. He decidido esperaros antes de acercarme. Creo que deberíais quedaros aquí y cubrirme con los rifles de larga distancia. Me acercaré solo. Si las cosas se ponen chungas, huid.

Marrs interviene con celeridad.

—No irás sola, Aisling.

Jordan carga su rifle mostrando con ello su acuerdo con Marrs.

Aisling no discute la decisión. Reducen su equipamiento a lo esencial y unos minutos más tarde, cuando el sol empieza a rozar el horizonte, se ponen en marcha.

Triplican la velocidad y avanzan con las armas en ristre durante todo el recorrido. Cuando están a 500 pies del avión, se dispersan en abanico, Aisling ocupa el centro, con Jordan y Marrs a 30 pies de ella a ambos lados. Aisling se adelanta un poco, de tal modo que forman una cuña con tres puntas. Fuerza la vista continuamente para vislumbrar alguna cosa bajo la luz del atardecer.

Nada.

Llegan al avión. Aisling cree que el corazón nunca le había latido a tanta velocidad. Marrs observa las alas y piensa: «Es como si las

hubieran cortado con láser».

Aisling señala la puerta del avión con el rifle, un gesto que indica que se encargará de cubrir a Jordan mientras él intenta abrirla.

Jordan asiente. Marrs se coloca también en posición para cubrir la maniobra. La puerta se abre y se despliega la escalerilla.

Sigue sin pasar nada.

Aisling se obliga a mover las piernas para avanzar y, con el corazón en la garganta, sube los peldaños sin hacer ruido, inspecciona la cabina de mando y se vuelve hacia el resto del avión.

Vacío.

Vacío, a excepción de Pop Kopp. Corre hacia él y registra todos los asientos. Nada. Se arrodilla a su lado. Le toca el brazo. Caliente. Tiene pulso. La respiración es normal. Sí, va contra todo lo que ella pretende hacer en Endgame, pero está vivo, y eso es lo que importa.

Regresa a la puerta.

—Está bien —anuncia.

Sopla un viento helado procedente del sur.

—Perfecto —dice Marrs.

Y de pronto, el ambiente se vuelve muy frío y un impulso energético en forma de anillo rasga el espacio que se abre entre los tres y golpea a Marrs en un milisegundo. Este retrocede unos cuantos pies de repente, como si acabara de recibir un puñetazo en el pecho, y se esfuma, dejando atrás fragmentos de tela, metal y probablemente también de piel, aunque no se ve sangre. El viento levanta esos restos y desaparecen.

Aisling y Jordan disparan contra el punto de donde ha surgido aquel estallido de energía. Las balas rebotan y parece como si el aire, el polvo o las piedras —Aisling no sabe exactamente qué— absorbieran parte de ellas. Aisling exhala y visualiza cómo su aliento se evapora en el gélido ambiente. Oye que Jordan grita: «¡Dispara al agujero!», y lanza una, dos, tres granadas con el lanzagranadas, y las tres acaban capturadas por una enorme mano invisible y explotan, y Aisling oye las detonaciones, aunque es como si se hubieran producido a millas de distancia, o bajo el agua, y no las ve. No ve nada.

Y entonces se produce otro impulso energético, esta vez dirigido a Jordan, que dispara justo en el mismo momento una cuarta granada, que también explota, como cabía esperar, y Aisling se ve empujada de nuevo hacia el interior del avión y le es imposible saber lo que sucede con Jordan, si también se evapora, si estalla o si ha caído al suelo como ella. Rueda hasta chocar de espaldas contra el extremo opuesto de la cabina y se queda con la puerta abierta delante de ella. El latido de su corazón retumba por todas partes: en las sienes, en los dedos de

los pies, en las axilas. El aire se ilumina con un potente resplandor, nota los pies como dos bloques de hielo y solo entonces se da cuenta de que tiene a 22b justo delante. Aisling aprieta el gatillo y las balas impactan contra el kepler, resbalan y desvían su trayectoria, como si el cuerpo del alienígena estuviera recubierto con teflón.

Ha vaciado el cargador. Tiene el dedo del gatillo entumecido por completo. Lanzar una granada sería un acto suicida.

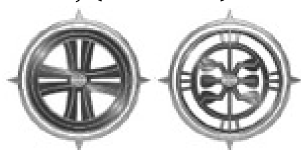
Pero si va a morir de todos modos, mejor intentar antes acabar con ese cabrón.

Aplica todas sus fuerzas al disparador de la granada y aparece delante de ella, como un fantasma, la cara pálida de un alienígena que no es 22b, pero sí alguien de su especie. Y antes de que le dé tiempo a apretar el disparador hasta el fondo, el mundo se vuelve simultáneamente luz y oscuridad, y Aisling se va. La última sensación que percibe es de frío.

Un frío terrible, espantoso y helador.

19h 16m 52,2s[ii]

HILAL IBN ISA AL-SALT, SHARI CHOPRA
Aproximándose a –21.6268, 129.6625, Yuendumu, Territorio del Norte, (Australia)



Hilal y Shari caminan en dirección sudeste por la pradera rojiza que tapiza el interior australiano. Es de noche. No hay gente. No hay luna. No hay viento. Serpentean entre las acacias que los nativos del lugar conocen como *mulgas* y se arrastran entre matojos de hierba espinosa, algunos de los cuales parecen corales que brotan del suelo. Avanzan en silencio, escuchando los chirridos y sonidos de los insectos, los murciélagos y los animalitos que se afanan de noche en busca de comida y cobijo.

Las estrellas relucen en el cielo. Después de salir del avión, que han dejado a 4,7 kilómetros del lugar donde se encuentran ahora, los ojos de la pareja se han adaptado a la oscuridad y les basta con la luz de las estrellas para verse.

Hilal ha estado muchas veces en el hemisferio sur —en los bosques de Zimbabue, Mozambique y Botsuana—, pero nunca había visto estrellas como aquellas. Le gustaría hablarle a Shari sobre los astros, pero, antes de partir en busca del antiguo monumento koori, ella le ha ordenado guardar silencio.

—Estoy enfadada contigo, aksumita, enfadadísima.

Él no ha querido discutir. De estar en el lugar de ella, habría necesitado hasta el último gramo de su fuerza de voluntad para no matarlo allí mismo.

Pero las estrellas... De poder hablar, le mostraría Achernar, unos pocos grados por encima del horizonte, la última estrella de la constelación errante de Erídano. A su lado, como emergiendo de la Tierra, emprende el vuelo la constelación de Fénix. Y a la derecha está Ácrux, la resplandeciente estrella blanca que apuntala la Cruz del Sur. A partir de esta constelación, echa la cabeza hacia atrás y sigue la huella brillante de innumerables cabezas de alfiler y nebulosas rosa, azules y amarillas que mantienen unido el corazón de la Vía Láctea. Allí está el Centauro, y el Lobo, y la Regla, el Compás y el Altar o Ara, y justo por encima de sus cabezas, el Escorpión y el arquero, Sagitario. Entre ellas están las nebulosas más tupidas y brillantes, las que marcan el centro de nuestra galaxia, a 26.092 años luz. Si estuviera hablando con sus compañeros, se daría la vuelta y señalaría con sus machetes Vega, que brilla intensamente incluso a través del polvo de

Abaddon, que empieza a empañar el cielo hacia el norte y hacia el oeste. Es una estrella que pertenece a la constelación de la Lira, y a su lado está el Cisne, con su largo cuello. Hablaría sobre todas ellas.

Está seguro de que Shari debe de estar igual de fascinada que él y de que debe de conocerlas también todas. A lo mejor, mira el cielo y sitúa a sus seres queridos entre las estrellas. Y sin lugar a dudas, Shari confía en salvar a su Pequeña Alice e impedir que regrese tan pronto junto a esos astros.

Porque allí es adonde al final regresarán todos, del mismo modo que es de allí de donde provienen.

A las estrellas. De las estrellas. Como cualquier átomo de cualquier cosa.

Shari camina diez pasos por delante de él y se detiene de pronto. Hilal aguza el oído, pero sigue escuchando el mismo zumbido nocturno, rebosante de vida, que viene acompañándolos desde que abandonaron el avión.

Antes de salir del Bombardier Global 8000, han consultado el libro de Wayland para ver si Abaddon había destruido o afectado algún monumento. El tomo les ha mostrado que el monumento olmeca ha sufrido daños. También el minoico, lo cual resulta curioso, pues queda muy lejos de la zona de impacto. La conclusión a la que ha llegado Hilal es que la hermandad de Wayland tiene que ser la causante de su destrucción.

Según parece, a Shari todo el asunto la trae sin cuidado.

—Lo único que quiero es ver a mi hija y abrazarla.

Hilal se siente incapaz de llevarle la contraria.

Pero en estos momentos no está pensando en eso. En estos momentos, completamente inmóviles en un rincón remoto del interior australiano, se pregunta qué habrá oído Shari o qué habrá intuido. La harapana va armada con una Glock 20, todavía enfundada, y un rifle táctico de asalto Mossberg 500 Cruiser con empuñadura de pistola. Hilal lleva un Colt M4 Commando con silenciador en la mano derecha y el machete con la inscripción «AMOR» en la izquierda. En la cadera, el otro machete, enfundado. Carga en la mochila con el libro de Wayland. Es demasiado valioso para dejarlo.

Shari se arrodilla y palpa la tierra. Avanza un poco sin incorporarse. Hilal no se mueve. El terreno asciende hacia una tupida acacia que les impide ver qué puede haber más allá.

Shari señala el suelo y traza una línea recta en el aire con el dedo.

Hilal lo ve. Dos acanaladuras en la tierra seca que se unen en un punto que queda justo a los pies de Shari. Las acanaladuras son rectas como flechas y el ángulo que forman entre ellas es exactamente de 60

grados. La nudosa y tupida acacia queda en el interior de estas líneas, en el exterior solo hay arena y tierra.

—Es allí —susurra Hilal—. Tenemos que encontrar la entrada.

Shari mueve el rifle y le indica a Hilal con ese gesto que quiere que tome él la delantera. El aksumita lo hace sin pensárselo dos veces. Sabe que una parte importante de Shari desearía verlo muerto, y no la culparía en absoluto si decidiese abatirlo.

Lo aceptaría como el precio que debe pagar.

Pero ella no lo abate.

Hilal camina en dirección sur, hacia la Gran Nube de Magallanes que llena el horizonte como una mancha de leche. Los dos Jugadores rodean la tupida acacia. Hilal se fija en que los matorrales del suelo dibujan una estrella, similar a la del Sello de Salomón, de unos 30 metros de diámetro. En el extremo norte de la estrella, y a su izquierda, el terreno se eleva hasta alcanzar la altura de la cabeza, formando un anfiteatro al servicio de la forma estrellada, y cuando se desplazan hasta la punta que señala el norte encuentran un sendero claramente marcado que se adentra en el muro vegetal.

Tendrán que gatear.

Hilal se libera de la mochila y desaparece en la espesura. Shari lo sigue de inmediato.

Medio minuto después, emergen en un espacio interior que no tiene estructura de estrella, sino que es un círculo de 15 metros de diámetro formado por el follaje. Se incorporan y se quedan inmóviles, codo con codo, Hilal temeroso de dar un paso más. Tanto Shari como él saben que se encuentran en un lugar sagrado.

Por suerte, están solos, según parece. No hay miembros de la hermandad de Wayland. Tampoco hay kooris custodiándolo.

Pero hay algo extraño. Los sonidos del campo, omnipresentes en el exterior, se han vuelto inexistentes. La suave brisa que soplaba del oeste y acariciaba sus caras ha desaparecido. La arena bajo sus pies es fina, sin guijarros ni piedras, y ha sido rastrillada recientemente para formar un dibujo de círculos concéntricos de un centímetro de grosor en cuyo centro se alza el tronco anciano y nudoso de un árbol muerto. Se eleva unos dos metros por encima de un hueco en forma de cuenco. El interior está recubierto por una sustancia metálica.

—Es el lugar que me dijo Stella —susurra Hilal.

Se arriesga y da unos pasos. Las crestas y los valles que forman los círculos dibujados en el suelo marcan la huella de una bota. Hilal ajusta la presión de la mano sobre el machete llamado *Amor*. Shari permanece inmóvil.

Un sonido repentino por encima de sus cabezas, como si se

hubiese levantado el viento. El ambiente se torna perceptiblemente más frío. Un destello oscuro, como el de un pájaro emprendiendo el vuelo, se ve a la altura de sus ojos. Hilal alza el machete y gira sobre sí mismo; Shari traza un semicírculo apuntando con el rifle, pero el arbusto cobra vida y los pilla a ambos desprevenidos.

Hilal se encuentra agarrado por muñecas y brazos, como Cristo en la cruz, y lo arrastran hacia arriba. Patalea y se debate, pero del suelo brota un cepo que le sujeta los tobillos. Unas manos potentes le arrancan las armas y lo obligan a soltarlas. El otro machete sale disparado de la funda y se ve completamente desarmado. Ha quedado atado y la espalda roza el follaje áspero del matorral.

Por mucho que gritara para alertar a Shari, se da cuenta de que está tan incapacitada como él.

Todo sucede en menos de tres segundos, y sin un solo sonido, excepto el de las ramas y sus hojas agitándose.

Hilal percibe el calor de un aliento en la nuca. Un cuchillo —el suyo— destella justo por debajo de su barbilla y nota el roce del finísimo borde metálico en la nuez.

—Espera —dice Hilal.

El metal presiona la carne.

—Mátame si debes, pero, por favor, perdónale la vida a mi compañera. Se llama Shari Chopra. La harapana. Era amiga de Alice Ulapala, miembro de tu linaje. Shari es la madre de la Llave del Cielo. Se merece la oportunidad de volver a ver a su hija.

El metal continúa presionando. Hilal nota una gota de sangre caliente que resbala cuello abajo y se detiene cuando alcanza el hueco del esternón.

—Para —dice una voz femenina y ronca.

El cuchillo se aparta. Hilal caería al suelo de no evitarlo las manos que lo sujetan.

Justo al lado del tronco ha aparecido una anciana diminuta vestida con vaqueros y un cortavientos oscuro, las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta. Lleva un pañuelo blanco envolviéndole la cabeza a modo de cinta y tiene la cara mofletuda y redonda, la piel arrugada, la nariz protuberante, los ojos pequeños y brillantes. La flanquean dos figuras altas, seguramente hombres, cubiertos de los pies a la cabeza con ramas y hojas. Parecen arbustos vivientes. Hilal mira con atención el círculo y comprende que el interior estaba flanqueado por centinelas mudos e invisibles. Lo escoltan tres de ellos, dos más a Shari, que está arrodillada a su derecha, también con los brazos en cruz y con la punta de un cuchillo presionándole la sien.

La anciana señala a Shari.

—Dejadla —dice.

Y el cuchillo se retira.

—Mostradme la cara de Chopra —pide la anciana con un marcado acento australiano.

Una luz enfoca a Shari. Parpadea.

—Es ella. —La mujer levanta la barbilla. Se apaga la luz—. Te he visto en el Sueño. También he visto a tu hija. Llevo viéndola desde que Alice se fijó en ella. Os vi a ti y a tu hija cuando Alice murió.

—¿Dónde está la Pequeña Alice? —pregunta Shari.

—No lo sé. Ojalá lo supiera. Te lo digo con sinceridad.

Una pausa.

—Yo estuve allí —explica Shari muy despacio—. En ese sueño. Lo vi. Vi morir a Alice.

—Ese es el Sueño, sí. Tú y tu hija estuvisteis allí igual que yo. La diferencia es que yo fui allí expresamente, mientras que vosotras dos acabasteis en ese lugar como consecuencia de lo que podríamos denominar tus habilidades *innatas*. Por eso o por pura suerte.

—Nunca es un buen presagio ver morir a una amiga —dice Shari, tanto para sí misma como dirigiéndose a la anciana.

—Unas palabras muy acertadas —afirma la anciana, en tono de aprobación.

Shari mueve la cabeza con incredulidad.

—Entonces ¿ya me habías visto?

—Sí.

—Pero yo a ti no.

—No.

—No..., no lo entiendo... —dice la harapana.

—Intentaste salvar a Alice de aquel donghu tan mequetrefe y tan brutal..., ¿lo recuerdas?

—¿Cuando la vi morir?

—Efectivamente, Shari. Pero, aunque parecía un sueño, resulta que también era...

—... real —termina Shari, bajando la vista hacia el suelo.

—Sí —dice la anciana con tristeza y un hilillo de voz.

—Lo siento. Intenté...

—No podías hacer nada. Tampoco yo. Éramos como fantasmas. Ese es tu Sueño.

—La habría ayudado de haber podido —musita Shari.

—También yo. Como acabo de decirte, ese es tu Sueño.

Habla entonces Hilal:

—Señora, me parece que no entiendo nada de nada.

La anciana replica:

—No, es evidente.

—Está emparentada con Alice —le explica Shari a Hilal—. Supongo.

—Supones bien.

Shari continúa:

—Alice y yo teníamos una conexión. No puedo explicar por qué ni cómo, pero existía. Era real.

—Entiendo —dice Hilal—. Señora, ¿me permite preguntarle su nombre, por favor?

—Por supuesto que puedes preguntármelo. —Una risilla—. Aunque no necesariamente tendrías por qué obtener la respuesta. Pero ya que Alice y Shari eran amigas, os lo diré. Me llamo Jenny. Jenny Ulapala. Soy abuela de Alice, una entre un par de docenas más. Soy un vástago anciano del linaje koori, incluso aquí en Yuendumu, donde nuestros hermanos y hermanas warlpiri cuidan de sí mismos y de la tierra.

—Mi nombre es Hilal ibn Isa al-Salt y soy el...

—Lo sé, el aksumita. Y ella es la harapana. La que ha perdido a su hija por motivos que no me caben en la cabeza.

—No me mate, señora Ulapala —pide de pronto Shari, sin venir a colación.

—No tengo intención de hacerlo —replica Jenny.

Los hombres sueltan a Shari y el cuchillo que le presionaba la sien desaparece en el interior de su funda.

—Aunque respecto a ti, no estoy tan segura —dice entonces la anciana—. ¿Tú qué opinas, Shari?

Hilal nota que el corazón se le detiene un segundo. Shari acaba de encontrar una nueva aliada. Y es posible que prescinda de él.

Hilal suplicaría que se apiadasen de él, pero sabe que sería impropio. Comprende además que, desde el punto de vista de Shari, se merece más que de sobra que descargue su ira sobre él. Hilal reveló el paradero de la fortaleza secreta del linaje de Shari a los demás Jugadores, que utilizaron la información para matarlos prácticamente a todos.

—Yo... —dice Shari—. Yo... deseo su muerte.

—De acuerdo —asiente la anciana.

El cuchillo regresa al cuello de Hilal y presiona la muesca que ha marcado hace unos instantes. La sangre empieza a resbalar por la piel.

Hilal cierra los ojos. No quiere morir, pero lo acepta.

—Pero no deberías matarlo —puntualiza Shari en el último momento.

Hilal abre los ojos de golpe, Jenny mueve la mano y el cuchillo se

aparta. Le han perdonado la vida.

Por ahora.

—Supongo que necesitaré toda la ayuda posible para volver a ver a mi hija —explica Shari—. Prefiero utilizar tu sentimiento de culpa con este objetivo, Hilal, a sucumbir a mi deseo de venganza.

Hilal exhala un silencioso suspiro de alivio.

—Entendido. Y te lo agradezco, Shari.

Transcurre un momento. Las estrellas giran.

—Tengo curiosidad —dice Jenny—. Abaddon ha llegado. Mi Jugadora ha muerto. No entiendo por qué estáis aquí los dos, juntos, además.

—Estamos aquí porque ya hemos visto demasiadas cosas de Endgame —responde Shari—. No queremos seguir. Los linajes no se merecen esto y los habitantes de la Tierra tampoco.

—Y estamos aquí porque queremos encontrar a la hija de Shari —dice Hilal con toda la sinceridad que es capaz de transmitir, pues *es* verdad—. Queremos detener Endgame, señora Ulapala. Shari, la cahokiana, el olmeca y la La Tène, todos queremos detenerlo. Estamos colaborando. No Jugamos por lo que los Creadores querrían que Jugásemos. Ya no.

Jenny frunce el entrecejo, pero es evidente que ha escuchado con atención.

—¿Para qué Jugáis, entonces?

—Hoy mucha gente ha vuelto con las estrellas —dice Hilal—. Desconozco la magnitud de la destrucción causada por Abaddon, pero tengo la sensación de que es grande. Ahora Jugamos para salvar vidas. Para impedir que más personas regresen con las estrellas. Juntos podemos conseguirlo. Tenemos la fuerza y tenemos el conocimiento. Tenemos incluso un objeto que perteneció a los Creadores.

—¿A qué te refieres?

—Está en mi mochila —dice Hilal.

—Dice la verdad —asegura Shari.

—Si llevas alguna cosa en la mochila, tendrás que sacarla tú mismo, aksumita.

Uno de los machetes desciende sobre la cuerda que lo sujeta por la muñeca izquierda y libera esa mano. Un hombre le acerca con cautela la mochila abierta.

—Nada de chorradas, te lo advierto —dice Jenny.

Hilal percibe en la parte posterior de la cabeza, detrás de donde tenía la oreja, la frialdad del cañón de una pistola.

—Ni una —dice Hilal—. Se lo juro.

Introduce la mano en la mochila, palpa el frío borde del libro y lo

extrae lentamente del interior.

—No es más que un libro. Un libro de los Creadores sobre los primeros tiempos. La invito a examinarlo. —Lo sujeta por una de las tapas y deja que se abra—. Es inofensivo.

Jenny se inclina hacia delante.

—Tráelo aquí.

El hombre suelta la mochila, coge el libro y se acerca a Jenny. Hilal continúa con la pistola tras la oreja. La piel calienta el metal.

El hombre sujeta el libro abierto con las dos manos. Jenny va pasando páginas. Se acerca. Fuerza la vista. Lo alumbra con una linterna. Tras unos instantes, mira a Hilal.

—¿De dónde lo has sacado?

—De un hombre llamado Wayland Vyctory.

Jenny refunfuña. Hilal supone que sabe de quién se trata.

—¿Has leído ya el libro? —pregunta la anciana.

—¿Qué? No —responde Hilal—. No lo puedo descifrar.

—¿Y tú, Shari?

Shari niega con la cabeza.

—¿Sabría usted leerlo? —pregunta Hilal.

Jenny coge el libro e indica con un gesto al hombre que se aparte. Sigue hojeándolo.

—Habéis oído hablar de los mu, ¿no?

—Por supuesto —dice Hilal—. Su Jugadora era ejemplar, por lo que dicen.

—Les gusta decir que su linaje fue el primero, pero no es cierto. Sí, su linaje es antiguo, se remonta a veinte o veinticinco mil años antes de que naciera cualquiera de los vuestros. Pero *mi* linaje es el más antiguo. Mi gente lleva recorriendo estas tierras a pie en el Sueño desde hace cuarenta, cincuenta o sesenta mil años. Fue entonces cuando los Baiame (los Creadores) llegaron y nos conocieron. *Nosotros* somos el linaje original. Pero no nos gusta ir por ahí fanfarroneando.

—Chiyoko no fanfarroneaba —apunta Hilal.

—Me alegro por ella —dice Jenny. Se produce un silencio incómodo mientras sigue mirando por encima las páginas—. Por el fuego altísimo, ¿sabéis qué es esto, Jugadores?

—No. ¿Qué es? —pregunta Shari.

Jenny ríe entre dientes.

—Es un manual de instrucciones. Titulado *Dominación,* traducido grosso modo. Hay varios capítulos con distintos títulos, aunque lo que puedo daros es una simple aproximación, puesto que se trata de un idioma muy extraño: «Explicación del vuelo a los seres de la Tierra», «Deificación moderna», «Imágenes e ídolos», «Imprimación de

metales», «Linajes genéticos de establecimiento», «Miedo por su propio bien», y así sucesivamente.

Hilal está emocionado. Que una persona viva sea capaz de descifrar el texto es magnífico.

Y por el tono de voz de Shari, adivina que piensa lo mismo.

—Señora Ulapala —dice la harapana con respeto, aunque apremiándola—, ¿nos ayudará?

Jenny cierra el libro y se lo guarda bajo el brazo. Retrocede un paso.

—Soltadlos, chicos. Pero quedaos con sus armas. Un movimiento en falso y se acabó. Nada de preguntas.

Los sueltan, la pistola se aleja de la cabeza de Hilal. Shari se incorpora. Jenny retrocede un paso y queda a la sombra del viejo tronco.

—¿Qué habéis venido a hacer?

—Estamos intentando encontrar la Llave del Sol antes de que el nabateo dé con ella —explica Shari.

—El nabateo Juega como los Creadores quieren —dice Hilal—. Ya tiene en su poder las dos primeras Llaves. Está a punto de ganar.

Jenny asiente despacio.

—Lo sé. Lo he visto en el Sueño. Por eso estamos custodiando este lugar. Para asegurarnos de que no se lleva su premio.

—También estamos aquí para salvar a mi hija —añade Shari; su voz es comedida y firme.

Jenny emite un chasquido.

—Esto sí que nadie puede garantizarlo. Como cualquiera de nosotros, tu hija podría morir de mil maneras distintas en el transcurso del día de mañana o de la semana siguiente. Pero me alegro de saber que estás buscándola. Alice la Mayor también se alegraría de ello.

—Gracias, Jenny —dice Shari.

La koori deja caer los hombros.

—Si queréis saber mi opinión, me parece que últimamente hay demasiada violencia. Soy vieja, y Endgame me tiene amargada. Llevo ya tiempo diciéndoselo a los míos, pero me miran como un bicho raro. —Los hombres camuflados con vegetación se retiran hacia los confines del círculo, como si hubiesen captado la indirecta, y se vuelven invisibles—. Escuchadme bien. Tengo una especie de propuesta. Pero para hacerla realidad se necesita algo mucho más duro que la violencia.

—Confianza —replica Hilal.

Jenny mueve la cabeza hacia él.

—Confianza, aksumita. Entre linajes, entre seres humanos. —Y a continuación, mueve poco a poco la cabeza hacia Shari—. Y, lo que es más importante, entre madres.

Las estrellas siguen girando. La Vía Láctea late con una cantidad inconmensurable de vida, por mucho que esté fría, remota e inobservable. Hilal lo percibe.

—Os ayudaré. Y juntos intentaremos Soñar que la Pequeña Alice Chopra regresa a los brazos de su madre.

El ambiente se vuelve más cálido y Hilal escucha de nuevo la brisa en un lugar donde, hace tan solo un instante, no se oía absolutamente nada.

Jenny sonríe con amabilidad a Shari. La anciana está casi desdentada.

—Te reuniremos con tu hija, mamá —dice Jenny—. Te lo prometo.



SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SIMON ALOPAY
Túmulo del Monje, Collinsville, Illinois (Estados Unidos)



Sarah se abraza a su padre con muchísima fuerza. No puede ni respirar. Emoción. Alivio. La improbable —no, la *imposible*— fortuna de cruzarse con él. Y a juzgar por la fuerza con la que Simon se abraza también a ella, es evidente que él se siente igual. Transcurridos unos momentos, Jago tose para aclararse la garganta. Sarah suelta a su padre y Simon se aparta de su hija para dejar ambas manos posadas en sus hombros. Jago mira hacia un lado y hacia otro en busca de cualquier movimiento que pueda vislumbrarse en el horizonte, tiene el arma recargada y a punto.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —pregunta Simon, mirando a su hija a los ojos.

—Es para que no se me reconozca. Lo hice después de que el shang mostrase nuestras caras en aquel vídeo.

—Es verdad. Entre lo de Abaddon, lo de Yellowstone y todo lo demás, ya me había olvidado de lo del vídeo.

—Resulta abrumador, ¿verdad?

—No puedo ni imaginarme lo que debe de estar pasando en el este —dice Simon.

—Ni yo. Aunque tampoco quiero hacerlo, si te soy sincera.

—Debe de ser el infierno, lo sabe todo el mundo —interviene Jago.

Simon mira al olmeca. Frunce el entrecejo.

—Y tú eres...

—Jago Tlaloc. El olmeca. El... amigo de Sarah.

Simon da un paso atrás y se pone a la defensiva. Acerca la mano a una pistola negra que lleva enfundada a la cadera. Jago ni se inmuta. Sarah acerca la mano a la de su padre y le presiona los nudillos.

—Tranquilo. *Es* mi amigo. Me ha salvado la vida en más de una ocasión. Lo único que pretende es ayudar.

Los ojos de Simon empiezan a moverse de un lado a otro —Sarah, Jago, Sarah, Jago— mientras intenta descifrar qué sucede.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunta a Sarah—. ¿Tienes las llaves? ¿Estás ya lista para terminar?

—No. Es una historia muy larga, pero, para resumir, hemos venido porque tenemos que encontrar la tercera llave, si es posible.

Según alguna gente que sabe del tema, podría estar escondida aquí —dice, señalando la colina cubierta de hierba del Túmulo del Monje.

—¿Que la Llave del Sol se encuentra ahí? —cuestiona Simon—. He venido un centenar de veces. Y te digo que la Llave del Sol no está aquí.

—Debemos comprobarlo de todos modos —replica Sarah—. Si queremos detener Endgame, debemos encontrarla. Es la mejor oportunidad que tenemos para sobrevivir. Y cuando digo «tenemos», me refiero a la humanidad, papá. Me refiero a todos nosotros. A ti. A mí. A Jago. A cabrones como estos. —Señala a los motoristas que se acumulan en el suelo—. A mamá... —añade, y se queda blanca.

—Está bien, Sarah.

—¿En Omaha? —pregunta.

—No. En la granja. Está con tus tíos, con tía Millicent y con algunos de los vecinos de Nebraska. No podíamos dejarlos allí si íbamos a protegernos. Fuimos con los Smithson, los Nix y los...

—¿Los Vanderkamp? —remata Sarah, confiando, en el fondo, en que su padre le diga: «No, los Vanderkamp no».

—Sí. Los Vanderkamp también —dice Simon—. Pensé que se refugiarían en alguno de sus ranchos, pero no querían estar solos. Sobre todo después de lo de...

—¿Qué?

—Christopher. Ha... ha desaparecido. Poco después de que tú te marcharas. Lo siento, Sarah.

Sarah titubea. Jago le toca el brazo.

«Voy a tener que decírselo. Son sus padres. Voy a tener que contarles lo que le hice a su hijo.»

—Lo siento —repite Simon, que se da cuenta de que algo no va bien, pero no presiona a su hija.

—Tranquilo —dice Sarah.

Jago mira hacia el este.

—Se acerca un coche. Deberíamos ponernos en marcha.

—Sí, por supuesto —dice Sarah. Extiende los brazos en un gesto de invitación—. ¿Vienes con nosotros, papá? ¿Nos ayudarás?

—¿A rastrear el túmulo en busca de la Llave? —pregunta Simon.

—Sí —responde su hija—. Aunque antes tenemos que hacer otra cosa.

—*Vamos*, Sarah —interviene Jago, metiéndole prisa y señalando hacia la neblina, donde se ven un par de faros halógenos acercándose, aunque sin aparente urgencia—. Lo más probable es que no sea nada preocupante, pero hay que tener en cuenta que *estamos* en plena escena de un asesinato. No tiene ningún sentido buscarnos más

problemas.

—Tienes razón. No hemos venido aquí a matar a gente —señala Sarah, tanto para sus adentros como dirigiéndose a Jago.

«Ha sido muy fácil —piensa Sarah, reflexionando sobre los motoristas a los que acaban de matar—. Demasiado fácil. Si de verdad quiero recuperar mi humanidad, tendré que esforzarme en perdonar la vida a la gente. Incluso a gente como esta. *Especialmente* a gente como esta.»

—¿Hay algún miembro de nuestro linaje en el centro de bienvenida? —pregunta Sarah a su padre.

—No. Antes del impacto les dije que permanecieran con sus familias. Que ya me ocuparía yo de custodiar el monumento, que no los necesitaba.

—Perfecto —dice Sarah—. Sube a la moto, Jago. —El olmeca da media vuelta y corre hacia la Harley—. Y deja que te ayude con tu pasajero, papá.

Sarah rodea el Taurus y coge al gigante por un tobillo. Simon lo agarra por el otro. Lo levantan a la vez y tiran de las más de 270 libras de peso muerto. Pero Sarah y su padre son fuertes y consiguen sacar al gigante del coche. Lo que queda de su cabeza emite un ruido vomitivo al chocar contra el suelo.

Jago se detiene a su lado.

—¡Nos vemos en el centro de bienvenida de la entrada! —grita Sarah para hacerse oír por encima del ruido del motor, señalándole un edificio que se ve junto a la carretera principal, hacia el sur.

Jago da gas a la moto y se va. Simon rodea el coche y se pone al volante mientras Sarah se instala en el asiento trasero, que no está manchado de sangre.

—Vamos a detener Endgame, papá. —Habla rápido y confía en que Simon no la interrumpa—. Estamos trabajando con otros Jugadores y con gente de la CIA. Nos estaba ayudando también una mujer llamada Stella Vyctory, pero la mataron. Por mucho que en la antigüedad los Creadores fueran como dioses para todos, han dejado de serlo. Son un fraude. Y a lo mejor también lo somos nosotros.

Aspira y retiene el aire. «Allá va.» Espera que la contradiga, que le recuerde la historia de su linaje, el entrenamiento al que ha sido sometida, el honor de ser nombrada y convertida en Jugadora, su hermano fallecido, sus amigos muertos, la destrucción de su escuela, las viejas historias y los rituales y los ritos, y *ahama muhu gobekli mu, ahaman jeje, ahaman kerma*.

Y mientras espera a que todo eso le caiga encima recuerda lo que dijo en aquella fase de inicio bajo el sol, antes de que llegaran los

meteoros, cuando era todavía joven e inocente.

«Elijo ser la persona que quiero ser», dijo. Palabras que perdieron todo su sentido después de que encontrara la Llave de la Tierra, pero que se volvieron totalmente ciertas cuando decidió no matar a la Llave del Cielo.

«Todo esto ha sido un viaje de mierda», piensa, esperando que Simon la ilumine.

Pero no lo hace.

Sarah mira el espejo retrovisor y encuentra los ojos de su padre. No los tiene posados en la carretera, sino que está contemplándola a ella. Jago estaciona la moto en el aparcamiento. Simon pestañea. Sigue a la Harley.

Sarah se inclina hacia la parte delantera del coche.

—Y *tú* ¿por qué estás aquí, papá?

—Porque tengo miedo, Sarah.

—¿De qué?

—Tal vez de lo que estás insinuando.

—De los Creadores...

Simon se encoge de hombros.

—En el peor de los casos, sí. Pero también de la gente. De la incertidumbre. De *eso*. —Ladea la cabeza hacia el este, hacia el lugar donde ha caído Abaddon—. No nos engañemos. Nadie creyó jamás que acabaríamos viéndolo. Ningún Jugador, ningún entrenador, pero ahora que lo *he* visto, comprendo por qué pensábamos que nunca llegaríamos a presenciarlo.

Aparca al lado de Jago, en una plaza reservada a minusválidos justo junto a la entrada. Jago ya ha bajado de la moto y se dirige al centro de información con su arma a punto, lista para disparar a cualquiera que se cruce en su camino.

Cerca del Túmulo se ve el resplandor aserrado de un rayo. El potente crujido de un trueno zarandea el coche. Una ráfaga de aire gélido.

Simon se agarra con nerviosismo a la parte superior del volante.

—¿Preguntas por qué estoy aquí? Pues porque desde que cayó Abaddon no he podido dejar de pensar en que tengo que conseguir que lo que queda de mi familia y mis amigos permanezca a salvo, y...

Las comisuras de su boca se comban hacia abajo. Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Se te ve mucho mayor, Sarah.

Su hija le acaricia la mejilla.

—A ti también, papá.

—Te has convertido en una adulta, ¿verdad?

—Supongo. Creo que en el fondo es porque estoy agotada, tanto mental como físicamente.

—También yo. A lo mejor es que ser adulto consiste en eso.

Una pausa.

—Me alegro mucho de haberte encontrado —confiesa Simon—. Desde que te fuiste, ni tu madre ni yo hemos pasado una hora sin hablar de ti. Pensamos todo el tiempo en ti. Confiábamos en que siguieras con vida, en que estuvieses Jugando o, como mínimo, sobreviviendo.

—Me entrenaste bien.

—Lo sé. Y ahora comprendo por qué. No lo hice porque deseara Endgame ni porque me importara para algo la profecía, aunque no me creas. Lo hice porque quería protegerte. Habías sido la elegida y quise darte las herramientas necesarias para sobrevivir, independientemente de que la profecía se hiciese o no realidad. Hemos tenido suerte…

—Sí, vaya que sí.

Jago sale del centro de bienvenida y levanta el pulgar.

Simon le coge la mano a Sarah.

—He venido para coger el arma, Sarah. La que cuentan las historias, la que nos dieron los Creadores y nos enseñaron a utilizar. Tu madre y yo hemos pensado que, si tenemos que seguir protegiendo a nuestros seres queridos, es imprescindible tenerla con nosotros.

—No jodas —suelta Sarah.

Simon no entiende nada.

—No pretendía ser maleducada, papá. Es que por eso mismo estamos nosotros aquí. Si algún día acabamos cruzándonos con alguno de Ellos, y es más que probable que lo hagamos antes de que todo esto termine, también queremos tenerla nosotros.

Simon sonríe con languidez.

—Está claro que te entrené bien.

Jago toca con los nudillos la ventanilla del lado del acompañante. Simon la baja. El olmeca mete la cabeza en el interior.

—¿Ya os habéis puesto al corriente de todo?

—Más o menos —dice Sarah.

Jago mira a Simon.

—¿Nos ayudará, señor Alopay?

Simon posa la mano en el hombro de Sarah y lo masajea con cariño.

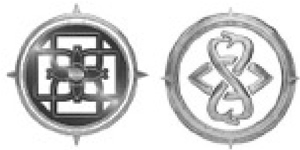
La débil sonrisa se esfuma y su mirada se oscurece.

—Vayamos a buscar el arma.

Event 17[iii]

AISLING KOPP, POP KOPP, KEPLER 22B

Seedrak Sare’en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano



«¡Ssssssup!»

Aisling no ve nada, pero puede oír.

La cabeza le flota, nota que sus ojos se mueven con nerviosismo, que los cuádriceps sufren convulsiones, que tiene las manos cerradas en puños. Se siente ingrávida, bocabajo, retorcida, el estómago le da vueltas e intenta sacarlo todo, pero tiene el cuerpo entero —completamente estirado, de la cabeza a los pies, los brazos pegados a los costados— inmovilizado.

El vómito llega, no obstante. Su última comida, más unos anacardos, agua y bilis. Bilis en su mayoría. Pero el vómito no se derrama sobre la camiseta, ni sobre los zapatos, ni siquiera en la cara. No se queda colgando de sus labios, no tiene que sacar la lengua para limpiárselo, no se le pega en la nariz ni se le enreda en el pelo. Percibe que ese sonido que oye lo limpia. Nota que hay algo que le tapa la cara..., una máscara, una piel, un aparato, no sabe qué es. Intenta girar la cabeza, pero no es capaz. Intenta mover las piernas, pero no puede. Intenta gritar, pero no le sale la voz. La intención está ahí, las neuronas la disparan, las sinapsis la transmiten, los axones y las dendritas titilan, pero el cerebro transforma su desorientación en miedo y no emite nada, ni lucha ni huida.

Porque no puede.

Allí solo están su cuerpo, su mente ofuscada, la oscuridad, su miedo.

Y más bilis.

«¡Ssssssup!»

Fuera.

Una descarga eléctrica sacude su cuerpo de arriba abajo. La percibe sobre todo en los dedos de los pies, detrás de las rodillas, debajo del tríceps, en la base del cuello y al final en la punta de la lengua. En un ataque de sinestesia, experimenta la descarga como color y sabor. Azul de entrada, pletórico y luminoso, que hace implosión desde los bordes y vuela hacia el centro y lo absorbe todo. En el azul aparecen de pronto unos dedos rojos, luego morados, luego naranja, y después, una mancha verde que devora todos los demás colores. Y mientras este calidoscopio gira en su córtex visual, sus

papilas gustativas son víctimas de una arremetida de dulzura lechosa, hasta el punto que llega a resultar repugnante y vuelve a tener arcadas y vomita en el tubo lo que pueda quedarle aún en el estómago.

«¡Ssssssup!»

Mueve la lengua y descubre que está bloqueada por algo, que no logra entrar en contacto ni con las encías ni con los dientes, y es en este instante cuando comprende que le han introducido un tubo en la boca y que la lengua está dentro de él. Traga saliva y nota que el tubo se prolonga hacia el interior de la garganta.

Y entonces toma forma un pensamiento, el primero que no dedica ni a su cuerpo ni a sus sentidos ni al miedo primario que siente.

«¿Y dónde demonios estoy?»

Duda durante lo que le parece una cantidad indeterminada de tiempo. Recuerda a la perfección Mongolia —la vaporización de Marrs, la última descarga de Jordan, la cara fría del kepler que no era 22b, el aire gélido que la envuelve—, pero después no hay nada más. La han hecho prisionera, eso seguro, pero ¿dónde está esta celda y qué es exactamente? Cuando por fin se le aclara un poco la vista, tiene una corazonada sobre cuál es la respuesta. La luz se altera a varios pies de distancia de su cara y vislumbra los contornos borrosos de un techo. Es curvo, reflectante, líquido. Flotan en él hilillos blancos y amarillos, y un penacho de rojo y una masa amorfa de azul que parece sacada de un espejo de la casa de los horrores. Un reflejo. Fuerza la vista para ver a través de la película que le cubre la cara y comprende que lo rojo es su cabello y que el tubo es su cuerpo, ceñido por un material desconocido.

Intenta moverse otra vez, pero no puede. No es tanto que esté atada, sino que su cuerpo simplemente no funciona. Puede mover a voluntad los dedos de los pies, la lengua, los globos oculares, aunque no muy bien.

Pone todos sus esfuerzos en mirar hacia todas las direcciones posibles. Al final consigue ver otra forma a cierta distancia, a su izquierda, coronada por algo blanco, no rojo. Debe de ser Pop. La sensación de miedo es abrumadora, matizada por una pequeña ofrenda de alivio en este momento. No está completamente sola. Pop no está muerto. O si lo está, su cuerpo permanece intacto.

«A lo mejor estoy muerta —se plantea—. Lo que es evidente es que es como si lo estuviera.»

No hay nada más. Pasan segundos o minutos u horas o días. No lo sabe. Los hilillos de color del techo se alteran levemente de vez en cuando y son como un sueño psicodélico. Entra alguna cosa en el tubo, pasa con un sabor repugnante por la lengua y va directa al

estómago. Comida. Las descargas eléctricas que le sacuden el cuerpo vienen y van. Se siente impotente, tiene miedo, pero intenta soportar su apurada situación lo mejor posible. ¿Qué otra cosa puede hacer?

Pierde el conocimiento de vez en cuando y lo recupera, lo pierde y lo recupera y entonces...

Entonces...

Entonces...

Abre los ojos de repente y delante ya no tiene ni el techo ni la pared, sino la cara inconfundible de kepler 22b, flexible, azul y fría.

El alienígena pasa la mano por encima del cuerpo de Aisling, manejando unos controles que ella no puede ver. Sus ojos oscuros parecen vacíos, tiene la boca entreabierta. Aisling intenta no hacer ruido, pero es inútil. kepler 22b no emite ningún tipo de sonido.

Hace lo que tenga que hacer y se marcha en apaciencia satisfecho. La cabeza de Aisling vuelve a ofuscarse. Le ha inyectado algo. El sabor dulzón y mareante reaparece. kepler 22b la mira de reojo y dice..., no, no lo dice, lo piensa. Aisling capta sus palabras no como un idioma, sino como ideas, claras y totalmente comprensibles. Dice:

«Es fuerte y el abuelo resiste. Ambos han sobrevivido el transporte. Confiemos en que los otros dos también sobrevivan. Confiemos también en poder recuperar nuestra arma.

»No nos hará ningún daño tener más Jugadores rehenes, netineos.

»Cuantos más, mejor».

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SIMON ALOPAY
Túmulo del Monje, Collinsville, Illinois (Estados Unidos)



Sarah y Jago siguen a Simon por los inmaculados senderos que recorren las colinas más bajas que se alzan al sur del Túmulo del Monje y por un camino que se adentra en un bosquecillo frondoso de árboles de hoja caduca. Van equipados con respirador y gafas y armados con un M4 compacto —Jago, además, con un lanzagranadas M203— y un cuchillo.

Simon consulta un pequeño mapa plastificado, tiene el tamaño de una tarjeta de crédito. A pesar de que es mediodía, el ambiente parece el de una tarde nubosa, como cuando acecha una tormenta en el horizonte o acaba de pasar. Y aunque el sol brilla por encima de sus cabezas, el disco amarillo está difuminado por las cenizas y el gas crea una atmósfera asfixiante. Las luces de las casas y los edificios que hay a media distancia están apagadas. Sigue sin haber electricidad. La gente continúa sin salir, escondida y confusa, y, por el momento, los tres participantes de Endgame están solos.

Y Sarah se alegra. Por hoy, ya ha cubierto su cupo de gente.

Siguen caminando en dirección sur durante media milla y llegan a las vías del ferrocarril de Conway. No hay vagones que les impidan el paso. Saltan por encima de los raíles de acero, traspasan los límites del parque nacional y, con las pisadas amortiguadas por la ceniza de Yellowstone, continúan por campo abierto. No hablan. Jago inspecciona la campiña como un halcón y Sarah lo observa a él. Confía en que el olmeca los proteja, aunque no está segura de lo que puede llegar a contar sobre la rebelión cahokiana que le dio a conocer la anciana de su linaje. Confía en que no diga nada. Están ahí para trabajar, no para hablar sobre confusas historias de la antigüedad.

Pasan junto a varios arces rechonchos y rodean peñascos cubiertos de vegetación, recorriendo la antigua ciudad precolombina que en su día floreció en aquel valle del Misisipi. Con el Túmulo del Monje, los 109 túmulos de esta ciudad eran el corazón de una próspera metrópolis mesoamericana, la mayor y la más poblada de toda América, desde Bering hasta el cabo de Hornos. De hecho, la ciudad que se desarrolló alrededor de los montículos, que llegó a albergar 40.000 habitantes en el momento de su máximo apogeo, fue *la* ciudad más grande de la historia de Norteamérica hasta que

Filadelfia la superó hacia mediados de la década de 1780, mucho después de que el rastro cultural del pueblo cahokiano desapareciera de los registros. Mucho después de que los secretos de aquel linaje se dispersaran y se escondieran de las miradas curiosas de los europeos y otros clanes norteamericanos.

Mucho después de que los cahokianos se retiraran para prepararse para Endgame.

—Poco más de la mitad de los túmulos queda dentro del parque nacional —explica Simon, deteniéndose en una zona donde la hierba les llega a la altura del muslo. Da media vuelta y guarda el mapa en el bolsillo de la chaqueta. El respirador hace que su voz quede amortiguada y plana—. El resto está disperso. El que estamos buscando está tan erosionado que es difícil reconocerlo como algo singular.

Desliza por el brazo un brazalete metálico, dobla la mano y se lo saca. Lo mueve de un lado a otro trazando un arco, como si fuese un artilugio para localizar agua.

Cae una llovizna sucia y sopla un viento gélido del norte. La lluvia mancha las gafas y la ropa. Sarah se estremece cuando las gotas entran en contacto con la parte del cuello que no lleva cubierta. Cerca del Túmulo del Monje cae otro rayo. Se vuelven todos para mirar, pero es un relámpago, nada más. Simon prosigue la búsqueda del túmulo oculto. Camina muy despacio, un pie detrás del otro, calculando la distancia. El brazalete lo guía.

Sarah y Jago lo siguen a unos pocos pasos de distancia. De pronto, habla Jago:

—Sarah ya me ha contado lo del arma, señor Alopay. Pero siento mucha curiosidad.

—¿Sí? —dice Simon, concentrado en la búsqueda.

«Mierda», se dice Sarah. Las copas de los árboles se agitan en su dirección. La llovizna se transforma en una lluvia más consistente. Sarah coge la gorra que lleva en el cinturón, se cubre el cabello teñido de negro azabache y coloca la visera de tal forma que le proteja las gafas para que no se mojen. «No lo digas, por favor.»

—¿Qué es lo que hace exactamente esa arma? —pregunta Jago—. Y ¿por qué la escondió su linaje? ¿Por qué no la conservaron a mano para utilizarla? Es lo que habríamos hecho los olmecas de haber tenido un regalo así.

Simon se detiene. Se vuelve hacia Jago.

—Nuestro pueblo la enterró porque es poderosa, Jago Tlaloc. Dicen los libros que puede iluminar los cielos y que puede matar a los Creadores. ¿Han intentado los cahokianos hacer eso en alguna

ocasión? No, que yo sepa. A decir verdad, no sé si en realidad existe ni si funcionará. Lleva mucho tiempo enterrada. Y en cuanto a *por qué* la escondimos, supongo que fue por miedo. Era un arma de Ellos. Y los Creadores inspiraban temor. Estoy seguro de que tu pueblo compartía ese miedo.

—Por supuesto —replica Jago—. Pero ¿cómo la consiguieron los cahokianos? ¿La robaron?

Sarah estira el brazo para darle un tirón de orejas a Jago. Este se encoge y le lanza una mirada con la que quiere decir: «¡Vale, vale!».

Simon vuelve a detenerse.

—Lo único que sé es que supuestamente tiene que estar enterrada... ¡aquí!

Hace unos movimientos de prestidigitación con el aro metálico y, ante los ojos de todos, el objeto se levanta y se queda sustentado sobre su borde en la palma de la mano de Simon, como si unas fuerzas invisibles tiraran de él.

Dobla una rodilla y separa la hierba con los dedos, como si estuviera peinándola.

—Ayudadme a buscar —pide Simon—. La marca es una piedra oblonga, en forma de ojo y más o menos del tamaño de un puño. Este brazalete es una especie de llave. Abre cualquier cámara importante de la ciudad antigua. Esta y la de allá arriba —dice, moviendo la cabeza hacia el norte, en dirección al Túmulo del Monje.

Sarah se arrodilla a varios pies de distancia de Simon. Jago elige otro lugar y sigue su ejemplo. Las gafas de Sarah empiezan a empañarse, de modo que se las quita y las coloca sobre la gorra. Peina la hierba y la tierra con la punta de los dedos de la mano buena.

Buscan durante un par de minutos, sin suerte.

Jago se endereza e inspecciona los alrededores. No se ve a nadie. Solo más lluvia sucia, con toda probabilidad ácida y tóxica, y más aire frío del norte.

—¿Está seguro de que es aquí, señor?

—Seguro —afirma Simon—. Cuando dejé de ser Jugador, mi padre me trajo justo aquí y me mostró la piedra. Tampoco conocía muchos detalles sobre el arma, excepto que estaba bajo tierra y solo debía desenterrarse en circunstancias extremas.

—Supongo que se refería a si alguna vez Endgame acababa haciéndose realidad —aventura Sarah.

—Básicamente, sí. Vimos la piedra y volvimos al parque. Recuerdo que hicimos un pícnic al lado de las vías del tren. Que conté los vagones de carbón vacíos que pasaban, de regreso a Virginia Occidental.

Sarah continúa gateando y se le clava una cosa dura en la rodilla. Se aparta, palpa el suelo, y sí.

—¡Aquí! —exclama.

Una piedra negra y muy lisa —del todo fuera de lugar en una parte del mundo no volcánica como aquella— con la forma de los ojos que aparecen en los jeroglíficos egipcios.

—¡Esa es! —confirma Simon.

Acerca el brazalete a la piedra, la abarca con la mano y la levanta. La tierra de debajo está húmeda y llena de bichos, los gusanos se mueven en espiral y se retuercen para sumergirse en la seguridad subterránea. Simon los ignora y excava, aparta tierra y corta por la mitad con las uñas varios desafortunados gusanos. Transcurrido un minuto, y en el fondo de un agujero de 12 pulgadas, aparece otro fragmento de piedra negra y lisa. La lluvia se intensifica y limpia la ceniza que cubría las hojas, la hierba y su ropa. El agua también ayuda a Simon a quitar el barro de la piedra, y Sarah ve que la superficie tiene una muesca de forma circular de unas dos pulgadas de profundidad.

Una muesca que encaja a la perfección con el brazalete.

Simon acerca el brazalete a la ranura. Encaja. Lo hace girar 37 grados. Un clic y un silbido. Lo suelta y lo retira.

Pero no pasa nada.

Un titileo en la periferia de Sarah y levanta el rifle en un acto reflejo, apuntando hacia el norte, hacia donde están las vías y más allá de los árboles, que continúan azotados por la lluvia.

—¿Qué pasa? —preguntan a la vez Jago y Simon.

Sarah fuerza la vista.

—Me había parecido ver algo, pero… creo que solo es el viento que agita los árboles.

Vuelcan de nuevo la atención en la piedra del suelo. Habla Jago:

—¿Por qué no se…?

Pero se calla de repente al oír un retumbo subterráneo. Los tres se ponen a la defensiva. Sarah y Jago empiezan a pensar con ansiedad en lo sucedido en Stonehenge, en cómo se metamorfoseó todo y en cómo se alteró el paisaje a su alrededor cuando el disco activó el monumento, en cómo Chiyoko acabó muriendo aplastada por accidente. Pero el drama no se repite. El temblor se prolonga unos instantes y, en vez de surgir del suelo una monstruosidad de cristal y piedra, aparece un sencillo pilar de color negro, de siete pies de altura y tres pies de diámetro, con el brazalete anclado en la parte superior.

Desde donde están situados, la estructura parece sólida y no se ve ningún hueco o puerta que pueda contener el arma.

Simon rodea el pilar y acaricia con la punta de los dedos la superficie vidriada. Cuando llega al otro lado, abre los ojos como platos y emite un sonido que transmite alivio y reverencia a partes iguales.

Sarah y Jago corren a su lado. El pilar tiene un hueco cubierto con un panel de cristal transparente. Simon lo toca y se abre, revelando en su interior un objeto metálico del tamaño de un puño que parece un pedazo de arcilla mal trabajado. El único indicio de que dicho objeto podría tener un propósito son tres orificios del diámetro de un dedo que aparecen a un lado y una hendedura que serviría para apoyar el pulgar que se observa en la parte superior.

Simon coge el objeto e introduce con cautela los dedos en los orificios. La mano encaja perfectamente.

—Parece un pisapapeles, no un rayo mortal —dice Jago.

Simon mueve el objeto en dirección contraria a la de los Jugadores, apunta con él hacia el suelo y reposa el pulgar en la hendedura, imaginando que actuará a modo de interruptor o gatillo. Pero tampoco pasa nada.

Jago se encoge de hombros y estira el brazo para retirar el brazalete de la parte superior del pilar.

—Al menos lo tenemos, sea lo que sea —dice con desdén—. Ahora, busquemos la Llave del Sol y larguémonos de aquí. Pronto tendremos que ponernos en contacto con los demás, Sarah.

Mientras habla, la piedra del suelo se adentra en la tierra.

Y justo en el momento en que Sarah se dispone a mostrarle su conformidad, el aire se vuelve gélido. De pronto, la cahokiana percibe una presencia invisible que pasa por su lado. Simon se agita con violencia, cae al suelo y el «arma» del Creador se desprende de su mano y rebota en la hierba. Jago y Sarah levantan los rifles, pero no saben dónde o contra qué disparar. Giran sobre sí mismos, buscan, y Sarah grita: «¡Papá!», y Simon gimotea, y Jago grita: «¡Allí!».

Sarah mira hacia donde le indica Jago sin saber qué esperar, y el olmeca aprieta el gatillo y dispara tres veces. El espacio entre ellos se ondula, se oscurece y, como salido de la nada, aparece un objeto similar a una red que captura las balas de Jago. El objeto se abalanza hacia él y le absorbe los brazos, el pecho y la cara. La piel de Jago se vuelve azul y, en una fracción de segundo, el cuerpo queda envuelto en una mortaja de gasa y el olmeca queda inconsciente y balanceándose hacia el suelo como un árbol a punto de caer.

«¡El Creador!», piensa con desesperación Sarah.

Simon gimotea de nuevo y tiende los brazos hacia su hija.

Sarah se aparta para esquivar otra red mortaja que cae sobre ella,

y la evita por los pelos. Resbala en la tierra, el respirador choca contra el suelo, se desplaza hacia el lateral de la cabeza y le aplasta la oreja. Ve que el objeto de metal está a menos de un pie de distancia y se abalanza sobre él. Consigue cogerlo, los dedos encajan a la perfección en los orificios y, cuando lo descansa en la ranura, el pulgar le arde. Nota que el brazo se le paraliza a la altura del codo y tiene la sensación de que el hombro se ha transformado en un alfiletero taladrado por un millar de agujas. El dolor en el brazo herido, que lleva sujeto en un cabestrillo, es insoportable. Rueda por el suelo y apunta con el arma a la defensiva, apoyándola en el brazo. Fija de pronto la mirada en el objeto que tiene en la mano. Ha dejado de ser un pequeño bulto de metal para transformarse en una punta alargada que se extiende a partir del dedo meñique y que medirá unos tres pies. A pesar de la longitud repentina que ha adquirido, el objeto es ligero como una pluma. El aire titila y de un pequeño punto situado por encima de su cabeza surge otra red mortaja que se extiende como una mancha de tinta. Sarah presiona con toda la mano el arma, mantiene los ojos abiertos, piensa en lo que quiere hacer —detectar la presencia del Creador y acabar con él— y la punta resplandece en tonos amarillos y grises y aparece en su extremo un disco de luz. Destella durante un milisegundo, un haz que se extiende hasta las nubes. La red mortaja se rompe en mil pedazos y se la lleva el viento. Y detrás de eso, a unos siete pies de distancia del suelo, aparece un objeto del tamaño de un melón que cae al suelo, a escasa distancia de los pies de Sarah.

Aparece delante de ella una forma con franjas borrosas. Lo que sea que esté utilizando a modo de camuflaje no está funcionando como debería. Vislumbra un cuerpo, flaco y pálido, sin cabeza, cayéndose. Cuando impacta contra el suelo, se vuelve perfectamente visible, y Sarah sabe con toda seguridad que está muerto.

—¡SÍ! ¡Sí! ¡Jódete! —espeta—. ¡Jóooooooodeeeeeeteeeeee!

Se sienta a marchas forzadas, retira el brazo malo del cabestrillo y se quita el respirador, las gafas y la gorra. Mueve el arma a su alrededor, arrodillándose en el suelo, intentando cubrir todos los ángulos mientras busca otro blanco, pero no encuentra nada, y el objeto que tiene en la mano empieza a metamorfosearse para recuperar su estado inocuo inicial.

Jadea, el ritmo de su respiración acelerado por la adrenalina, por la alegría y por la incredulidad, aunque, principalmente, por la alegría.

«Lo he matado.

»He matado a kepler 22b.»

Suelta una carcajada, sentida y eufórica, y gatea hasta Jago. Tira de la mortaja, que está tremendamente fría al tacto. Cruje y se resquebraja y entonces libera a Jago, que parpadea, abre los ojos y vuelve en sí.

Sarah lo abraza y le llena la cara de besos, la boca, la cicatriz, el puente nasal, los ojos, que no dejan de pestañear. Se abrazan con torpeza en el suelo, Sarah sin soltar un arma que es de verdad un arma.

La lluvia arrecia. Da igual.

—Lo he matado —le susurra Sarah a Jago, sus labios le rozan la piel suave del lóbulo de la oreja—. Lo he matado, Jago.

Jago sonríe y su mirada se desplaza hacia un lado.

—¿Y tu padre?

Sarah mira por encima del hombro de Jago. Simon empieza a incorporarse, se apoya con los codos en el suelo y recupera el conocimiento.

—Parece que está bien.

Sarah, sin dejar de sonreír, besa a Jago una vez más. Se incorpora de un salto y corre hacia Simon. Simon *está* bien. Ríe. Se abrazan. Durante los minutos siguientes se reagrupan, beben agua y verifican las armas. Están cautivados por el cuerpo del alienígena con la cabeza cortada. Sara y Jago discuten sobre si se trata en realidad de kepler 22b, porque no parece exactamente igual a como lo recuerdan, pero Simon pregunta alegre:

—¿Y de verdad creéis que eso tiene alguna importancia?

No, ninguna.

Tienen el arma. Y funciona, puede matar Creadores.

Cogen la cabeza del alienígena, la introducen en una bolsa de plástico y la guardan en la mochila de Jago. Destruyen el cuerpo con una granada incendiaria para asegurarse por completo de que arde y, mientras el fuego cobra intensidad a sus espaldas, ponen rumbo hacia el norte con la sensación de victoria sofocándoles la garganta. En menos de una hora entran en el monumento cahokiano, localizan la cámara central en forma de estrella y buscan la Llave del Sol. No está allí. Simon está convencido. Tendrán que continuar y buscar en el siguiente monumento. Se marchan, salen afuera y corren en dirección a los vehículos. Sarah y su padre suben a bordo del viejo Taurus manchado de sangre y taladrado por las balas, Jago se monta en la Harley.

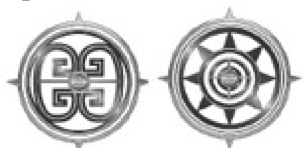
Regresan al avión. Hablarán con los demás Jugadores. Obtendrán nuevas órdenes. Tal vez se encuentren con ellos en algún lugar. Quizá se dirigirán a La Venta, como habían planeado.

«O a lo mejor puedo ir a casa y ver a mamá», piensa Sarah cuando suben al avión después de repostar. Y mientras, con Jago en los controles, el avión acelera por la pista y empieza a elevarse, Sarah, con la cabeza recostada en el hombro de su padre en la cabina principal, la mano buena descansando en la mano de su padre, dice en voz baja:

—O a lo mejor puedo ir a casa...

Cae dormida en cuestión de minutos, con el aroma del pelo de Simon en la nariz, y sueña con todo lo que podría ser.

AN LIU, NORI KO
Aproximándose a 34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



Nori Ko abandona la desierta autopista de seis carriles y conduce el Defender hacia una vía de servicio sin asfaltar. Ambas carreteras transcurren por un paisaje agrícola llano, entre campos verdes de maíz, soja y patatas. Hacia el sudeste se encuentra la aglomeración industrial de Xi'an: depósitos de agua y un laberinto de cables que coronan subestaciones eléctricas, edificios impersonales y altísimas chimeneas de hormigón que escupen humo y vapor.

En abrupto contraste, y vigilando los campos como dragones adormilados, se alzan las pirámides. A diferencia de la Gran Pirámide Blanca, que permanece oculta, estas estructuras son del todo visibles. En la región de Xi'an las hay a docenas, lo que convierte la zona en un cementerio inmenso de emperadores de la antigua China.

La tumba hacia la que se dirigen An Liu y Nori Ko pertenece a un emperador Han llamado Zhao, que vivió solo hasta los 20 años de edad y gobernó apenas 13, entre 87 y 74 a. C. Esta es la función teórica de la pirámide. Su otro cometido, mucho más importante que ser el lugar de descanso eterno de un rey niño olvidado, tiene que ver con Endgame.

Nori Ko continúa unos cuantos centenares de metros hacia el norte para llegar a la pirámide más próxima, una construcción que parece que ha perdido su forma. Se trata más bien de una colina baja recorrida por senderos que zigzaguean entre hierbas y matojos. Es un lugar culturalmente importante y está protegido por el gobierno chino, aunque no hay centro de bienvenida, ni cuerdas que lo delimiten, ni siquiera un aparcamiento para las visitas. En su lugar, en la parte oeste de la colina hay un descuidado espacio de tierra lleno de botellas de plástico, bolsas y papeles. Y donde el terreno empieza a empinarse, se alza un maizal de tallos verdes.

No hay coches, y An se alegra. Está a punto de decírselo a Chiyoko, que ahora le habla con frecuencia y le dice cosas inquietantes como «Quédate» y «Honra la vida» y «Déjalo así», y luego otras que contradicen esas palabras amables como «Sin cuartel» y «Captura las Llaves» y «Busca sangre, por mí».

An *CONVULSIÓNparpadeo* An *CONVULSIÓNCONVULSIÓN* An y Nori Ko salen del Defender. El shang se muerde el labio para

mantenerse callado. Quiere hablar con Chiyoko, pero sabe que si lo hace Nori Ko empezará a interrogarlo.

Observa su imagen reflejada en una de las ventanillas del coche. La cabeza rapada, la lágrima tatuada, la mirada ojerosa y somnolienta, los labios finos y morados.

«Ya casi estamos, Chiyoko», piensa.

No le responde.

Comprueba las armas y el equipamiento. Revisa su arsenal de bombas de fabricación casera. Se cuelga al hombro la katana de Nobuyuki.

Los movimientos de Nori Ko son un reflejo de los de An. Comprueba las armas y se oyen sonidos metálicos, enfunda cuchillos y se asegura de que sus prendas están debidamente ajustadas. Su expresión es dura y gélida. An se ha acostumbrado a ella durante el viaje en coche desde India y, pese a que solo han transcurrido unos días, ha empezado a dar por hecha su presencia.

—Me alegro de que Chiyoko te enviara para estar conmigo, Nori Ko —dice él.

La mu detiene sus movimientos. Es la primera vez que An dice algo que suena a agradecimiento, incluso a palabras amables. Sonríe un poco mientras responde:

—Yo también me alegro. —Introduce un cargador en el rifle y cierra con un golpe seco—. Vamos a por las Llaves.

Le guiña el ojo a An, se acerca al coche y cierra la puerta.

Nori Ko coge la delantera, An la sigue. Pasan por delante de un pulcro santuario situado en la base de la pirámide que contiene en su interior una placa con el nombre del emperador Zhao y los años de su corto reinado. Acompañan la placa un ramo de flores marchitas y los restos de unas cuantas varitas de incienso, ofrendas depositadas, sin duda, por algún granjero supersticioso para aplacar la ira de los espíritus del lugar.

An y Nori Ko empiezan a ascender por el camino de tierra. An se percata entonces de que la cara norte de la colina está cubierta por un bosquecillo de árboles de las pagodas. El lugar perfecto para esconder una entrada a una reliquia olvidada de otra época.

El ascenso es corto —la colina tiene 30 metros de altura— y Nori Ko es la primera en llegar a la cumbre.

Pero cuando lo hace, se queda inmóvil, se echa al suelo y mueve el rifle en un arco de 45 grados. An se detiene y revisa los flancos. Ve un camión que circula en dirección norte por la autopista que conduce hacia el oeste y otra pirámide antigua en medio de unos campos, media milla más allá de la autopista.

Se tumba bocabajo en el suelo y se arrastra como un militar hasta llegar detrás de donde se ha detenido Nori Ko.

—¿Qué pasa? —pregunta en voz baja.

—En la base de la colina de enfrente he visto un coche aparcado.

—¿Hay gente?

Nori Ko hace un gesto de negación con la cabeza.

An se coloca a su lado y entonces asoma la cabeza. Es un último modelo de Fulwin azul oscuro, normal en todos los sentidos, con la excepción de que está reluciente y parece recién salido del concesionario.

—Un coche de alquiler, supongo —dice—. Del aeropuerto —añade, señalando hacia el nordeste.

—Continuemos —propone Nori Ko—. Nos cubriremos, avanzaremos con cuatro metros de separación. Yo iré delante. Sé dónde está la entrada. Y se acabó el hablar.

CONVULSIÓNPARPADEOCONVULSIÓNparpadeoparpadeoCONVULSIÓN.

Nori Ko se pone en cuclillas y apunta con el rifle hacia los árboles. An también se incorpora. Avanzan hasta que quedan separados por unos metros. El shang coloca el rifle en el ángulo adecuado para cubrirla por delante y ella hace lo mismo para protegerlo a él. Si aparece de pronto alguien e intenta sorprender a Nori Ko, An lo matará. Si alguien intenta sorprender a An, lo matará Nori Ko.

PARPADEOconvulsiónconvulsión.

An detecta movimiento y coloca el arma en dirección a Nori Ko, el dedo cernido sobre el gatillo pero sin presionarlo. Nori Ko confunde el movimiento y por un breve momento piensa que está apuntándola a ella y mueve entonces el rifle en dirección a An, poniéndolo por un instante en el punto de mira antes de enfocar el Beretta hacia el suelo y articular sin emitir sonido:

—Lo siento.

Parpadeoparpadeoparpadeo.

Se oye el sonido de una ardilla que corretea alrededor de un árbol y desaparece entre las ramas. An la sigue con el arma y vuelve enseguida a cubrir a Nori Ko. Da un paso más. Ella se disculpa de nuevo moviendo solo la boca y siguen avanzando.

Ahora caminan colina abajo, serpenteando entre árboles. Al cabo de 10 metros, Nori Ko levanta el puño y ambos se detienen en seco. Han llegado a una zona cubierta de hierba y un árbol grande bloquea la visión de An. Nori le indica con signos que no se mueva. La mu se adentra en una arboleda y An solo ve fragmentos de una figura en movimiento que apunta con el rifle en todas direcciones.

Nori Ko reaparece, el arma dirigida al suelo y pegada al pecho, su rostro lleno de arrugas de preocupación. Le indica con gestos que se acerque.

An camina hacia ella. En medio del claro de hierba sobresale una punta de obsidiana que llega a la altura de la cintura. Hay tierra esparcida alrededor, como si la piedra hubiera brotado del subsuelo. An estira el cuello y ve que en un lado se abre un agujero lo bastante grande como para poder introducirse por él.

—Hay escaleras —dice Nori Ko con cautela—. Lo siento, An, pero me parece que el nabateo ya está aquí.

An se estremece, tiembla, las rodillas le fallan, le empieza a palpitar la cabeza, pero a pesar del alboroto que sufre su cuerpo, logra escuchar la voz de ella:

«Todo va bien, amor».

CONVULSIÓNconvulsiónCONVULSIÓNconvulsión.

«Todo va bien, amor.»

parpadeoparpadeoPARPADEOparpadeo.

«Todo va bien.»

convulsiónPARPADEO.

«Amor.»

An se muerde la lengua. Los tics se detienen. Tiene los ojos llorosos. El dolor le sienta bien.

—Todo no va bien, An —dice.

Nori Ko lo mira perpleja y no dice nada. No le gustan los tics ni que tenga esa manía de hablar solo.

CONVULSIÓNparpadeoparpadeo.

«Aún estás a tiempo de matarlo, amor.»

convulsión.

«¡Muévete!», le implora Chiyoko.

—Todo va bien —afirma con calma. Mira el cielo, las siluetas de las copas de los árboles parecen puntas de lanza—. Aún no ha ganado. De haberlo hecho, lo sabríamos.

—Cierto, pero mejor que nos aseguremos —precisa Nori Ko.

An prepara el rifle y pasa por su lado.

—Aún estás a tiempo de matarlo —señala.

—Sí —responde Nori Ko—. Pero lo matarás *tú*, ¿no?

—Sí. Eso es lo que quería decir.

Rodea la piedra y a continuación se adentra en el subsuelo. Nori Ko lo sigue.

Y entonces An dice:

—Aún estás a tiempo de matarlo, amor.

Nori Ko no sabe qué pensar. ¿Estará perdiendo el juicio ahora que

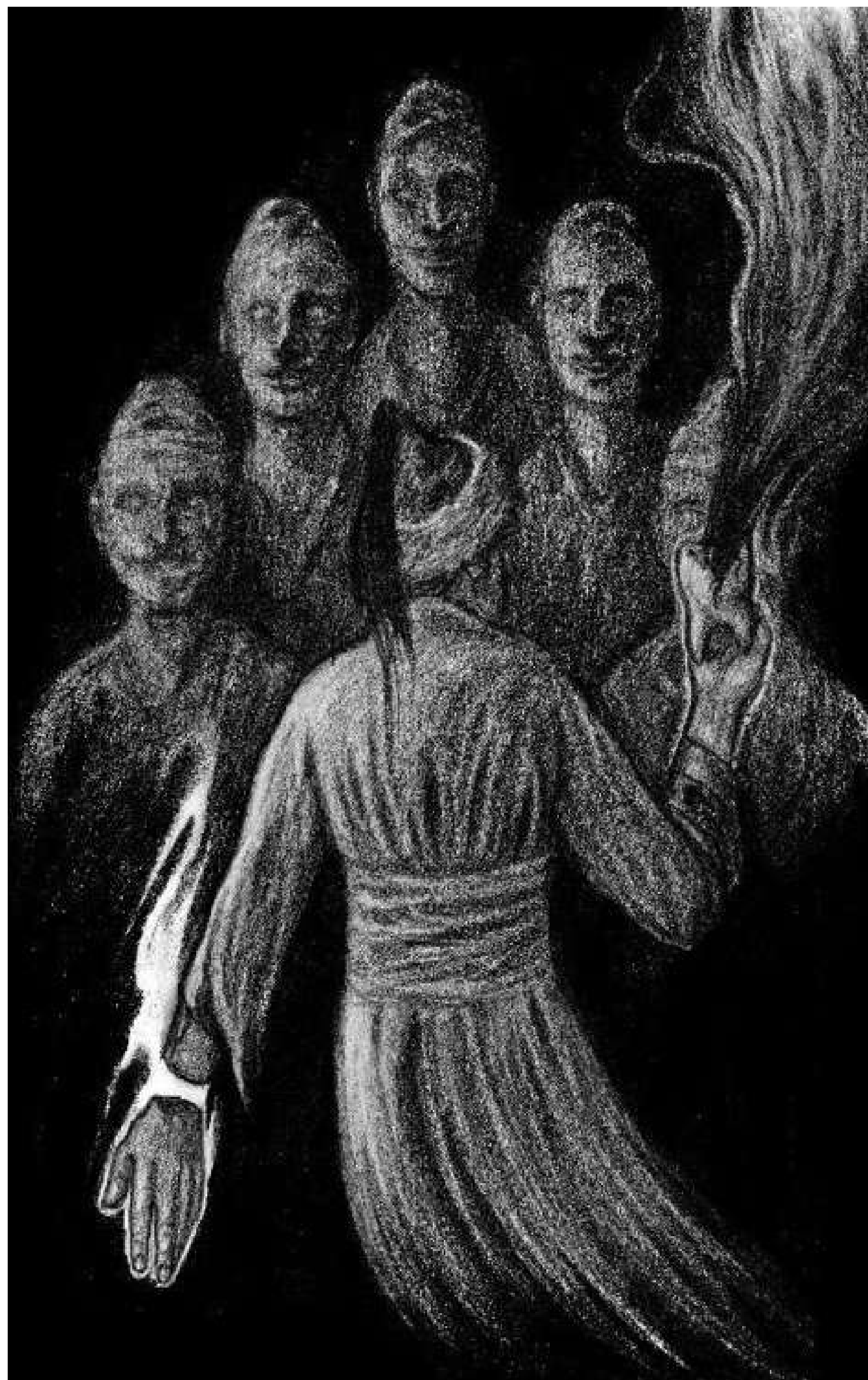
están tan cerca del final?

Confía en que no sea así.

Ella lo necesita. Él la necesita.

No puede volverse loco.

Todavía no.



KEPLER 22B

Cámara de teletransporte a bordo del Seedrak Sare'en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano



Está solo en la sala, de pie, mirando la arcada vacía del teletransportador 2. Uno de los netineos ha muerto —¡muerto!— y el otro está a salvo y en estasis. La jugadora La Tène y su abuelo están presos y en estado de estasis. Quería llevar también a la cahokiana y al olmeca como seguro adicional, pero continúan campando en libertad por la Tierra. No obstante, lo peor de todo es que se han hecho con el arma.

—Apresar más Jugadores habría sido mejor —dice—. Pero da igual. Tenemos a una. Y al final es posible que no la necesitemos.

Porque ahí, titilando en la oscuridad de la cámara de teletransporte, ve la figura de la persona que estaba esperando.

El nabateo. Con las dos primeras llaves en su poder y a punto de descubrir la tercera. Está entrando en la cámara estrella del monumento shang.

Desde su llegada al cuadrante, 15.000 años terrícolas atrás, kepler 22b no había sentido tanta emoción. Desde que vio la exuberancia del planeta azul y la aridez del planeta rojo.

Está a punto de terminar.

Ya llega el ganador y, en unos momentos, kepler 22b lo coronará.

Lo coronará con el manto de la muerte.

HILAL IBN ISA AL-SALT, SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA
–21.6268, 129.6625, Yuendumu, Territorio del Norte (Australia)



Hilal y Shari se encuentran en el corazón del monumento koori. Es última hora de la tarde. El cielo está oscuro. Hace menos de 24 horas que conocen a Jenny Ulapala, pero da la impresión de que sean semanas. Saben que son del agrado de Jenny y, a pesar de que no les han devuelto todavía las armas, a ellos también les cae bien la anciana.

Jenny, Shari y Hilal han pasado gran parte de las últimas 20 horas en una sencilla cabaña, inmersos en el estudio del libro de Wayland, descifrando todo lo posible sobre la última fase de Endgame. No ha sido fácil. El volumen está organizado de un modo que desafía toda lógica y, a pesar de que la comprensión de los detalles de Endgame sigue siendo incompleta, es muy superior a la que tenían ayer.

Han averiguado muchas cosas.

En primer lugar, Jenny les ha confirmado que, tal y como creía Stella, para terminar Endgame es necesario contar con al menos uno de los antiguos monumentos. Y Jenny ha averiguado además que en el corazón de todos esos monumentos hay «Cámaras Estrella» con una función secundaria y esencial, sobre todo en los viejos tiempos, cuando centenares de naves del Creador orbitaban la Tierra.

Eran intercambiadores.

Por la mañana, Jenny les explicó que los Creadores tenían una tecnología de nombre impronunciable que aprovechaba lo que ellos denominaban las «líneas intrínsecas de energía de la Tierra».

—Es lo mismo que nosotros utilizamos para gestionar el Sueño. Lo manejamos en nuestra capacidad espiritual y mental, no en la física. Pero los Creadores *pueden* usar esta energía para viajar.

Jenny también averiguó que a pesar de que en tiempos de la prehistoria humana los Creadores poseían máquinas voladoras capaces de viajar a grandes velocidades y transportar materiales por todo el planeta, ellos preferían desplazarse con sus teletransportadores. En aquellos tiempos los había a centenares repartidos por todo el globo —en lugares como la pagoda de Xi’an, en la Puerta del Sol en Bolivia o en la sima de la fortaleza harapana—, pero eran portales que solo unían lugares situados en la Tierra.

No tenían capacidad para introducir o sacar a los Creadores de la órbita.

—Pero los portales de las Cámaras Estrella de los monumentos más antiguos del mundo *sí* tenían esta capacidad. Y siguen teniéndola —afirmó Jenny.

Después de desayunar, Jenny siguió leyendo el libro y Hilal y Shari la ayudaron tomando notas. Hubo muchos más descubrimientos de diversa índole, relacionados con cosas tan variadas como la extracción de oro, la modificación genética, la neuropatología, la bioingeniería avanzada, el adoctrinamiento religioso y, por supuesto, la implementación y ejecución de lo que los Jugadores siempre han conocido como Endgame.

Jenny necesita más tiempo —meses o tal vez años— para comprender por completo cómo y por qué está sucediendo en estos momentos, pero transcurridas unas horas está convencida de que el objetivo de Endgame, tal y como lo han expuesto siempre los Creadores y aceptado los linajes, es falso.

—Endgame no es más que otra herramienta diseñada para controlar una raza distinta. A *nosotros*. Es coercitivo por naturaleza y está concebido para que actuemos contra nuestros propios intereses —dijo Hilal en voz baja.

—Los Creadores son como políticos malvados —apuntó Shari.

Jenny rio entre dientes ante el comentario.

Por la tarde, cuando empezó a oscurecer y el sol se escondió entre las nubes, Jenny dijo:

—Aquí está lo que andábamos buscando. —Señaló un párrafo del libro. Hilal y Shari se apiñaron a su lado—. Aquí habla sobre las llaves.

—¿Menciona alguna cosa de mi hija?

—Dice que su código genético contiene cierta información que es esencial para terminar Endgame. Al parecer, ocultaron algo en los genes de tu linaje y hay niños que nacen con la sección de código necesaria. Tu Alice, por desgracia, tiene eso metido en su pequeño organismo.

—*Necesitamos* recuperarla, señora Ulapala —dijo Shari.

—Llámame Jenny, mamá.

—Entendido, Jenny.

—La recuperaremos, Shari. Una promesa es una promesa —afirmó Hilal—. Pero, maestra Ulapala, me gustaría saber qué cuenta sobre la tercera llave.

—Está justo aquí —dijo Jenny—. Y es lo más sencillo del mundo, aksumita. La tercera llave eres tú. O Shari. O cualquiera de tus

compañeros: Jago, Sarah o Aisling. O Adlai.

—¿Que la Llave del Sol es un Jugador? —preguntó con impaciencia Shari.

—Es el Jugador que tenga con él o ella las dos primeras llaves. En vuestro genoma también hay un código, lo tenéis todos. Por eso sois elegidos Jugadores. Si no posees este código, no puedes Jugar. Dicha secuencia se vincula con la Llave del Cielo y cuando todo eso se combina con la Llave de la Tierra en una de esas Cámaras Estrella, el Creador obtiene lo que desea obtener de Endgame, sea lo que sea.

—Ojalá supiéramos de qué se trata exactamente —dijo Hilal.

—Ojalá. Pero el libro nos lo revelará tarde o temprano. Necesito más tiempo para estudiarlo. Pero ahora tenemos que actuar. La Llave del Cielo corre un grave peligro, mamá.

Shari puso mala cara.

—¿Mayor del que ya sabemos?

—Sí. Dice aquí que al final, morirá —dijo Jenny—. Y el Jugador también.

Shari dio unas palmaditas a la mano arrugada de Jenny.

—Alice —fue todo lo que dijo.

La anciana asintió.

—Lo sé, mamá. La salvaremos. Y tengo ya cierta idea de cómo lo haremos. Será un poco arriesgado, pero creo que podríamos utilizar el Sueño para averiguar el momento en que la Pequeña Alice entre en una de estas Cámaras Estrella. En cuanto la veamos, abriré el portal del monumento koori. Ya lo he hecho otras veces, pero siempre me ha dado miedo traspasarlo porque no sabía adónde conducía. Pero ahora ya lo sé. Shari puede permanecer en el Sueño y mantener la conexión con la Pequeña Alice mientras Hilal y mis compañeros koori van allí a rescatarla. La traeremos aquí, cerraré rápidamente el portal en nuestro extremo y eso será todo. Endgame se habrá acabado, o a los efectos, al menos.

—Podríamos decir que eso significaría ganarlo —dijo Hilal.

—Eso es —respondió Jenny.

—¿Y es seguro todo eso? —preguntó Shari.

—Eso sí que no lo sé, mamá. Es evidente que antes tenemos que probarlo. No me gustaría hacerle daño a tu hija por haber cometido una estupidez.

De modo que ahí están, de nuevo en el corazón del monumento koori, llevando a cabo un ensayo de la misión de rescate de la Llave del Cielo.

Jenny y Shari están sentadas con las piernas cruzadas cerca del árbol que ocupa el centro del círculo. Los guardias koori se han

situado en intervalos regulares a lo largo del perímetro.

Hilal observa la escena. Espera.

—¿Lista, mamá? —le pregunta Jenny a Shari.

—Lista.

—Dame la mano, cierra los ojos y haz todo lo que yo te diga — dice la anciana.

Shari obedece.

—Si ves a tu hija no saltes, ¿entendido? Por el momento no eres más que una pasajera.

—Entendido, Jenny.

Jenny le aprieta la mano.

—Todo irá bien —dice, y Shari asiente con nerviosismo. Habla entonces por encima del hombro—: Hilal, cuando la conexión sea sólida, saldré y probaremos la puerta. Tú, Shari, quédate en el Sueño. Tu presencia servirá para mantener el enlace con el otro portal.

—Lo intentaré —acepta Shari.

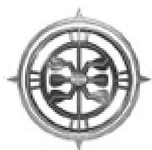
—Te resultará fácil. Lo verás cuando estés allí, mamá. Es algo que ya has hecho en sueños, lo que pasa es que no eres consciente de ello.

—De acuerdo. Intentémoslo.

Jenny chasquea la lengua.

—Cierra los ojos, mamá. Aquí llega el Sueño.

SHARI CHOPRA



En cuanto oye estas palabras, su mundo se vuelve oscuro y silencioso. No parece tanto un sueño como que tan solo ya no está allí, una sensación similar a la que cualquier persona experimenta cuando se queda dormida y no ha entrado aún en sus sueños, independientemente de que estos acaben siendo banales, raros o, como suele ocurrir, caigan en el olvido.

El tiempo no existe. El espacio tampoco. El deseo de ver a su hija, el daño que ha producido Endgame, el inmenso desierto australiano que se despliega más allá de su cuerpo físico… nada de todo esto existe.

En muchos sentidos, ella tampoco existe.

Pasa un tiempo en esta situación. Segundos u horas, es incapaz de saberlo y, además, le da igual.

Pero entonces, después de un intervalo, aparece una forma en la oscuridad. La forma es pequeña, su andar, infantil, su cabello, oscuro y liso. Shari no le ve la cara, pero sabe quién es. Lo sabría desde cualquier distancia por su manera de mover los brazos, de caminar de puntillas. Es la Pequeña Alice Chopra.

Parece estar avanzando hacia ella eternamente, sin acercarse ni aumentar de tamaño en perspectiva, pero incrementando su presencia. La parte frontal de la cara y del cuerpo quedan ocultos por las sombras y Shari extiende los brazos y la llama, pero la niña no responde. Se limita a seguir caminando tranquila hacia su madre.

Cuando por fin puede verla, Shari se queda sin habla al descubrir que no es la Pequeña Alice, sino Jenny Ulapala. La anciana le tiende ambas manos. La sensación de tristeza es abrumadora, luego la asalta el miedo, pero entonces recuerda por qué está aquí. Dónde es *aquí*.

—El Sueño —dice.

—Continúa conmigo, mamá —pide Jenny—. No hagas nada. Sígueme.

Shari le coge la mano y caminan, juntas, hacia la oscuridad. El suelo que pisa no es ni duro ni blando. El ambiente no es ni frío ni cálido. El vacío no es ilimitado ni las presiona de ninguna manera. Jenny mueve la mano en un alegre gesto de balanceo y Shari no puede evitar imitarla, como haría una niña con su padre o su madre.

Como haría la Pequeña Alice.

Al final llegan al círculo de tierra y matorrales en medio del desierto, el mismo que ocupa su cuerpo físico. Es primera hora de la tarde. Siguen caminando, acercándose cada vez más al árbol y al portal grabado en su tronco. No hay rastro de Hilal ni de los guardias.

—¿Funcionará? —pregunta Shari, y percibe un hormigueo en la lengua y en los labios, nota que la voz retumba en el interior de su cráneo.

—Tranquila, mamá —responde Jenny.

Shari ve una sombra que pasa por su lado, o que tal vez la está siguiendo. Es alta, robusta, tiene la cabeza cubierta por cabello oscuro y rizado.

Siempre que la mira directamente, la sombra desaparece, pero no necesita verla para saber quién es. Shari se siente feliz de que, de una u otra forma, esté aquí con ella.

Es Alice la Mayor.

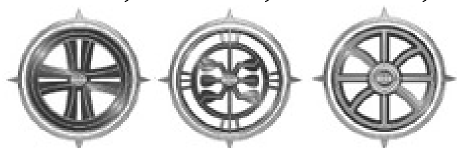
Y tiene algo que decirle.

—Están todos detrás de ti, Shari. No los verás, no puedes, pero están todos aquí. Un desfile interminable. —Justo en ese momento, Jenny y Shari llegan al árbol en el Sueño y el espacio del portal brilla y se vuelve negro como la tinta. Jenny le aprieta la mano a Shari para tranquilizarla. Alice dice—: Todos. Jamal y Paru lideran el linaje y se remontan a muchos siglos atrás. Todos sonríen, Shari. Todo el linaje. *Tu* linaje. Todos ellos.

Shari nota el corazón rebosante de felicidad, sus entrañas desahogan la tristeza y sonríe con ellos.

—Están todos aquí, compañera. Están todos aquí.

HILAL IBN ISA AL-SALT, SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA
–21.6268, 129.6625, Yuendumu, Territorio del Norte (Australia)



—Por los Creadores —dice Hilal, mirando el portal.

El portal se transforma ante sus ojos. Le recuerda el de la pirámide de la Llamada, con la diferencia de que este es negro y parece vacío a excepción del destello de unas luces débiles que recuerdan unas estrellas con brillo intermitente.

—Espera aquí, mamá —le susurra Jenny a Shari—. Mantente presente y retén el vínculo.

Shari no dice nada.

Jenny le suelta la mano y se incorpora, su viejo cuerpo cruje. Se acerca a Hilal.

—Ahora hay que ver si este portal es capaz de transportar a otra cámara estrella. ¿Tienes los marcadores? —pregunta Jenny.

Hilal le muestra un par de piedras rojas planas del tamaño de una moneda grande. Son características de esta zona de desierto australiano y se vislumbran con facilidad.

Se acercan juntos al árbol.

—Voy un momento con Shari —le informa entonces Jenny—. El vínculo con el otro portal está ahí, pero podría equipararse a una ventana vieja en su marco. Hay que desbloquearla para que se abra del todo.

—Y ¿cuándo lo sabré?

—Lo sabrás.

Con cuidado, vuelve a sentarse en el suelo y le da otra vez la mano a Shari.

Hilal ve que Jenny pone los ojos en blanco y luego sus párpados se agitan hasta cerrarse. No pasa nada por el momento. El portal sigue negro como el carbón, y Shari y Jenny permanecen inmóviles y en silencio.

Pero entonces, la superficie del portal vuelve a cambiar. Surge de él una débil luz azul y luego unas líneas, como el perfil de una pared, hasta que el brillo se asienta en el suelo del otro lado y adopta una forma que recuerda una ensaladera muy grande. Es la estancia en forma de estrella, y Hilal sabe que es real y que está allí, por mucho que se encuentre a miles de millas de distancia.

—¡Ahora! —grita Jenny.

Hilal arroja una de las piedras al portal. De entrada, la superficie se ondula como si la hubiera tirado a un lago de aguas cristalinas, pero entonces, continúa volando y va a parar al otro lado. Aterriza y se desliza sobre un suelo que parece hielo, se sumerge en el recipiente y sale disparada hacia el extremo opuesto de la sala, hasta que se detiene en una de las puntas de la cámara en forma de estrella.

—¡Ha funcionado! —anuncia Hilal.

—Ya lo veo, aksumita —dice Jenny—. Y tendríamos que ser capaces de atravesarlo también en dirección contraria, cuando llegue

el momento.

Shari refunfuña. Hilal supone que está hablando en el Sueño y que es incapaz de articular las palabras aquí, en el mundo real.

Pero entonces comprende que este mundo incluye también el Sueño, y el descubrimiento resulta tan satisfactorio a nivel espiritual que no puede evitar sonreír. Independientemente de lo que haya sucedido con Abaddon, el mundo sigue aquí, y es maravilloso.

—Probaremos con otra, Hilal. Tenemos que asegurarnos de que podemos llegar a dondequiera que se encuentre la Pequeña Alice.

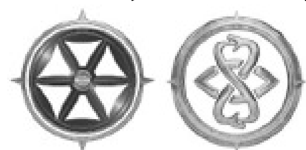
—Entendido, maestra Ulapala.

Jenny canturrea. Hilal ve que la imagen que tiene de la sala se retira, se desenfoca y acaba desapareciendo. La superficie del portal vuelve a ser plácida y negra.

—Navegar por el Sueño lleva su tiempo —dice en voz baja Jenny.

—Esperaré —replica Hilal con voz agitada—. Encantado.

MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



Maccabee y la Pequeña Alice descienden por una estrecha escalera de caracol excavada en un túnel de resbaladiza roca negra. La escalera tiene menos de un metro de anchura, lo que obliga a Maccabee a bajarla de costado. Lleva cogida de la mano a la Pequeña Alice, que cuanto más se adentran en el subsuelo, más asustada e insegura está. El estrecho túnel y los pasos cada vez más cautelosos de la Pequeña Alice hacen que el avance sea muy lento. Maccabee sujeta la pistola con la mano derecha. Lleva un cuchillo en la cadera y el anillo con el veneno en el dedo meñique. La Llave de la Tierra se encuentra guardada en el bolsillo con cremallera de un cortavientos que le queda grande y que ha comprado en el aeropuerto de Ahmedabad. Sujeta entre los dientes una linterna barata que apenas da luz y que ha adquirido en el mismo aeropuerto. Las pilas empiezan ya a fallar.

Son los objetos que lo acompañan hacia el final.

Los objetos que lo acompañan para ganar.

Los objetos que lo acompañan para reunirse con kepler 22b y ver cómo morirá la niña.

Le aprieta la mano. La Pequeña Alice responde con el mismo gesto.

—Tengo miedo, Tío.

—No hay por qué tenerlo, cariño —miente, con la frente empapada en sudor frío.

Se siente fatal. Se siente enfermo. Se siente eufórico. Se siente nervioso.

Siente.

Después de 21 minutos y 3 segundos de descenso, el suelo se nivela y el túnel se abre hacia una sala. El ambiente es frío. Bajo cero. Se abrocha la chaqueta hasta el cuello.

Las paredes relucen y el aliento baila de forma visible en el haz de luz de la linterna. Presiona con los dientes y la bombilla se apaga. La Pequeña Alice se estremece.

—Ya hemos llegado —dice.

—Sí.

Es una estancia de techo alto, con muros cortados en ángulo recto

para darle forma de estrella de seis puntas. En un extremo, cortando una de las puntas interiores de la estrella, hay una hornacina alta y estrecha decorada con glifos resplandecientes, algunos de los cuales Maccabee alcanza a reconocer. El interior de la hornacina está negro como el carbón y parece líquido, un estanque infinito. En el suelo, en medio de la estancia, hay un hueco dorado en forma de cuenco. Maccabee da un paso hacia allí, pero la Pequeña Alice se aferra a su pierna y se niega a moverse.

—Tengo miedo —repite.

—No pasa nada —dice Maccabee.

—Qui…

—¿Sí?

—Quiero ir con mi mamá —dice la Pequeña Alice con un hilo de voz.

Maccabee se siente incapaz de moverse durante unos segundos. Traga saliva. De estar en el lugar de la niña, también querría tener a su madre con él.

KEPLER 22B

Cámara de teletransporte a bordo del Seedrak Sare'en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano

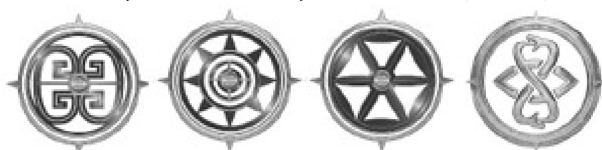


kepler 22b escucha esta conversación desde la nave que sobrevuela el planeta rojo. Ve a la niña. Conoce su miedo. Es real y justificado. Está a punto de interferir para revelar su presencia, para hablar, pero quiere que se acerquen más. No tiene la menor duda de que este Jugador reclamará su premio.

Ni la menor duda.

Quiere que se acerquen más.

AN LIU, NORI KO, MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



An Liu avanza veloz pero en silencio. Maccabee está cerca. La niña también. Los huele a ambos.

«No te precipites por querer llegar al kepler, amor. Ten paciencia.»

PARPADEO.

«¡Calla!»

CONVULSIÓN.

«¡Te oirán!»

CONVULSIÓNCONVULSIÓNPARPADEOPARPADEOCONVULSIÓN.

«Paciencia. No le hagas daño a la niña.»

«¡Te oirán!»

Se muerde la lengua con tanta fuerza que los dientes entran en contacto y rechinan. Le lloran los ojos. Quiere que Chiyoko se calle, que le deje trabajar.

Que le deje matar.

Pero no lo hace.

«No le hagas daño a la niña —insiste, negándose a escuchar los pensamientos de An—. ¡Si quieres matar al kepler, la necesitarás! ¡No le hagas daño!»

Avanza, un pie pegado al otro, uno después del otro, en la más completa oscuridad. Nori Ko se ha quedado muy atrás.

—¡Silencio! —dice entre dientes.

«¡Derrama la sangre de Adlai, no la de ella!»

—¡SILENCIO!

Se detiene. Ha hablado muy fuerte. Espera una respuesta de abajo, no oye nada. Nori Ko se acerca por detrás. Le da un golpecito con la rodilla.

Llevan casi diez minutos bajando. An calcula que están a más de 100 metros bajo tierra. El ambiente es cada vez más gélido.

Aguza el oído. No se oye en absoluto a Maccabee. La sima debe de ser aún mucho más profunda.

ConvulsiónconvulsiónPARPADEOconvulsiónPARPADEOPARPADEOparpade

An suelta la empuñadura del rifle, coge una de las orejas apergaminadas de Chiyoko y se la lleva a la boca.

Sabe a papel.

CONVULSIÓNparpadeo.

No sabe a nada.

parpadeo.

Pero funciona.

Se calla.

Sigue avanzando, más rápido.

Mucho más rápido.

—No pasa nada —susurra Maccabee.

Se arrodilla delante de la Pequeña Alice y la coge con delicadeza por los hombros.

—Quiero ir con mi mamá.

Maccabee baja la vista hacia los piececitos de la niña, avergonzado.

—Cuando acabemos aquí, te llevaré con ella —dice, mintiéndole de nuevo—. La buscaremos y te llevaré con ella. Te lo prometo.

—¿Después de que ganes?

—Sí. Después de que gane.

—¿Me lo prometes?

Si la niña tiene que morir, no quiere que esté estresada. Que muera en paz.

Sin dolor.

Como el Creador prometió.

Maccabee levanta la cabeza y la mira fijamente, con ternura.

—Lo juro.

La sinceridad de su propia voz lo sorprende.

«Eres un puto monstruo», piensa.

La Pequeña Alice parpadea.

—Vale. —Mira hacia el centro de la estancia—. Vale.

Maccabee le acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

—¿Sabes qué tenemos que hacer aquí?

—Sí, Tío.

—Muéstramelo. Cuanto antes terminemos, antes podremos ir a buscar a tu mamá.

—Vale.

La Pequeña Alice se acerca al hueco que hay en el centro de la estancia. Maccabee la sigue y abre la cremallera del bolsillo que contiene la Llave de la Tierra. Abarca la superficie de la pequeña esfera de piedra y nota que está excepcionalmente caliente. La saca.

«Voy a ganar», piensa, racionaliza.

La Pequeña Alice se detiene justo al borde del hueco, las puntas de los dedos de los pies se ciernen sobre el agujero. Extiende una

mano. Su cuerpecito empieza a temblar.

—Vale —dice—. Ahora dame la mano, Tío. Dame la Llave de la Tierra.

KEPLER 22B

Cámara de teletransporte a bordo del Seedrak Sare'en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano



kepler 22b se acerca al teletransportador. Se envuelve con su manto blindado. Se cubre con la capucha el moño que corona su cabeza. Los bordes de la prenda se pegan automáticamente a sus mejillas, aumentan de tamaño y se cierran, tapándole por completo la cara. Endgame ha terminado, y se alegra.

Respira hondo. Se nota vacilante, tembloroso.

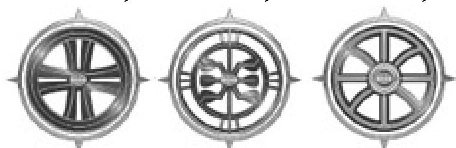
¿Qué será esta sensación tan extraña que hacía muchísimo tiempo que no experimentaba?

Ah, sí.

Nerviosismo.

Avanza, muy despacio.

HILAL IBN ISA AL-SALT, SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA
–21.6268, 129.6625, Yuendumu, Territorio del Norte (Australia)



Hilal observa a Jenny y a Shari, que están inmersas en el Sueño.

Observa el portal.

Al cabo de un rato, la superficie negra cambia, como ha sucedido antes. Una línea aquí, una línea allá, la misma luz débil.

Empieza a ver otra estancia.

Y entonces Shari grita. Jenny la abraza y le impide levantarse del suelo.

Hilal fuerza la vista para observar mejor la imagen del portal.

La estancia se enfoca.

No está vacía, como la otra. En el centro se encuentra Maccabee Adlai y, pegada a su pierna, ¡la Pequeña Alice Chopra! ¡Al nabateo le faltan segundos para ganar!

—¿Ves a kepler 22b? —pregunta Hilal con desesperación.

—¡No! —grita Jenny—. Pero...

—¡No! ¡El shang! —chilla Hilal, señalando detrás de Maccabee—. ¡El shang también está allí!

AN LIU, MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



An llega al final de la escalera. Permanece tan silencioso y frío como el ambiente que lo rodea. Nori Ko no ha podido seguirle el ritmo y llegará al menos un minuto después que él.

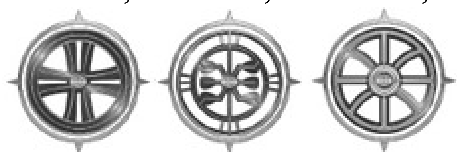
El nabateo y la Llave del Cielo están en el centro de la estancia, cogidos de la mano. Adlai parece más bajito de lo que recordaba An, pero enseguida se da cuenta de que el nabateo está metido en un pequeño agujero que se abre en el suelo. En uno de los extremos de la estancia hay un portal oscuro, su superficie es negra y opaca. An apunta con tranquilidad hacia la nuca de Adlai, justo en la base del cráneo. Aplica una levísima presión al gatillo. Un par de milímetros más y la espina dorsal del nabateo estallará, su garganta se colapsará, su cara se dispersará en mil pedazos por la estancia en forma de estrella y morirá al instante.

La Llave del Cielo dice en aquel momento:

—¡Cuidado, Tío!

La niña señala. An no puede evitar mirar en esa dirección. Un juego de luz en el extremo opuesto de la estancia le hace separar el dedo del gatillo. La negrura de la puerta se altera, como si un palo invisible hubiese agitado su superficie y, cerca del suelo, An ve una cosa en forma de pie que empieza a emerger.

HILAL IBN ISA AL-SALT, SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA
–21.6268, 129.6625, Yuendumu, Territorio del Norte (Australia)



—¡Gun! —ordena Jenny—. ¡Entrégale a Hilal sus espadas!

Shari se retuerce de dolor y llama a la Pequeña Alice, tiene los ojos cerrados, los brazos abiertos, patalea.

Hilal ve a Maccabee, a la Llave del Cielo y a An, pero por lo visto ninguno de ellos lo puede ver a él. Si consigue entrar en la cámara estrella del otro lado del portal, dispondrá a su favor del elemento sorpresa.

Corre y derrapa para frenar justo enfrente del umbral. Un guardia koori le lanza una pistola, y Hilal la captura al vuelo. La acomoda bajo la barbilla y extiende las manos para recibir los machetes: *Amor* con la mano derecha y *Odio* con la izquierda. Los coloca apresuradamente bajo el cinturón y coge la pistola.

—¡Ve! —grita Jenny—. ¡Ve, ve y tráela contigo!

AN LIU, MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



«¡El kepler! —grita Chiyoko—. ¡Detenlo, An! Adlai ganará si no lo haces. ¡Detenlo ya!»

An suelta su Beretta. Cae sobre su pecho y emite un sonido amortiguado. Maccabee lo oye y se gira en redondo. En un único movimiento, An arranca una esfera de la correa con explosivos que lleva colgada y la arroja. Pasa volando por encima de Maccabee, que extiende una mano y no la captura por apenas unos centímetros. El nabateo se echa al suelo, tapa a la Pequeña Alice con los brazos y la protege con los hombros y la espalda.

La minúscula bomba aterriza en medio del portal que hay en el extremo opuesto de la estancia. Está programada para explotar por

impacto.

Y es justo lo que hace.

HILAL IBN ISA AL-SALT, SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA
–21.6268, 129.6625, Yuendumu, Territorio del Norte (Australia)



Hilal está preparado para cruzar el portal, pero en el último momento la superficie se resquebraja, tiembla y la estancia que hay al otro lado estalla y se rompe en mil pedazos. Reaparece la negrura y está a punto de estamparse de cabeza contra ella, pero nota que alguien muy fuerte tira de su cinturón para apartarlo hacia un lado y se estampa contra el tronco del árbol, cuya dura corteza casi le arranca la mejilla.

La persona que ha tirado de él ha sido Jenny Ulapala.

—Algo no va bien. Ha habido una explosión. Si llegas a cruzarlo, habrías acabado en el vacío, aksumita. —Le guiña el ojo—. Fíate de

lo que te digo.

Hilal confía.

—Shari —dice.

Shari está tumbada en el suelo, parpadeando, con calambres en el estómago provocados por la tristeza y el dolor.

—La he sacado del Sueño —explica Jenny.

—¡La he visto! —dice Shari llorando.

—Así es —dice con ternura Jenny.

—¿Por qué no hemos podido salvarla?

—Tú lo has presenciado —explica Jenny.

—El shang —señala en voz baja Hilal.

—¡Calla, Hilal! —espeta Shari entre lágrimas—. La he visto. Tú la has visto. Estaba tan cerca que incluso podía oler su pelo, su piel.

Hilal clava la vista en el suelo.

—No has podido olerla, mamá —dice Jenny, intentando calmarla —. Eran tus recuerdos. Se unen a lo que has experimentado en el Sueño. Ella estaba allí, pero, en realidad, tú no. Tu cuerpo no estaba presente.

—*La he olido* —insiste Shari, con la lengua afilada.

Transcurre un instante. Solo se oye el silbido y el aullido del viento. Los grillos. Una rama que se parte.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Hilal.

—An Liu ha lanzado una de sus bombas —musita Shari—. Justo cuando llegaba el Creador, An lo ha detenido.

—Eso es bueno, Shari —dice Jenny—. Significa que el juego no

ha terminado. Significa que tu hija vive.

—¡No, no lo es! ¡Sigue sin estar conmigo! —Señala el portal vacío del tronco del árbol—. ¡Está con alguno de ellos! ¡O alguno de ellos

la está matando! O…, o…

—Tranquila, mamá —la sosiega Jenny—. El Creador no la ha capturado, y eso es lo que cuenta.

Otra pausa.

Jenny intenta seguir hablando, pero Shari la detiene con un gesto. Se serena, se sienta y se seca los ojos con el dorso de la mano.

—La explosión ha sido concentrada —cuenta—. Adlai la ha tapado. Estaban vivos cuando me has despertado, Jenny. Lo he visto. Adlai estaba levantándose para luchar y Alice… estaba acurrucada. Como un bichito. Como un gato. Acurrucada y asustada.

—De modo que sigue con vida —dice Hilal, intentando que su voz suene alentadora. Se acerca a Shari—. Hasta que se demuestre lo contrario, la verdad es esa.

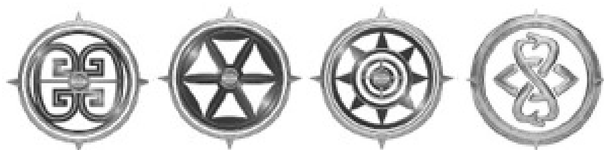
—Hilal tiene razón —admite Jenny.

El cielo es negro y plano. Las nubes ocultan las estrellas, las mismas que la noche anterior eran tan refulgentes.

—¡Está viva! —insiste Hilal—. Y si tengo que morir para que vuelva a estar entre tus brazos, que así sea. —Se arrodilla delante de Shari. Extiende la mano hacia el brazo de ella, pero no la toca—. Nuestro plan funcionará. Lo único que hay que hacer es ejecutarlo de nuevo. ¡Está viva! —repite como un estribillo, como una oración—. Volverás a *verla* viva, Shari Chopra, te lo juro.



AN LIU, MACCABEE ADLAI, PEQUEÑA ALICE CHOPRA, NORI KO,
34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



El portal ha quedado destruido.

La Pequeña Alice está encogida de miedo a los pies de Maccabee, que echa a correr hacia An Liu. Adlai levanta su arma y presiona el gatillo, apuntando hacia el pecho del shang. El disparo resuena con violencia en la estancia. An cae derribado por la fuerza del primer disparo y se revuelve para volver a entrar en el túnel, desapareciendo durante unos instantes.

Maccabee se planta allí en un abrir y cerrar de ojos. An jadea y se lleva las manos a la garganta. El disparo ha impactado contra su chaleco antibalas y se ha quedado sin resuello. Maccabee agarra con rapidez la correa del rifle de An. Tira con fuerza para dejar el arma en la espalda del shang, donde le resulta prácticamente imposible alcanzarla.

Pero An tiene más recursos.

Como una espada.

La hoja destella y cae sobre la boca de la pistola de Maccabee, proyectándola hacia la pared y aplastando los nudillos del nabateo contra el arco de entrada de piedra. Maccabee dispara de nuevo. La bala toca piedra, rebota y no acierta en ningún blanco. Quedan tres balas. An inspira hondo y contiene el aire para no tener que preocuparse durante un rato de sus pulmones. Se incorpora de un salto. Maccabee, ahora sin pistola, camina hacia atrás, y la punta de la espada del shang aparece de pronto junto a su cara. Maccabee desenfunda una navaja de combate de doble filo con empuñadura.

El nabateo bloquea la espada con el cuchillo, atrapa el filo con la empuñadura y esquiva la estocada. An es rápido y fuerte, pero no tan fuerte como Maccabee. La navaja es corta en relación con la espada, pero la potencia de Adlai compensa la diferencia con creces.

Se defienden, atacan y contraatacan durante unos segundos mientras ambos asientan su posición. An suelta el aire, se abalanza sobre Maccabee y este se inclina hacia la izquierda para evitar el acero. Apunta con la navaja hacia el cuello del shang con la seguridad de acertar en su objetivo, pero An coloca el pie en el cuenco que ocupa el centro de la cámara y su cabeza desciende. La navaja roza la coronilla de An, pero no extrae más que unas gotas de sangre.

«¿Dónde está la Llave del Cielo? —se pregunta Maccabee. Estaba allí, en el cuenco, aterrada y hecha un ovillo como un insecto, pero ha desaparecido—. ¿Se la habrá llevado el Creador? ¿Está a salvo?»

Maccabee desliza la navaja y corta la correa que sujeta el rifle de An. Coge la culata y tira de ella, pero An da un golpe de revés a la parte más débil del arma, donde el receptor se une con el cañón. El rifle se parte en dos. La mitad superior sale volando por los aires y la inferior cae a sus pies en el mismo momento en que Maccabee se dobla sobre sí mismo como un acróbata de circo y evita por los pelos la espada. An asegura su posición, ase la empuñadura con las dos manos y está a punto de clavar la hoja en la pierna de Maccabee cuando un nuevo disparo retumba en los oídos de ambos, una bala que pasa rozando la oreja del shang y lo lleva a fallar la estocada. Maccabee se incorpora. Ambos Jugadores buscan desesperadamente al autor del disparo y se quedan boquiabiertos al ver que se trata ni más ni menos que de la Pequeña Alice Chopra, que, apostada en la entrada, sujeta la pistola de Maccabee como si fuese un arma de juguete gigante.

An está situado entre la niña y el nabateo. La Llave del Cielo apunta de nuevo al shang y aprieta el gatillo, lo aprieta, lo aprieta, lo aprieta. Dispara todas las balas que quedan en la pistola y ninguna da en el blanco. El retroceso casi la tumba al suelo. Se oye un sonido metálico. La pistola está vacía. An corre hacia ella y Maccabee lo sigue y grita:

—¡Déjala en paz!

Chiyoko grita:

«¡No le hagas daño, amor!»

An no puede evitarlo. Ahora no. La Llave del Cielo va a salir malparada.

Va a morir.

An alcanza a la niña —aterrada, llorosa y temblando de tal modo que apenas puede seguir sujetando la pistola— en menos de dos segundos. Maccabee va tras él, pero llegará tarde. An se dispone a atacar.

Pero antes de conseguirlo, su rostro se ilumina por el dolor y el mundo se vuelve plateado y después negro. Maccabee derrapa hasta detenerse. An ha caído en medio de la estancia como consecuencia del golpe que alguien le ha asestado con la culata de un rifle. Está tendido en el suelo, de espaldas. En el umbral de la puerta, por detrás de la Pequeña Alice, ha aparecido una mujer, que está, a su vez, tras el rifle que acaba de noquear a An.

Maccabee no ha visto a esa mujer en su vida, pero no hay duda de

que se parece a la mu, Chiyoko Takeda.

Maccabee le tiende la mano a la Pequeña Alice.

—Ven aquí.

La niña corre hacia él, choca contra su pierna, se aferra a ella, le clava las uñas en el pantalón, le alcanza la carne. Maccabee cierra la mano sobre la cabeza de la niña, enreda los dedos entre su cabello. Lo alcanza su aroma. Intenso, dulce, a polvos de talco, el olor de un bebé.

—Quiero ir con mi mamá —dice la Pequeña Alice.

—Lo sé, cariño —replica Maccabee.

Le acaricia con delicadeza —con cariño— la coronilla.

—Lo siento —dice la Pequeña Alice.

Maccabee piensa: «No, el que lo siente soy yo».

La mujer entra en la sala. Está a tres metros de distancia. El rifle apoyado en el hombro. El ojo pegado a la mira. El dedo en el gatillo. Apunta directamente a la nariz torcida y magullada de Maccabee.

El nabateo sigue acariciando el cabello de la Pequeña Alice. Ladea la cabeza en dirección a An. El rifle se mueve poco a poco.

—No permitas que haga daño a...

Nota la espalda rígida como una tabla. Un crujido en la nuca. Cae.

No oye el llanto de la Pequeña Alice. No siente ningún dolor.

Ni siquiera oye el disparo.

KEPLER 22B
Cámara de teletransporte a bordo del Seedrak Sare’en, órbita geosíncrona activa sobrevolando el Polo Norte marciano



El teletransportador 2 se ondula y se hace añicos como el cristal, dispara fragmentos hacia el interior de la cámara de teletransporte y provoca la caída de kepler 22b al suelo. Se ha percatado de la presencia del shang en el último momento, cuando ya era demasiado tarde para impedir que lanzara la bomba en el interior de la cámara estrella del monumento de su linaje.

kepler 22b se arrastra por el suelo. La armadura lo ha protegido y está ileso, pero el teletransportador 2 ha quedado totalmente inservible. Se incorpora y se quita la capucha. Corre y pasa de largo el mapa holográfico de la Tierra. Se detiene enfrente del teletransportador 1 y sumerge los brazos en la piedra de plasma del panel de control. En cuestión de segundos tendría que poder conectar el teletransportador 1 con el portal de Xi’an. Sus dedos trabajan con nerviosismo y la piedra crece hasta cubrirle los brazos y superar la altura de los codos. Su mirada viaja sin cesar del teletransportador 1 al mapa, del teletransportador 1 al mapa, y sí, allí, ve la conexión y, sí, el teletransportador 1 está encendido y, sí, ya está, ¡está activado!

¡Puede llegar hasta el nabateo! ¡Podrá finalizar Endgame!

Sus ojos descansan en el espacio vacío del teletransportador, confiando en que empiece a llenarse desde los bordes con la solución oscura que le permitirá trasladarse inmediatamente a la superficie de la Tierra. Pero la solución oscura no aparece.

Sus dedos adquieren más velocidad, su cerebro también, y el teletransportador se ilumina por los bordes. Comprueba y vuelve a comprobar los interruptores y las conexiones, y está todo correcto. Pero no pasa nada.

Vuelca de nuevo la atención en el mapa. El punto que señala el monumento shang cambia de color, lo que indica que el portal de esa sala tan lejana —la que contiene las tres llaves— ya no está activo. Está completamente destruido.

Ahora tendrá que esperar a que algún Jugador vuelva a reunir las llaves en otra cámara estrella.

Tendrá que esperar, y punto.

Retira con rapidez las manos del plasma líquido, arrancándose con ello una fina capa de piel de los antebrazos. Maldice en voz alta y

sale furibundo de la sala, recorre el pasillo de la nave y entra en la enfermería, donde tiene ingresados a los La Tène. Libera a la Jugadora de la red de cables y ataduras que la mantienen sujeta, comprueba su nivel de consciencia, le arranca la máscara de la cara y retira los tubos que tiene metidos en la boca y que conectan con el estómago y los pulmones. Sigue inconsciente, pero el cuerpo, en un acto reflejo, busca oxígeno, un elemento que escasea en el Seedrak. Coge una bolsa que hay colgada en la pared y se la pone en la cabeza para filtrar el aire cargado de nitrógeno y metano. La celta respira. La deja en el suelo, agarra una mortaja de reserva que guarda en un rincón y envuelve su cuerpo.

Se la coloca bajo el brazo y a continuación regresa a la sala de teletransporte. Mira el mapa. Uno de los Jugadores está en su poder. Lo único que necesita es la Llave de la Tierra y la Llave del Cielo, y para hacerse con ellas tiene que adivinar en qué monumento aparecerán.

Tiene que acertar. Si no lo hace, todo se podría ir al traste.

Estudia la situación con cuidado. Es probable que el shang haya matado al nabateo, de modo que An debe de tener en sus manos la Llave de la Tierra y la Llave del Cielo. kepler 22b sabe que el shang amaba a la mu. Sabe que Liu es tan sentimental como perturbado. Lo que significa que si An Liu pudiera elegir, y tiene recursos suficientes para adivinarlo, llevará las Llaves al monumento mu, que se encuentra en las coordenadas 24.43161, 123.01314.

kepler 22b ha tomado su decisión.

Sumerge la mano que tiene libre en el plasma líquido del teletransportador 1 y reconfigura las conexiones.

Viajará al monumento mu.

Viajará al templo submarino de Yonaguni.

AN LIU, NORI KO, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
34.36226, 108.640262, Huzhucun (China)



—Vamos. Despierta.

Nori Ko empuja a An con el pie. Sujeta el rifle con una mano y la Llave del Cielo con la otra. La niña tiene la cabeza apoyada en el hombro de Nori Ko, la cara pegada a su cuello, el brazo sobresale en un ángulo extraño. Nori Ko le ha inyectado una dosis ínfima de Demerol que llevaba en su botiquín de campaña. La niña estaba abrumada por el miedo y la ansiedad que le ha provocado la pérdida del nabateo y vete a saber cuántas cosas más.

—Despiértate, An —repite Nori Ko.

An se mueve hacia un lado.

—Ya está. Vamos.

An gimotea. Se lleva las manos a la cara, se restriega la piel, los ojos. Tiene una contusión colorada encima de la ceja izquierda y en la mejilla, consecuencia del golpe de rifle de Nori Ko.

—¿Qué... qué...?

—El nabateo está muerto.

An estira el cuello y mira a Maccabee Adlai.

—¿Cómo?

Nori Ko le indica el rifle.

—No entiendo por qué te has tomado la molestia de utilizar la espada.

An consigue sentarse. Enlaza las rodillas con los brazos. Deja caer la cabeza entre ellas.

«Deberías darle las gracias, amor», dice Chiyoko.

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓN. La cabeza le tiembla como si estuviera loco. *CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓN*.

«¡Calla!», piensa.

«Deberías darle las gracias por haber salvado a la niña. Tú estabas actuando precipitadamente, como un imbécil —dice Chiyoko—. Dale las gracias.»

ParpadeoCONVULSIÓNparpadeo.

An levanta la cabeza.

—Gracias, Nori Ko. —Clava la mirada en la Llave del Cielo—. No tenía la cabeza clara. Ya me has visto cuando lucho. Supongo que lo entiendes.

«Bien», dice Chiyoko.

—No podría haber hecho nada de todo esto sin ti. No estaría aquí sin ti. Gracias.

Lo dice porque necesita a Nori Ko, pero también porque es la pura verdad.

Nori Ko le ofrece una mano.

—Lo entiendo. Los Jugadores están hechos para matar. Tú el que más.

—Sí.

Ella tira de él. Ya de pie, An se introduce el pulgar en un orificio de la nariz para taponarlo. Suelta el aire con fuerza y expulsa una bola de flema sanguinolenta que rebota en la pierna de Maccabee.

—¿Lo has comprobado bien? —pregunta.

—Está muerto.

—¿Estará equipado para explotar en caso de morir?

—No. ¿Tú sí? —pregunta Nori Ko, medio en broma.

—En este momento no —responde An muy serio.

An ni siquiera se da cuenta de la cara de exasperación que pone Nori Ko.

—No lleva encima ningún tipo de explosivo —dice ella.

—¿Y la Llave de la Tierra?

—Aquí está.

Nori Ko extiende un puño. An coloca una mano debajo. Ella separa los dedos y la esfera de piedra cae en la palma de An.

—Es muy... pequeña.

—Seguro que los demás pensaron lo mismo.

El shang la guarda en un bolsillo y cierra la cremallera. Recoge la espada de Nobuyuki y la enfunda.

—No le he disparado porque estaba llegando el Creador. —*Parpadeoconvulsión*—. No podía permitirlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con impaciencia Nori Ko—. ¿Has *visto* al Creador?

An señala la piedra resquebrajada del portal.

—Sí. Salía por allí. Era como una puerta de acceso a dondequiera que esté escondido. Lo he recibido con disparos, pero no creo que resultase herido.

Nori Ko se acerca a él. An se encoge un poco cuando la mano de la mu se posa en su hombro.

—*Obtendremos* nuestra venganza, An.

—Eso es lo único que importa.

—Nada más —confirma ella.

An acaricia el collar de pelo y carne. Levanta la barbilla en

dirección a la niña.

—¿Qué le has hecho?

—La he drogado. Estaba histérica. Me da la impresión de que... de que se había encariñado del nabateo. No quería que muriese.

«No vuelvas a asustarla, amor», dice Chiyoko, entrometiéndose.

—Lo intentaré —responde An.

Nori Ko frunce el entrecejo.

—¿Qué decías?

PARPADEOconvulsiónCONVULSIÓN.

—Nada. Pensaba en voz alta. La cahokiana —dice, para ir al grano—. El olmeca. Esos son los siguientes.

Nori Ko asiente. An extrae una bomba del chaleco. Pulsa varios botones y la coloca con cuidado sobre el vientre del nabateo.

—Explotará en una hora —dice—. Aquí no volverá a entrar jamás ni un solo Creador. —Pasa por delante de Nori Ko y la niña para dirigirse hacia la salida—. Aquí no volverá a entrar jamás nadie.

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SIMON ALOPAY

Aeródromo Famoso, Bakersfield, California (Estados Unidos)



—Hola, cariño.

Sarah abre los ojos. Simon se cierne sobre ella y le masajea con delicadeza el hombro.

—¿Qué ha pasado?

—Te has quedado dormida.

Se sienta.

—Mierda. —Se frota la cara—. Últimamente siempre me pasa igual.

—Es lo que comentó Jago. También me dijo que pasaste unos días sin apenas dormir, en Perú, cuando sus padres te hicieron prisionera. No me extraña.

—¿Te contó eso?

—Sí.

Sarah mira a su alrededor. El avión está vacío.

—¿Dónde está Jago?

—Fuera. Intentando convencer a Rodney Q y a Hibbert de que no lo maten —dice Simon en broma.

Sarah los conoce bien a los dos. Son entrenadores cahokianos, uno especializado en técnicas de supervivencia extrema y el otro en metalurgia y demoliciones.

Sarah se levanta.

—Así que estamos en Nebraska —deduce—. ¿Estamos en casa?

Tiene ganas de ver a Olowa, de cogerle la mano, de decirle que la quiere, en persona.

—No —responde Simon—. Estamos en Bakersfield, California. La costa Oeste está hecha un caos, los terremotos a lo largo y ancho de la falla de San Andrés se han vuelto constantes desde el impacto. Pero funciona tanto la electricidad como las comunicaciones por radio, GPS y diversos satélites.

Sarah pone mala cara.

—¿Te refieres a que estamos en California?

—No podíamos correr el riesgo de volver a casa. Yellowstone está en erupción y hay demasiadas partículas sólidas en el aire. Ya sabes que para desplazarme hasta Illinois fui en coche.

—¡Pues tendríamos que haber vuelto en coche! —replica Sarah.

—Lo siento, Sarah, pero no podíais dejar el avión abandonado. Ya lo sabes. Mientras podáis encontrar combustible, os llevará a cualquier parte del mundo.

—A cualquier parte no —aclara Sarah.

Simon le aprieta el brazo con cariño.

—En Nebraska no podremos detener Endgame. Jago me ha explicado todo lo que ha pasado. Todo. Me ha convencido. Aunque, si te soy sincero, no le ha costado mucho.

—¿*Todo*?

—Todo. Incluyendo lo de la rebelión cahokiana.

—Me da la impresión de que..., de que ya lo sabías.

—Lo sé desde hace mucho tiempo y te lo habría contado cuando tuvieras la edad apropiada, pero no podía hacerlo mientras estuvieses en formación. Si Endgame acababa produciéndose, no podías empezar a Jugar con el corazón repleto de dudas. Sí, sabía lo de la rebelión, pero también creía que había probabilidades de que la profecía fuera cierta. Era minúscula, pero significaba que podías ganar, lo que a su vez significaba que podríamos vivir una vida muy larga... juntos. Todos los cahokianos. O el máximo número posible...

Se interrumpe y baja la vista. Sarah sabe que está pensando en Tate, porque ella también.

—Papá...

Simon tiene los ojos llenos de lágrimas.

—Lo echo de menos.

Sarah tiene un nudo de dolor en la garganta. Se seca la nariz con el brazo.

—Yo..., yo también —consigue decir.

Una pausa.

—Tendría que habértelo contado, Sarah. Ahora lo entiendo, lo siento.

—No pasa nada, papá. Yo también lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Estoy orgulloso de ti, Sarah. *Muy* orgulloso.

«Pues no deberías», piensa ella, viendo la imagen de la cara de Christopher al lado de su padre.

Simon sigue hablando:

—De haber sabido lo de la rebelión, no habrías podido impedir que Endgame empezara, Sarah.

Ella se encoge de hombros.

—Tal vez. Podría haberme hecho explotar en la Llamada, junto con todos los demás Jugadores, y a lo mejor también junto con 22b. Con eso lo habría detenido. Lo habría salvado, al menos, al muy idiota.

—Pero ¿de qué hablas?

—De... —empieza a decir Sarah, pero se interrumpe cuando Jago entra en el avión.

—Sarah, Jordan nos ha llamado por radio. Hilal y Shari no tardarán en ponerse también en contacto. Tenemos que hablar con ellos.

Jago le tiende la mano. Sarah continúa mirando a su padre, quiere decirle que mató a Christopher, necesita contárselo, pero sabe que no es el momento. Acepta la mano fuerte de Jago.

—Vamos —dice el olmeca, con una sonrisa que le arruga la cicatriz de la cara.

Sarah mira una vez más a su padre mientras se deja arrastrar por Jago.

Simon los sigue, preguntándose qué querría explicarle Sarah.

GREG JORDAN
Región de Gobi-Altái (Mongolia)

—Aquí Charlie Echo One, hablando por el canal seguro Alfa Romeo Cinco Siete. Repito, Charlie Echo One, cambio.

Pulsa el botón del transmisor y espera. Silencio. Está en la cabina de mando del Bombardier sin alas; tiene la cara amoratada y la nariz partida. Le duele al respirar. Mucho. La explosión de su granada contra el proyectil del alienígena lo mandó volando 20 pies por encima del rocoso terreno mongol. Se le han fracturado al menos una costilla en el lado derecho y dos o tres en el izquierdo, por debajo del omóplato. Tiene una abrasión que se extiende por el brazo derecho en toda su longitud, un chichón del tamaño de una bola de golf en la parte posterior de la cabeza y el cuello tan rígido que le resulta imposible acercar la barbilla al pecho. Permaneció inconsciente toda la noche posterior al ataque y durante el día siguiente apenas pudo moverse. Necesitó una hora para gatear la distancia de más o menos 50 pies que lo separaban del avión. En cuanto consiguió entrar, bebió agua y comió unas galletas, vomitó, comió unas cuantas galletas más y empezó a tratarse las heridas. Intentó no quedarse dormido, puesto que estaba seguro de haber sufrido una conmoción cerebral.

Pero eso da igual. Ha sido el más afortunado. Porque está vivo. Porque está aquí.

—Charlie Echo One por el canal seguro, Alfa Romeo Cinco Siete, cambio. Repito, Charlie Echo One, cambio.

Respira hondo, o lo intenta, pero la punzada de dolor que nota en el costado se lo impide.

—Joder —musita entre dientes.

Escupe en un vaso de cartón de la cocina. La saliva tiene algún rastro de sangre, lo cual implica una mejoría. Mucha menos que cuando se despertó temblando al amanecer. Entonces escupía flemas moradas y espesas. Temió estar sufriendo una hemorragia interna, pero el episodio no se ha repetido.

El afortunado.

La radio chisporrotea. Jordan pulsa otra vez el transmisor.

—Charlie Echo One, ¿me recibes? Cambio.

—Aquí Oscar Kilo Fifteen. Te recibo —dice Jago—. ¿Tenemos compañía?

—Negativo —responde Jordan—. Mantengo silencio a la espera de terceros, ¿me recibes?

—Recibido. Iré a buscar a la otra —dice Jago, refiriéndose a Sarah.

Jordan se alegra de que al menos haya alguien del grupo vivo, sobre todo tratándose de los que han viajado a América y están, por lo tanto, más próximos a la zona del impacto. Da tres pequeños sorbos a una botella de plástico de agua y espera. Se pregunta cuánto debería contar. Si tendría que ocultar su situación, lo que ha sucedido con Marrs, Aisling y Pop, por si los Creadores estuvieran escuchándolos.

Deben de estar escuchándolos.

No tiene mucho tiempo para reflexionar sobre sus opciones. La radio capta la voz de Hilal, su urgencia.

—Aquí Tango Lima One. ¿Hay alguien ahí?

—Oscar Kilo Fifteen al habla —dice Sarah.

—Charlie Echo One al habla —dice Jordan.

—Excelente —responde Hilal—. Comunicad situación.

Habla Sarah:

—Objetivo cumplido. Cerca de la costa Oeste de Estados Unidos. Listos para viajar al siguiente monumento.

Habla Jordan:

—Objetivo cumplido.

No dice más.

Habla Hilal:

—Cambio de objetivo por nuestra parte, pero los resultados son positivos. Tenemos noticias sobre...

—Tengo que comunicar una cosa —lo interrumpe Jordan.

—También yo, Charlie Echo One —dice Hilal—. Escuchad, por favor...

—Seguro que tu mierda también es urgente, pero yo imagino que la noticia que tengo que comunicaros será más apremiante. Fuimos atacados. Por uno de Ellos. Marrs ha muerto. Nuestro avión ya no está operativo. Yo también tendría que haber muerto, pero... tuve suerte. —Escupe de nuevo en el vaso. No ha hablado mucho desde que ha recuperado la consciencia y las palabras duelen—. No pude ver qué le pasó a Aisling. O está muerta o... no está aquí. Pop tampoco. No hay rastro de ellos.

—Se los llevó. —Es Shari—. Seguro que es esto. Si lo que hemos averiguado sobre la Llave del Sol es cierto, necesita a uno de nosotros para terminar el juego. ¡Se la llevó!

Jordan pega el oído al comunicador y enarca una ceja.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué habéis averiguado?

—A nosotros también nos atacó uno —informa Sarah, antes de que Shari o Hilal puedan explicar su encuentro con Jenny Ulapala y su

habilidad para leer el libro del Creador.

—¿Qué? —dice Shari.

—Sufrimos una emboscada cerca de nuestro objetivo. El Creador estuvo a punto de apresarnos, pero… —Sarah se interrumpe—. Luchamos. Sobrevivimos.

—¿Cómo demo…? —empieza a preguntar Jordan, recordando la fuerza blindada e invisible que los abordó, lo que borró a Marrs del mapa, la mano gigante invisible que cogió tres granadas y las hizo explotar sin soltarlas, como si fueran globos. Pero se lo piensa mejor. Si Sarah y Jago han encontrado la manera de combatir a los Creadores, mejor no comentarlo por radio.

—Charlie Echo One —dice Hilal—, reconfirma, por favor: ¿no puedes viajar?

—Así es. Es como si estuviera en la luna. Pero estoy a salvo. Tengo comida, agua, medicamentos, cobijo y electricidad. Estaré bien hasta que podáis pasar a por mí.

—¿Y vosotros, Oscar Kilo Fifteen?

—Con capacidad de movimiento y listos. Podemos ir a donde nos indiques —responde Jago—. ¿Ibais a contarnos algo importante sobre la Llave del Sol?

—Sí —dice Hilal—, pero creo que es mejor comentarlo personalmente, por si acaso hay espías en el canal. Shari está transmitiendo coordenadas. Nos vemos en ese punto de encuentro lo antes posible. Si llegáis primero, acampad, por favor, en el aeropuerto. En cuanto estemos juntos, nos trasladaremos unidos hasta el siguiente monumento.

—Recibido —dice Sarah—. Nos vemos allí.

—Buen viaje, Jugadores —desea Hilal—. Nos vemos pronto. Tengo ganas de oír cómo os las apañasteis para matar al Creador.

—Yo también —interviene Jordan—. Pero hasta que podáis contármelo personalmente, largaos de donde estáis ahora y con un cohete en el culo, Jugadores. Hacedlo por Marrs, por McCloskey, por los harapanos, por todo el mundo. Por Stella. Pero largaos pitando. Charlie Echo One, corto y cambio.

AN LIU, NORI KO, PEQUEÑA ALICE CHOPRA

Zona privada del aeropuerto internacional Xianyang, Xi'an (China)



An está sentado a los mandos de su Y-12E modificado con un ordenador portátil sobre las piernas, aporreando las teclas con los dedos. El turbopropulsor está inactivo, pero cargado de combustible, la ruta, cartografiada, los ocupantes, listos para el despegue. En principio, el avión estaba destinado a realizar labores de vigilancia marítima para la China Flying Dragon Aviation y tenía su sede en Harbin, provincia de Heilongjiang, pero es propiedad del linaje shang desde que An alcanza a recordar. De todos los aviones y helicópteros que ha pilotado, reales o en simulación, es en su precioso y fiable Y-12E en el que ha acumulado más horas de vuelo.

Más de 992, para ser exactos.

Lo único que necesita son unas cuantas horas más.

Pero Nori Ko, la Llave del Cielo y él no pueden despegar. No pueden volar a Yonaguni y al monumento mu, que además de ser el lugar adonde quieren ir es, por casualidad, el sitio hacia el que se dirige el olmeca. Cuando se marcharon de la pirámide shang, An revisó el reloj de Chiyoko, y ahí, para su satisfacción y sorpresa, estaba el blip blip de Jago Tlaloc. No había muerto. Todavía. El tonto no se había dado cuenta de que lo tenían fichado desde la Llamada. Ahora está en medio del Pacífico y pronto sobrevolará la isla japonesa de Yonaguni. El lugar donde, si él pudiera volar, el olmeca solo encontraría la muerte. Pero no pueden despegar porque los códigos militares en los que An ha confiado durante tantos años ya no funcionan.

El tráfico aéreo sobre China y Taiwán, países que deben sobrevolar para llegar a Yonaguni, está severamente restringido desde la caída de Abaddon.

PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEOPARPADEOCONVULSIÓN.

Se golpea la sien con los nudillos tres veces. La punzada de dolor le llena la cabeza y le atraviesa la mandíbula. El dolor es bueno. Los tics se apaciguan. Está intentando piratear la red informática de la administración aérea de Pekín para poder atravesar China sin que nadie les formule preguntas.

—¿Qué tal va? —pregunta Nori Ko desde la cabina.

También ella está trabajando en un ordenador que controla a la

Llave del Cielo.

—El último encriptado es todo un reto —*CONVULSIÓN* responde An, gritando—. Y tú ¿qué tal?

—He hablado con mi hermano, que está en Yonaguni —dice mientras su voz se aproxima. Nori Ko asoma la cabeza a la cabina de mando—. Me alegro de que los mu los instalaran allí hace ya tiempo. Nos ayudará.

—Yo también me alegro —reconoce An.

—Tsuro ha presentado una petición de material médico de emergencia a la agencia de asistencia transasiática. Te he enviado el número de documento junto con nuestro manifiesto de carga falso. Es el que tienes que utilizar con Pekín. De cara al exterior, vamos cargados hasta los topes de gasas, tintura de yodo y botellas de suero intravenoso, nada de rifles de francotirador, explosivos ni chalecos suicidas con bombas nucleares.

—Vale —*parpadeo*—. Ya —*convulsión*—, ya —*CONVULSIÓN*—, ya lo he pillado. Buen trabajo.

—Gracias. Le he dicho además a Tsuro que, si alguien llega antes que nosotros, tiene que detenerlos.

—Con un poco —*parpadeoPARPADEO*—, con un poco —*CONVULSIÓNconvulsión*—, con un poco de suerte eso no pasará.

—Sí. Con un poco de suerte —repite Nori Ko.

An tiembla de forma aparente. Se sujeta con la mano contraria los dedos que están trabajando en el ordenador para intentar evitar el tembleque.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta Nori Ko.

—S... —*parpadeo*—. S... —*PARPADEO*—. Sí.

Acerca los dedos al teclado y vuelve a aporrearlo.

—Perfecto. —Nori Ko señala el ordenador de navegación—. ¿Cuál es el tiempo estimado de llegada del olmeca?

—En menos de seis horas —dice An.

Nori Ko observa las ventanas del ordenador, que se abren y se cierran, se abren y se cierran.

—Consigue que podamos despegar, An.

—Estoy en ello.

Nori Ko regresa a la cabina principal.

«Súbenos al cielo, amor.»

—Estoy en ello, Chiyoko.

Nori Ko se queda inmóvil.

—¿Qué?

—He dicho que estoy en ello.

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SIMON ALOPAY

Bombardier Global 8000, a 513 millas náuticas al nordeste de Yonaguni (Japón)



Sarah Alopay se presiona la nariz para destaparse los oídos. Chirrían, estallan, pero le da igual. Están ya tan cerca que todo la trae sin cuidado.

Simon y ella están sentados detrás de una reluciente mesa de madera de nogal. Un recipiente atornillado al borde contiene el arma del Creador, un objeto de lo más ordinario, y un paquete de chicles Trident. Jago pilota el avión a una altura estable de 42.000 pies. Para sumar efectivos, han incorporado al equipo a los dos entrenadores cahokianos, Hibbert y Rodney Q. Ambos duermen como troncos en el dormitorio del avión, vestidos con todo su equipo, como excelentes soldados que son. Sarah se ha quitado el cabestrillo y descansa el brazo lesionado sobre la mesa. Hace ejercicios de rehabilitación con una pelota de tenis, presionándola y soltándola, presionándola y soltándola. El brazo mejora. Todavía le queda mucho para estar bien del todo, pero ya puede realizar tareas ligeras. Está decidida a olvidarse del cabestrillo para la próxima misión.

Que con un poco de suerte será su última misión.

Simon pulsa la tecla de rellamada en el teclado de su teléfono vía satélite. El aparato funciona —ha hecho diversas llamadas aleatorias de prueba a números localizados en el hemisferio este—, pero no ha conseguido ponerse en contacto con la finca de los Alopay en Nebraska. Lo ha intentado en 74 ocasiones durante el viaje y en las 74 ha recibido como respuesta un mensaje grabado con una agradable voz femenina que dice: «Inmarsat no ha podido establecer la conexión con el número marcado. Le rogamos que disculpe las molestias que ello pueda causarle. Vuelva a intentarlo en unos minutos, por favor».

Pero de pronto, cuando Jago anuncia que van a iniciar la maniobra de descenso hacia Yonaguni, el rostro de Simon se ilumina. Sarah suelta la pelota de tenis, que realiza un pequeño giro en espiral por encima de la mesa antes de caer en su regazo. La atrapa entre los muslos.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Simon pulsa la tecla del altavoz y le tiende a Sarah el teléfono.

«Ring.»

Silencio.

«Ring.»

Silencio.

«Ri...»

—¿Diga?

—¿Mamá? —dice Sarah.

—¿Olowa? —dice su padre en el mismo instante.

—¡Sarah! ¡Por el amor de Dios, Sarah! ¿De verdad eres tú?

—¡Soy yo, mamá! —Mira a los ojos a Simon—. ¡Somos nosotros!

Durante unos minutos se dan ánimos mutuamente, hablan sobre el amor y sobre la pérdida, sobre el reencuentro de Sarah y Simon, sobre lo que está sucediendo en Nebraska. Olowa y los demás no pueden salir al exterior por culpa de la calidad del aire, pero dentro del búnker están bien y la electricidad funciona a la perfección. Olowa está racionándolo todo y, a pesar de que tiene más gente a la que atender de lo que pensaba («¡Somos once!»), cuentan con provisiones suficientes para al menos cinco semanas. Olowa les explica que ha tenido que reparar un relé de la antena telefónica y que por eso no habían podido hablar antes.

—Pero estamos bien, cariño. ¿Qué tal..., ay, Dios mío, qué tal estáis *vosotros*?

—Sarah está bien, Ole. Tiene novio —bromea Simon.

—¡Papá!

—Y ¿sabes qué? ¡Es otro Jugador!

—¡Papá!

—Vale, vale —dice su padre.

—¿Quién es, Sarah? —pregunta su madre.

—No tiene importancia.

—Por supuesto que la tiene.

Sarah se encoge de hombros.

—Se llama Jago. Es el olmeca.

—Y tiene diamantes incrustados en los dientes superiores —añade Simon.

—¿Qué? —pregunta Olowa.

—Es verdad —confirma Simon—. Pero es muy bueno con ella. Por lo visto, se han salvado mutuamente la vida en varias ocasiones.

—Cuéntame todo lo que puedas —pide la madre—. ¿Cómo va todo?

Sarah suspira.

—He vivido tiempos mejores, mamá. Echo de menos la escuela, el fútbol y preocuparme por la universidad. Echo de menos ser normal, o fingirlo al menos. Jago y yo hemos hablado mucho sobre el tema. Como dice él, esa época ha quedado atrás. De hecho, según él, esa

época nunca existió en realidad. Dice que nunca fuimos normales. Pero yo lo echo de menos.

—Yo también.

—Pero sigo viva. Y supongo que, teniendo todos los factores en cuenta, estoy bien. No sabes lo feliz que estoy por tener a papá conmigo.

Simon le coge la mano a su hija. En aquel momento, Jago sale de la cabina de mando para ir al baño antes de aterrizar. Ignora que han hablado de él. Simon le indica con un gesto a Jago que vaya despertando a los cahokianos. El olmeca asiente y continúa su camino hacia la parte posterior del avión. Cuando un minuto más tarde vuelve a pasar por su lado, Simon se levanta para acompañarlo en las maniobras de aterrizaje y dejar que Sarah y Olowa puedan hablar de sus cosas. Sarah le ofrece a su madre una rápida versión de todo lo que ha pasado, obviando expresamente ciertos detalles por si acaso el kepler está escuchando la conversación. No menciona nada sobre el arma del Creador ni sobre sus planes de detener a los alienígenas, sino que habla en términos generales acerca de lo duro que está siendo todo, le explica que encontró la Llave de la Tierra y que la perdió, que ha visto la Llave del Cielo y, en último lugar, le habla acerca de matar.

—Es tan fácil, mamá… Demasiado. Por eso perdí la cabeza después de Stonehenge —dice, sin mencionar a Christopher.

No tiene valor suficiente para pronunciar su nombre.

—Ay, Sarah —se lamenta Olowa.

Pero su voz suena rara. Por sí solas, esas palabras significan «Lo siento mucho», pero tal y como las pronuncia Olowa, más bien quieren decir «Eres fuerte. Por lo tanto, *sé* fuerte, Sarah».

Y entonces empieza a soltarlo todo. Le cuenta lo que sucedió justo después de marchar de Omaha. Le cuenta que Christopher la siguió y que ella se enamoró de Jago, que fue como si se conociesen desde hacía meses, incluso años. Le cuenta que se sentía desconectada de sí misma, que en sus peores momentos no tenía ni idea de quién era. Le cuenta a su madre cómo, después de salir de Londres, estuvo a punto de sufrir una crisis nerviosa en el coche, que gritó y chilló a pleno pulmón sin siquiera ser consciente de ello. Le explica lo fácil que le ha resultado actuar y Jugar y matar, hacerle daño a la gente, incluso a sí misma. Lo fácil que es provocar y recibir dolor, y soportarlo, excepto un tipo, que le resulta insoportable. Y todavía no puede decir qué es. Son palabras que no es capaz de pronunciar delante de su madre, la mujer que la parió y que tanto le ha enseñado sobre la vida y el amor, y, sí, también sobre la sangre y sobre cómo hacerla fluir.

No puede decir: «Maté a Christopher».

Lo que dice, en cambio, es:

—Endgame me ha destrozado, mamá. Me ha jodido la vida, de verdad. Supongo que tendría que haber matado a aquella niña, a la Llave del Cielo. Pero no pude. No... no pude. No pude hacerlo después de...

No es capaz de decirlo.

—Déjalo, cariño. Nada podía impedir la llegada de Abaddon.

—¿Cómo lo sabes? —Coge la pelota de tenis. La presiona. Suelta. La presiona. Suelta. La pelota cede, se rompe y explota. La conexión telefónica chisporrotea—. ¿Mamá? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta de nuevo Sarah, empleando un tono suplicante.

—Escucha, Abaddon ha llegado, de modo que no tiene sentido hacer conjeturas. Nada podía haberlo evitado. Era demasiado grande. El Creador tiene demasiado poder.

—Pero ¿y si resulta que no tiene tanto poder? ¿Y si está tan desesperado como nosotros? ¿Y si yo no hubiera encontrado la Llave de la Tierra? ¿Y si yo no hubiera...?

No puede.

—No tienes por qué decirlo, cariño.

—¿Decir el qué?

—Sé lo de la muerte de Christopher. En cuanto has pronunciado su nombre, lo he sabido.

—Mamá, yo..., yo...

—Sé que lo mataste.

Silencio.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy tu madre, Sarah. Nadie te conoce mejor que yo, te guste o no.

—Diez minutos para el aterrizaje —anuncia Jago por el altavoz.

Sarah oye que Hibbert le dice algo a Rodney Q en la habitación.

—Tienes que ir a tu puesto —dice Olowa.

—Sí. Pero necesito contarte lo que pasó, ahora. Tal vez no tenga otra oportunidad.

—Ya lo sé, cariño.

—¡Soy un monstruo, mamá! —musita Sarah, la boca prácticamente pegada al teléfono.

—¡Claro que no, Sarah! Ay, cariño... ¿Es que no ves lo que hizo *en realidad* Christopher?

—Él no *hizo* nada, mamá. Por eso es tan complicado. Vio en qué me había convertido y quería morir. Decía que me amaba, y seguro

que lo decía en serio, pero al final todo esto no sirvió para nada, joder. ¡Aun así apreté el gatillo! Christopher luchó para permanecer a mi lado después de la Llamada, incluso después de conocer a Jago y ver que estábamos, no sé…, que estábamos *juntos*. Luchó con todas sus fuerzas para permanecer a mi lado y ayudarme. Pero al final no pudo, mamá. Y lo maté por eso.

Sarah se siente avergonzada de la amargura que envuelve sus palabras, pero suenan a verdad. Hasta este momento no se había dado cuenta de lo enfadada que estaba con Christopher por su empeño en seguirla, por amarla, por quedarse allí quieto mirando cómo ella lo mataba.

Por juzgarla.

—Te equivocas, cariño. Christopher sí hizo algo.

—¿Qué?

—Te salvó la vida, Sarah. Y ahora tienes que seguir viviendo. Por él.

El avión salta al atravesar unas nubes.

Olawa continúa hablando.

—Eso mismo voy a decirles a sus padres. Que se sacrificó para que tú pudieses seguir con vida. No es ninguna mentira. Voy a contarles que tú estabas con él cuando murió y que intentaste salvarlo pero no pudiste. Christopher es un héroe, Sarah. Y tú también. Si tú y tus amigos triunfáis, todos seréis héroes. Endgame podría haberse desarrollado de un millón de maneras distintas, pero en este desarrollo, Christopher, pese a todos sus fallos, tal vez sea el héroe más destacado.

Un buen rato de silencio. Sarah observa las tupidas nubes del otro lado de la ventanilla. Abajo, el agua del mar se ve oscura. No se divisa tierra.

—Dios santo, mamá.

—Dios no tiene nada que ver con esto.

—No. Lo que quiero decir es que creo que tienes razón.

—Por supuesto que tengo razón, cariño. Ya te lo he dicho: soy tu madre.

Sarah ríe.

—Sé que no te gusta matar, Sarah. No estás hecha para que te agrade. Eres un ser humano. Pero se te da bien. Y a tus amigos también. Y antes de que todo esto termine, tendrás que volver a hacerlo, y a lo mejor más de una vez. De modo que no te castigues por ello. Perdónate. Christopher te salvó la vida. Punto final. Y ahora ve a salvar lo que queda de vida para todos nosotros, antes de que sea demasiado tarde.

El avión se sacude con el despliegue del tren de aterrizaje.

—Eso haré, mamá. Gracias.

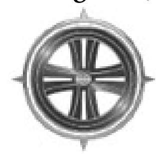
—Dame las gracias cuando nos veamos.

—De acuerdo. Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño. Y siempre te querré, pase lo que pase.



HILAL IBN ISA AL-SALT
Bombardier Global 8000, a 424 millas náuticas al sudoeste de Yonaguni (Japón)



Hilal verifica el sistema de navegación. Le quedan 51 minutos de vuelo. Sarah y Jago, según la última comprobación, deberían aterrizar en 10 minutos. Manipula los controles de la radio. Encuentra el canal y pulsa el botón.

—Aquí Tango Lima One para Oscar Kilo Fifteen, cambio.

Nada.

—Tango Lima One para Oscar Kilo Fifteen, cambio.

Interferencias, y a continuación:

—Tango Lima One, te recibo, cambio.

Es Jago.

—¿Tiempo estimado de llegada?

—Nueve minutos, siete segundos. Deberíamos poder verlo ya en cuanto superemos la capa de nubes.

—Entendido. Estoy justo detrás de vosotros. A poco más de cuarenta minutos.

—Recibido, Tango Lima One. ¿Tenemos más información? —pregunta Jago.

—He hablado con el director aéreo de la región hace diez minutos. Un hombre llamado Tsuro Masaka. Me he hecho pasar por norteamericano y le he dicho que me llamaba Harold Dickey. No sabe que iremos armados, de modo que estad preparados para eliminarlo si lo consideráis adecuado. A modo de explicación, decidle que estamos trabajando en una misión conjunta de alto secreto entre Estados Unidos y Japón como respuesta a Abaddon.

—Comprendido. ¿Alguna cosa más?

—Yonaguni es una isla pequeña. Masaka ha confirmado que en el transcurso de las últimas sesenta y cinco horas no ha llegado ni ha salido nadie de allí. He verificado online los manifiestos de carga y puedo confirmar que la información es correcta. Por lo que me ha dado a entender Masaka, la isla está virtualmente desierta.

—¿De modo que no hay rastro de ese canijo del shang?

—Afirmativo. Si Liu aparece por aquí, tendremos que reducirlo.

—Excelente. Oscar Lima Fifteen, cambio y corto.

SARAH ALOPAY, JAGO TLALOC, SIMON ALOPAY, HIBBERT JOHNSON, RODNEY Q

Aeropuerto de Yonaguni (Japón)



Jago frena los motores. El aeropuerto es poco más que un pequeño grupo de edificios pegados a una única pista, el mar de China Oriental rompe contra su lado norte. Hay un hangar vacío al oeste y una torre de control que parece hecha de Mecano al este. En un extremo, varios Cessna monomotor muriéndose de asco, con las ventanillas cerradas y sucias. Los edificios son pulcros y sin pretensiones. De hecho, no hay indicios de que haya alguien hasta que un hombrecillo abre una puerta de cristal y echa a caminar hacia ellos. Sonríe de oreja a oreja y levanta la mano para saludarlos. Lleva una bolsa de color naranja colgada al hombro y va vestido con una camiseta de color verde militar con un dibujo del Jedi más venerable y querido de todos los tiempos. En la leyenda, puede leerse en inglés: «MI CAMISETA YODA ESTA ES».

Jago abre la ventanilla.

—Hola.

—¡Hola! —exclama el hombre en tono jovial y en inglés—. ¿Son ustedes amigos del señor Dickey?

—¡Así es! Me llamo Feo.

—¡Estupendo, Feo! ¡Bienvenidos a Yonaguni!

Jago cierra la ventanilla.

—Este es nuestro hombre.

—Mandaré a Rodney Q y a Hibbert para despejar el terreno —dice entonces Simon.

—Buena idea —dice Sarah.

Pasan a la cabina principal. Los entrenadores cahokianos se levantan de los asientos. Tienen sendas pistolas Colt en la cadera, un M4 en cada mano. Rodney Q lleva un pañuelo negro atado al cuello y Hibbert masca un pedazo enorme de chicle de color rosa.

—¿Qué órdenes tenemos, Sarah? —pregunta Hibbert.

—Salid, presentaos y volved a informar. No le contéis por qué vamos armados.

Hibbert asiente.

—No necesita más explicaciones que la pistola —replica con brusquedad.

—Si todo está bien, empezaremos a descargar. Nos pondremos en

marcha en cuanto llegue Hilal.

—Entendido.

Jago retira el cierre de seguridad de la puerta y la empuja. La escalerilla se despliega sin hacer ruido. La temperatura exterior es cálida, el ambiente, húmedo. El sol permanece escondido detrás de las nubes de ceniza que cubren ya el planeta en su totalidad. Rodney Q —seis pies, cuatro pulgadas, 240 libras— agacha la cabeza para cruzar la puerta y baja. Hibbert, que es mucho más bajito y más ligero, lo sigue.

—¡Ah, hola! —grita el hombre desde abajo—. El señor Dickey no mencionó nada sobre... —Traga saliva—... Sobre armas.

—Lo siento —gruñe Rodney Q, sin parecer en absoluto arrepentido.

Masaka se hace a un lado en cuanto Rodney Q pone un pie en el suelo y empieza a mirar en todas direcciones.

Hibbert mira a Masaka a los ojos y le dice:

—No te muevas, por favor.

No lo apunta con la pistola, pero es claramente una amenaza disfrazada de orden. Masaka tartamudea:

—Lo-lo-lo siento, señor, pero...

—Y con todos mis respetos, permanece en silencio —añade Hibbert, en un japonés inmaculado.

Masaka cierra la boca.

Sarah observa la escena desde el interior del avión. Rodney Q rodea con movimientos expertos al hombre y empieza a inspeccionar los edificios y los rincones. Desaparece para dar una vuelta al avión. Sarah contempla el paisaje. La carretera está flanqueada por árboles exuberantes. El monte Urabe se alza hacia el sur. Un caballo blanco pasta a lo lejos en un campo.

Rodney Q reaparece transcurrido un minuto.

—Todo correcto.

Masaka cambia el peso del cuerpo al otro pie, sus manos unidas con nerviosismo a la altura de la cintura.

Hibbert se desplaza hacia un costado del avión. Se abre entonces la puerta de la zona de carga.

Sarah asoma la cabeza por la puerta.

—Gracias, Rodney. Lo lamento si lo hemos sorprendido, señor Masaka —dice al pobre hombre—. No tenemos intención de hacerle ningún daño. —El hombre parpadea, pero no contesta nada. Sarah se vuelve hacia el interior y se dirige a Jago y a Simon—: ¿Listos?

—Más que listos —dice Jago con una sonrisa.

Sarah le devuelve la sonrisa.

—Yo también.

Jago la coge por el brazo.

—Te veo distinta, Alopay. Más ligera. Más cómoda.

—Me *siento* más ligera, Feo. Y ¿sabes qué? También más segura. Me alegro de que decidiéramos trabajar en equipo junto con los demás.

—Yo también.

—Y, papá, tenerte aquí es… Me ha venido muy bien. Y haber hablado con mamá ha sido *realmente* estupendo. Gracias por hacerlo posible.

Hibbert pide ayuda para descargar una caja pesada.

—Voy —dice Simon.

Se abre paso entre los Jugadores, desciende la escalerilla y desaparece hacia un lado del avión.

Jago besa a Sarah en la boca. Tiene una halitosis terrible. Jago se aparta y también baja la escalerilla.

Sarah pisa el primer peldaño y respira hondo. El ambiente es salado, dulce y fresco. La Tierra está herida, pero ni destruida ni destrozada.

Nadie podrá destrozar la Tierra.

Imposible.

Piensa en Christopher. En lo que ella hizo. En lo que él hizo.

Ella tampoco está destrozada.

Jago le hace gestos con la mano. Sarah sigue bajando.

Y entonces se oye un crujido, y la cabeza de Jago estalla, y la sangre y los sesos salpican la camiseta y el pasamanos de la escalerilla, y Sarah apenas oye el silbido silenciado de la descarga de un rifle que dispara desde la ladera de la montaña.

—¡Sarah! —grita Simon.

Baja corriendo los peldaños que faltan, desenfundando ya la pistola, corriendo ya lo más rápido posible para ponerse a cubierto.

El aire crepita. La vista no le funciona. El oído no le funciona. Las piernas no le funcionan. El mundo desaparece.

Se equivocaba.

Está destrozada.

Como le sucedió a Maccabee antes que a ella, ni siquiera tuvo la oportunidad de oír el disparo.

AN LIU, NORI KO, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
Ladera norte del monte Urabe, Yonaguni (Japón)



Un caballo blanco corre por el campo a sus pies, las pezuñas suenan como un trueno en miniatura.

«Gracias, amor», dice Chiyoko, casi sin aliento.

Son las palabras más dulces que ha escuchado An en su vida.

—Te dije que *—parpadeoCONVULSIÓNparpadeo—*, te dije que los mataría.

«Gracias.»

Nori Ko mira a través del telémetro a derecha e izquierda. Tsuro mueve el brazo hacia donde están ellos y levanta el pulgar.

—Ha sido una tirada excepcional, An —dice—. Cinco disparos, cinco muertos. Cuatro de ellos en movimiento. —Comprueba el tiempo en la pantalla del telémetro—. En menos de ocho segundos.

«Lánzale un cumplido», dice Chiyoko.

An aparta el ojo de la mira y enfoca el rifle hacia arriba.

—No podría *—parpadeo—*, no podría haberlo hecho sin ti, Nori Ko. Ni sin tu hermano *—CONVULSIÓN—*, tu hermano *—PARPADEOCONVULSIÓN—*, tu hermano.

—Tsuro lleva mucho tiempo esperando poder ayudarme —dice Nori Ko.

Aterrizaron menos de una hora antes que la cahokiana y el olmeca, cargaron rápidamente todo el equipo en un Mitsubishi Montero y subieron hasta su actual posición al sudoeste del aeropuerto, dejando que Tsuro se ocupase del Y-12E de An. Mientras se preparaban para el ataque mortal, Tsuro se encargó de trasladar el avión hasta el fondo del hangar para que pasara desapercibido.

An abandona su posición en lo alto de una loma cubierta de hierba y se vuelve hacia la Llave del Cielo. Está drogada y duerme recostada en la mochila de Nori Ko.

«No te detengas», dice Chiyoko.

—No quiero *—PARPADEO—*, no quiero esperar a los demás, Nori Ko. Esperar a *—PARPADEOPARPADEO—* a ese tal Dickey es demasiado *—CONVULSIÓNparpadeoCONVULSIÓN—* demasiado impredecible.

—Estoy de acuerdo —dice Nori Ko. Guarda el telémetro en la mochila con cuidado para no despertar a la niña—. Tsuro se ocupará

de ellos. —Da unos golpecitos al reloj—. Además, tenemos que matar a 22b y el tiempo pasa muy rápido.

An apoya el rifle JS 7.62 negro contra una roca y comprueba su chaleco. Manosea los botones de la camisa, sus ojos parpadean y parpadean y parpadean, los músculos de los hombros se convulsionan. Consigue por fin desabrocharse la camisa y tira una vez más de las correas del chaleco, para asegurarse de que todo está bien. El chaleco se adhiere a la piel y presiona sus costillas, le hace daño. Es pesado —casi 20 kilos—, pero le resulta extrañamente reconfortante, como una mantita.

—¿Estás bien, An? Tus tics van de mal en peor.

«Está bien», dice Chiyoko.

Pero es An quien pronuncia estas palabras.

—¿Por qué hablas de ti mismo en tercera persona? —pregunta Nori Ko.

An se endereza. Se abrocha la camisa. Mira a Nori Ko a los ojos.

«No le digas nada sobre mí», dice Chiyoko.

—Quiero decir que estoy bien —dice An—. Es un truco muy viejo. Cuando mi cuerpo hace estas cosas, a veces me imagino que es de otra persona. Me ayuda a llevarlo mejor.

Es una mentira, pero de las buenas. Y funciona porque, por suerte, su cuerpo está sereno y controlado mientras ofrece su explicación.

Pulsa unos cuantos botones de un teclado personalizado que lleva en la muñeca. Se ilumina una luz en el teclado y destella tres veces, luego cambia a rojo.

—Está activada. Estoy listo.

Coge el rifle de francotirador y la bolsa con la munición y se encamina hacia el Montero, dejando que Nori Ko cargue con la mochila grande y con la Llave del Cielo. Recoge la bolsa del suelo y carga con la niña como si fuese un bebé. Esta se agita un poco cuando Nori Ko la deposita en el asiento de atrás. La mu la coge por la barbilla y le abre un párpado. Tiene las pupilas dilatadas. Se agitan en dirección a la nariz. Está totalmente inconsciente. Nori Ko se instala en el asiento del acompañante, An pone el coche en marcha y se van.

Serpentean por una pista de tierra en dirección sudeste hasta que enlazan con la carretera principal del monte Urabe. An conduce muy rápido. El paisaje es abierto y exuberante, con campos de heno y trigo verde y densos bosques de árboles en la montaña. Mientras descienden hacia el pequeño puerto situado en la vertiente sur de la isla, Nori Ko saca su teléfono y efectúa una llamada.

Apenas suena antes de que empiece a hablar. Conversa unos

minutos en apresurado japonés. An no entiende nada de lo que dice. En cuanto cuelga, el shang le pregunta:

—¿Otra vez tu hermano?

—Sí. Está todo a punto. Tendremos que sumergirnos con bombonas, pero no hay mucha profundidad. Y disponemos de una máscara entera para la niña, lo que nos permitirá mantenerla inconsciente. —Mira a la Llave del Cielo—. Deberíamos estar dentro del monumento mu en una hora. —Llegan a una bifurcación—. Ve hacia la izquierda.

An sigue las instrucciones, el Montero derrapa.

El shang pisa aún más el acelerador. El coche cobra velocidad. Casi han llegado.

HILAL IBN ISA AL-SALT
Bombardier Global 8000, aterrizando en el aeropuerto de Yonaguni (Japón)



Hilal pilota el avión sin problemas y con facilidad. Mira por el lado derecho de la ventanilla de la cabina de mando mientras el aeroplano rueda por la pista. Ve el otro avión, pero no a los demás Jugadores.

Minutos más tarde, cuando por fin detiene el aparato, vislumbra a un japonés menudo vestido con camiseta y pantalón vaquero que está maniobrando una carretilla cargada de equipaje hacia la zona de recepción. El avión de Jago y Sarah está cerrado y en buen estado, aunque algo sucio por haber volado a través de lo que debe de ser el infierno de ceniza que cubre Canadá y Estados Unidos.

Hilal para los motores. El hombre lo saluda con simpatía y le indica con gestos que abra la ventanilla. El aksumita obedece.

—¡¿Señor Dickey?! —grita el hombre en perfecto inglés.

—Efectivamente —replica Hilal, conservando su acento norteamericano—. ¿Señor Masaka?

—¡El mismo que viste y calza!

—¿Han llegado mis amigos?

—¡Sí! —Señala por encima del hombro—. Están dentro, tomando un té. Aunque están muy impacientes por su llegada.

—Seguro. Enseguida salgo.

Hilal se quita el cinturón y emerge a la cabina principal. Se cuelga la mochila. Contiene un teléfono vía satélite con el que poder comunicar con Jenny y Shari, que se han quedado en Australia, comida, agua y unas gafas de visión nocturna. Carga los tirantes del pantalón con munición adicional para el rifle y se coloca un cinturón de cuero para sujetar los machetes a las caderas. Coge finalmente un HK416 negro con acabado mate y se dirige hacia la puerta.

Hilal, por simple costumbre, pone el 416 en posición de disparo.

Suelta el seguro, la puerta se abre y el aire cálido procedente del mar entra en el avión. Es dulce e intenso, y a Hilal le gusta.

Masaka sofoca un grito.

—Ay, cielos —dice, llevándose una mano a la boca.

Hilal conoce bien la reacción de la gente al ver las heridas de su cara. Llega al asfalto y saluda inclinando la cabeza.

—Señor Masaka, le pido disculpas por mi aspecto. Sé que es

inquietante. Y agradezco que haya dado permiso a mis amigos para aterrizar.

—Por supuesto…

—No estamos aquí para hacerle ningún daño. Más bien al contrario. Seguro que mis amigos le habrán dicho algo similar.

—Sí…, así es.

—¿Cuánto hace que han llegado?

—Unos treinta minutos —dice Masaka, incapaz de apartar la mirada de la cara de Hilal.

—Estupendo. ¿Y dice usted que están dentro?

—Sí, por allí, detrás de aquella puerta —explica, volviéndose y señalando el edificio más próximo—. Están muy impacientes por verlo.

—Y yo a ellos.

Hilal echa a andar hacia el edificio y Masaka se lleva la mano a la frente.

—¡Por el amor de Dios! Casi me olvido de mis buenos modales. Un momento, por favor. —Retrocede un paso—. ¡Su amiga Sarah me ha pedido que preparara una cosa!

—¿El qué?

—¡El té! Le ha gustado tanto mi té que me ha pedido que se lo sirviera también a usted. ¡Lo tengo justo aquí! —Señala una bandeja esmaltada que descansa sobre el carro para el equipaje—. Por favor. ¡Es una tradición!

Hilal se encoge de hombros.

—De acuerdo.

Masaka coge la bandeja, con cuidado de no derramar nada. En cuestión de segundos se planta de nuevo frente a Hilal.

—Siento mucho si todo esto le parece extraño. Ustedes son visitantes y siempre me he enorgullecido de recibir a mis invitados como es debido.

Extiende ante él la bandeja esmaltada. Contiene un par de humeantes tazas de color jade. Cuando Hilal se acerca, se ve asaltado por un sutil, aunque embriagador, aroma a tierra, a hierba recién cortada, a granos tostados y una pizca de acidez que le produce un cosquilleo en la nariz.

—Huele bien —reconoce Hilal.

—Se trata de una mezcla especial preparada por mí —explica Masaka.

Hilal coge la taza más próxima a Tsuro. Masaka coge la otra. La bandeja cae hacia su lado. Levantan las tazas. Sopla una brisa potente procedente del oeste que sacude el avión de Sarah y de Jago.

Ahuyenta el aroma del té y lo sustituye por un olor a árboles y a agua fresca, el que se genera cuando ha pasado un temporal.

—*Kampai* —dice Masaka.

—*Kampai* —repite Hilal, aunque con escaso entusiasmo, y se acerca poco a poco la taza a los labios.

Pero entonces Hilal se da cuenta de que el suelo de hormigón que rodea el avión está brillante y mojado, mientras que el aeroplano está completamente seco.

La mirada de Hilal corre con rapidez hacia la base del carro de equipaje. Se queda helado.

Una única gota de líquido oscuro resbala por el carro y cae al suelo.

Sangre.

Hilal suelta la taza. Se hace añicos contra el hormigón y el té ardiente le salpica los bajos del pantalón y los zapatos.

—¿Qué sucede, señor Dickey? —dice enseguida Tsuro.

Hilal retrocede y apunta con el rifle el cuello de Masaka.

—¿Qué hay en ese carro?

—Equipaje —responde con nerviosismo Masaka—. ¿Lo he ofendido en algo? Dígamelo, por favor. ¡Le pido mil disculpas! Sus amigos..., ahora mismo les digo que salgan. ¡Por favor!

—No hará nada de nada —dice Hilal, olvidándose del acento norteamericano—. Se lo advierto, y solo lo haré una vez. No se mueva de aquí.

Pero Masaka se mueve. Salta directamente hacia un lado y esquiva la línea de fuego del rifle. En vez de seguirlo, Hilal voltea el arma e intenta golpear la cabeza de Masaka con la culata. El golpe falla y el mu lanza el canto afilado de la bandeja contra el cuello de Hilal. Este se inclina para evitar el impacto y proyecta al mismo tiempo el pie contra las costillas de Masaka, que contraataca. Hilal lo esquiva con la velocidad de un rayo y golpea con el rifle la parte posterior de las rodillas de su contrincante. El hombre se dobla y cae al suelo. Con un ágil movimiento, Hilal saca el machete llamado *Amor* y, sin desenfundarlo, lo acerca al cuello de Masaka y lo mantiene allí, presionándole la nuez. El aksumita echa un vistazo a su alrededor. No se ve a nadie, ni hostil ni todo lo contrario. Reza para que Masaka trabaje solo, pues, de no ser este el caso, podría ser hombre muerto.

Hilal arrastra a Masaka hasta el carro y ve por fin lo que hay detrás de la montaña de maletas.

Una lona azul enrollada con prisas que cubre un bulto informe del tamaño de un animal grande.

Pero Hilal sabe que no esconde ningún animal.

Incrementa la presión sobre el cuello de Masaka. El hombre jadea en busca de aire. Sirviéndose de la boca del rifle, Hilal levanta la lona por una esquina y tira para retirarla en su totalidad. La brisa hace el resto.

Cinco cuerpos. Todos muertos mediante disparos a la cabeza de un arma de calibre medio. Tres hombres que no había visto nunca, aunque identificar sus caras es complicado debido a las heridas. Y encima, con el brazo de ella enlazando en una posición rara la parte más estrecha de la cintura de él, están Sarah Alopay y Jago Tlaloc.

Los dos muertos por el rifle de un francotirador. Hilal observa la escena una vez más y llega a la conclusión de que Masaka ha camelado a los Jugadores y a sus acompañantes para que se situaran en el blanco mientras otro los mataba a distancia y luego se ha ocupado de los cadáveres. El aksumita reflexiona y piensa que, si el francotirador se encontrara aún apostado, él ya estaría muerto.

Lo que significa que está seguro. Al menos por el momento.

Masaka intenta explicarse, pero Hilal le presiona el cuello con *Amor* con tanta fuerza que el hombre no puede ni respirar. Hilal necesita averiguar cosas antes de acabar con el hombrecillo. Si Sarah o Jago llevaban encima un arma capaz de matar a un Creador, ha de localizarla. Hilal registra rápidamente al olmeca. Hace lo mismo con Sarah, empezando por los pies. Encuentra un objeto extraño en el bolsillo, un trozo de metal que se ajusta a una mano. Parece de lo más inofensivo, pero hay algo en su forma y tamaño que lo hace pensar que ha dado con él. Sigue registrándola, no encuentra nada. Mira por última vez a los Jugadores muertos.

A sus camaradas fallecidos.

Héroes.

Reza en voz baja una oración en arameo y los cubre con la lona.

Su Endgame ha terminado.

Tira de Masaka para levantarlo del suelo, lo arrastra hacia la pista y lo coloca bajo el ala y el fuselaje del avión, para poder quedarse a cubierto. Obliga a Masaka a arrodillarse, desenfunda *Amor* y apunta a la cara del hombre.

—Coloque las manos sobre la cabeza, señor Masaka.

El hombre obedece.

Por la forma de servirle el té y por la manera de ladear los hombros, Hilal adivina que Masaka es zurdo.

—Levante la mano izquierda, señor Masaka.

El hombre protesta en japonés.

—La cabeza o la mano, señor Masaka. Usted elige.

—¡Vale, vale! —dice Masaka, y extiende el brazo izquierdo.

—Separe los dedos.

Masaka obedece.

Hilal acerca el filo de *Amor* a la base del dedo meñique.

—¿Con quién trabaja? —pregunta.

Masaka dice algo en japonés, a buen seguro una ristra de palabrotas.

Hilal presiona *Amor* y el meñique cae al suelo. El hombre grita e intenta acercar la mano lisiada al cuerpo, pero el aksumita se mueve con rapidez y atrapa el dedo anular de Masaka. Vuelve a colocar la mano extendida y acerca tranquilamente la espada a la piel.

—Hable —ordena Hilal.

—Que te jodan —dice Masaka en inglés.

Hilal le corta el dedo. Cae en el suelo al lado del meñique y sujeta entonces el dedo corazón. Tiene las manos cubiertas de sangre.

—Hable —repite Hilal.

—No pienso hacerlo —balbucea Masaka.

El dedo está resbaladizo. Hilal no puede seguir sujetándolo. De modo que agarra la muñeca y recorre el brazo de Tsuro con el machete. Se detiene en el hombro.

—No quiero alterarme.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Era mi hermana!

—¿Quién es tu hermana?

—Es mu.

—¿Eres mu?

—Sí.

—Tu Jugadora murió hace mucho tiempo —lo informa Hilal, sin entender nada.

—Que te jodan —repite el hombre.

—¿Quién es tu hermana? —pregunta de nuevo Hilal.

Masaka no dice nada.

Hilal empieza a comprender.

—Es cuestión de venganza, ¿no? Es la mejor explicación que se me ocurre.

—Que. Te. Jodan.

—Última oportunidad —dice Hilal, presionando el machete contra la carne de Masaka—. Dime quién es tu hermana y también si está sola.

—Soy mu. Mi sangre es mu. Soy mu.

Escupe. La bola de flema cae sobre el pie de Hilal. Este ni se inmuta.

Levanta el machete unas pulgadas y lo deja caer. La sangre salpica por todas partes. Hilal baja el brazo. Masaka grita. Hilal acerca

la punta del arma al cuello de Masaka.

—Señor Masaka, en estos momentos, el tiempo es mi enemigo. Dígame si su hermana está sola.

Masaka está en estado de *shock*. Hilal sabe que no siente ningún dolor. La adrenalina no se lo permite.

—Respóndame.

—Sh-shang. El shang.

—Y ¿dónde están?

—En el puerto. En la vertiente sur de la isla. Por favor.

«El estado de *shock* es un suero de la verdad maravilloso», se dice Hilal.

El aksumita retrocede tres pasos. Coge el rifle. Apunta. Un único disparo.

Masaka se derrumba hacia delante.

Hilal limpia el machete con el pantalón del mu y lo enfunda.

—Qué inesperado —dice en voz alta.

Hilal pasa los dedos por debajo del cinturón de Masaka y lo levanta por la pelvis. Recoge el brazo cortado. Lo deja caer en el carro de equipaje y deposita a Masaka encima de la montaña de cadáveres, no sin antes registrarle los bolsillos y encontrar las llaves de un coche. Decide incinerarlos.

Trabaja con rapidez para rociar la improvisada pira con combustible de aviación y cuando termina, saca un encendedor y le prende fuego.

Abandona el aeropuerto, sube al Toyota de cinco puertas de Masaka y se pone en marcha. Mientras el coche asciende por la carretera de curvas y se aleja del mar, coge el teléfono y llama a Jenny. Suena una vez antes de que ella responda con un escueto «Sí».

—Sumérgete en el Sueño —dice Hilal—. Busca el monumento mu y abre el portal. Todo será muy rápido, pase lo que pase. Verás al shang. Tiene las llaves. Y tiene además una cómplice. Una mu.

—La hostia —exclama Jenny.

—Pues sí. Estoy ya de camino. Envía la señal cuando me veas en la cámara estrella. Entonces actuaré y salvaré a la Pequeña Alice. Dile a Shari que le devolveré a su hija.

—Así lo haré, compañero —dice Jenny—. Buena suerte.

—También a ti, maestra Ulapala. Buena suerte para todos nosotros.

Cuatro y Seis y Ocho y Doce y Veinte[iv]

AN LIU, NORI KO, PEQUEÑA ALICE CHOPRA

24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



Nori Ko se lanza al agua desde la pequeña barca de pesca anclada justo encima del monumento mu. Lleva con ella su mochila, una pistola lanzabengalas y una cuerda de nailon resistente atada a la cintura. No se ha vestido de neopreno. El agua está caliente y azul. Se sumerge 7 metros, patalea con fuerza con las aletas, los brazos pegados a los costados. Sopla tres veces para descomprimir los oídos. Las burbujas flotan alrededor de su cara y carbonatan el cabello que flota detrás de ella. A su izquierda ve una pirámide escalonada que lleva oculta bajo las olas miles y miles de años, cuyo origen y función son un misterio eterno tanto para los turistas como para la gente del lugar, que lleva años buceando en la zona.

Una pirámide mu.

Llega a un saliente, el azul se oscurece por completo a su derecha. Maniobra por debajo de la roca y por detrás de un afloramiento enorme de coral abanico. Sí. Allí está la entrada, como una boca oscura que se abre delante de ella. Se desata la cuerda de nailon, cuyo extremo está asegurado a la barca que flota sobre la superficie. Enciende una bengala y la sujeta delante de ella. La piedra negra lanza destellos anaranjados, rosados y blancos. Golpea una pared, levanta la vista y ve el espejo cuadrado de una bolsa de aire un metro por encima de ella. Se quita el cinturón de plomos y patalea dos veces. Emerge en la estancia sin agua, el aire cargado lleva miles de años atrapado en el interior de la estructura. Arroja la bengala en la sala antes de lanzarse de nuevo al agua y continuar el descenso. Verifica la cuerda de nailon. Resiste bien. Enfoca la pistola lanzabengalas hacia la superficie, procurando evitar el casco de la barca, y presiona el gatillo. El proyectil sale disparado envuelto en burbujas y explota, cobrando el aspecto de un castillo de fuegos artificiales deformado que estalla bajo las olas.

Nada de nuevo hacia la sala y entra. Enciende tres bengalas y las lanza a tres esquinas distintas. Es una estancia rectangular y sabe, de una misión mu anterior, que tiene 3 metros de ancho por 4,854 de largo. En la pared oeste se abre una puerta alta y estrecha. Da acceso a un pasadizo que desciende varios metros y termina en otra habitación rectangular. En sus visitas nunca ha pasado de esta segunda sala. Si

hoy tiene que ir más allá —lo que es muy probable—, será adentrarse en terreno desconocido.

Un penacho de burbujas altera el agua cinco minutos más tarde. Aparecen juntos An y la Llave del Cielo. El Jugador shang le pasa la niña a Nori Ko, que la coloca con cuidado encima de su mochila vacía. Le quita la escafandra especial con orejeras herméticas que igualan automáticamente la presión y acaricia la cara mojada de la Llave del Cielo y su cabello oscuro. La piel de la barbilla y de debajo de las orejas está arrugada y enrojecida por la presión de la escafandra. La niña se agita y gimotea, pero no se despierta.

«Ahora ve tranquilo, amor», le dice Chiyoko a An, que observa a sus acompañantes.

Se *PARPADEO* se quita *CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓN* se quita el equipo de submarinismo y se queda en *PARPADEOparpadeoconvulsión* en ropa interior. Abre la bolsa hermética grande que lleva consigo y extrae de su interior el collar de Chiyoko y la Llave de la Tierra *PARPADEOPARPADEO*, luego el chaleco, el dispositivo de activación y un conjunto de ropa seca de algodón que parece un pijama. Se pasa a Chiyoko por la cabeza, aspira el olor de su cabello y le da un beso a la oreja. Guarda la Llave de la Tierra en un bolsillo con cierre de velcro, introduce los brazos en el chaleco y tira con fuerza de las correas que lo sujetan a su torso. Se coloca el dispositivo de activación en el antebrazo y se viste de tal modo que las prendas oculten el tremendo explosivo que piensa dejarle al kepler. Pasa por el lado de Nori Ko y de la niña sin decir nada, se cuelga al hombro su ARX160. Coge *PARPADEOPARPADEO* la katana *CONVULSIÓNparpadeo* la katana de Nobuyuki y se la ata a la espalda; la empuñadura sobresale por encima de su cabeza.

«Ya estás listo, amor.»

—Listo —dice, mirando a la Llave del Cielo, aunque dirigiendo sus palabras a Nori Ko.

La mu mira a An bajo la tenebrosa luz, sus ojos, oscuros como el carbón, su cuerpo, casi brillando por la sed de venganza, y se pregunta por un momento si ha cometido un error. Solo por un momento.

Porque lo que más la asusta de An es precisamente también lo que más la atrae de él. Es ante todo un asesino. Y en este juego espantoso los que ganan son los asesinos.

Le lanza una bengala a An. La captura con agilidad. Coge entonces a la niña para cargarla en brazos. La Llave del Cielo apoya la cabeza contra el hombro de Nori Ko. La niña sigue del todo inconsciente. No verá su final, y Nori Ko lo agradece.

Es una niña, al fin y al cabo.

—Por aquí —dice, indicando la puerta—. Tú primero.

An cruza la puerta y desaparece. Nori Ko se apresura tras él y ocho minutos después de un descenso en espiral, doblan un recodo y entran de repente en otra sala. Tiene las mismas proporciones que la de arriba, pero es el doble de grande. En medio de la estancia hay una mesa maciza de piedra negra con cantos rectos. En el extremo opuesto hay otra puerta, también de piedra y cerrada.

«Las llaves la abrirán, amor», dice Chiyoko.

—Las llaves —*PARPADEOconvulsiónPARPADEO*—, las llaves la abrirán.

—¿Estás seguro? —pregunta Nori Ko.

—Dame a la niña —dice An.

Nori Ko se la pasa. An la coge en brazos. Se acerca con ella a la puerta cerrada. La niña pesa. La Llave de la Tierra también le pesa en el bolsillo. Pesa cada vez más. Y entonces...

KEPLER 22B

3161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



Abre los ojos de golpe, dos rendijas negras que contrastan con su piel de madreperla. Oye un sonido chirriante, de piedra contra piedra, por encima de él, no muy lejos.

Ha llegado la hora.

El viejo templo se mueve. En cuestión de minutos, el extremo del promontorio será visible al mundo y surgirá de entre las olas un pilar rectilíneo de piedra erosionada por el mar, húmedo y con bivalvos, corales y anémonas incrustados.

Como ya sucedió con Stonehenge, el antiguo monumento se ha despertado.

Tiene que prepararse para el Jugador.

Sale de su lugar y se desliza hacia el centro de la sala. Se dobla por la mitad por la cintura y abarca con sus manos de siete dedos el perímetro del recipiente dorado situado en el suelo. La superficie metálica se ondula y adopta colores oscuros, muestra destellos del cosmos y algún que otro rayo de luz se escapa y se proyecta hacia el techo. Retira las manos procurando que ninguna parte de su cuerpo entre en contacto con el interior del recipiente.

Está listo para recibir las llaves.

Se acerca al portal. Posa la mano derecha en la jamba de piedra, que se torna líquida al instante. Sumerge la mano. Mueve los dedos en el interior de la piedra de plasma que está gélida al contacto debido a que lleva miles y miles de años sin utilizarse. El interior del portal se ondula y se ennegrece, y él se inclina hacia delante para asegurarse de que la conexión está abierta. Aparece su cabeza, a millones de millas de distancia, en la sala de teletransporte de su nave. Vuelve a inclinarse hacia atrás y está íntegramente en la cámara estrella mu.

Desliza un dedo por encima de un sensor instalado en la manga de la armadura y aparece sobre la mano derecha un arma proyectil. Ajusta el modo de disparo de tal forma que pase de la ráfaga dispersa que lleva por defecto al blanco preciso.

Espera. El sonido chirriante que se oye por encima continúa. Examina la sala una vez más, moviéndose en el sentido de las agujas del reloj y partiendo de su izquierda. Ahí está la celta por si acaso la necesita y el código vivo incrustado en sus genes. Allí también está la

puerta que conduce hacia arriba. En medio de la sala está el cuenco. Las paredes resplandecen de azul. ¿Y eso qué es? Fuerza la vista. Atraviesa rápidamente la sala hasta la punta de estrella del otro extremo y mira el suelo. Un objeto que le había pasado desapercibido.

Una piedra roja de forma redondeada.

Una piedra que no tendría que estar ahí.

La coge y a continuación la olisquea. El sonido chirriante se detiene. La piedrita huele de un modo muy especial y la ubica de inmediato.

Es de Australia. De una zona cercana al monumento koori, en la región interior de la isla.

Mira por encima del hombro. La piedra estaba justo enfrente del portal.

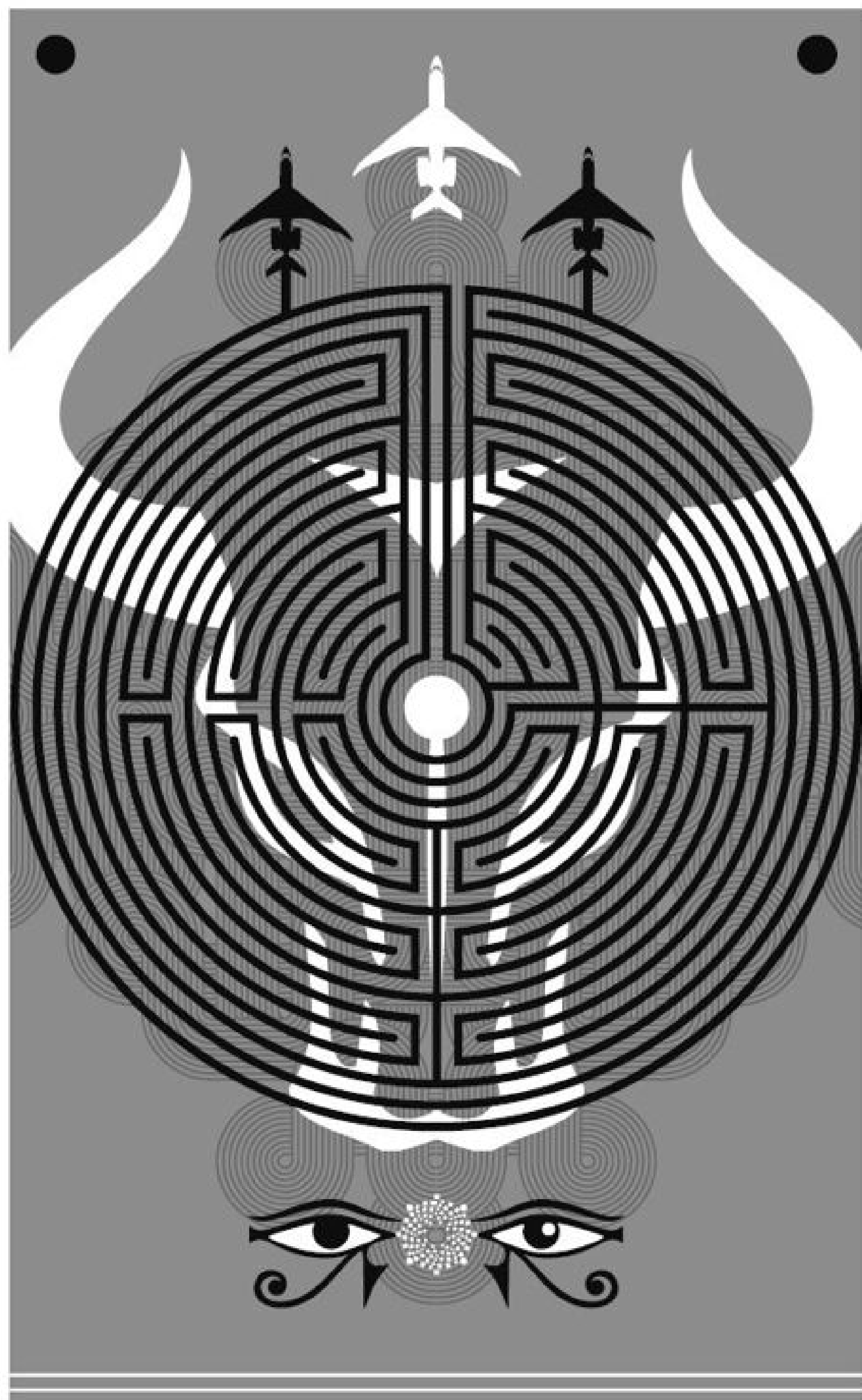
¡La han arrojado a la sala desde el monumento koori!

Suelta el guijarro e introduce la mano izquierda en la piedra de plasma para reconfigurar sus ajustes. Sabe que ha habido Jugadores que han viajado por el mundo mediante portales e imagina que ha sido por casualidad, como los que fueron desde Bolivia hasta el Himalaya, pero la presencia de la reveladora piedrecita significa que al menos uno de ellos ha aprendido a *utilizar* los portales. El Jugador en cuestión no se ha conectado aún a este portal, pero hay que suponer que está intentando establecer conexión.

Pasados unos momentos, retira la mano del plasma y arroja la piedra a la negrura del portal. La china rebota y cae a sus pies. Extiende entonces la mano, que atraviesa sin esfuerzo el gélido vacío y entra en la nave.

La prueba ha sido satisfactoria. Ahora solo puede pasar él, en ambas direcciones. Nadie más podrá utilizar el portal para llegar ni para escapar.

Regresa al centro de la sala y espera.



AN LIU, NORI KO, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



An Liu y Nori Ko plantan con firmeza los pies en un suelo que no para de moverse. El sonido chirriante de la piedra es ensordecedor y, aun careciendo de un punto exterior de referencia, An intuye que la sala está emergiendo del fondo del mar.

«Está pasando otra vez, amor —dice Chiyoko—. Igual que cuando morí.»

—¡¿Qué sucede?! —grita Nori Ko.

Da un traspié y consigue sujetarse en la esquina de la mesa de piedra, que está adherida al suelo.

—Está —*PARPADEOconvulsión*—, está —*CONVULSIÓNCONVULSIÓN*—, está cambiando. Igual que pasó en Stonehenge. —*PARPADEOPARPADEOparpadeo*—. Igual que allí.

«Significa que vamos por buen camino», dice Chiyoko.

—Lo —*PARPADEO*—, lo sé.

«Significa que el resto podemos hacerlo solos», dice Chiyoko.

—Lo sé.

La Llave del Cielo empieza a agitarse cuando la sala se mueve y gira como una atracción de feria, pero pasados unos minutos de locura, todo se detiene.

Se impone el silencio.

Entra en la sala una ráfaga de aire gélido. La Llave del Cielo parpadea. Señala.

—Tierra Cielo Sol —dice en voz baja.

An sigue con la vista la trayectoria del dedo de la niña. La puerta se ha abierto. Se ve un pasillo estrecho que desciende hacia la oscuridad. An asoma la cabeza y su aliento se transforma en vaho.

—Tierra Cielo Sol —repite la niña.

An deja a la niña en el suelo, sin miramientos.

—¡Oye! —exclama Nori Ko—. Tampoco es necesario...

Se interrumpe en el momento en que An coge el rifle y apunta a la cara de Nori Ko.

parpadeo.

«No. ¡Deja que se vaya!», le implora Chiyoko.

Pero An pronuncia esas mismas palabras.

PARPADEOPARPADEOPARPADEOPARPADEO.

Nori Ko levanta las manos a la defensiva. Y entonces por fin lo comprende.

—Hazle caso, An. Chiyoko te quiere —le dice ella.

—N-n-n-no —responde An—. Gracias por —*PARPADEOparpadeoPARPADEO*— por traerme —*CONVULSIÓNCONVULSIÓN*— por traerme hasta aquí, pero...

Nori Ko lo interrumpe.

—Aún puedo serte útil. Me aseguraré de que no viene nadie a por ti, An. Aún puedo serte útil.

«Deja que se vaya», dice Chiyoko.

—No-no-no-no-no sé —tartamudea An—. Tendrías —*CONVULSIÓNparpadeoparpadeo*— tendrías que morir.

«¿Por qué?», pregunta Chiyoko.

Pero antes de que An pueda explicarle que es porque todos tienen que morir y porque él tiene que ser quien los mate, Nori Ko interviene:

—Comprendo muy bien lo que eres, An. Por eso te elegí. ¡Eres la Muerte! Deja que te proteja para que puedas entregarle esto al Creador y lo averigües todo por ti mismo. Deja que te ayude. Déjame ayudar a Chiyoko. ¡Por favor!

PARPADEOPARPADEOCONVULSIÓNconvulsiónconvulsiónPARPADEO.

—Tierra Cielo Sol —dice la niña.

PARPADEO.

«Hazle caso, amor. Ve con el kepler. Venga mi muerte —dice Chiyoko—. Ahora.»

PPPARPADEO. PPPARPADEO. PPPPPPARPADEO.

Le tiemblan las manos. El rifle desciende unas pulgadas. Nori Ko se plantea protegerse debajo de la mesa de piedra, pero a pesar de que los tics de An le brindan esa oportunidad, también le indican su estado de nerviosismo, lo impredecible que puede llegar a ser.

Se queda donde está.

CONCONCONCONCONVULSIÓN. CONCONCONConvulsión.

En el pasillo que asciende hasta la salida del monumento se oyen ruidos. El retumbar de las olas al romper, un clunc clunc, como si alguien estuviese aporreando un objeto metálico, y entonces, solo por un instante, la voz de un hombre que dice «Fe».

—¡Se acerca más gente! —dice con urgencia Nori Ko.

—Tierra Cielo Sol —repite la niña, subiendo el tono de voz.

An le da un golpe con el muslo.

—Calla.

«Deja que se vaya.»

PPPPPPPPPPPARPADEO.

CONCONCONCONCONCONCONCONVULSIÓN.

Baja la mano que sujeta el Beretta.

—De acuerdo. Vela —*PARPADEO*— vela por mi seguridad, Nori Ko. Vela por la —*CONVULSIÓN*— la —*parpadeoparpadeoparpadeo*— la —*CONVULSIÓNCONVULSIÓNPARPADEOparpadeo*— la —*CONVULSIÓNPARPADEOPARPADEO*— la seguridad de Chiyoko.

Sin decir nada más, coge a la Llave del Cielo por el cuello de la camiseta y la arrastra hacia la oscuridad del pasadizo. La niña gorgotea y gime. Lo último que ve o escucha Nori Ko es el resplandor rojo del dispositivo que An lleva en el brazo, el que indica que el chaleco está en perfecto funcionamiento y preparado.

Nori Ko respira hondo tres veces y se concentra. Desenfunda la espada con la mano derecha y sujeta el rifle con la izquierda. Se apoya en la mesa y se coloca debajo para esconderse e impedir que la vea quienquiera que esté bajando.

HILAL IBN ISA AL-SALT

24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



Hilal se sujeta al cabo que ha atado a la proa de la zódiac y consigue mantenerse a bordo. El mar se agita con fuerza cuando emerge de las aguas un pilar de piedra de forma telescópica. Una vez que el movimiento se detiene, la piedra se eleva, como un pequeño faro, cuatro metros por encima de la superficie.

La barca a la que también ha atado la zódiac —la que An y Nori Ko han utilizado para llegar hasta este punto— choca rítmicamente contra la piedra emitiendo un sonido metálico. Un abanico de mar gigantesco impide que se mueva. Y en uno de los costados de la roca se ve una abertura por donde puede entrar una persona.

Es ahí.

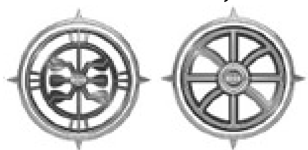
Hilal hunde la mano en el bolsillo y adapta los dedos a los huecos del objeto metálico. No pasa nada, pero está seguro de que de algún modo, de alguna manera, el objeto funcionará cuando lo necesite.

—Debo tener fe —se dice.

Comprueba los machetes y el rifle HK416 una vez más, salta de la barca y se introduce por la abertura; su fe lo ayuda a dar todos y cada uno de los pasos que lo llevarán a avanzar hacia el final.

*La realidad es un sueño.*v

SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA



—El Sueño —dice Shari.

Su cuerpo físico está en Yuendumu, en el interior de Australia, pero el espiritual está aquí, en el vacío compartido.

Shari sujeta la mano de Jenny en los dos ámbitos. En Australia, están sentadas en la tierra rojiza la una junto a la otra, sus rodillas se rozan. En el Sueño, avanzan a paso ligero por la nada y llevan caminando durante lo que podría ser tanto una fracción de segundo como muchísimas horas. Sus brazos se balancean con determinación, sus muslos se tocan de vez en cuando. La vista de Shari alcanza a distinguir el horizonte en todas direcciones, pero hacia dondequiera que mire, no hay nada que ver.

—¿Cuándo llegaremos? —pregunta Shari.

—Pronto, mamá.

Esta vez están solas. Alice la Mayor no está allí susurrando que los harapanos se encuentran detrás de Shari, agitando los brazos, repitiendo en voz baja su nombre, empujándola a continuar, a seguir siempre adelante.

Aparece en el suelo, a lo lejos, un resplandor azulado. Jenny las guía hacia aquella dirección. Dice:

—Cuando lleguemos allí, estaré contigo, mamá. Pero cuando nos encontremos con Hilal y sea el momento de pasar con tu hija por el portal, te dejaré sola para que le indiques que puede empezar. De lo contrario, el aksumita no sabrá que estamos esperándolo al otro lado. Tendrás que mantenerte en silencio y concentrada en el Sueño hasta que Hilal haya cruzado con tu hija, y deberás conservar la calma. Por muchas cosas que veas que suceden, mantén la calma o perderemos la conexión y la oportunidad de traerlos de nuevo hacia aquí. ¿Entendido?

El resplandor se vuelve más intenso.

—Entendido, Jenny.

—Perfecto. Y ahora, se acabó hablar. Silencio, mental y físico. Estás a punto de iniciar la meditación más difícil que hayas llevado a cabo en tu vida. Ten en cuenta que hasta la última fibra de tu ser te dirá que te muevas y actúes por tu hija. Pero debes negarte a hacerlo. Ayúdala estando allí y nada más. Si el Creador capta nuestra presencia, nos cerrará la puerta y estaremos jodidos.

—Entendido.

—Sé nada, sé como una piedra en el suelo, sé como el suelo. Tú eres la base.

Para darle a entender a Jenny que lo ha comprendido, Shari le aprieta la mano, en este mundo y en el otro. Aquí y allí. En todas

partes y en ninguna.

Continúan.

Más intenso.

Más intenso.

Más intenso.

Ya vislumbran la sala, en forma de estrella, resplandeciente, preparada. No ven al Creador por ningún lado, pero perciben su presencia.

Está esperando. Escondido.

Jenny se queda inmóvil al llegar junto al portal. Shari la imita.

La Pequeña Alice no ha llegado todavía. Pero...

Aisling Kopp *sí* está allí, su rostro inconsciente, su cabello pelirrojo asoma por el borde de una mortaja de seda.

A Shari le gustaría descubrir cómo es posible, pero sabe que no debe hablar. Que no debe pensar. Cierra los ojos en el Sueño y respira, respira, respira.

Nada.

Nada.

Nada.

Ahora nada los salvará.

NORI KO

24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



La voz del hombre se ha silenciado y no la ha vuelto a oír. Si está acercándose —y seguro que es así—, lo hace en silencio. Nori Ko ha cambiado de lugar y se ha apostado en el pasillo por el que han desaparecido An y la Llave del Cielo. Está tumbada en el suelo, apoyada sobre los codos, y cubre desde esta posición la puerta que se abre en el otro lado de la sala. El ambiente pesa sobre ella como una manta congelada. Aprieta los dientes para impedir que castañeteen. Más allá, todo está negro como boca de lobo. Permanece inmóvil en lo que parece el vacío, a la espera, y su única ventana al mundo es la mira del rifle equipada con un dispositivo de visión nocturna. Mantiene el ojo pegado a ella. Desde donde está apostada domina el borde de la mesa y la puerta. Pero como se encuentra a escasos metros de su objetivo, no consigue enfocar en su campo de visión más que la mitad de la entrada. Para estar a punto en todo momento, mueve el rifle cada tres segundos. Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

El hombre —y quienquiera que esté con él, porque no debe de ir solo— doblará el último recodo y aparecerá, y entonces tendrá que esperar el momento oportuno para aniquilarlos.

El umbral de la puerta permanece negro y vacío durante cuatro minutos.

Cinco.

Seis.

Siete.

Ocho.

Es el tiempo que An, ella y la Llave del Cielo han tardado en bajar desde la sala superior.

Más abajo, el shang está a punto de reunirse con el Creador.

Y también Chiyoko... o lo que queda de ella. Colgada alrededor del cuello de An, en su cabeza.

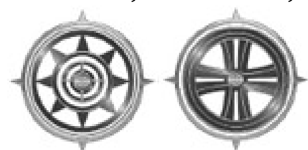
En su oscuro corazón.

Nueve minutos.

Arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo.

Arriba y abajo.

HILAL IBN ISA AL-SALT, NORI KO
24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



Hilal sigue con el rifle en una mano y el arma misteriosa a punto en la otra. Las gafas de visión nocturna le cubren los ojos. Avanza metódicamente a pesar de la oscuridad y del frío.

Después de siete minutos de imparable descenso en espiral, se queda quieto.

El pasadizo termina a menos de un metro de donde se ha detenido. Desde allí, Hilal vislumbra la pared de una sala. De no haber ido avanzando tan despacio, habría entrado ya. Pero quién sabe qué estará esperándolo al otro lado.

Se cuelga el rifle al costado e inspecciona el suelo en busca de cuerdas trampa. Nada. Examina el umbral de la puerta en busca de sensores. Nada.

Permanece inmóvil unos segundos, pensando qué hacer a continuación.

Pensando en qué *debe* hacer.

«Fe», dice para sus adentros.

Se arrodilla y vuelve a preparar el rifle. Se tumbará en el suelo, se arrastrará e irá hacia la derecha. Confía en encontrar algún objeto detrás del cual poder esconderse.

Cuenta.

Uno.

Dos.

Tres.

Nori Ko tiene la punta de la nariz como un témpano de hielo.

Continúa moviendo el rifle arriba y abajo, arriba y abajo.

Arriba.

Abajo.

Arriba.

Una figura entra a rastras por la puerta. Nori Ko presiona el gatillo y retiene allí el dedo, empuja el rifle para contener el retroceso y apunta para dar en el blanco que se arrastra por el suelo. Modificado para disparar totalmente en automático, el rifle descarga una lluvia de balas en la sala y la boca se ilumina, proyectando una luz estroboscópica que alumbra los contornos de la cabeza de Nori Ko, el

perfil de sus hombros y los muros de piedra. La figura desaparece detrás del extremo de la mesa. Nori Ko no está segura de haber dado en el blanco. Suelta el gatillo. Los últimos casquillos rebotan en el suelo con un tintineo metálico. Le silban los oídos. Apunta ahora hacia el extremo de la mesa, consciente de que con ello pierde de vista la puerta de entrada.

Apunta a continuación hacia la base de la puerta, luego hacia la parte superior, después a la mesa. Traza ese triángulo durante cinco segundos que le parecen cinco minutos. En las profundidades del antiguo edificio se oye el llanto de la niña. Traza de nuevo el triángulo. Otra vez. Otra vez.

A lo mejor ha tenido suerte. Tal vez solo sea uno.

Un movimiento. La figura que ha entrado a rastras en la sala hace asomar la punta de un rifle por el borde de la mesa. Disparan simultáneamente. Las balas que se dirigen a Nori Ko no logran dar en el blanco, pero las de ella sí, y se oye la voz de un hombre gritando de dolor, el sonido de un rifle al caer al suelo. La mu dispara contra el rifle, que queda fuera del alcance de su oponente.

Fija entonces la mirada en la parte superior de la puerta, en la base de la misma, en la mesa. Otra vez el triángulo.

La mesa.

La base de la puerta.

La parte superior.

Otra vez.

Entonces oye un sonido similar al de un arco de electricidad, ve una luz amarilla cegadora y rueda hacia un lado a la defensiva, apalancándose entre el suelo y la pared. El rayo pasa por su lado en un milisegundo y traza un corte limpio en su ARX160, separando en dos mitades exactas la mira y ambos receptores. El proyectil de energía le quema el dorso de la mano que presionaba el gatillo y, a pesar de que Nori Ko tiene los ojos cerrados, la luminosidad es tan intensa que distingue manchas de rojo y naranja.

Pero el destello desaparece a la misma velocidad con la que ha llegado, y el sonido también. Deja a su paso olor a carne quemada y lo que a Nori Ko le parece un montón de metal fundido.

Aunque no puede estar del todo segura, puesto que, con la luz aún deslumbrándola y la mira de visión nocturna destrozada, Nori Ko no ve absolutamente nada.

Se levanta de un salto, desenfunda un cuchillo de combate larguísimo y avanza con cautela. Blande el filo aquí y allá, aquí y allá.

—¡Vamos! —grita, desafiando a la oscuridad—. ¡*Vamos*!

Hilal mueve los dedos de la mano derecha. Se han llevado una buena sacudida cuando un disparo le ha arrancado el 416 y siente un hormigueo similar al que debe de percibir un bateador de críquet cuando devuelve un lanzamiento que llega con trayectoria curva.

Pero la sensación no es nada en comparación con lo que le está pasando en la mano izquierda.

En cuanto el rifle ha caído al suelo, el pedazo de metal ha cobrado vida, como si supiera que Hilal corría un peligro inminente y sus servicios fueran imprescindibles.

El brazo le ha quedado rígido como una tabla, trabado a la altura del codo, y ha visto cómo del lado del meñique del pedazo de metal surgía una punta que ha alcanzado una longitud de casi un metro. Al instante ha tenido la sensación de que la mano estaba unida al metal, el pulgar ha encontrado un hueco que parecía hecho a su medida y lo ha presionado. El brazo ha recibido una descarga de energía luminosa y de la punta ha salido disparado un disco que ha cruzado la sala a velocidad de vértigo y ha impactado contra su adversaria.

Pero el ataque no ha acabado con ella.

Ahora apunta con más cuidado. Observa durante un breve instante a la mujer. Si antes disponía de algún tipo de dispositivo de visión nocturna, ahora ya no lo tiene, puesto que está delante de él dando bandazos en el aire. Sin duda alguna es la mu que le comentó Masaka, una versión de Chiyoko Takeda en mayor. Hilal no entiende muy bien por qué esta mujer está ayudando al shang, pero el tiempo apremia y no es momento de pensar en estas cosas.

Vuelve a presionar el objeto con el pulgar. La sala se ilumina una vez más de color amarillo, el arma dispara su disco de energía y el ambiente crepita con fuerza y con dos potentes ruidos secos. Hilal baja el brazo y mira hacia el lado opuesto de la sala. En el suelo hay dos mitades exactas de la misma persona, su carne y sus entrañas chamuscadas y chirriantes.

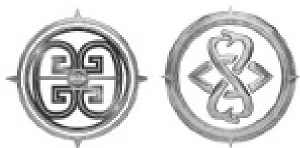
Oye un llanto infantil en las profundidades del monumento.

—¡La Llave del Cielo! —dice entre dientes.

Se agacha para recoger el 416. El cargador ha saltado, está mellado y deformado. No sirve para nada. Se endereza. Desenfunda *Odio* con la mano derecha y conserva en la izquierda la asombrosa arma del Creador.

Deja atrás el cuerpo partido en dos, cruza la puerta y se sumerge, en silencio, en la oscuridad y en el frío.

AN LIU, PEQUEÑA ALICE CHOPRA
24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



«Sigue adelante, amor.»

ParpadeoCONVULSIÓNCONVULSIÓNparpadeoparpadeoparpadeoconvulsión

An *parpadeo* An *parpadeo* An arrastra a la Llave *CONVULSIÓN* Llave del Cielo, que cada vez está más despierta, hacia *parpadeo* hacia *PARPADEO* hacia abajo.

El ambiente está frío *convulsión* frío *parpadeoparpadeo* frío *parpadeo*, está congelado. Abajo se observa un leve resplandor. Tiene la sensación de que el chaleco pesa *convulsiónconvulsión* pesa 200 kilos no *parpadeo* no *PARPADEO* no 20.

«Camina, amor. Un pie, otro pie, otro pie. Muévete. ¡Muévete!»

Lo anima, le habla sin ninguna *parpadeo* ninguna traba. Sin tics en la *convulsión* en la voz.

Es pura. En su cabeza. En su corazón.

Es la parte más pura de An.

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNparpadeoparpadeoCONVULSIÓN

Está tan ansioso *parpadeo*, tan alterado *convulsión*, tan *parpadeoparpadeo* tan lleno de tics que no puede *parpadeoparpadeoparpadeo* no puede hablar con ella *CONVULSIÓNCONVULSIÓN* ni en voz alta ni *parpadeoparpadeo* ni en su cabeza.

Su cabeza.

Su corazón.

Su cabeza.

Su corazón oscuro.

Chiyoko.

Chiyoko.

PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEO.

Sujeta con más fuerza el cuello de la camiseta de la niña, arrancándole de paso un mechón de *parpadeoconvulsión* mechón de pelo. Los folículos *parpadeoparpadeo* se separan-separan-separan de la piel. La niña grita, llora y entonces empieza a hablar en hindi o en bengalí, en el idioma que sea, pero él no *parpadeoconvulsiónCONVULSIÓNparpadeo* no entiende nada de nada. La niña patalea y mueve los brazos, y An la zarandea con fuerza, pero lo único *parpadeoconvulsiónCONVULSIÓNparpadeo* lo único que

consigue es que ella se enfade más.

Sigue llorando.

Disparos, muchos, retumban desde arriba y le asaltan *parpadeo* asaltan *convulsión* asaltan los oídos.

Los oídos de la niña.

Un breve silencio, otro estallido más, seguido por un potente ¡zzzuuuppp!, como una descarga eléctrica.

Luego silencio.

La Llave del Cielo vuelve a llorar.

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNPARPADEOPARPADEOCONVU

«Sigue adelante, amor. No fracases ahora.»

La niña se retuerce y escupe. Arriba, Nori Ko dice alguna cosa. Otro ¡zzzuuuupppp! y luego silencio.

«No le hagas daño a la niña.»

No puede *parpadeoparpadeo* no puede evitarlo. Se coloca el rifle a la espalda, tira hacia arriba de la Llave del Cielo y *convulsiónconvulsión* la enlaza con ambos brazos. Queda con la espalda de la niña pegada al pecho. Le tapa la boca con la mano. La niña muerde la piel fina que se extiende entre el pulgar y el dedo índice y vuelve a chillar.

—¡Ay! —grita An.

Pasa la mano por debajo *parpadeoparpadeo* por debajo de la barbilla de la niña, le cierra la boca con fuerza y se la sujeta. Se detiene. *PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEO*. Pasa la otra mano por encima *parpadeoparpadeoCONVULSIÓNCONVULSIÓN* por encima de la nariz y se la presiona.

«¡Tiene que vivir, An! ¡No hagas eso!»

La Llave del Cielo mueve las piernecitas para patear el vientre y la pelvis de An. Consigue atizarle en la entrepierna y el shang se dobla sobre sí mismo en un gesto de dolor, aplastando el cuerpo de la niña bajo el suyo. La Llave del Cielo intenta asomar la cabeza por un lado, pero no tiene fuerza. Sigue pataleando, pataleando, pataleando.

«No.»

CONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓNCONVULSIÓN.

Las patadas terminan. La cabeza ya no se mueve. An deja de presionarle la nariz. Extiende la mano plana debajo.

El calor del aliento cubre el dorso de la mano.

Está viva. Pero vuelve a estar inconsciente.

PARPADEOPARPADEOPARPADEO.

«Bien, amor. Ahora. ¡Sigue!»

An coge a la niña como si la acunase. El chaleco pesa muchísimo y está a punto, la muerte está muy cerca.

Se siente muy feliz.

«Camina.»

Un pie *CONVULSIÓN*, otro pie *parpadeo*, otro pie. Abajo, abajo, abajo.

El resplandor azul es más intenso.

PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEO.

Más cerca.

Más intenso.

Más frío.

PARPADEOCONVULSIÓNPARPADEO.

Más cerca.

Más intenso.

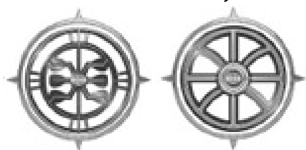
Más frío.

Da un paso más y se detiene.

La cámara estrella. Los tics han desaparecido. La niña se estremece, como si tuviera una pesadilla.

«Ya hemos llegado, amor.»

SHARI CHOPRA, JENNY ULAPALA



Shari ve el cuerpecito de la Pequeña Alice temblando en brazos del shang. La harapana no puede pensar, no puede gritar, no puede chillar, no puede ir, no puede actuar, no puede sentir, tiene que reprimirlo todo, se siente impotente, se siente impotente, se siente impotente y tiene que aceptar la impotencia.

Jenny está de pie a su lado, ambas lo presencian todo, ambas dejan que lo que están viendo pase a través de ellas, como si fuesen una cámara que no puede pensar, una lente para el ojo de otro observador.

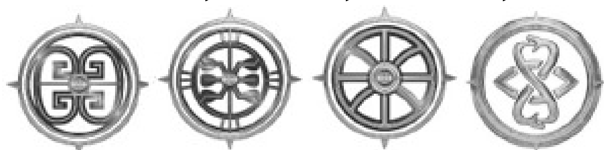
Ambas ven que el shang da un paso más, mira a su alrededor y se para.

Ambas lo oyen decir:

—Estoy aquí, kepler 22b. Tengo las llaves. Reclamo mi premio como ganador de Endgame. Muéstrate.

AN LIU, SHARI CHOPRA, PEQUEÑA ALICE CHOPRA, JENNY ULAPALA, KEPLER 22B

Cámara estrella, 24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



El Creador se mueve, el aire se ondula y se arruga, y aparece como si emergiese de un desgarrón en el espacio.

«Bienvenido, An Liu, Jugador shang del linaje 337 de la humanidad.»

An acerca la mano derecha al dispositivo que lleva en la muñeca izquierda. La ropa de la Llave del Cielo le oculta ambas manos.

An mira con desagrado al kepler. Le encantaría verlo sufrir, pero intuye que cualquier indicio de duda haría más probable que no lograra matarlo.

«Casi puedo tocarte, amor. Ven a mí», dice Chiyoko.

«Ya voy», piensa An.

Le sonríe al Creador.

—Gracias, kepler 22b.

El dedo encuentra el botón del detonador. El chaleco se vuelve de repente ligero, gaseoso, como si ya estuviera encendiéndose, entrando y saliendo al mismo tiempo, llevándoselo, a él y a todo lo que lo rodea, calentando su carne y su espíritu.

«Ya voy.»

—Pero no me llamo An Liu. Me llamo Muerte —dice.

Pulsa el botón.

Y no pasa nada.

Vuelve a pulsarlo.

Nada.

Suelta a la niña. Cae desgarbadamente a sus pies y rebota. Gime. Su boca se mueve, parpadea.

Se ha hecho daño.

Shari cierra los ojos en el Sueño. No puede mirar. Mantendrá la conexión con aquel lugar imaginándose a la Pequeña Alice, imaginándosela cuando estaba en el jardín de su casa en Gangtok, persiguiendo a *Tarki* entre los arbustos, cuando entraba corriendo en la cocina mientras Shari cocinaba, cuando iba a caballito sobre la ancha espalda de Jamal, cuando se sentaba en la falda de Jovinderpihainu y sonreía al contemplar su cara arrugada. Se imagina

todas estas escenas sin ponerles palabras. Llenar su espíritu con estas imágenes le ayuda a seguir afianzada en la nada del Sueño. Es la práctica de la meditación conectada en su cabeza y en su máxima expresión: encontrar la intemporalidad manteniéndose en el presente, aferrándose a la nada única y exclusivamente a partir de la aceptación de todo.

La Pequeña Alice ya está con ella.

Siempre lo ha estado.

«Gracias por no hacerle daño a la segunda llave, An Liu.»

An sigue manipulando con desesperación el botón del dispositivo. Pulsa el detonador, lo pulsa, lo pulsa. Nada. Se sube la manga y ve que la luz roja que indica que el explosivo está preparado está apagada.

Mira la cara pálida del kepler. An se queda boquiabierto, los ojos como platos.

«Ah, la bomba me mataría e impediría que hiciese lo que he venido a hacer. Pero mientras yo esté vivo y cerca de ella, no funcionará. Nada de lo que intentes hacer para matarme servirá de nada, An Liu.»

«¡Muévete, amor!»

An se lanza al suelo y rueda por encima de la niña para acercarse un metro más al Creador, el rifle que llevaba colgado a la espalda ahora se encuentra en sus manos. Dispara. Las balas vuelan hacia el alienígena, lo alcanzan y rebotan en sus prendas, en su cuello y en su cara. Penetran en la piedra que hay detrás del Creador y levantan una nube de polvo azul que recuerda el vapor que se eleva del suelo después de llover.

A pesar de que las balas no hacen nada, An sigue disparando. Aprieta los dientes. Los ojos le lloran. El cargador está vacío. El cerrojo del rifle emite un clic-clic-clic-clic-clic. An libera el cargador, lo gira, lo introduce de nuevo y está a punto de seguir disparando cuando el Creador levanta el brazo y lo apunta con el puño cerrado. Un impulso de energía invisible, como una ráfaga de aire concentrado, levanta al shang del suelo y lo empuja hacia la puerta por la que acaban de entrar la Llave del Cielo y él. En condiciones normales, An la habría atravesado, pero la puerta está bloqueada mediante una barrera invisible.

«Ya te he dicho que nada funcionará, shang.»

A An le duele todo el cuerpo. Se incorpora, desenfunda la espada de Nobuyuki y se abalanza contra el Creador. Salta por encima de la niña, que no ha sufrido los efectos del ataque, se planta delante del

alienígena en menos de tres segundos y le apunta con la espada al cuello.

La espada penetra al Creador, que sonríe.

Que ríe.

La hoja afilada tampoco hace ningún daño.

«Ya basta.»

kepler 22b coge a An por el cuello, lo levanta por los aires y lo sostiene delante de él. El shang patalea y blande la espada con impotencia. La mano del alienígena está tan gélida que le quema la piel, que se acumula por debajo de su mandíbula y se torna azul y blanca. An intenta maldecir al alienígena, pero es incapaz de emitir un solo sonido. Los labios se le ponen morados. Sus ojos se enrojecen y se salen de las órbitas. No puede respirar.

«No es necesario que lo mates, amor. Ven igualmente conmigo. Ven.»

«¡No! —piensa An—. ¡Muerte!»

«Oigo tus pensamientos, ¿sabes? Oigo los pensamientos de todos los presentes en esta sala. Los tuyos, los de la niña, lo de la mu muerta que vive en tu mente retorcida. Oigo los pensamientos del aksumita, que aparecerá por la puerta en cuestión de segundos.»

«¡Muerte!»

«No, shang. Para ti, no. Iba a matarte y a utilizar tu cuerpo para terminar Endgame, pero ahora me doy cuenta de que no te mereces la muerte. ¡Vida, shang! Es lo que más desprecias y lo que tendrás. Es lo que te mereces. Pero… el tiempo es precioso, de modo que…»

Levanta al flaco Jugador un pie más con respecto al suelo. Extiende la mano que tiene libre, la abre y uno de los bolsillos del shang empieza a vibrar y a agitarse. La Llave de la Tierra tensa la tela y sale disparada para instalarse en la palma de la mano del Creador. A continuación, lanza al shang hacia la derecha, hacia uno de los huecos de la sala en forma de estrella. La cabeza de An impacta contra la piedra y este se derrumba en el suelo, solo, silencioso, inconsciente.

«Ya hablaremos después sobre la vida.»

Mira a la La Tène.

«De todos modos, para terminar Endgame no necesito tu cuerpo, An Liu.»

Se acerca a la Llave del Cielo y arroja la Llave de la Tierra al recipiente que ocupa el centro de la estancia. La Llave tintinea, rebota y queda descansando en el fondo, a la espera de la llegada de la niña y de un Jugador.

kepler 22b se inclina sobre la Llave del Cielo y la coge en brazos. La espalda de la niña se queda rígida como una tabla cuando entra en

contacto con las gélidas manos del alienígena. La niña grita.

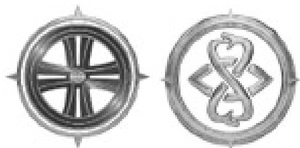
Grita y grita y grita.

El sonido debería despertar a Shari Chopra de su meditación dentro de la meditación, pero no lo hace. Más bien al contrario, cuando el grito penetra en su consciencia, ve a la Pequeña Alice divirtiéndose en un columpio, chillando de emoción y de gozo, sonriente, llena de vida, alegría y felicidad.

La ve tal como debería estar.

Como está, siempre, en el corazón de Shari.

HILAL IBN ISA AL-SALT, PEQUEÑA ALICE CHOPRA, KEPLER 22B
Cámara estrella, 24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



Hilal se detiene en seco al llegar a la puerta. El Creador está a menos de tres metros de distancia. Tiene a la niña. Mira a Hilal, sus ojos negrísimos, su expresión petulante.

«Hola, aksumita.»

Hilal levanta el arma.

—Adiós.

Coloca el arma en el ángulo adecuado para atacar a kepler 22b y no hacer ningún daño a la Pequeña Alice. Deja caer el pulgar sobre el gatillo y aprieta. Nota una descarga de dolor en el brazo, el arma resplandece y arroja el disco, la luz consume a Hilal y la puerta que hay entre él y kepler 22b.

Pero en vez de arrancarle la cabeza al alienígena, la ráfaga impacta contra el escudo invisible que hay suspendido entre ellos, explota, se disipa y empuja violentamente a Hilal hacia atrás, hacia la oscuridad.

«Tonto.»

kepler 22b coloca a la niña en el recipiente junto con la Llave de la Tierra. En cuanto la Llave del Cielo entra en contacto con el recipiente, deja de gritar y se queda tranquila y en paz.

El final no dolerá. kepler 22b no mintió al nabateo.

Lo único que falta ahora es la tercera y última Llave.

Un Jugador.

Lo único que necesita es a la celta.

JENNY ULAPALA



En voz muy baja, muy discretamente, muy delicadamente, Jenny dice:

—Al diablo con todo esto. Al fin y al cabo, ya soy vieja.

Suelta la mano de Shari en el Sueño, pero en el ámbito físico, en Australia, sigue sosteniéndola.

Avanza hacia el centro de la cámara estrella y se acerca a la Pequeña Alice. Observa cómo el Creador libera de su mortaja a la Jugadora pelirroja llamada Aisling Kopp. El kepler sigue sin ser consciente de la presencia de Jenny y de Shari. No las ve. Está muy seguro de sí mismo.

Demasiado.

Jenny le da la espalda al Creador y se enfrenta al vacío psíquico ilimitado del Sueño. Abandona la cámara, a Shari y a los Jugadores caídos y avanza hacia la gran línea que alimenta y sirve al Sueño y que siempre está ahí, aunque imperceptible. Se entrega a ella. El mundo de sus antepasados crece, resplandece y cobra vida a su alrededor. Ve a todos a los que conoció en persona, a los que conoció en el Sueño y a muchos de los que nunca ha oído ni hablar. Ve la gran expansión del desierto y del océano, los árboles ancestrales y las montañas y los valles de su tierra natal, pero contempla también toda la Tierra, ríos de hielo, pináculos de piedra, selvas fecundas, voluminosos mares repletos de vida, hierro y níquel fundidos, tormentas negras cargadas de electricidad y potencia, dunas barridas por el viento altas como rascacielos y cuevas inmensas rebosantes de agua mineral, y las profundidades de los océanos, negras y frías, y, aun así, llenas de vida, y fumarolas anaranjadas que burbujean desde el centro del planeta, todo tan antiguo como el mundo originario del Creador, todo tan completo y maravilloso y y y tan sobrenatural, justo aquí.

La Tierra.

El hogar.

El hogar de la vida y de la muerte y del Sueño. Porque Jenny sabe que el cielo no está en las estrellas, sino aquí, en la Tierra, y forma parte de ella.

La salvación se acerca.

—¡Hola! —grita en el Sueño, y las tierras y los mares y los picos y

los glaciares y las copas de los árboles se llenan y rebosan de caras y hombros y brazos y puños—. Vamos. Jenny Ulapala os necesita.

Y en silencio, todos levantan los puños al unísono, millones y miles de millones de muertos en el Sueño. Su ejército. Nuestro ejército. Más grande que cualquiera que se haya congregado en el planeta, en esta época o en cualquier otra.

Jenny da la espalda a la humanidad.

No para desertar de ella.

Sino para liderarla.

Se aleja un paso del vacío y avanza hacia el Creador.

Y allí, a su lado, aparece Alice la Mayor.

—Hola, Jenny.

—Alice —saluda Jenny con una sonrisa.

—El Creador Baiame la cagó bien, ¿no?

—¿Por qué lo dices, Alice?

—Porque los Creadores no tendrían que habernos enseñado a regresar de la otra vida de esta manera. No lo pensaron bien.

Jenny se siente satisfecha. De nuevo en el mundo físico real, visualiza la cabeza del Creador en la cámara.

—Pues no.

Alice la Mayor señala la Llave del Cielo y, a continuación, la puerta que bloquea el paso de Hilal ibn Isa al-Salt.

—Es hora de demostrarle lo poderosos que nos hemos vuelto.

—Ahora no hables, Alice.

—Claro, abuela.

Jenny entra en la cámara estrella. El Creador tiene en sus brazos a la La Tène, desnuda, pálida, dormida, con la respiración tremendamente superficial. Shari sigue tranquila y conectada. Mantiene la conexión a pesar de todo. Jenny concentra la mente en un punto y de ahí hacia la puerta. Podría atacar al Creador, pero el arma que lo matará *de forma definitiva* está fuera de la cámara. En manos de Hilal.

Jenny está preparada. Y antes de atacar, le lanza un silbido al Creador.

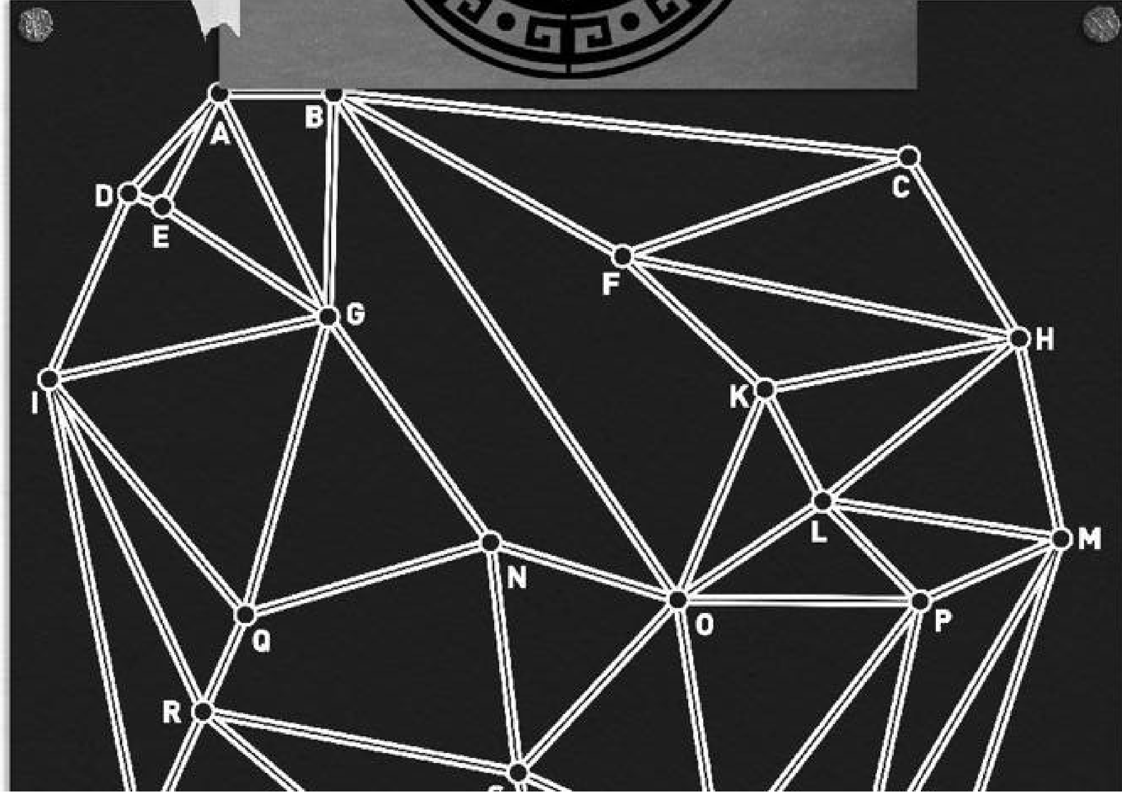
Por fin los ve.

Y se queda pasmado.

«¿Cómo es posible?»

—Has cometido un error. Todos nos equivocamos.

Y antes de que el Creador pueda decir nada más, Jenny se lanza hacia delante con el peso físico de todo lo que tiene detrás, que se materializa en la cámara estrella y rompe la barrera que aísla a Hilal y al arma capaz de acabar con su enemigo común.


A
B
C
D
E
F
G
H
I
K
L
M
N
O
P
Q
R

HILAL IBN ISA AL-SALT, PEQUEÑA ALICE CHOPRA, JENNY ULAPALA, KEPLER 22B

Cámara estrella, 24.43161, 123.01314, cerca de Yonaguni (Japón)



—¡Ahora! —grita Jenny, cuando aparece como surgida de la nada; salta por encima de Hilal y cae detrás de él.

El aksumita está tendido en el suelo, con las piernas arqueadas. Se vuelve sobre sí mismo y apunta, y a pesar de que su visión es algo borrosa, sostiene con seguridad el arma. El Creador suelta a la La Tène, levanta su arma y Hilal aprieta, aprieta y aprieta, y el primer disparo se encuentra con otro lanzado por el kepler, lo que hace que se anulen mutuamente, pero el siguiente, y el siguiente, y el siguiente que salen de la mano de Hilal entran en la cámara, y él siente la potencia, el hormigueo en los brazos, la luz y luego un sonido increíble, y luego otro más fuerte y después un grito profundo y clamoroso, y después…

Silencio.

Hilal se sienta de golpe. Parpadea. Está rodeado de oscuridad.

Palpa el suelo a su alrededor y encuentra lo que está buscando. Las gafas de visión nocturna.

Se las pone a toda prisa, pulsa el botón y, gracias a los Creadores, funcionan.

Ve que tiene a Jenny debajo. La zarandea con cuidado. Gimotea. Está viva. Le coge con delicadeza la cara, pellizca las mejillas marcadas por la viruela, le mueve la cabeza, le da pequeños bofetones para despertarla.

—Maestra Ulapala. Maestra Ulapala.

—Eh... Oh...

—¡Despierte, maestra Ulapala!

—¿Hilal?

—Sí —responde él, con incredulidad—. ¿Cómo ha...? No ha llegado por el portal..., ha surgido de la nada...

—Es un truco que no había probado nunca. Ya te lo contaré en otro momento.

—¿Se encuentra bien?

—¿Hemos...?

—Sí. Vamos, creo que sí.

Jenny mira más allá de Hilal, pero esboza una mueca de dolor.

—Ay. La pierna. Creo que está rota.

El aksumita aparta un montón de escombros. La anciana tiene el tobillo doblado en un ángulo poco natural.

—Le dolerá —dice Hilal—, pero tengo que mirar cómo está.

—Sí, adelante.

Le palpa la pierna para comprobar el estado de los huesos y buscar indicios de sangre.

—No es grave. Se pondrá bien.

—Hilal. Tienes que ir a ver si...

Hilal se incorpora.

—Sí. Lo sé. Enseguida vuelvo, maestra Ulapala. No se mueva.

—Ten por seguro que no iré a ninguna parte —replica ella.

Hilal entra en la cámara estrella y presta atención al malestar y al dolor de su cuerpo.

—¿Tío? —dice la Pequeña Alice.

Está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, con la Llave de la Tierra en la mano. Hilal corre hacia ella.

—Hola. Soy amigo de tu mamá.

—¿Otro? —dice la Pequeña Alice—. Maccabee también lo era.

Hilal no pretende llevarle la contraria, al menos por el momento. Primero tiene que comprender la situación.

—¿Dónde está el Creador?
—¿Qué?
—El Creador.
La niña señala hacia la izquierda.
—Allí, tío.
Hilal se vuelve y mira y
Y
Sí
El Creador está cortado al menos en tres pedazos. Está muerto y siempre lo estará. Hilal mira más allá y ve a Aisling, desnuda, con la piel muy pálida, con ese extraño matiz verdoso que ofrecen las gafas de visión nocturna, pero respirando.
Lo han conseguido.
Lo han conseguido.
—Espera aquí, Alice —pide Hilal.
Se acerca al portal que los conducirá a Australia y a la seguridad. No está negro como el carbón sino iluminado. Se quita las gafas y ve al otro lado la tierra rojiza de la región interior de Australia que proyecta su luz en la estancia. Los guardias koori están alertas y asombrados. Lo saludan moviendo los brazos y le indican con gestos que cruce la puerta. Shari Chopra está sentada en el suelo, con los ojos cerrados y en trance, manteniendo su postura de meditación en el Sueño y logrando con ello que el portal permanezca abierto.
Hilal levanta un dedo.
—Ya voy, hermanos —dice—. Ya vamos.
Regresa con Jenny.
—Tío —dice entonces la Pequeña Alice.
Pero Hilal la interrumpe:
—Un momento. Pronto volverás a estar con mamá. Te lo prometo.
—Lo sé, tío, pero...
—Un momento —insiste él, rebosante de júbilo, con una sensación de triunfo y alivio.
Se agacha para coger a Jenny, le pasa un brazo por encima de los hombros y la levanta.
—Lo hemos conseguido —afirma—. Usted lo ha conseguido.
Jenny parpadea.
—¿De verdad, compañero?
Hilal ríe.
—Sí, maestra Ulapala. De verdad.
—Deja ya de llamarme así. Lo digo en serio.
Hilal vuelve a reír.

—De acuerdo, maestra Jenny —conviene; su sonrisa revela una dentadura blanquísima.

—¿Y la Pequeña Alice?

—Venga.

La rodea por la cintura con el otro brazo y caminan lentamente hasta donde está la Pequeña Alice y se detienen ante ella.

—Tía —dice Alice.

—Pequeña Alice —la saluda Jenny, tendiéndole la mano.

Alice la acepta y se levanta.

—Tengo hambre —declara.

Jenny y Hilal ríen.

—Yo también, cariñito —confiesa Jenny—. De hecho, me muero de hambre.

Caminan juntos hacia el portal.

—Tío —dice Alice.

—Ya casi estamos.

—Tía.

—Ahora cruzaremos juntos y yo volveré luego a por Aisling — dice Hilal.

Y llegan a la puerta que los transportará lejos, pero cuando intentan atravesarla, se quedan bloqueados.

Jenny acerca la mano a la imagen de la región interior de Australia que tienen delante de ellos, pero es como si hubiera un cristal. Vuelve a tocarla. Hilal musita:

—¡No!

Jenny aporrea la imagen. Mira a su alrededor hasta que localiza el cadáver del Creador y exclama:

—¡La ha cerrado herméticamente!

—¿Es posible regresar allí tal y como usted ha venido, maestra? —pregunta Hilal.

—No es posible. Ha sido un viaje de sentido único —responde Jenny.

—En ese caso, tendremos que salir por donde he venido yo —dice Hilal.

Y piensa en el tiempo y el esfuerzo que les llevará; en lo turbada que se sentirá Shari cuando descubra todo lo que tendrá que esperar para volver a tener a su hija entre sus brazos.

—Tío —dice Alice—. Tía.

Se quedan mirando a la niña.

—¿Qué pasa? —preguntan a la vez.

La niña señala a su izquierda.

—Él. Allí.

Las cabezas de ambos giran con rapidez hacia el lugar señalado. Y entonces lo ven. Estaban tan emocionados con la muerte del kepler y el final de Endgame, que lo habían olvidado.

An Liu.

Está inmóvil, acurrucado en un rincón, sin suponer aparentemente ninguna amenaza.

—Ya no podrá hacerte ningún daño, Pequeña Alice —la tranquiliza Hilal.

—Ya lo sé —replica la niña—. Pero mira allí. En su brazo.

Hilal fuerza la vista en dirección al shang y lo ve, sí, una luz roja que centellea.

—Un momento —dice, empujando a Jenny contra el portal cerrado.

Hilal corre hacia An y llega a su lado en pocos segundos. Le coge el brazo. Observa el dispositivo que lleva en la muñeca, los botones, la leyenda en chino y en inglés.

Palpa el cuerpo de An, nota un bulto, lo agarra por la camisa y la rasga. El nailon, las correas, los cables, los explosivos.

No es C4.

No es TNT.

No es PETN.

Hilal no sabe qué es, pero teniendo en cuenta lo que sabe sobre An Liu, está seguro de que es peor que cualquiera de esas opciones.

La luz roja centellea más rápido.

Más rápido.

Examina apresuradamente el aparato. Hay demasiados cables para desactivarlo y tampoco dispone de las herramientas necesarias.

Se incorpora.

—¿Qué es? —pregunta Jenny.

—¡Una bomba! —grita Hilal, corriendo hacia ellas—. No hay lectura de temporizador, pero está armada.

—¿De qué tipo es? —pregunta Jenny.

—Ni idea. Lo más probable es que sea una bomba nuclear pequeña.

Jenny abre los ojos como platos.

—¡Tenemos que cruzar el portal!

—¡Lo sé!

Hilal inspecciona la cámara en busca de algo, cualquier cosa, lo que sea.

Jenny recorre con la mano el portal bloqueado, de arriba abajo, intenta ignorar a la gente que está al otro lado, a sus guardias y la llamada de su tierra, la proximidad de la seguridad.

—Tía —dice Alice.

—Ahora no, cariño —responde Jenny.

—Allí —dice Alice, haciendo caso omiso.

Señala la piedra que hay al lado de la puerta. Jenny le acerca la mano y —¡sí!— cuando los dedos entran en contacto con ella se vuelve líquida y puede sumergir las manos en su interior. No tiene ni idea de qué es, pero palpa teclas, interruptores y palancas.

—Hilal, creo que... —Mueve los dedos, gira el brazo, lo introduce un poco más—. Creo que... —Hilal ya está a su lado—. Se activa por aquí —dice Jenny.

—¿Y puede abrirla?

—A lo mejor —contesta Jenny, poco convencida.

Hilal mira al shang. La luz roja parpadea a mayor velocidad.

—Apresúrese.

Jenny gira de nuevo la mano y entonces en el interior de la piedra se oye un clic. Hilal toca la imagen de Australia, pero no, sigue cerrado.

—¡Mierda! —murmura Jenny.

—¿Qué?

—No puedo... Me parece que me ha escaneado la mano. Y la verdad es que no tengo precisamente la misma que el Creador, así que...

Retira el brazo y se oye un pop que suena doloroso.

Hilal se vuelve en círculo. La luz parpadea más rápido. Más rápido.

—Tío.

—Ahora no. Estoy intentando pensar en algo.

La Pequeña Alice no dice nada más, pero tira con fuerza del machete llamado *Odio*, Hilal lo suelta y la niña lo arrastra por el suelo y se acerca al Creador. Hilal y Jenny la miran con perplejidad cuando ven que la pequeña se detiene al lado de su descolorido torso e intenta levantar la espada.

—¡La mano, Hilal! —espeta Jenny—. ¡Córtale la mano!

Hilal se acerca a Alice de un solo salto y recupera *Odio*. Levanta la manga del Creador, iza la espada, la deja caer, suelta el arma y coge del suelo la mano gélida del alienígena.

Agarra también a la niña por la cintura y corre con ella de nuevo hacia el portal. Le entrega a Jenny la mano. Jenny la acerca a la piedra, que vuelve a fundirse, se oye otro clic, a continuación un siseo y, de pronto, perciben una bocanada de aire cálido y seco de Australia. Hilal empuja a Alice hacia el portal y los guardias corren hacia ellos. Recogen a la niña y ayudan a Jenny a cruzar. Hilal se

dispone a traspasar cuando se acuerda de repente de Aisling. Gira sobre sí mismo y ve la luz roja. Destella a tal velocidad que es prácticamente estable. Tropieza y cae encima de la celta, la recoge y salta de nuevo hacia el portal. Pasa el cuerpo de Aisling a uno de los guardias koori mientras la superficie titila y crepita con electricidad, y entonces cruza él, a través del espacio y del tiempo, y llega a otra parte del mundo conocido.

La Pequeña Alice corre hacia su madre y la abraza, pero Shari está tan lejos que no se da cuenta de nada. Hilal intenta alejar a todo el mundo del portal, apartarlos de la trayectoria de la explosión incipiente. Los guardias echan a correr con Jenny y cargan con Aisling. Hilal se ocupa de Shari y de la niña y, en el momento en que se inclina sobre ellas, percibe que los orificios nasales de Shari han captado el aroma del cabello de su hija y abre los ojos de golpe. El portal destella con una luz blanca durante una fracción de segundo antes de apagarse y volver a cerrarse con la negrura de la piedra.

Shari se ha despertado, se ha liberado del Sueño. La conexión se ha roto. El portal se ha cerrado.

Están a salvo.

Hilal se derrumba en el suelo, jadeante y sudoroso. Consigue sentarse y contempla la escena que se desarrolla delante de él.

Ríe. Una risa ronca y profunda.

Ríe.

Ríe por los besos, por el amor, por los elogios, por las palabras de cariño, por la vida desesperadamente agradecida de una madre y una hija, reunidas por fin para siempre.

«Ven a mí, amor.»

An parpadea. No puede moverse. Tiene el cuerpo roto y dolorido. Como siempre, de una u otra manera.

«Ven a mí.»

Ve a los demás. La luz roja ilumina su cara y el tatuaje que representa una lágrima bajo su ojo. Ve cómo le cortan la mano al Creador y la utilizan para algo que no alcanza a comprender. Ve cómo se marcha la segunda llave, y le da igual. Ve cómo se escapan.

—Se —*parpadeo*— se —*CONVULSIÓN*— se —*PARPADEOPARPADEO*— se ha ido, Chiyoko. —*PARPADEOCONVULSIÓNCONVULSIÓNPARPADEO*—. Está muerto.

«Lo sé. Lo he visto.»

PARPADEOPARPADEOparpadeo.

—No lo he matado.

«Ellos Jugaban por la vida.»

—Sí —dice An.

«A tu manera, tú también.»

Ve que Hilal está a punto de marcharse, pero regresa y tropieza con Aisling Kopp y la recoge del suelo.

—No —dice An.

«Sí.»

—No.

Hilal pasa a Aisling por la puerta, luego salta tras ella y desaparece.

Solo queda An.

Consigue llevarse la mano al cuello. Localiza el cabello de ella con la punta de los dedos. Lo acaricia.

La luz roja se ha vuelto casi estable.

—No.

«Sí, amor.»

—Yo nunca Jugué por la vida.

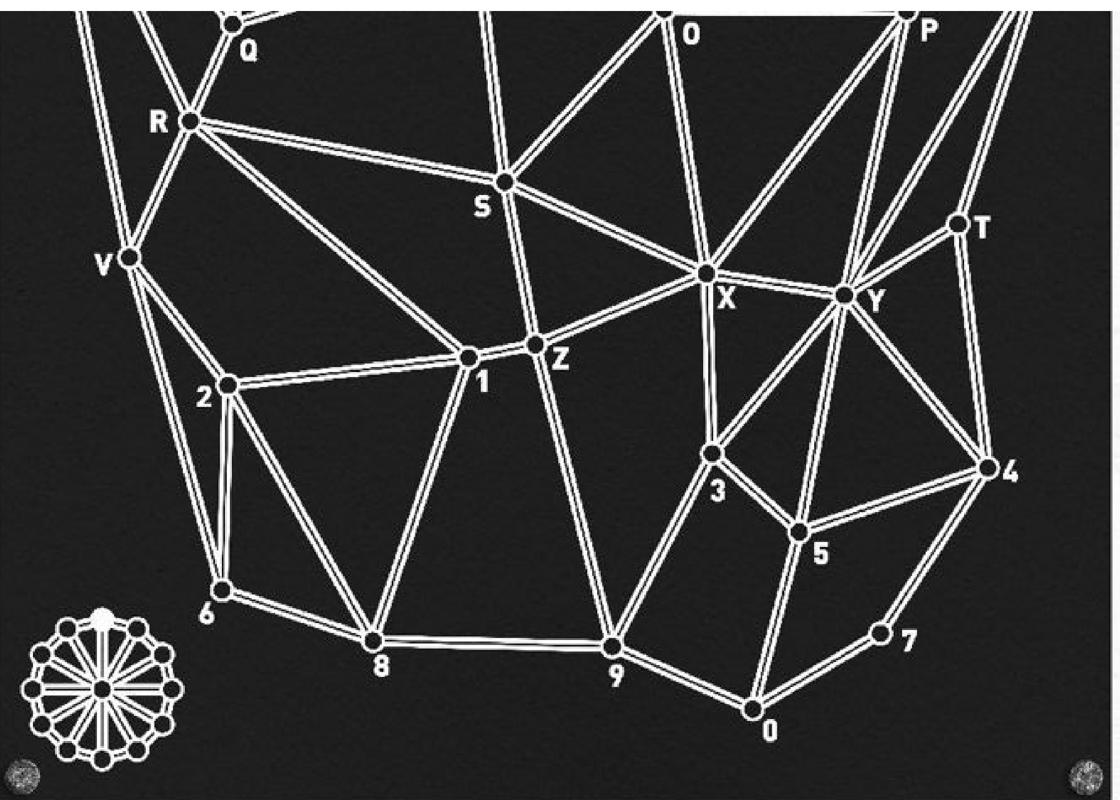
«Sí, por supuesto.»

Sujeta el collar con fuerza.

—Jugué por ti.

Y entonces, una luz potente, la más potente, la más blanca, la más caliente que ha visto jamás.

Y entonces, nada.



Q
O
P
R
S
T
V
X
Y
Z
1
2
3
4
5
6
7
8
9
0

«Vive ciegamente, aquí y ahora. El Señor, que era el futuro, hace mucho que murió.
El Conocimiento, que es el Pasado, es un disparate. Ve, pobre niño, y no te odies.
Alrededor de tu tierra soplan vientos con alas de sol y giran los planetas; un meteoro desenvaina la espada;
El arco iris rompe su armonía de siete colores y fluyen los ríos de aguas plateadas: ¡despierta! Entrégate a las horas más hermosas.
Bebe de sus labios y alcanzarás al vuelo el sueño que hay entre el etéreo oro de sus frágiles cabellos.
Eres divino, estás vivo, como el antiguo Apolo que emergió desnudo hacia la luz, y toda su isla vibró para transformarse en flores.»

23 meses, 5 días después
Debajo de Mercator Station, Palisades, Nueva York (Estados Unidos)

Aisling y Hilal caminan a la luz del amanecer por un estrecho camino de tierra. Tienen el río Hudson a sus espaldas, gris, plano, ancho y silencioso, aunque fluye con fuerza hacia el océano Atlántico, a varias millas al sur de donde se encuentran.

Excepto un par de navajas plegables de 4 pulgadas, ni Aisling ni Hilal van armados. Y ambos lo prefieren así.

Caminan sin prisas por el zigzagueante sendero que conduce hasta las diversas escaleras y ascensores que llenan el acantilado que se alza delante del corazón de Mercator Station. Pulmones y piernas trabajan contra la gravedad. A pesar de que es agosto, sopla una fresca brisa veraniega y, como siempre sucede en esta parte del mundo, el cielo está cubierto de nubarrones grises. Pero no parecen muy amenazadores —en todo el mundo, pero muy en especial cerca de la Zona de Impacto, las tormentas han amainado de forma considerable desde hace unas nueve semanas—, razón por la cual los dos exJugadores no se han tomado la molestia de equiparse para la lluvia antes de emprender su excursión matutina.

La geografía básica de la zona ha cambiado poco en la era PA. Los acantilados de basalto de 200 millones de años de antigüedad que se alzan como un muro en la orilla oeste del río no se vieron afectados por el Impacto. La antigüedad, y la durabilidad, otorgan a las cosas una indicación de su enorme poder de supervivencia. Los acantilados son el esqueleto de este antiguo valle —que precede en más de 150 millones de años a la existencia de toda vida consciente en la Vía Láctea, incluyendo la de los Creadores— y se alzan ahora enfrente de Aisling y Hilal. Se ven oscuros y resplandecientes y, aunque no llueve, los dos Jugadores escuchan aún el borboteo del agua a su alrededor y bajo sus pies, descendiendo hacia el río para llegar muy pronto al mar. Pero si el esqueleto del mundo ha sido capaz de sobrevivir ahí (y es evidente que *no* logró subsistir en la Zonza del Cráter), su piel no ha seguido el mismo camino.

Ahí, el ecosistema se ha reiniciado.

Aquel día, hace casi dos años, todo ardió o fue arrancado del suelo y arrastrado por la onda sísmica hacia el inmenso Muro de Escombros localizado al sudeste de la zona. La fuerza del impacto fue tan grande que ni siquiera aquel amplio valle fluvial logró acumular

residuos, y se quedó vacío por completo. En el exterior, donde Aisling y Hilal se encuentran en estos momentos, la apariencia no es muy distinta a como quedó todo inmediatamente después de Abaddon. Ni un solo rayo de sol ha logrado atravesar las nubes desde entonces, y el paisaje sigue pelado y marrón, negro y gris. Lo único que prevalece es tierra y roca, y lo único que crece son setas.

Hilal se detiene y examina una de ellas, bulbosa y fálica, con el sombrerillo de un llamativo naranja. Aisling había pasado por su lado sin percatarse de su presencia. Hilal se agacha, abre la navaja y toca con ella el hongo.

—*Amanita caesarea* —dice en voz baja—. Recién salida.

Aisling se para y se vuelve.

—¿Qué?

—Esta seta. —La corta por el tallo y la guarda en una bolsita de plástico de coleccionista—. A los niños les gustará verla, seguro —dice.

—A los niños les gustaría ver un zurullo con tal de que brotara del suelo —observa Aisling.

Hilal se limita a sonreír, se guarda en el bolsillo la bolsa con la seta y se incorpora.

—Te suena el teléfono —dice.

Aisling mira a derecha e izquierda y se palpa los bolsillos.

—Mierda, ¿dónde lo he...? —Localiza el móvil, toca la pantalla y mira con perplejidad el número que aparece en ella antes de encogerse de hombros y llevárselo a la oreja—. Hola, aquí Aisling —dice seca. El ceño da paso a una sonrisa—. Ah, hola, Jenny.

Hablan.

En estos momentos, Jenny está en Kazajistán ultimando los preparativos para subir a bordo de un cohete Titan XA1 que transportará el último cargamento hasta una nave que se encuentra en órbita e iniciará, en el plazo de dos semanas, un viaje de tres años de duración con destino a Marte. La misión de Jenny: servir de experta en el Creador y formar parte de un equipo internacional cuyo objetivo es recuperar la nave de kepler 22b con fines de investigación y desarrollo.

Aisling confía también en que puedan recuperar el cuerpo de Pop Kopp para poder darle descanso eterno en casa.

Aisling sonríe de oreja a oreja por algún comentario jocoso de Jenny y la marca de color purpura de su mejilla izquierda se extiende desde la comisura del ojo hasta la mandíbula. Es el único resto visible del tiempo que pasó en la nave de 22b, aunque los recuerdos personales y emocionales siguen ahí.

Sufre pesadillas una vez por semana, o con mayor frecuencia. Hilal las escucha todas y anota los detalles en un cuaderno con la intención de ayudar a Aisling a comprenderlas y a superarlas. Las mujeres continúan hablando. Hilal decide ponerse de nuevo en marcha y le da a Aisling unos golpecitos en el brazo cuando pasa por su lado. Ella le guiña el ojo. El aire fresco aún sopla con firmeza desde el Hudson. Hilal dobla tres curvas para seguir el ascenso hacia Mercator y la voz de Aisling se transforma en un murmullo que acaba desvaneciéndose.

Se detiene. Está al menos 15 metros más alto que Aisling y la vista es totalmente despejada. Barcas, barcazas y transbordadores llenan las aguas en dirección sur. Por encima de Manhattan, en lo alto de los acantilados de la orilla este, hay torres de acero recién construidas coronadas con luces rojas con parpadeo constante, y a sus pies se elevan hileras de edificios semipermanentes. Algunos están cubiertos con una media cúpula y son verdes, mientras que otros son poco más que tráileres blancos rectilíneos. Las estructuras se prolongan hacia el norte, más allá del horizonte, hasta donde alcanza la vista. Casi directamente por encima de donde se encuentra Hilal, un sistema de cables cubre el río, y él observa el resplandor anaranjado de las lámparas de vapor de sodio que iluminan la cabina del teleférico que se ve a lo lejos. En el interior se distinguen las siluetas oscuras de hombres y mujeres que se preparan para el primer cruce de la jornada. Más allá del teleférico se ve el pináculo de la Estación Van Houten, la hermana de Mercator, que está situada detrás de Hilal, en el borde de las Palisades, y que no se vislumbra en estos momentos.

Aisling y Hilal —y también Shari y la Pequeña Alice— viven en Mercator, junto con 1.845 personas más. Shari, Aisling y Hilal han entablado una estrecha amistad, gracias en gran parte a la Pequeña Alice, pero también a muchas horas de asesoramiento psicológico y al deseo de dar ejemplo al mundo curando las heridas que los Creadores forjaron entre ellos. Si los linajes pueden unirse y olvidar sus rencillas, también podrán hacerlo los habitantes del mundo y, a pesar de que la Tierra y sus naciones no se hayan transformado en un nirvana, se están dado grandes pasos, por mucho que sigan siendo imperfectos, en esa dirección.

La función de Hilal y los demás es tender una mano y ayudar a reparar la destrucción. La tarea de todos los que trabajan aquí tiene dos objetivos. El primero consiste en volver a hacer habitable esta área de la Zona de Impacto. Debajo de cada cúpula hay un floreciente ecosistema de bosques jóvenes, humedales y prados que, cuando el sol reaparezca, se destaparán y repoblarán el terreno. El segundo consiste

en supervisar las últimas fases de desescombro de la ciudad que en su día se llamaba Nueva York y que ahora, al menos de forma no oficial, se conoce como Fénix Este. Será la primera ciudad de nueva creación en la era PA, una cabeza de puente del Nuevo Nuevo Mundo, nacida de la resistencia, de la determinación, de la cooperación y de la buena voluntad. Y preparar el terreno para construirla a partir de cero ha requerido mucho trabajo. Mientras que casi todas las estructuras de los cinco distritos de Nueva York fueron arrancadas de sus cimientos y arrastradas hacia el Muro de Escombros, ha habido que lidiar con las muchísimas toneladas de infraestructuras subterráneas que, en la mayoría de los casos, han tenido que ser desenterradas y eliminadas.

Pronto, cuando Jenny inicie su viaje hacia el Planeta Rojo, 58 jefes de estado de todos los rincones del mundo viajarán hasta ahí para cortar la cinta que inaugurará el lado correspondiente a Nueva Jersey del nuevo George Washington Bridge. Hilal, Aisling, Shari y la Pequeña Alice estarán al lado del presidente de Estados Unidos, y a partir de aquel día se pondrá en marcha la reconstrucción.

Los cables vibran. Hilal entorna los ojos. El teleférico se pone en marcha y viaja por encima del agua.

Las nubes, que normalmente tienen un gris uniforme que les proporciona el aspecto de una manta infinita, son hoy diferenciadas y definidas, y recuerdan un montón de bolas oscuras de algodón.

Aisling lo llama y mueve el brazo. Ya ha acabado de hablar con Jenny. Hilal se rasca el brazo por debajo del aro de madera que lleva en el bíceps. El uróboros. Un símbolo de la violencia y de todo aquello contra lo que lucharon, pero también un símbolo de renacimiento.

De todo *por* lo que lucharon.

Aisling sube por el sendero y se aproxima.

En ese instante vibra el bolsillo de Hilal. Coge el teléfono y mira la pantalla.

La Pequeña Alice acaba de enviarle un mensaje: «Sube, Tío. Quiero enseñarte lo que he hecho esta mañana».

Le escribe la respuesta: «Dame diez minutos».

El viento se intensifica.

El teléfono vuelve a vibrar: «Te veo. Levanta la cabeza».

Hilal mira por encima del hombro. Treinta metros por encima de él, apoyada en las barras de acero de la barandilla, está la Pequeña Alice. Ya ha cumplido cinco años y es más alta que cualquier otra niña de su edad. Asoma la cabeza más de lo que a Hilal le gustaría, pero es joven y nerviosa, y Hilal sabe con toda seguridad que Shari está a escasa distancia de ella, tranquila y vigilante. Es comprensible que Shari nunca deje a la Pequeña Alice sola.

La niña agita la mano. Hilal le devuelve el saludo.

El viento sopla con fuerza en el valle cuando un resplandor, amarillo y anaranjado, corta el ambiente. Ilumina el basalto húmedo del acantilado que desciende a los pies de la Pequeña Alice. La niña se aparta de la barandilla, empieza a dar saltos y señala el cielo en dirección este. Hilal no puede oírla desde donde está, pero sabe que la Pequeña Alice está exultante y supone que Shari también debe de estarlo. Hilal se vuelve. Aisling está a menos de un metro de él y mira hacia el este, distendida y atónita.

Las nubes se han abierto y allí, filtrándose a través de un agujero, aparecen tres largos rayos de sol.

—Hostia puta, Hilal —dice Aisling.

—Sí —responde él.

En Mercator suena una sirena y segundos después responde otra desde Van Houten, y acto seguido contestan a la llamada por todo el valle las sirenas de las subestaciones, los invernaderos, las cantinas, los bloques de oficinas y las residencias.

Hilal corre hacia Aisling y le pasa un brazo por los hombros.

El sol sigue ahí.

Sopla el viento.

Las nubes se mueven.

La luz desaparece.

Las sirenas continúan sonando de todos modos.

—Ha sido bonito —dice Aisling.

—Sí.

—Sobreviviremos, ¿verdad?

Hilal mira a Aisling a los ojos. La piel de él es espantosa y está repleta de cicatrices. La de ella es de porcelana, pero también está marcada. Ambos han resultado marcados por Endgame.

—Sí —responde Hilal.

Y al unísono dicen:

—Sí.

Notas

i http://goo.gl/afsgAT

ii http://goo.gl/D4hJFC

iii https://goo.gl/b1GIbn

v http://goo.gl/jHDVwM

Endgame 3. Las reglas del juego
James Frey y Nihls Johnson-Shelton

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Destino Infantil y Juvenil y el Grupo Planeta no es responsable del diseño y la creación de los juegos y concursos asociados a Endgame. Todo ellos han sido creados por Third Floor Fun, LLC, que se hace responsable de su contenido y ejecución.

Título original: *Endgame 3. Rules of the Game*

© 2016 Third Floor Fun, LLC.
Diseño de iconos de los personajes: John Taylor Dismukes Assoc, Capstone Studio, Inc.
© de la traducción: Isabel Murillo, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16427-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com